

CRÓNICA DE UN DESEO



2^a
EDICIÓN
ARCONTE
EDICIONES

Dama Beltrán

CRÓNICA DE UN DESEO

CRÓNICA DE UN DESEO



DESEO

© DamaBeltrán

© Diseño De cubierta: JuanJoséDíaztéllez yJeremías DeManuelmaquetación: Jeremías DeManuel
corrección: eDicionesarconte

Primera eDición: OctuBre2014 Primera reimPresión: Junio2015

© eDiciones arconte 2014

isBn: 978-84-942647-0-2 DePósitolegal: co 1598-2014

imPreso enmaDriD

CRÓNICA DE UN

toDos los Derechos reservaDos. ProhiBiDa la reProDucción total o Parcial De esta obra Por cualquier ProceDimiento y el almacenamiento o transmisión De la totaliDaD o Parte De su conteniDo Por cualquier métoDo,salvo Permiso exPreso Del eDitor.

Para mi familia, en especial a mis tres sobrinas; Amparo, Martina y la traviesa Eva. Y cómo no a mis hijos, que son el pilar de mi vida y a mi marido por la infinita paciencia

que ha tenido conmigo durante la realización de esta novela.

“Lo único que necesita el mal para triunfar es que los hombres buenos no hagan nada”

Edmund Burke

Tres Plumas Para un Prólogo

Adentrarse en el mundo literario de Dama Beltrán, es una experiencia digna de los más valientes. Su pluma es elegante, directa, y deja impresa en cada palabra la gran personalidad de esta autora. Posee un don especial para la narrativa, en la que sus personajes ricos, complejos y profundos, te llevan de la mano y te susurran al oído sus historias para que las vivas en primera persona. Dama sabe sacar lo mejor de todos ellos, de las situaciones, de los mínimos detalles; creando mundos cargados de misterio y erotismo, llenos de giros inesperados y finales impactantes. Pertenece a ese grupo de afortunados autores que son capaces de dejarte la sensación de querer más. Adictiva, implacable, sin florituras. Todo un lujo para los sentidos de lectores más exigentes.

Feli Ramos Cerezo / Hannah Lucas

Resumir en un breve espacio la calidad literaria de las obras de esta autora se hace complejo. En *Laberinto de engaños* encontramos una obra narrada con un excelente hilo conductor; el suspense creado por la pluma de Dama Beltrán logra captar la atención del lector.

El erotismo juega un papel muy importante dentro de su bibliografía, algo que deja muy patente en *Passionata*, una recopilación de tres relatos cortos donde hace volar a la imaginación más desbordante.

No hay palabras rebuscadas entre sus líneas. Sus historias están relatadas en un perfecto vocabulario, sencillo, que hace fluida la lectura.

Con sus novelas anteriores logró conquistar un espacio vital en mis lecturas.

María Elena Tijeras. Blog Tiempo de Lectura.

Dama nos sumerge con esta historia en una trama trepidante dónde el amor, el erotismo y el misterio se entrelazan a la perfección; para adentrarnos, con su prosa sencilla y directa, en un mundo oscuro dónde los sentimientos y el destino se cruzan en una intrincada red de la que deberán salir los personajes. ¿Lo lograrán? Sólo lo sabrás si te dejas atrapar por *Crónica de un Deseo*.

Alissa Brontë.

-

1. Veinte años atrás...

Llovía. Alzó la mirada hacia el cielo más nublado que había visto jamás. Nubes oscuras rodeaban el lugar donde transcurría el acontecimiento más penoso de su vida. Tal vez el cielo se unía al llanto después de conocer su triste pérdida. Bajó la mirada y observó a las personas que se agrupaban a su alrededor. Por mucho que intentaba asimilar el suceso no lo conseguía. Le era muy difícil entender que su querida madre hubiese fallecido y que no se hubiera encontrado pista alguna sobre quién la condujo hasta la muerte. Miró hacia su padre y se estremeció con la dramática imagen de su rostro. Toda la fuerza que días atrás presentaba, se había esfumado dando paso a una profunda debilidad. Apretó los puños dentro del bolsillo de su pantalón y se hizo una promesa: no descansaría hasta encontrar a quien vendió aquel veneno mortal a su madre y saber el porqué.

Levantó de nuevo la vista hacia el cielo y pensó en aceptar la beca que le habían concedido. Londres ya no sonaba tan lejano, ahora le parecía el lugar perfecto para escapar de todo lo que le rodeaba y poder planear bien su venganza. Regresaría, de eso no le cabía la menor duda. A pesar de que su padre barajaba la posibilidad de que él encontrase una vida allí, esa no era su intención. No se detendría hasta tener entre sus manos al autor de su desdicha.

—Siento tu dolor —dijo el sacerdote mientras el féretro era conducido hacia el nicho.

—Gracias, padre —respondió Javier.

—Ahora está con Dios y Él la ayudará a eliminar su culpa. —Le puso la mano sobre el hombro y lo apretó con suavidad.

—No creo que ella deba dar explicaciones de eso —contestó en voz baja conteniendo la furia. ¿Por qué debía darlas? Había sido una mujer perfecta. No se puede juzgar a nadie por un solo error.

—Claro... —contestó el sacerdote y se retiró de su lado con rapidez, dejándole de nuevo con sus pensamientos.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó su amigo César. Un joven que conocía desde la infancia y al que a pesar de las diferencias sociales, siempre trató como a un hermano.

—Me marcharé —susurró cabizbajo.

—¿Sabes que pase lo que pase siempre estaré aquí, verdad? —Posó la mano sobre el hombro de su compungido amigo.

—Lo sé, César. Lo sé.

2 En marcha.

— ¡Adelante! —voceó César a sus compañeros. En el mismo momento en el que supo en qué consistía la misión, tuvo la corazonada de que aquello pasaría.

— ¿Hacia dónde? —le preguntó Jacob intrigado. Desde la posición en la que se encontraba no podía distinguir nada.

— ¡Allí! —César salió de su escondrijo y señaló un gran bulto que había en el banco más alejado del parque.

— ¡Joder, no! —exclamó Álex corriendo a la desesperada.

En cuestión de segundos los tres se encontraban parados frente a un banco donde permanecía inmóvil la muchacha que debían hallar. Ya no podría hablar sobre su agresor, este la había hecho callar sin ningún tipo de escrúpulos.

— ¡Hijos de puta! —gritó Jacob—. ¡La han matado! —Se llevó las manos a la cabeza y comenzó a deambular de un lado para otro.

— Descansa en paz. —Álex se acercó al cuerpo inerte y la observó unos instantes sin parpadear. No daba crédito a lo que estaba contemplando. Aquella joven había sido aniquilada sin compasión.

— He de informar. Tengo que decirle al jefe que el objetivo ha sido localizado. —César se llevó la mano al bolsillo y cogió el móvil azul con el que contactaba con su superior—. Hemos hallado a la mujer. No... No. Efectivamente, la han matado. No. Claro, saldremos de inmediato. Por ahora creemos que todo está despejado. Sí, es raro que no anden por aquí los agentes. Por supuesto, Jacob hablará con su contacto en la policía. Está revisando los alrededores pero creo que no encontrará nada. Entendido. Sí. Perfecto. Saludos. —Colgó.

— ¿Qué dice? —preguntó Álex intrigado.

— Sigue maldiciendo en inglés. Creo que en el fondo albergaba la esperanza de encontrarla viva. —César observó de nuevo a la muchacha y amusgó los ojos. Se acercó despacio y vio unas marcas casi imperceptibles alrededor de las muñecas y tobillos de la chica. Tal vez la torturaron antes de aniquilarla. Quizás necesitaban estar seguros de que ella no había desvelado nada a nadie, y que con toda seguridad su secreto se lo llevaría a la tumba.

— No veo nada. —Apareció Jacob después de examinar la zona.

— Era de esperar. —Álex se acercó al joven y le echó la mano sobre el hombro—. ¿Te encuentras mejor? —No le gustaba verlo tan abatido. *No le gustaba nada.*

— No me agrada ver esto... —Se dejó abrazar. Pero cuando pensó lo que estaba sucediendo se apartó. No podía dejarse tocar por él, necesitaba mantenerse alejado de su compañero.

— Debemos irnos, el jefe quiere que dejemos todo tal cual —comentó César observando la reacción de Jacob.

— ¿Y vamos a dejarla así? —recriminó el joven.

— Acatamos órdenes, ¿recuerdas? —dijo Álex algo enfadado por el rechazo del que había sido objeto.

— Dejemos la discusión matrimonial y salgamos de aquí. Nadie puede percatarse de nuestra presencia. —César miró por última vez a la muchacha y comenzó a alejarse. Sus compañeros le siguieron enmudecidos. Tenían que mantener el mismo patrón de actuación; intervenir y desaparecer. Era la única forma de permanecer invisibles y poder trabajar a sus anchas.

— ¿Alguien se apunta a una copa? —preguntó Álex tras llegar todos al final de la calle—. Esta noche necesitaré al menos un par de ellas.

— No puedo, tengo que ir al hospital. Mi mujer se debilita mucho después de la *quimioy* quiero estar a su lado —les explicó César transmitiendo en sus palabras el terrible dolor por el que estaba pasando.

—Lo siento, compañero. Espero que al final todo termine bien. —Álex le extendió la mano para despedirlo.

—Eso espero porque de lo contrario... no sé qué va a ser de mí. —Re- sopló apenado.

—Seguro que todo saldrá bien, es una mujer muy fuerte —le consoló Jacob ofreciéndole también su mano.

—Gracias chicos. Hasta la próxima. —César caminó hacia su coche y se marchó.

Dama Beltrán

Cuando el compañero desapareció, Álex se giró hacia Jacob y lo miró entristecido. Desde un tiempo atrás evitaba cualquier situación en la que pudiesen estar más de tres minutos a solas y eso comenzaba a sacarle de quicio. Sabía con exactitud la agonía en la que se encontraba, pero no había nadie mejor que él mismo para ayudarlo a superarlo. Sin embargo, el muchacho rehusaba cualquier roce, cualquier tacto que pudiese interpretarse como una caricia. Él podía indicarle cuál era la mejor forma de encontrar su camino. Deseaba hacérselo fácil para que no pasara por la tortura mental por la que pasó él. Nacido en un seno militar, con un padre rayando el nazismo y una madre acérrima del catolicismo, la homosexualidad era una lacra que había que exterminar porque si no, podía expandirse como una enfermedad viral. No le fue fácil entenderse a sí mismo. No le fue fácil aceptarse. En más de una ocasión intentó reprimir su verdadero yo y jactarse de lo que no era, pero tan solo llenó de más penurias su vida. Era tanta su desdicha que decidió quitarse la vida. Pero apareció un hombre que se lo impediría a base de una buena sesión de puñetazos. Fue una discusión tonta, él salía al callejón para fumarse su último cigarrillo y tropezó sin querer con un extraño que deseaba entrar al bar por la puerta trasera. Le informó de que no era el camino adecuado para acceder al local aunque el individuo hizo caso omiso e intentó apartarlo con violencia. Él le respondió de la misma forma y se vio enzarzado en una dura pelea. «¿Luchas contra mi entrada o contra lo que ocultas?», le preguntó aquel hombre tras darse por vencido. Álex cerró sus ojos en aquel momento y sopesó la pregunta. «¿Tanto se me nota?», pensó en aquel instante. Agachó su puño, alzado para asestar otro golpe, y dándose la vuelta lo dejó allí tirado. En efecto, aquel desconocido había pagado su furia interior.

Poco después César se puso en contacto con él para darle una oportunidad laboral y pensó que era un “ahora o nunca”. No obstante, quiso mantener su condición apartada del ámbito profesional. Pero el amor no comprende situaciones o tiempo y allí estaba, intentando allanarle el camino al hombre que amaba a pesar de que este rehusaba su ayuda. Respiró hondo e intentó cambiar la expresión de su cara. No quería mostrar compasión, porque no era motivo para compadecerse sino para aceptarse.

— ¿¡Me puedes decir qué cojones te pasa!?! —le gritó al mismo tiempo que le golpeaba el hombro derecho con el dorso de la mano.

—¿A mí? —Jacob arqueó sus espesas cejas rubias.

—¡A ti, sí, a ti! —Se aproximó al muchacho tanto que sus narices podían rozarse ante el más leve movimiento—. ¿Me puedes decir qué te he hecho?

—¿Sobre qué? —preguntó al mismo tiempo que ponía distancia entre ellos. Necesitaba con urgencia hacer desaparecer aquella proximidad. Él no podía descubrir que su corazón palpitaba con rapidez ante su presencia y su sexo reaccionaba con libertad. ¿Cómo se sentiría su compañero si descubriese que estaba enamorado de él? No quería ser herido por amor y mucho menos mantener una posible relación dentro del trabajo.

—¿¡Pero me estás escuchando!?! —gritó de nuevo al verlo abstraído en sus pensamientos—. ¡Vete a la mierda! Tú sabrás qué quieres hacer con tu vida.

—Buenas noches, Álex. —Se giró sin mirarlo e intentó alejarse, pero justo en ese instante Álex le atrapó del brazo y lo atrajo hacia él. Sus rostros quedaron a escasos milímetros y el aliento de uno alimentaba el cuerpo del otro. Jacob pensó que había

fallecido porque no sentía el latido de su corazón. Alzó la mirada y observó la furia que reflejaba Álex en su rostro. Aquellos enormes ojos marrones lo miraban con desesperación. Pudo palpar levemente sus labios cuando ambos tomaban aire para respirar. Por un instante, deseó cerrar los ojos y dejarse llevar por sus sentimientos, que le gritaban con fuerza que lo besara. Sin embargo, la mente de Jacob no proyectó imágenes de un beso apasionado sino algo completamente diferente: Tras el beso, Álex lo miraría con asco y repulsión. No podía dejarse llevar y destrozar algo tan bello como la amistad que había nacido entre ellos durante aquel tiempo. Así que se echó hacia atrás y desenredando aquel fuerte amarre que los unía, corrió sin decir una palabra y sin mirar atrás. Necesitaba huir de sus sentimientos, de su amor... de su condición.

Álex quiso seguirlo. Deseaba atraparlo entre sus brazos y besarlo con tanta pasión como la que había notado en el instante en el que ambas bocas se rozaron. Pero no podía volver a forzar una situación parecida hasta que el muchacho estuviese preparado, porque en lugar de amor, hallaría odio. Posó sus grandes manos sobre su rapada cabeza y se dijo a sí mismo que una borrachera le vendría bien. Miró a su alrededor y encontró un pequeño bar al final de la calle, las luces indicaban que estaba abierto. Enarcó las cejas y sin más titubeos se dirigió hacia él. Esa noche volvería a ahogar sus penas con whisky.

3 Buscando una alternativa

Javier finalizó la llamada a César. Su cuerpo seguía agitado ante la noticia. Sabía de antemano el final de aquella historia; sin embargo, albergaba la esperanza de encontrarla viva. En el despacho, sobre su mesa, estaba el dossier de Esmeralda: la chica que había sido encontrada en la autovía, desnuda y con un alto grado de histeria. Ella indicó a los sanitarios que había sido agredida sexualmente, pero los informes no aclaraban nada de eso. También comentaba que la indujeron a tomar una sustancia que le hizo perder la memoria, aunque los análisis no dieron positivo en drogas. Javier sabía que era una pieza clave para llegar a la verdad, por eso ordenó su búsqueda. Tras recibir la información del contacto que tenía Jacob en comisaría, fijó como prioridad absoluta hallar a la joven y ponerla a salvo. Era la primera vez que una víctima había sobrevivido de las garras de Eduardo. Tenía la prueba, tenía la esperanza de poder meterlo entre rejas y arrastrar con él a todos aquellos que le seguían con fidelidad, pero hubiera sido tener mucha suerte. Tanta como cuando descubrieron, en las últimas palabras de un yonqui que deseaba expiar sus pecados, que el cabecilla de todo era Eduardo.

Cruzó los brazos por detrás de la cabeza y apoyó los pies sobre la mesa. Necesitaba calmarse para idear otro plan. Uno que le llevara hasta las personas que andaba buscando desde hacía ya dos décadas. Suspiró profundamente y cerró los ojos. El móvil vibró en el bolsillo del pantalón. Se dio prisa en mirar de quién se trataba. Al cerciorarse de que era un mensaje de Carmen, lo leyó con rapidez. «No puedo dormir, ¿qué haces?».

Se quedó mirándolo durante unos instantes y por fin dibujó una sonrisa en su cara. «Estaba durmiendo, ¿tú no lo haces?».

«Lo hago cuando me dejan satisfecha. Pero hoy no he tenido suerte...».

En ese momento la sonrisa se desvaneció como por arte de magia. No le hizo gracia leer aquellas palabras, es más, intentó borrarlas lo antes posible de su mente. No podía imaginarla en unos brazos que no fueran los suyos, pero tampoco podía decirle que la amaba por miedo a ponerla en peligro. Si algún día salía a la luz toda la trama que ocultaba, los primeros perjudicados serían sus allegados, y entre ellos estaría Carmen. «Quizás algún día sea yo quien te deje satisfecha». Se dijo a la vez que pensaba qué responder en aquellos momentos. En su interior, el Javier enamorado saldría corriendo del despacho y estrecharía entre sus brazos a la mujer que amaba. La besaría, la amaría y la volvería loca de deseo y lujuria. Suspiró profundamente y sopesó qué contestar a tal insinuación.

«Duerme, mañana tenemos mucho trabajo». Le escribió al final.

«Vale, besos».

Apagó el móvil, lo puso sobre la mesa y se levantó del sillón. La noche iba a ser bastante larga tras saber los ardientes deseos nocturnos por los que pasaba Carmen e imaginarse cómo se complacería. Intentó llegar hasta el ventanal para poder contemplar las estrellas que le regalaría aquella magnífica noche pero no lo consiguió. Antes de dar tres pasos hasta su objetivo comenzó a sonar el móvil, el otro, por el contactaba con su buen amigo César.

—¿Alguna novedad? —preguntó intrigado.

—Buenas noches de nuevo, Javier. No, no hay nada nuevo —respondió.

—¿Entonces?

—Necesito un favor. Quiero estar más tiempo con mi mujer y voy a dejar la corporación —explicó.

—César, sabes lo importante que eres para este grupo. Te pediría que reflexionaras sobre el tema. Date un tiempo, cuida de Elisa y cuando tu vida vuelva a la normalidad, regresa con nosotros.

—No creo que sea posible. Pero es bueno saber que puedo contar contigo en cualquier momento.

—No lo dudes. —Javier frunció el ceño cuando escuchó el deseo de César. Aquello entorpecía mucho el proyecto. Si él se marchaba debía reemplazarlo por alguien que estuviese a la altura de aquel intrépido hombre, y no estaba seguro de poder encontrarlo.

—Debo irme, mi mujer me reclama. —La voz apagada de su esposa se oyó tras la de él. Parecía tan débil, tan delicada, tan carente de vitalidad, que a Javier se le hizo un nudo en la garganta.

—Solo te pido que no me dejes colgado para la fiesta del viernes, contaba contigo —rogó.

—No te preocupes, estaré allí el viernes. Hasta luego, Javier.

—Hasta pronto, César. Cuida de Elisa.

—Sí. —Colgó.

Javier no fue capaz de conciliar el sueño. Los problemas llenaban su mente y las posibles resoluciones también. Por una parte, tenía un caso esfumado en el que había puesto todas sus expectativas para conseguir acceder hasta el bastardo que, de algún modo, lo llevaría hasta el culpable de la muerte de su madre. Por otra parte estaba la marcha de César y la represión hacia Carmen. Se llevó las manos a la cabeza y se mantuvo así durante un tiempo. Debía construir aquel puzle como fuera, no podía dejar que tantos años invertidos se fueran al traste. Quizás con la llegada del alba encontraría algo. «Necesito una copa». Pensó viendo pasar el tiempo tan lentamente. Cogió las llaves de su coche, la chaqueta y dando un profundo suspiro se marchó de la oficina.

Tras varias vueltas por la ciudad, encontró un pequeño bar abierto. Aparcó y salió con decisión del vehículo. Sin lugar a dudas una copa le ayudaría a evadirse durante un tiempo de todo el caos mental que soportaba. Frente a la puerta del local, agachó la cabeza y entró.

Una vez en el interior, alzó la vista y suspiró. Por suerte para él no había demasiada gente en el lugar y podría estar tranquilo. Clavó su mirada sobre un hombre que estaba al final de la barra con la cabeza gacha. Llevaba una camisa a cuadros, unos vaqueros y unas botas con espuelas. Su mano agarraba con firmeza el vaso de licor y no movió ni un ápice su cuerpo al verle entrar. «Nada de conversación». Se dijo Javier que había pensado en ahuyentar sus problemas bajo la charla banal de algún borracho. Aquel tipo no parecía afable.

—Buenas noches. ¿Qué desea tomar? —le saludó la camarera con una preciosa sonrisa.

—*Gin-Cola*, por favor —respondió.

La muchacha se alejó para prepararle el combinado. Mientras, volvió a dirigir la mirada hacia el único cliente del bar. A pesar de su aspecto desaliñado y huraño, le daba la sensación de que bajo aquella coraza había un hombre abatido. Quizás también vino a ahogar sus problemas en alcohol. Javier resopló y se acordó de los muchachos que trabajaban bajo sus órdenes. Lidiaban entre las sombras una batalla que no era de su incumbencia a cambio de dinero. De día eran unos simples vigilantes y al caer la noche, se convertían en los luchadores más intrépidos e incansables que jamás había visto. Intentaban proteger la ciudad, y a veces en casos como los de hoy no llegaban a realizar su hazaña con éxito. Pero él los catalogaba de héroes anónimos, porque ponían todo su empeño y fuerza en mantener a salvo a la máxima cantidad de personas. La camarera se acercó a Javier y le dejó la consumición sobre una servilleta cuadrada. Antes de que pudiera darle las gracias, ella se había alejado, con pasos gatunos, hasta el final de la barra donde se encontraba el muchacho. Era obvio que la joven tenía en mente pasar el resto de la noche entre los brazos de aquel personaje;

sin embargo, él ni la miró. Tenía su mirada fija en el vaso y no se percató de que la joven se inclinaba con ahínco para dejarle a la vista su succulento escote. De pronto, este golpeó con fuerza la barra, sobresaltando a la muchacha que se apartó con rapidez. El extraño se levantó del taburete y llevó su mano al bolsillo del pantalón para coger con torpeza la cartera. Pero antes de pagar la cuenta, una voz ronca apareció de entre la oscuridad. Todos giraron la cabeza hacia unas bastas y feas cortinas que separaban el almacén del resto del local.

—¿Algún problema, amigo? —dijo aquella penetrante voz. Javier abrió los ojos y puso toda su atención en el hombre que comenzaba a mover la tela.

—Ninguno —respondió el muchacho apoyando los pies en el suelo y girándose hacia el lugar de donde provenía la voz.

Una enorme figura apareció de entre aquellas sombras. Un gigante que, oculto entre las toscas cortinas, observaba expectante a los clientes que entraban en la pequeña taberna. Javier alzó la mirada para intentar ver el rostro de aquel gigante. Un hombre con uniforme de seguridad, que sonreía ante la idea de tener diversión aquella noche.

—Pues si no tienes ningún problema, paga y lárgate —le sugirió sin apartar de su rostro la sonrisa—. Laura, dale la cuenta a este cretino. Hoy estoy de buen humor y no tengo ganas de fastidiarme la noche —ordenó a la camarera.

El hombre de los vaqueros intentó sacar con torpeza el dinero de los compartimentos de la cartera.

—Pago yo —dijo Javier al notar el nerviosismo del muchacho. No parecía tan terrorífico como el monstruo que había surgido de las sombras. Y como el vigilante no paraba de sonreír, decidió salvar al individuo de una batalla abocada al fracaso.

—Te ha salido un admirador, cielito —dijo sarcásticamente el gigante.

—No necesito la caridad de nadie —explicó el joven clavando la mirada en Javier.

—No es caridad, es comprensión. Seguro que has tenido un día duro y no querrás complicarlo más.

—Sí, ha sido un día para olvidar —comentó al pasar junto a Javier, mientras se dirigía hacia la salida—. Te debo una copa, amigo.

—La próxima vez será —afirmó.

El joven anduvo entre tambaleos hasta la puerta. La abrió y salió de allí sin mirar atrás, dejando tras de sí el silencio de nuevo.

—Me acabas de joder la noche. Ese tipo pedía a gritos unos buenos azotes en el culo

—le dijo el vigilante a Javier con rostro burlón.

—No creo que buscara pelea. Habrá tenido un mal día. —Miró al hombre de arriba a abajo. El chico no habría tenido ni la más mínima posibilidad frente a él.

—Todos tenemos nuestras historias... —susurró al mismo tiempo que se alejaba por el mismo lugar por el que había entrado.

—¿Cuál es la tuya? —preguntó antes de que los abandonara. Si su instinto no le fallaba, aquel monstruo pedía a gritos que lo sacaran del lugar donde se encontraba.

Quizás estaba allí de pasada o tal vez no le quedaba más remedio. ¿Una vida destruida? ¿Deseaba encontrar algún día alguien que lo tumbara para siempre? No sabía qué era con exactitud pero sin lugar a dudas, algo escondía. Tal vez aquella noche no solo había salvado a un muerto viviente, sino también había descubierto su próximo héroe.

—¿Vas a hacer una novela con ella? —dijo mirándolo de reojo.

—No.

—Pues entonces, te importa una mierda. —Y caminó sin mirar atrás hacia el almacén.

—Es buena gente... —le dijo la camarera cuando el hombre volvió a desaparecer.

—Claro. Lo he notado desde el primer instante. Ese hombre es lo más parecido a una hermanita de la caridad —comentó con ironía.

—Lleva mucho tiempo enclaustrado entre estas cuatro paredes y no le gusta lo que

hace. Es un pájaro enjaulado, un exmilitar galardonado que se sumergió en la bebida tras una etapa dura de su vida.

—¿Sabes cómo se llama el elemento?

—Abel Segura. Es muy bueno en su trabajo. Durante este último año no hemos tenido ni robos ni percances graves gracias a él. Sin embargo, creo que si se queda mucho tiempo con nosotros, volverá a recaer y se destruirá por completo. Es un hombre grande con un corazón de flan, ¿me entiendes, verdad? —Le guiñó un ojo mientras se servía una cerveza.

—Te entiendo y pienso lo mismo que tú. Creo que ese hombre necesita algo mejor. Muchas gracias por la información. —Puso un billete en la mesa, se levantó y caminó hacia la puerta.

—Espero verte otro día... —comentó la camarera.

—Posiblemente —contestó Javier cerrando la puerta.

Miró el reloj y pensó que ya era muy tarde para llamar a César y comentarle sobre el próximo fichaje. Antes de que dejase la corporación debía contratarlo. Tenía que esperar hasta el amanecer, momento en el cual comenzaría a mover todos sus hilos para conseguir que el tal Abel, formase parte de la corporación. Si aceptaba, tendría un nuevo as en su manga.

4 choque de titanes

Álex cerró la puerta del bar en el que había pasado las últimas dos horas y comenzó a caminar por la larga y oscura calle. A pesar de querer ahogar sus penas con el alcohol, no lo consiguió. Seguía teniendo aquel zumbido mental que le gritaba con fuerza que el momento había llegado y debía dejarle claro los sentimientos que tenía hacia él. De pronto una enorme arcada hizo tambalear su cuerpo tan fuerte que tuvo que agarrarse a la farola más cercana para no caer al suelo. Las náuseas continuaron una tras otra hasta que eliminó todo lo que había ingerido. Con los ojos bañados en lágrimas por el esfuerzo, apenas conseguía distinguir el rostro de las personas que caminaban a su lado y le miraban con repulsión. Aferrado con fuerza al duro metal, se limpió los labios con la manga de su chaqueta y tomó aire. No podía permitirse otra situación como esta porque de lo contrario terminaría como todos los vagabundos que encontraba a su paso, seminconscientes y añorando la vida que tenían antes de perder el control. Él no era así; provenía de una casta que se crecía ante las adversidades. Le enseñaron a enfrentarse de cara a los problemas, no a enterrarlos en alcohol. Se incorporó lo suficiente como para mantenerse en pie y pidió un taxi.

—Buenas noches, dónde le llevo —le dijo el taxista.

—Calle Esperanza, cuarenta y dos, segundo bloque —respondió acomodándose en el asiento.

—¿Una noche dura? —le preguntó el chofer llevando su mirada al espejo retrovisor.

—¡Naaa! solo acaba de empezar...

Después de aquella frase, el silencio reinó durante el trayecto. La calma dejó a su mente fluir e imaginar mil razones lógicas para aparecer a las cuatro de la madrugada en casa de Jacob sin parecer desesperado. Apoyó la frente en el cristal, fijó su mirada al horizonte y dejó la mente en blanco unos segundos.

—Hemos llegado —interrumpió la deseada calma el conductor.

—¿Qué le debo?

—Cinco euros.

—Demasiado barato. —Extendió el billete sobre el reposacabezas del coche.

—Una carrera bastante corta. —Sonrió el hombre guiñándole un ojo con complicidad—.

No ahogues tus penas en alcohol, muchacho. Todo tiene solución menos la muerte —intentó animarle.

—Perfecto, tomaré nota —le dijo mientras salía tambaleándose del coche.

Sonriendo por el detalle que había tenido el taxista con él, caminó hacia el portal del bloque donde vivía Jacob. Dudó durante unos segundos si llamar o alejarse de allí.

Nunca había estado en una tesitura parecida y en el fondo tenía miedo. En su vida pasada llamaba a la puerta de sus amantes mostrando toda su fuerza y virilidad. Sin embargo, ahora era diferente. No solo porque no se trataba de una mujer deseando encontrar una pareja adecuada a sus deseos, sino porque haría cambiar el destino a una persona que no estaba al cien por cien segura de su tendencia sexual. Respiró profundamente y presionó con su dedo el botón de llamada. «Que sea lo que Dios quiera», pensó.

—¿Quién es? —preguntó Jacob somnoliento.

—Abre, soy yo —dijo en voz baja Álex.

—¿Qué coño haces aquí a estas horas? —inquirió sorprendido.

—Abre —repitió sin dar ningún tipo de explicación.

Después de unos segundos, se escuchó un suave sonido proveniente de la cerradura de la entrada. Jacob le dejaba entrar. Empujó la puerta y comenzó a andar por el recibidor. Se miró en el espejo y frunció el ceño. «Estoy hecho un asco», dijo a su propio reflejo. Se adecentó el jersey, se sacudió el pantalón, pasó las palmas de las manos por su cabeza rapada y suspiró. «¡Vamos, al lío!». Cuando las puertas del

ascensor se abrieron entró y se quedó mirando de nuevo la imagen que proyectaba el espejo; definitivamente estaba hecho un asco, pero no era tiempo de volver a casa y vestirse con sus mejores galas para declarar su amor. Era ahora o nunca. Conteniendo la respiración al mismo tiempo que el elevador subía, calculó doscientas formas de saludarle y explicarle por qué estaba allí. Pero cuando la puerta se abrió, lo único que pensó fue en salir corriendo, atraparlo entre sus brazos y sentir de nuevo aquel calor tan delicioso que desprendieron sus ardientes labios.

—Pasa, la puerta está abierta. —Escuchó la voz de Jacob al salir del ascensor.

Álex entró despacio y cerró tras de sí, dejándolos a ambos en la más absoluta intimidad. Apoyó su mano en la pared y observó con detenimiento la actitud del joven que lo esperaba de pie tras el sofá del comedor. Vestía con un escueto pantalón corto y dejaba descubierta la majestuosidad de su cuerpo. Sus brazos entrecruzados, manteniendo una posición de defensa, realzaban su constancia y esfuerzo en el gimnasio. A pesar de querer mostrar una actitud fría y desafiante, sus ojos expresaban sorpresa y felicidad.

—¿Qué haces aquí, Álex?

—Buenas noches, he pasado por aquí... —comentó entre tartamudeos.

—¡¡Estás borracho!! —exclamó atónito.

—Solo un poco... —dijo con voz suave

—¿Vienes a mi casa a dormir la mona? —Apoyó sus palmas sobre el sillón que tenía frente a él.

—No, he venido para que me expliques qué cojones te pasa conmigo. ¿Te he hecho daño sin querer? —Empezó a caminar hacia su compañero.

—¿Ese es el motivo de tu visita? ¿Preguntarme si me has hecho daño? Puedes marcharte tranquilo, no me has hecho nada. —Resopló y miró con sorpresa los movimientos del hombre.

—Entonces... ¿qué te ocurre? —Tomó aire y clavó sus enormes ojos sobre los del muchacho. Tal vez aquella conversación no habría sido la más acertada y Jacob lo echaría a patadas de su casa si no le explicaba pronto la verdadera razón de su visita—. Dime por favor qué te he hecho para que te comportes así...

—¡Nada! —Lanzó una mirada amenazante cuando lo observó acercarse a él. No podía consentir otro acercamiento y mucho menos estando los dos solos. Quizás no llegara a controlarse como lo había hecho en las anteriores ocasiones—. ¡Quédate ahí! —gritó.

—¿Te doy miedo? ¿Eso es lo que te ocurre? ¿Piensas que deseo hacerte daño?

—preguntó con rapidez. Tal vez el muchacho no se había percatado de que los sentimientos que habían crecido entre ellos eran mutuos y de ahí su confusión y temor.

—No. —Empezó a alejarse de él sin conseguir poner distancia entre ellos, pues Álex se acercaba con rapidez.

—Sé lo que te ocurre y por eso estoy aquí.

—¡No tienes ni puta idea! —le gritó.

—¿Tú crees? —dijo al arrinconarlo contra la pared mientras posaba las palmas de las manos sobre su rubia cabellera.

Jacob quedó paralizado sin saber cómo escapar de allí. Le resultaba imposible controlar su pecho, el fuerte latir de su corazón y esa respiración tan agitada. Estaba a punto de jadear ante la visión que le ofrecía el hombre al que amaba. Notó la erección en la entrepierna. «¡No!» Intentaba convencerse. «¡No puedo seguir con esto!».

Siempre había visto a Álex acompañado de mujeres, muchas; pero esa actitud hacia él... tal vez... Pero no podía correr el riesgo de equivocarse. ¿Qué pasaría si tan solo era otro juguete con el que divertirse? Álex volvería a ser el mismo pero él no...

—¡Déjame! —Intentó escabullirse sin conseguirlo, porque este le agarró con fuerza y tiró de él para dejarlo nuevamente a escasos milímetros de su boca. Entonces ocurrió algo que le dejó sin habla. Los labios de Álex se posaron en los suyos y comenzó a

besarlo. El muchacho los recibió con sorpresa y entusiasmo, convirtiendo en humo la incesante idea de huir de sus brazos. Poco a poco el brutal amarre fue desapareciendo para dar paso a un tierno y cálido abrazo. Las manos de Jacob se entrelazaron en el cuello de su amante y se dejó llevar por la pasión que había estado escondiendo durante tanto tiempo.

—Bienvenido a la realidad —murmuró Álex dejando libres los rojos labios de Jacob.

—Esto no puede estar pasando —susurró el joven.

—Abre los ojos, esto es real. —Sin mediar más palabra volvió a besarlo. Aunque esta vez fue más pasional, más duro, más primitivo... disfrutando de la libertad.

Las manos de Álex bajaron hasta el pantalón de Jacob y acari- ció sin vergüenza lo que entre aquellas escuetas telas escondía. El joven sollozó de placer y éste gratificó su gemido introduciendo la mano entre la sedosa prenda hasta agarrar con fuerza aquella deliciosa erección.

—Álex... —susurró.

—Dime.

—Esto no puede ser...

No terminó la frase porque de nuevo su boca fue vorazmente asaltada, noqueando cualquier pensamiento negativo, haciéndolo sucumbir, llevándolo hacia un momento tan extraordinariamente lujurioso, que no conseguía actuar con sentido común. Sintió en su espalda unas cálidas caricias y notó cómo su vello se erizaba ante los suaves roces. Jacob bajó las manos hacia el jersey de Álex, lo agarró con rabia y se lo quitó tan deprisa como le fue posible. Quería despojarle de aquella ropa y sentir en la boca el sabor de su cuerpo. Cuando la prenda cayó al suelo, ojeó con picardía el pantalón. Su mente gritaba una y otra vez que llevara sus temblorosas manos al cinturón y terminase de desnudarlo, pero el nerviosismo que lo invadía le hacía actuar con tal torpeza que le resultaba imposible. Álex lo miró con cariño y comprendió el desacierto del muchacho. Con delicadeza retiró las temerosas manos del joven y comenzó a desnudarse él mismo. Los vaqueros bajaron con suavidad liberando la enorme turgencia que él también poseía. Jacob se arrodilló y puso su nariz sobre los *slips* del hombre. Inspiró profundamente y se excitó aún más tras oler la maravillosa esencia varonil que emanaba. Subió sus manos hasta la cintura de aquella suave tela y la bajó despacio. Deseaba cerciorarse por él mismo de que la excitación de su amante era real y que no estaba soñando. Una vez despejado el camino hacia su objetivo, observó que aque- lla magnitud divina comenzaba a expulsar líquido preseminal. Se relamió y alzó la mirada hacia el rostro del hombre. Necesitaba ver en sus ojos una confirmación ante lo que estaba a punto de hacer. Una sonrisa traviesa apareció en su rostro cuando supo que Álex necesitaba aquello que estaba loco por ofrecerle. Se volvió a relamer y se introdujo el duro falo en la boca.

—¡Dios, sí! —gimió Álex al notar en su sexo el calor de aquella penetración—. Sigue, no pares. Dame todo lo que andabas escon- diendo. —Posó sus manos sobre la cabeza del joven y, enredando sus dedos en el cabello dorado, le acompañó en los balanceos—. Me faltaba esto para completar mi felicidad.

Jacob al escuchar aquellas palabras se encontró tan extasiado que sintió entre sus piernas unas terribles convulsiones imposibles de evitar. Aquella afirmación sobre el deseo que sentía Álex le pro- vocó tanta felicidad que eyaculó sin tocarse. De repente un rojo intenso llenó sus mejillas. Estaba avergonzado ante el poco control que había tenido y paró de inmediato aquella deliciosa mamada. —¿Qué? —preguntó asombrado Álex.

—Yo... yo... me acabo de correr —explicó sonrojado.

—¿Crees que será la única vez que lo harás? —Le acarició el ros- tro y sonrió—. Te prometo que esta noche te recompensaré todo el tiempo que hemos perdido con tonterías.

Jacob se quedó atónito. Sin pensárselo dos veces agarró los glúteos de Álex y los apretó. Este echó la cabeza hacia atrás y se dejó llevar. El joven se introdujo, nuevamente el sexo de su amante en la boca y balanceándolo con sus manos, continuó aquellas desesperadas penetraciones bucales. Le daría el mismo regalo que él le había ofrecido, una magnífica corrida, que tal como le había dejado entrever en sus palabras, tan solo sería el prólogo de una novela que acababa de empezar aquella misma noche.

5 lo inesperado

— ¡¡Eres un imbécil!! —gritaba desesperadamente la mujer des- de la puerta—. Escúchame con atención, don Abel Segura, llega- rá el día en el que averigües qué es el amor y entonces el destino será quien se reirá de ti. —Levantó su dedo índice y le señaló con firmeza. Estaba muy enfadada por lo ocurrido y no podía aguantar más aquella situación. Después de dos meses juntos se había dado cuenta de que no merecía la pena amar a quien no era capaz de hacerlo. Con el orgullo en su punto más álgido, agarró el picaporte de la puerta, le escupió a la cara y salió dando un sonoro portazo.

Abel se quedó parado frente a la entrada durante unos instantes. Tenía la esperanza de que ella regresase y tener una nueva sesión de sexo tórrido y desenfrenado. Sin embargo, no apareció. Suspiró y caminó hacia su dormitorio. Esta vez la había liado a lo grande, pero tenía sus razones. Echó un vistazo a la cama y sonrió. Las sábanas estaban tiradas por el suelo, la almohada todavía tenía el hueco donde había estado la cabeza de ella y toda la habitación emanaba un delicioso olor a sexo. Puso las manos en su cintura y sopesó si merecía la pena correr tras ella o no. «¿Estás seguro de que es la mujer con la que quieres pasar el resto de tu vida?». Se preguntó. Negó con la cabeza. Elena tenía razón, no era un hombre preparado para amar. El pasado todavía vivía en él y el daño que le propició aquel desamor no había desaparecido. Se giró y fue a la cocina. Necesitaba tomarse un café y pensar en los cambios que durante aquella semana le habían ocurrido, entre los cuales se encontraba el nuevo empleo. Dos noches atrás entró en el bar un hombre con una mirada sombría. Al principio creyó que se trataba de otro borracho en busca de pelea, pero cuando su mirada se encontró con la suya y reconoció en sus ojos esa satisfacción de hallar lo que andaba buscando, supo con exactitud que él era el objetivo de aquel extraño.

— ¿Me buscabas, princesa? —le dijo con su típica chulería. —¿Eres Abel Segura? —le preguntó el hombre.

—¿Cómo sabes mi nombre? —Entrecerró sus ojos y observó con más detenimiento al individuo.

—Porque vengo a ofrecerte una mejora en tu vida. —César se sentó en un taburete cercano a la barra del bar. Abel se colocó frente a él.

—Cuéntame...

—Trabajo en una empresa de seguridad. Mi jefe ha pasado por este local, te ha conocido y le gustaría que trabajaras para él. Un buen sueldo y un trabajo peligroso.

—Me gusta la combinación de ambos. —Abel se tocó la barba y sonrió de medio lado. Aquel extraño había captado su atención. El dinero le vendría bien, además necesitaba cambiar de aires, y un empleo con emociones fuertes era algo que no podía rechazar. —Lo imaginaba... César echó un vistazo alrededor y contempló el tosco bar en el que se hallaba. Javier parecía tener razón de nuevo. Aquel hombre irradiaba en cada gesto de su cuerpo la necesidad de salir huyendo de allí. Sin embargo, la actitud chulesca que mantenía, sembraba la duda de que quizás Javier se precipitaba, al pensar que era el elegido para llevar la corporación, con la inteligencia y discreción necesarias.

—No te hago perder más tiempo. Aquí te dejo la dirección de tu primer trabajo. Es obligatorio vestir de traje y ser muy puntual. —César sacó la tarjeta y se la puso sobre la barra. Abel la ojeó sin cogerla. Miró al extraño y frunció el ceño.

—¡Mierda! ¿Tengo que vestir de pingüino?

—Bienvenido a tu nueva vida. —Se levantó del asiento y se marchó sin decir ni una sola palabra más mientras esbozaba una placentera sonrisa. El tiempo parecía haberse parado. Miró el reloj y no había transcurrido ni una hora desde que ella le dio el portazo. Sentado en una silla y mirando a través de la ventana, las palabras de la enojada mujer volvieron a su mente. Ella tenía razón, no podía amar a nadie. Le resultaba imposible aferrarse de nuevo a una mujer. Le costó mucho tiempo resurgir de entre el mundo de sombras y alcohol en el que había caído tras lo de Johana. Tal vez si su madre no le hubiese abierto los ojos en el funeral de su padre todavía andaría por las calles de la ciudad pidiendo limosna para comprar otro cartón de vino con el que seguir ahogando sus penas. Sin embargo, sacó fuerzas y salió de aquel maldito mundo en el que se había sumergido. Aunque nunca pudo superar el dolor que le causó el abandono de su único amor. Por eso era frío como el hielo, por eso no dejaba que ninguna mujer ocupara de nuevo su corazón, por eso las utilizaba para su placer y cuando comenzaban a pedirle algo más, las abandonaba sin remordimientos. Era la única manera que encontró para continuar vivo.

No había cumplido los veinte años cuando todo su mundo se vino abajo. Había llegado del primer permiso que le concedió la ONU después de un año y medio en una misión secreta. Durante aquel tiempo las conversaciones con ella habían sido escasas, algo más abundantes al principio pero transcurridos seis meses desde su partida, apenas una llamada para saber si continuaba vivo. Todos sus compañeros le contaban que eso era lo habitual cuando se distanciaban tanto tiempo; sin embargo, una vez de regreso todo volvería a la normalidad. Así que cuando le concedieron el permiso no le dijo nada, quería darle una sorpresa. Paró el coche en la puerta y corrió para aferrarla entre sus brazos, y ofrecerle todos aquellos besos que durante más de año y medio no le había podido dar. Susurrarle al oído los cientos y cientos de *te quiero* que murmuró a las estrellas de la noche pensando en ella. Aunque algo llamó su atención, el hogar estaba cambiado. Alrededor del jardín había una valla de madera, y bajo los árboles frutales un pequeño parque infantil. Tal vez aquellas modificaciones eran el presagio de lo que ella esperaba tras su regreso, formar una familia a su lado. Con una enorme sonrisa ante la visión de lo que sería tener un montón de niños correteando por allí, tocó el timbre de la puerta y esperó a que le recibieran.

— ¡Ya voy! —le dijo una voz que reconoció al momento. Por un instante se sorprendió, pero luego recordó que lo último que le hizo prometer a su amigo fue que debería protegerla durante el tiempo que él estuviese lejos.

—¡Abel! ¿Qué haces por aquí? —preguntó asombrado Lucas. —¡Hola, Lucas!

—Extendió su mano para saludarle—. Me han dado un permiso. ¿Qué tal todo?

—Bien —respondió al gesto de saludo.

—¿Quién es, cariño? —La voz de Johana apareció detrás del hombre.

Abel no se había dado cuenta que ella añadió “cariño” a la inocente pregunta. Estaba tan ilusionado por volverla a ver, por tenerla de nuevo entre sus brazos... que aquel matiz tan importante no lo había registrado su mente. Pero cuando la vio frente a él no tuvo más remedio que retroceder unos instantes en el tiempo y descubrir con un terrible dolor, que todo había cambiado.

— ¡Abel! —exclamó extrañada la muchacha.

—¿Johana? —preguntó para confirmar que aquella mujer que llevaba entre sus brazos un bebé de no más de dos meses de vida, era la mujer que dejó llorando y diciendo que lo esperaría el tiempo que fuera necesario el día de su partida.

—Pasa, no te quedes en la puerta —comentó Lucas alzando su mano para posársela en el hombro—. Tenemos muchas cosas de las que conversar.

—¿Conversar? No creo que tengas mucho que decir al respecto, Lucas. Te dejé a cargo de la mujer que amo y me las arrebatado. ¿Hay algo más?

—Abel, por favor... —rogó Johana acercando aún más al bebé a su pecho—. Fue todo tan extraño, tu marcha, mi soledad, su amis- tad... —Las lágrimas de la mujer comenzaron a brotar de sus azu- lados ojos.

—¿Crees que yo no me encontré solo? Muchas veces, Johana. Pero jamás me rendí, jamás me lancé a otros brazos y ¿sabes por qué? Por amor, porque nunca hubo otra mujer que no fueras tú. —Aguantó estoicamente aquellas lágrimas que luchaban por salir y echando un último vistazo a la pareja y a su retoño, se giró sobre sus talones y marchó hacia su coche con pasos fuertes y decididos. Debía salir lo antes posible de allí porque de lo contrario le patearía el culo a quien se hizo llamar en el pasado su amigo.

—¡Abel! ¡Abel! Por favor, ¡escucha! —gritaba la muchacha entre lamentos.

Abel no se detuvo. Se metió en su vehículo y echó una última mirada hacia ellos. Lucas abrazaba a la joven y le besaba el cabello, mientras ella apoyaba su cabeza en el hombro y miraba cómo se marchaba Abel, que arrancó y desapareció.

Volvió a clavar la mirada hacia el exterior y los primeros ra - yos de sol le dieron los buenos días. Se levantó de la silla y se dirigió hacia el baño. Necesitaba arreglarse un poco para afrontar su nueva etapa.

6 la reflexion de cesar

Se puso la chaqueta y resopló. Después de casi dos años trabajando junto a Javier hoy le decía adiós. Pensaba que iba a sobrellevar mejor la retirada, pero se había mentido así mismo. Añoraría la emoción de lo desconocido, las conversaciones con sus compañeros, el estrés, las risas, la frustración tras la derrota... Pero lo había sopesado mucho y sabía que hacía lo correcto.

—Cariño, he de irme. —Se acercó a su esposa y le dio un beso en la frente.

Ella permanecía dormida sobre la cama del hospital. Relajada por la gran cantidad de sedantes que le administraban, no era consciente de lo que tenía a su alrededor.

—No tardaré mucho en regresar. Tengo que vigilar la fiesta y al nuevo candidato.

¿Sabes? —Le acarició el poco pelo que le quedaba—. Te hubiese encantado conocerlo. Lo empezarías a psicoanalizar desde el momento que pusieras sus ojos en él. Es de estos tipos duros que esconden un pasado turbulento. Aún no sé si será el hombre que necesita Javier para llevar al equipo hacia delante. No es que cuestione su opinión, tan solo creo que no se adecúa a sus exigencias, lo veo demasiado prepotente. Pero él sabrá. Hoy veré si se confirman mis sospechas. Iremos a la fiesta que celebra Eduardo, ya sabes... el que creemos que es el cabecilla de toda esta desgracia. Bueno, me marcho. No quiero llegar tarde el último día, te prometo que después de hoy todo mi tiempo será para ti. —Volvió a besarle la frente.

César se quedó allí parado durante unos segundos. Apretó los puños con fuerza y sintió un gran dolor. No podía concebir una vida sin ella, lo era todo para él. En aquel momento entendió perfectamente al padre de Javier, que dos meses después del fallecimiento de su esposa, puso fin a su vida con un disparo en su boca. En aquel instante no pensó en la soledad en la que se envolvería su hijo, le pudo más la idea de no poder vivir sin su mujer.

—No vio otra salida —le dijo a Javier el día que lo encontró parado frente a la puerta de su trabajo después de veinte años.

—No lo justifiques, me abandonó. Pensó solo en su dolor y no imaginó cuál sería el mío.

—No lo justifico, Javier, pero lo comprendo. Estoy casado, y en estos momentos no concibo mi vida sin ella. Así que fue normal que decidiese acabar con su vida tras su pérdida.

—Esa es la razón por la que estoy aquí después de veinte años. Quiero construir una ciudad más segura, donde podamos vivir sin miedo. De todas formas eso quedó ya en el pasado, ahora quiero vivir el presente y tal como te he dicho, antes de que comencaras a rememorar el pasado, quiero corregir el rumbo que ha tomado esta sociedad desde que puse tierra de por medio.

—No, Javier. Lo que te ha movido hasta aquí después de tanto tiempo es tu sed de venganza. Estás podrido por ella y no pararás hasta que encuentres al que le dio la droga adulterada a tu madre. ¿Merece la pena vivir así? —Puso su mano sobre el hombro del amigo.

—Merece la pena intentarlo, César, porque lo que yo tengo no es vida.

—Te ayudaré en lo que pueda, sabes que puedes contar conmigo siempre.

—Lo sé, por eso he recurrido a ti. Necesito que me orientes. Gracias a tu experiencia como guardaespaldas del que fue alcalde de esta sociedad, sabrás cómo actuar y cómo dirigir a un grupo de hombres preparados.

—Cuenta con ello. —Le extendió la mano y cuando Javier la agarró, tiró de él para darle un fraternal abrazo.

César se quedó parado durante unos instantes delante de la puerta. Toda aquella fuerza que presentaba delante de ella desaparecía al cerrar la habitación. Volvió a sentir el escozor sobre sus mejillas. Las lágrimas le quemaban la piel tras su paso.

Había llorado tantas veces desde que se enteró de que su esposa se rendía en su lucha por sobrevivir, que tenía la piel cortada. Suspiró profundamente para tomar fuerzas y levantó la cabeza, aún le quedaba una misión que cumplir.

7 un encuentro, dos maneras diferentes de Verlo

La manera de él...

Abel estacionó la moto en el aparcamiento del hotel. Se quitó el casco y se atusó el pelo. Esperaba adaptarse pronto al nuevo corte. Había llevado una cola de caballo durante cinco años y ya era hora de renovarse. Caminó erguido y pausado, registrando mentalmente cada rincón del lugar en el que iba a trabajar. Ahora entendía por qué era imprescindible que vistiera de traje. Se ajustó la corbata y siguió andando hasta que llegó a las escaleras de la entrada principal donde César le esperaba.

—Buenas noches —le saludó.

—Buenas noches, Abel. Bonito corte de pelo. —Extendió la mano para saludarlo.

—Gracias. Quise ponerme guapo para ti —comentó con una sonrisa burlona—. Por cierto... ¿qué debo hacer aquí? No me parece un lugar conflictivo.

—Para nada. Nuestra misión es proteger a los invitados que están en el local, de posibles contratiempos. Ten en cuenta que son la *crème* de la sociedad, muchos de ellos están amenazados por antiguos trabajadores de sus fábricas. Sin embargo, hasta el momento no hemos tenido ningún altercado importante. —César caminó hasta un pequeño mostrador que había en la salita de empleados para coger unos folios en los que comenzó a leer lo que parecía la lista de invitados.

—¿Sólo eso? Creo que entonces lo haré bien. —Mantuvo la sonrisa en su rostro.

—Es muy importante pasar desapercibido. Hoy tan solo te encargarás de proteger a las mujeres de los asistentes.

—¡No me jodas! ¿He cambiado mi anterior trabajo para ser una niñera? —Se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—No te darán guerra... —se burló—. Son buenas chicas. —Prefiero una patada en los huevos que esto —dijo entre dientes.

—Tranquilo, con tanta arpía charlando sobre diamantes, vestidos y peinados de última moda, tu deseo se habrá cumplido. En fin, vete a la zona sur y yo me encargaré de la norte. Cualquier problema...

—Te llamaré. —Levantó la mano y dio por finalizada la conversación. Se dirigió hacia el lugar indicado mientras observaba todo a su alrededor.

Diez camareros esperaban atentos la llegada de los primeros invitados que eran recibidos por el *maître* en la entrada. Con una amplia sonrisa y frases llenas de halagos, hacia el vestido de la señora o la elegancia del caballero, les acompañaba al lugar asignado para la velada. Abel pensó que todo aquello era demasiado ostentoso para su gusto. Las mesas estaban adornadas con manteles de seda de diversos colores, asemejándose a un intenso arcoíris. Sobre ellas, vajilla con adornos en oro, cubertería de plata y una refinada cristalería. Arrugó la frente y dudó si lo que estaba viendo era real, no podía ser cierto que los candelabros que había sobre las mesas fueran de oro blanco. «¿Quién puede comer con un candelabro de oro blanco delante? Miles de personas llorando por un plato de comida y estos pijos comiendo con adornos que podrían alimentar a una familia durante meses». Se enojó.

Poco a poco la silenciosa sala comenzó a llenarse de invitados. Abel observaba indignado los vestidos y las numerosas joyas que las damas de la alta sociedad lucían como si fuesen pavos reales abriendo sus colas para mostrar su exorbitante belleza. «Es normal que la clase obrera no esté invitada, puede tener la tentación de coger “de forma descuidada” alguna que otra alhaja». Sonrió de medio lado mientras le volvían a surgir las dudas sobre aquel empleo. Dejó la vista perdida en ninguna parte y pensó que aquello no era lo que esperaba. Le habían dicho que trabajaría en algo de su nivel, pero si esa era la valoración que habían hecho sobre él, iban muy mal encaminados.

Después de más de cinco bostezos seguidos por fin ocurrió algo interesante. Los invitados comenzaron a remolinarse en torno a dos personajes que acababan de entrar. Debían de ser muy importantes. Abel pensó que sería conveniente apartar aquella aglomeración de ellos, pero cuando estaba a punto de empezar a correr, César le ordenó que permaneciera en su lugar.

—¡No te muevas! —le gritó por el *pinganillo*—. Esa pareja que acaba de entrar son los anfitriones.

—O.K. Pero... —No pudo continuar hablando porque sus oscuros ojos se habían posado en una esbelta y delicada figura que avanzaba entre aquel alboroto de personas, haciendo que por primera vez en su vida se quedara sin habla.

La tímida silueta caminaba despacio y saludaba cariñosamente a todos los asistentes. Paseaba sigilosa entre las mesas. Su pelo, de color dorado, se esforzaba por mantenerse recogido en un moño alto, dejando su delgado y blanquecino cuello expuesto a las miradas de todo el que deseara contemplarlo. Los hombres besaban su mano y las mujeres le ofrecían unos alejados besos en sus sonrojadas mejillas. De pronto comenzó a mirar de un lado a otro como si estuviese desubicada. Tal vez buscaba un rincón donde esconderse, pero antes de poder dar un paso para alejarse del bullicio, su acompañante entrelazó una de sus manos y la condujo hacia el lugar que debían ocupar. Desde aquella zona todo el mundo podía observar con claridad a la pareja de anfitriones y ellos a sus invitados. Abel seguía en su posición inmóvil. No había pestañeado más de tres veces desde que ella hizo acto de presencia en el comedor. No entendía el porqué, pero lo había hechizado sin siquiera dirigirle una mirada. Clavó sus ojos en ella y sintió un quejido interior al ver que aquella mirada azul reflejaba tristeza y desamparo. Respiró profundamente mientras se decía así mismo que él había ido a trabajar, no a buscar un cuerpo caliente para su cama. Así que comenzó a pensar en las salidas de emergencia que tenía el salón y en cómo evacuar a los asistentes en caso de incendio. Sin embargo, sus ojos volvían a ella sin control.

—Mi esposa y yo —comenzó a hablar el anfitrión—, queremos agradeceros vuestra presencia en un día tan importante para nosotros. Hoy celebramos toda una década juntos. Años colmados de alegrías y felicidad. —Sujetó la mano de su mujer y la besó—. Querida Blanca, gracias por ser tan comprensiva conmigo. Espero poder agradecerte todo lo que has hecho por mí. —Se inclinó y besó suavemente sus labios. En ese instante Abel apartó la mirada de ella y buscó a César, que observaba al orador muy atento, como si estudiara cada una de sus palabras.

—¡Salud para todos! —exclamó alzando su copa.

—¡Salud! —respondieron los comensales.

Tras aquel brindis, los camareros empezaron a deambular por el salón para ofrecer su mejor servicio. Abel contemplaba los ricos manjares que cubrían los platos. Codornices, lechones y una selecta guarnición llenarían aquellos refinados estómagos. Examinó de nuevo a su compañero y los ojos de este seguían clavados en el marido de Blanca. «Solo hay dos razones para ello». Pensó. «O bien te gusta ese tipo, que no lo creo, o hay algo más que no me has contado y que tarde o temprano averiguaré...». Llevó el diminuto micrófono a su boca para darle un toque de atención a su compañero pero no consiguió articular ni tan siquiera una palabra: algo más importante para él captó su interés. Entre las risas y charlas de los asistentes, Blanca luchaba con discreción por cortar un pedazo de carne que se resistía a ser troceado. Parecía abochornada ante la situación. Sus mejillas bañadas con una ligera sonrojez indicaban que no pasaba por un buen momento. Fijó su mirada en la mujer y ella giró su cabeza hacia él. Ambos se contemplaron durante unos instantes sin poder apartar la vista el uno del otro. Pero alguien demandó la atención de la mujer haciendo que abandonara aquel fortuito encuentro. De regreso, se dispuso una vez más a la tarea del “troceo” sin conseguirlo. Fue entonces cuando un impulso extraño brotó desde lo más profundo de

las entrañas de Abel. Pensó en saltar por encima de todos aquellos que se pusieran a su paso y situarse junto a ella para desmenuzar el filete con sus propias manos. Sonrió lujurioso al imaginar cómo sería alimentarla de sus manos y poder así sentir en sus dedos la suavidad de aquellos labios rojos. De pronto ella soltó los cubiertos y miró la copa. Él permanecía ya atento a todos sus movimientos. En aquella sala nadie era más importante que la pequeña figura del vestido turquesa y el precioso cabello rubio. Blanca se levantó, se inclinó y alargó su mano para alcanzar la copa, que de forma descuidada había apartado su marido. Sin darse cuenta de que ante tal hecho, su escote dejó de ser insinuante para regalar a quien lo observara, la belleza de un pecho turgente. «¡Mierda!». Susurró Abel al contemplar aquella fruta prohibida. Su mente calenturienta comenzó a imaginar su boca lamiendo, mordiendo y acariciando aquel pequeño pezón, y su cuerpo se excitó sin control; advirtiendo que la erección no podría ser “contrarrestada” aunque pensara en todas las monjas de un convento. Echó un vistazo a su alrededor y encontró una cortina bastante amplia; pensó en permanecer allí oculto el tiempo suficiente para relajarse. Quizás si dejaba de verla, su mente olvidaría lo que había descubierto.

—¿Has visto algo extraño? —César se alarmó ante la reacción de su compañero.

—¿Extraño? No... —respondió.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal? —Siguió preguntando a través del comunicador mientras se acercaba hasta Abel.

—Necesito unos segundos y volveré a estar perfecto —contestó entrecortado. Aquella situación era bastante bochornosa, su primer empleo en la nueva empresa y... ¡empalmado!

—¿Quieres que llame a un médico? Seguro que habrá alguno...

—¿Y qué tratamiento me mandará cuando vea esto? —Con un leve gesto hizo que César se fijara en lo abultado de su pantalón.

—¡No me jodas! —se carcajeó al descubrir el motivo de su nerviosismo.

—Tío, necesito unos minutos —imploró.

—Tranquilo, vete al baño y cuando te encuentres menos... hinchado, regresas a tu puesto. —Seguía riendo sin parar.

—Gracias.

Esquivando como pudo a las personas que deambulaban por el salón, caminó hacia el baño, donde podría al fin encontrar el alivio que necesitaba. Por mucho que meditara sobre la razón de aquella inoportuna reacción no encontraba una respuesta coherente. Hasta aquel momento había controlado muy bien sus instintos sexuales; sin embargo, aquella mujer lo alteró de una manera sin precedentes. Le despertó el yo primitivo que dormía desde que tuvo aquel shock inolvidable. Estaba desequilibrado y le enfurecía sentirse así. Durante toda su vida había estado con multitud de mujeres y ninguna le había causado aquella extraña sensación. «Será porque es una fruta prohibida». Se dijo mirándose en el espejo. Esa fue la razón más sensata que encontró; el saber que estaba fuera de su alcance lo estimularía más. Abrió el grifo y se refrescó la cara. No le quedaba más remedio que evitar aquellos pensamientos y volver a la realidad; era una mujer comprometida y él un simple vigilante. ¿Qué sería capaz de ofrecerle? ¿Amor? Eso era una mierda. El lujo y el estatus social en el que ella vivía, no lo cambiaría por un amor incondicional. «¿Pero qué cojones estás pensando?». Se volvió a decir. «¿Estás pensando en amor con solo ver una teta? Entonces... ¿qué le ofrecerías si la vieres desnuda? ¡¡Gilipollas!!». Gritó a la vez que golpeaba con sus palmas el lavabo. Tenía que salir de allí lo antes posible. No consentiría volver a tener aquellos tontos impulsos hacia ella, sobre todo por su bien. No deseaba hallarse de nuevo aferrado a una botella llorando por un amor imposible. Se giró y se metió en uno de los aseos. Dejó la puerta entreabierta y comenzó a orinar.

De pronto un pequeño ruido se escuchó tras la puerta. Abel se movió despacio y cerró

con el pie un poco más. No deseaba que lo encontrasen en esa situación. Sin embargo, se oyeron unas risas de mujer que lo descolocaron. «¿Una mujer en el baño de hombres?». Se preguntó, pero la respuesta llegó de inmediato cuando escuchó una voz masculina. «¡De puta madre!». Pensó Abel. «Creo que me voy a aliviar con la parejita». Sonrió. Puso toda su atención en los amantes y empezó a tocarse de otra manera su sexo.

—¿Estás seguro de que aquí no nos verá nadie? —preguntó una voz femenina.

—Seguro. ¿No confías en mí? —respondió el hombre.

—Claro que sí. Pero tu mujer está ahí fuera y nosotros vamos...

—Mmmm... eso lo hace más interesante, ¿no crees? —Se escuchaban besos y gemidos de satisfacción.

«¡Madre mía!». Pensó Abel mientras se tocaba. «Añadimos adulterio al asunto, me encanta».

—Arrodíllate —ordenó el hombre—, y hazme disfrutar.

Se escuchó la hebilla de un cinturón y los suaves gemidos de la mujer. Abel seguía masturbándose detrás de la puerta. Estaba muy excitado, casi a punto de explotar. Cerraba los ojos y pensaba una y otra vez en la mujer que había conocido. Había impactado tanto en él que necesitaba desahogarse como fuera. De pronto escuchó los suaves *clips* de la boca de la mujer. «¡¡Dios, menuda mamada!!». Se dijo. «Me estáis pidiendo a gritos que os mire». Pensaba sin dejar de tocarse. Abrió la puerta un poco y observó la espalda del hombre. Apenas se había bajado los pantalones. Ella estaba como le había indicado, de rodillas y metiendo en su boca el sexo masculino. El hombre bajó la mano hacia el escote de la mujer y le sacó los pechos. En ese instante Abel gruñó para sí. Se imaginó lo que sería morderlos y hacerla disfrutar al mismo tiempo que ella se lo hacía al amante. «¡No!». Se recriminó. «No es en ella en quien estás pensando y a ella jamás la compartirías con nadie». Se dijo cabreado. Pero no podía dejar de darse placer, cuando llegaba a este punto era como un tren sin frenos. De repente el amante cogió a la chica del pelo y la incorporó. La puso mirando hacia el espejo y le levantó el vestido.

—Muy bien, zorra. Te voy a dar lo que has venido a buscar. —Metió una mano entre las piernas de la joven y comenzó a moverla con rapidez. Ella echaba la cabeza hacia atrás y gemía sin parar. Su rostro reflejado en el espejo era de lo más erótico—. ¿Esto es lo que quieres? —le preguntaba agitándola con fuerza. Cambió el ritmo, ya no movía la mano de derecha a izquierda sino de arriba abajo.

«¡Santo cielo!». Exclamó Abel al notar cómo se corría sin control. Se giró, cogió papel para limpiarse y cuando volvió a contemplar a la pareja, él ya la estaba invadiendo con su sexo. La zarandeaba con fuerza, con rabia. La joven dejó fluir su pelo. Sus pezones subían y bajaban al ritmo que le marcaban. Abría la boca para exhalar no solo el aire sino también pequeños jadeos.

—¡Córrete, zorra! —gritó en el momento que unos bruscos zarandeos recorrían su cuerpo y escapaba de su boca un bramido de placer mientras levantaba el rostro para contemplar su satisfacción en el espejo.

«¡¡Me cago en la puta!!». Exclamó Abel al saber de quién se trataba. En milésimas de segundo aquella divertida y excitante escena pasó a ser tan aberrante que apoyó la cabeza en la pared para no caerse. No se sentía mal por lo que había hecho sino por lo que había descubierto.

—¿He sido buena chica, Eduardo? —preguntó la joven acicalándose con rapidez.

—Muy buena. De las mejores. Sigue así y tu secreto estará a salvo conmigo, Sara.

—Le dio un pequeño cachete en el moflete y salió de allí dejándola sola.

La joven lo miró hasta que cerró la puerta. Cuando creyó estar sola comenzó a golpear con sus pequeños puños la piedra que adornaba el lavabo. Aquel rostro que irradiaba un aparente placer se transformó en odio.

—¡Te mataré! —decía sin cesar al mismo tiempo que golpeaba el lavabo. —¡Acabaré contigo!

Trascurridos unos instantes la calma se apoderó de ella, respiró profundamente, y salió de allí con la cabeza alta.

Abel estaba atónito. No sabía qué había pasado. No llegaba a asimilar que aquella mujer actuara de aquella forma. «Será una esquizofrénica o una *roba-maridos*». Pensó a la vez que abría la puerta tras cerciorarse de que se encontraba solo. Continuó andando hasta la salida. Seguía confuso, pero sobre todo cabreado por saber que Blanca había sido traicionada.

Una vez en la gran sala, se dirigió hacia la posición en la que debía permanecer expectante. Buscó con la mirada a Blanca y la encontró sonriendo y charlando divertida con la gente que le rodeaba, ajena a lo que su infiel esposo había hecho en el baño. El adúltero marido apareció detrás de ella y le ofreció un beso en la mejilla, al que respondió con una suave muestra de cariño. Quizás si hubiese sabido de dónde venía le habría dado una buena bofetada en vez de recibirlo con afecto. Eduardo, con gracia, dijo algo al grupo de mujeres que le rodeaban y les hizo reír a carcajadas. Ella se ruborizó y alzó su mano. A Abel aquellos sonrojos en las mejillas, le parecieron lo más bello que había visto en su vida.

—¿Todo bien? —César llegó hasta su lado, debía confirmar que su acompañante por fin se había controlado.

—Sí. —Siguió clavando su mirada en ella.

—No te veo muy conforme.

—Bueno, no se puede tener todo en esta vida. —Seguía sin apartar la vista de la mujer.

—Se llama Blanca —dijo cuando averiguó hacia dónde dirigía sus ojos.

—¿Perdona? —preguntó con tono grave.

—La mujer a la que devoras con tus ojos se llama Blanca, y es la “esposa” del anfitrión de esta fiesta.

—¿Por qué enfatizas la palabra esposa? —Dejó de mirarla.

—Porque... ¿está casada?

—Lo sé... —susurró.

—Es normal que te sientas atraído por ella, es un encanto. Dulce, jovial, alegre... Es la única que piensa que hablar con los empleados no es sinónimo de rebajarse.

—Ajá —contestó sin querer mostrar la alegría que le habían producido aquellas palabras. Porque descubrir que lo había alterado una arpía deslenguada, hubiese hecho que se enfadara muchísimo con su descontrolado miembro.

—No la mires tan descarado, tío. Pueden llamarte la atención. —César le golpeó el hombro e intentó marcharse pero no lo consiguió. Abel lo agarró al percatarse de que Blanca comenzaba a caminar hacia ellos. La cadencia con la que andaba volvió a despertar una nueva erección pues su mente la imaginó balancearse de la misma manera sobre él.

—No te vayas, ¡por Dios! No me dejes a solas con ella. Creo que soy incapaz de dominarme —suplicó.

—¿Y perderme esto? ¡Ni de coña! —Una pícaro sonrisa apareció en el rostro de su camarada.

—Buenas noches, caballeros —dijo Blanca cuando estaba junto a ellos.

—Buenas noches, señora —respondió César con las manos entrelazadas en la espalda.

—Buenas noches —tartamudeó Abel.

—César, me ha comentado Eduardo que esta será tu última noche con nosotros, ¿es por tu esposa? ¿No fue bien la *quimio*? —preguntó preocupada mientras enlazaba nerviosa un descontrolado tirabuzón de su pelo.

—Así es. La *quimio* no dio el resultado que esperábamos y me gustaría pasar a su lado todo el tiempo que sea posible —contestó apenado.

Mientras hablaban de la mujer de su compañero, Abel miraba cómo el rostro de Blanca se embellecía aún más al mostrar preocupación. Enredaba y desenredaba aquel mechón entre sus dedos según la tensión de la conversación. Estaba embelesado ante ella. Se decía una y otra vez que jamás había visto una mujer tan hermosa, pero su mente le jugó de nuevo una mala pasada. Regresó la visión de su pecho desnudo y la necesidad de recorrerlo con sus labios. Giró la cabeza disimuladamente y cerró los ojos, debía pensar en otra cosa.

—¿Te sucede algo? —La voz de Blanca interrumpió sus pensamientos.

—Siento la descortesía, señora. Mi compañero, Abel, será el encargado de llevar la vigilancia durante el tiempo que me ausente. —Blanca alargó la mano para saludarle pero este no fue capaz de reaccionar. Sus mofletes comenzaron a cubrirse de un intenso color rojo y los ojos se llenaron de una luminosidad extraña.

—¿Abel? —preguntó César a su amigo para que regresara del mundo en el que se hallaba.

—Lo siento... —se disculpó—. No, no me ocurre nada... Estoy encantado de reemplazar a mi compañero. —Aferró despacio la mano femenina y mantuvo durante unos instantes aquel cálido contacto—. Espero serle de ayuda... bueno, me refiero a si usted necesita... quiero decir...

—Debe disculparle, Blanca —dijo César con una gran sonrisa en su rostro—. Es su primer día y anda algo nervioso.

—Pensaba que estaba enfermo —le explicó—. Como tiene la mano helada y parecen arderle las mejillas...

—Es algo normal en mí cuando “me pongo nervioso”. Se me pasará en seguida, no se preocupe. —Miró de reojo a César y observó en su rostro lo cómica que resultaba aquella situación.

—Debo marcharme, mis invitados me estarán buscando. Espero verte pronto por aquí, César. Significaría que ella lo ha superado.

—Gracias, eso espero.

—Buenas noches —se despidió.

Abel seguía atolondrado. Su cabeza se balanceaba al compás de aquellas marcadas caderas.

—Tal como la miras creo que estas jodido, muy jodido —le susurró César mientras le palmeaba la espalda.

—No tanto como piensas... —Se giró bruscamente hacia su compañero—. No soy tonto, ¿sabes? Me puede haber vuelto loco ese culito pero no se me pasa por alto que te traes algo entre manos.

—¿A qué te refieres?

—Sé que hay un trasfondo en toda esta parafernalia de empleo que tengo. Fui militar y la misión que tenía era de reconocimiento, así que olfateo el peligro a kilómetros. He visto cómo observas al marido de Blanca, ¿Eduardo, verdad? —César asintió—. Y tampoco dejas de mirar al hombre canoso de su lado, ¿quién es?

—Es el comisario de policía, Vicente Esteban.

—Perfecto, ahora quiero saber dos cosas; en primer lugar si somos los buenos.

—Sí —contestó con firmeza César.

—Segundo... —Tomó aire y volvió a mirar a Blanca que charlaba amablemente con las personas que tenía a su alrededor—. ¿Ella es una víctima en todo esto?

—Sí, lo es.

—Estoy dentro, César. Sea lo que sea aquello que hayáis montado, estoy dentro. Pero solo pondré una condición.

—¿Cuál?

—Protegerla.

La manera de ella...

«Sé que va a ser un día especial, lo presiento». Se dijo Blanca mientras miraba a través de la ventanilla del coche. Su marido estaba sentado a su lado, pero como era habitual hablaba por teléfono y planeaba mil cosas que hacer ignorando su presencia. Apenas la miraba o conversaba con ella. En muchas ocasiones Blanca pensó en desaparecer una temporada, y confirmar a su regreso que no se había percatado de su ausencia. Pero no se atrevió por no afrontar lo que con toda probabilidad era la verdad: que ella era tan solo un ornamento que mover a su antojo.

—Hemos llegado. Espero que esta noche muestres tu mejor sonrisa. Es la fiesta de nuestro aniversario —dijo Eduardo cuando el empleado aparcó el vehículo.

—Tranquilo, sé fingir muy bien —comentó con sarcasmo.

Tras una penetrante mirada de advertencia, Eduardo abrió la puerta, rodeó el coche y espero a que Blanca se colocara en el lugar donde debía estar, a su lado.

—Esta noche es muy importante para mi carrera. Tengo invitados que no debo dejar escapar. —Le ofreció el brazo y la condujo hacia las escaleras.

—Me lo imaginé cuando me informaste de que eran cien los invitados a nuestra celebración. —Caminaba erguida y apoyándose en él—. ¿Vendrá también alguna de tus zorras?

—No empieces con tus celos, Blanca. No hay más mujer que tú. —Le besó la mano.

—Por supuesto...

Se mordió el labio y maldijo otra vez el día en el que aceptó la proposición que le hizo su padre. Debía casarse con Eduardo para poder solventar los problemas económicos por los que pasaban. Arruinados por una inapropiada inversión, quedó en quiebra a sus sesenta años. «Nos gustaría darte más alternativas, hija. Pero no las tenemos. No es el futuro que esperábamos para ti, pero es el único que podemos ofrecerte». Y así fue, mediante aquella unión siguieron manteniendo su envidiable posición social a cambio de ser la perfecta esposa de un hombre sin escrúpulos. En algún momento de su infernal matrimonio pensó que él terminaría amándola y ella le correspondería, pero no fue así. Solo creció entre ellos el odio y la frustración.

—¿Preparada? —le preguntó su marido antes de adentrarse en el salón.

—Por supuesto —contestó Blanca.

Como en ocasiones anteriores, Eduardo ofrecía su mejor sonrisa a los invitados que se acercaban a recibirlos. Todos alababan la belleza del lugar o de su esposa. Para Blanca eran tan solo frases repletas de hipocresía, como todo lo que encontraba a su alrededor. Tras los obligados saludos, miró a un lado y al otro, buscando un lugar donde poder abstraerse durante unos segundos y así respirar tranquila. Le bastaba tan solo un instante para tomar fuerzas y seguir con aquella pantomima. De pronto sintió que alguien observaba cada uno de sus gestos. Echó un vistazo a su alrededor y se quedó atónita ante la presencia de un desconocido. «¿Quién eres?». Se preguntó clavando sus azules ojos en él. Alguien pasó por delante y entorpeció su visión, pero lo esquivó para seguir contemplando al enigmático personaje. Sus cabellos eran oscuros como la noche. Tenía las facciones muy marcadas. Una cuidada barba le cubría la barbilla y el labio superior. Unos labios rojo fuego intensificaban la oscuridad de su rostro. Subió y bajó la mirada varias veces y pensó que debía de medir dos metros. Observó que llevaba un *pinganillo* en el oído y un pequeño micrófono cogido en la solapa de su traje. «¿Un nuevo escolta?», pensó. Dirigió su vista hacia la segunda entrada y observó a César, quien miraba sin parpadear a su esposo. Tal vez era su sustituto. Había escuchado a Eduardo comentar algo al respecto.

—Ven, cariño. Nos sentaremos ahí. —Eduardo cogió su mano y la condujo hacia la mesa presidencial.

Al lado de su marido se sentarían los de siempre; el comisario Vicente junto a su

sonriente esposa y el señor Pedrosa con su octava o novena concubina. Eduardo se incorporó y empezó a comentar lo maravilloso que era estar al lado de una persona durante una década y dio las gracias a todos por acompañarlos. Blanca levantó la copa cuando llegó el momento de brindar y esbozó su típica sonrisa de felicidad fingida. Sin embargo, sus ojos seguían atentos al misterioso y atractivo extraño, que parecía mirarla con deseo y lujuria. Entonces todos gritaron «¡Salud!», y ella tuvo que apartar su mirada del hombre para centrarse en lo que sucedía a su alrededor.

—¿Me permite? —le preguntó amablemente un camarero mientras colocaba con suavidad un plato con un sabroso bistec.

—¡Qué bien huele! —exclamó en voz alta.

—Sí, tiene muy buena pinta —le respondió la pareja de uno de los socios de su marido—. Perdona mi indiscreción, querida, pero... ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto, qué quiere saber. —Cogió despacio los cubiertos y los preparó para trocear el filete.

—¿Sabes cómo se llama aquel ejemplar? —dijo acercándose aún más a ella.

—¿Quién? —preguntó intrigada.

—Aquel hombre de allí. Ese que vigila la mesa con ahínco. Me encantan los hombres con esa corpulencia y con mirada de chicos peligrosos.

—No lo sé —respondió al mismo tiempo que intentaba cortar la carne sin conseguirlo. Aquella mujer la había puesto nerviosa y tal vez, el saber que alguien más en aquel lugar se había sentido como ella, le incomodaba.

—Pues luego intentaré hablar con él. Tiene pinta de dejar satisfechas a sus amantes.

—La mujer sonrió picarona mientras continuaba saboreando el plato.

Blanca empezó a sentirse indispuesta. Su mente se llenó de insinuantes imágenes sobre el escolta y sintió cómo un calor extraño la invadía. Dirigió su mirada hacia la copa de vino e intentó cogerla, pero le fue imposible porque su marido la había apartado, de forma descuidada, al explicar sus próximos proyectos. Blanca se levantó del asiento y consiguió su objetivo, pero a cambio dejó descuidado su escote y le brindó a todo el que la mirase la imagen de un pequeño y sonrosado pecho. «¡Dios mío!». Exclamó avergonzada. Examinó rápidamente su alrededor por si alguien más se había dado cuenta y suspiró aliviada al no encontrar rostros lascivos. Sin embargo, advirtió movimiento entre los vigilantes. César dejaba su posición para dirigirse hasta donde se hallaba su compañero. La conversación parecía divertida porque César no paraba de reír. Segundos más tarde, el desconocido puso rumbo a los baños.

—Disculpadme —dijo Eduardo incorporándose de su silla.

Blanca clavó sus ojos en su marido y arrugó la frente. Sabía dónde iba a pasar los próximos minutos.

—Querida, estás preciosa. —La mujer del comisario se sentó en el lugar donde había estado su esposo.

—Muchas gracias. Te veo más delgada, ¿has estado haciendo algo? —Sonrió y esperó que aquella pregunta fuese la correcta, porque nunca sabía cómo actuar con aquella hiriente mujer.

—¿Se me nota? —Se apretó el vestido hacia su cuerpo como si quisiera reventar las costuras—. Llevo dos semanas con una dieta muy estricta, y la verdad, si después de tanto sufrir se nota algo, me satisface.

—¿Tú, a dieta? —se entrometió el comisario en aquella conversación de mujeres—. ¡Si no sabes lo que es eso! —se burló.

—No le hagas caso, lleva unas copas de más —cuchicheó la mujer.

—Tranquila... Los hombres no tienen ni idea de lo que nos cuesta a las mujeres mantenernos hermosas —susurró y le guiñó un ojo.

—Blanca, ¿puedes venir? —La señora Angustias levantó una mano desde su asiento y haciendo unos suaves movimientos llamó la atención de la mujer.

—Por supuesto. Si me disculpa...

Se alejó de allí con rapidez. No podía aguantar una conversación de dietas, peso o belleza, nunca sabía qué decir para no ofender a la tertuliana.

—Buenas noches, Doña Angustias, está usted estupenda. —Le besó en la mejilla y sintió cómo su mano era acogida con cariño por las de la anciana.

—Siéntate a mi lado. Me gusta tu compañía. —Le sonrió.

—Y a mí la suya. Me tenía preocupada, llevo tiempo sin verla. —Acarició aquellas arrugadas manos. De entre todas las personas que allí se encontraban, aquella anciana era lo más parecido a una madre. Un hombre en el que llorar, una mujer a quien poder desvelar sus más oscuros secretos, su confidente, su amiga.

—He estado pachucha, pero nada ni nadie puede matar a esta vieja. —Sonrió.

—De todas formas, debe cuidarse; no vaya a ser que un día nos dé un susto —le regañó con cariño.

—Bueno, pretendo vivir mucho tiempo. Me lo han dicho las cartas. —Apretó aquel amarre afectuoso.

—¿Las cartas? —preguntó Blanca asombrada.

—Esta vieja es también bruja y el otro día, cuando me encontré tan malita me las eché, pero no siempre te dicen lo que quieres escuchar, ni tampoco de quién quieres saber.

—Soltó una de sus manos y la llevó hacia la copa del vino.

Blanca amasugó los ojos calculando cuántas copas llevaría ya en su cansado cuerpo.

—¿No me vas a preguntar qué vi? —la reprendió con cierto enfado.

—¿Debo interesarme por su vida? —Cruzó sus brazos y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Las cartas me hablaron de ti, Blanca. Me contaron sobre aspectos de tu futuro.

Apareció la carta de la separación, un ángel guardián y un nuevo amor que te ofrecerá aquello que no has tenido hasta ahora. —Cogió una de sus manos y la apretó con fuerza.

—¿No cree que ya ha bebido suficiente? —La miró con ternura.

—No me he terminado la botella y no quiero hacer que el ambiente se incomode. Ahora márchate, debes atender a tus invitados...

—Siento si yo... —intentó excusarse, pero la anciana levantó su mano y no le dejó decir ni una palabra más.

Se incorporó del asiento, besó aquella arrugada mejilla e intentó volver a su lugar. Sin embargo, en el camino tropezó con un grupo de mujeres que al hallarla por fin sola, comenzaron a agobiarla con preguntas. Blanca apartó un momento la mirada cuando una de ellas mostraba a las demás su última joya y contempló el regreso del nuevo vigilante. Parecía muy enfadado. César se acercó y comenzó a cuchichear. Entonces Blanca pensó en acercarse hasta allí con la excusa de preguntar por la salud de la mujer del empleado, y así descubrir quién era aquel enigmático hombre.

—Buenas noches, caballeros —les saludó.

—Buenas noches, señora —le contestó César.

—Buenas noches —respondió el extraño casi tartamudeando.

—César, me ha informado Eduardo de que te marchas, ¿es por tu esposa? ¿No fue bien la *quimio*? —Al sentirse nerviosa comenzó a entrelazar un mechón de pelo que se había escapado del trenzado.

—Así es. La *quimio* no dio el resultado que esperábamos y me gustaría pasar a su lado todo el tiempo que sea posible.

—¿Te sucede algo? —preguntó Blanca al extraño para comenzar a entablar una conversación.

—Siento la descortesía, señora. Mi compañero Abel será el encargado de llevar la vigilancia durante el tiempo que me ausente. —Blanca alargó la mano para saludarle pero este no le respondía.

—¿Abel?

—Lo siento...No, no me ocurre nada... Estoy encantado de re- emplazar a mi compañero. —cogió su mano y la mantuvo durante unos instantes aferrada a la suya—. Espero serle de ayuda... bue- no, me refiero a si usted necesita... quiero decir...

—Debe disculparle, Blanca. Es su primer día y anda algo nervioso.

—Pensaba que estaba enfermo —le explicó—. Como tiene la mano helada y parecen arderle las mejillas...

—Es algo normal en mí cuando “me pongo nervioso”. Se me pasará, no se preocupe.

—Debo marchar, mis invitados andarán buscándome. Espero verte pronto por aquí, César. Significaría que ella lo ha superado.

—Gracias, eso espero.

Blanca caminó con pasos cortos y elegantes. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que sintió en su cuerpo un erotismo tan inmenso y se lo había despertado el tal Abel. Durante el resto de la noche estuvieron cruzándose miradas y creyó que en el momento en el que ella tuvo que retirarse al baño, él la siguió. Aunque cuando abrió la puerta pensando que estaría allí, no encontró a nadie. Quizá su imaginación la estaba llevando demasiado lejos, tal vez la necesidad de encontrar a alguien que la amase y la deseara como tantas veces había soñado, le estaba jugando una mala pasada. Tenía que mirar a su alrededor y ser consciente de lo que tenía, no fantasear con aquello que deseaba alcanzar.

Una vez finalizada la ceremonia y habiéndose marchado hasta el último invitado, se metió en el coche y miró por la ventanilla. Su corazón volvió a latir con fuerza y un nudo le contrajo la garganta cuando vio a Abel salir del local y bajar las escaleras. Parecía dubitativo. Oyó el sonido de la puerta al abrirse y Eduardo entró en el vehículo.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó su marido. —Muy bien, ¿y tú?

—Perfecto, pero la próxima vez tienes que recordar ser más cari- ñosa con mis amigos, en especial con el comisario y con Armando. Nunca se sabe qué se puede necesitar en un futuro.

Blanca lo miró de reojo y no se atrevió a continuar la conversación. Sabía que si indagaba en ella terminaría sabiendo algo que no le haría ningún bien, así que volvió a mirar hacia el exterior y dejó que el tiempo pasara.

8 si a tres le restan uno...

Su sonrisa era tan intensa que le cruzaba la cara de lado a lado. Se sentía muy feliz con todo lo que estaba aconteciendo hasta el momento. No solo comenzaba a tomar el control del submundo sino también de aquello que llamaban exterior, que no era más que un vulgar espejismo del primero. Miró fuera de su oficina y se sintió orgulloso de lo que había construido. Nadie pensó que lo conseguiría y una vez más, Eduardo Aguilar, les demostró que estaban equivocados. Él creía que era un dios en aquella ciudad y como tal, todo aquello que deseaba lo tenía en sus manos con prontitud. Caminó hacia su mesa y miró la agenda, ese día tenía una reunión con Vicente. El principal tema a comentar sería qué iban a hacer con Armando. Comenzaba a ser un estorbo para ellos. La última misión que le encomendaron no la realizó con la pulcritud requerida y eso los ponía en peligro. La orden había sido bastante clara: hacer desaparecer a la puta. Sin embargo, la degolló y la dejó en un banco de un parque infantil. Eso no era lo que le habían pedido. Lo más importante era que no se encontraran los cadáveres de las fulanas porque harían peligrar el imperio que había montado en la ciudad. Dejaron muy claro cómo actuar, una vez satisfechos de sus servicios debían eliminarlas y nadie volvería a saber de ellas. Pero Armando tenía prisa por finalizar la tarea y fue descuidado, tal vez su camello le estaba esperando para colmarlo de polvo y de cristal, así que actuó sin planificación y la muchacha se le escapó del coche... Aunque no iba a suceder nunca más...

—Buenos días. El señor comisario acaba de llegar —le informó su secretaria.

—Hazle pasar. —Eduardo caminó hacia la puerta para recibir a su fiel amigo—. Vicente... —Extendió su mano hacia él.

—Eduardo... —respondió al saludo.

—Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—Un café doble. He tenido un fin de semana algo movido.

—¿Y eso? —inquirió levantando una ceja.

—La comisaría se llena de pequeños altercados durante el fin de semana. Ya sabes, gente hasta arriba de alcohol y drogas que tropiezan con otros de su misma calaña.

—Sonrió.

—Esos son los mejores. —Sonrió también—. Alejandra, tráenos dos cafés dobles.

—Enseguida, señor —respondió la mujer.

—¿Qué has pensado? —preguntó el policía cuando se cercioró de que la secretaria no les podía escuchar.

—Debe ser eliminado. Eso no se puede consentir, ha sido un gran error. Esa maldita adicción lo está volviendo descuidado y como no pongamos fin a esto, tarde o temprano volverá a cometer otro descuido y ese error puede costarnos muy caro.

—Mientras venía hacia aquí... —Fue interrumpido por la secretaria que pidió permiso para entrar—. Esta mañana estás preciosa —le dijo Vicente clavando su mirada en el culo de la mujer.

—Gracias. Usted siempre me mira con buenos ojos. —Sonrió con timidez y dejó las tazas de café sobre la mesa—. ¿Algo más, señor?

—No, gracias. Puedes retirarte.

La mujer se apresuró en dejarlos solos, parecía presentir que aquella reunión era bastante importante y no deseaba hacerles perder el tiempo. Pero cuando cerró la puerta se quedó parada y un escalofrío hizo que su cuerpo se estremeciera de manera inconsciente. No entendía el porqué pero la presencia de aquel hombre le ponía los pelos de punta.

—Deberías controlarte un poco más. Y no clavarle ese tipo de miradas a mi secretaria —le regañó.

—Si fuera por mí, ese culo no solo tendría la marca de mis ojos, sino también la de mis

manos. —Sonrió y cogió la taza de café.

—¿Qué habías pensado tú sobre Armando? —Enarcó la ceja izquierda y comenzó a tamborilear la superficie de la mesa.

—Eliminarlo con su gran debilidad. El depósito está lleno de muertos por sobredosis, y si lo pensamos bien es la mejor forma

Dama Beltrán

de exterminar la basura. Los forenses son claros en sus informes y eliminan cualquier posibilidad que indique un asesinato.

—No sé... ¿Lo has hecho alguna vez? —Eduardo no estaba muy conforme con aquello. Seguía prefiriendo los accidentes automovilísticos o los casos de robos fallidos.

—Una, hace mucho tiempo. Tuve una mujer de la alta sociedad entre mis manos. Vendía su cuerpo a cambio de droga. No quería comprarla ella misma para que su marido no descubriese su lado oscuro, así que como comprenderás la disfruté muchísimo porque la tenía muy enganchada. —Sonrió—. Pero un día decidió retirarse de todo y desintoxicarse. Cuando le negué aquella decisión, porque era una de mis mejores zorras, se puso bravucona y me amenazó con contarle a su marido lo que había pasado entre nosotros y mis trapicheos. La cogí de los pelos, la senté en una silla para que no escapara y le inyecté unas buenas dosis antes de dejarla marchar. Unas cuatro horas después llegó un aviso a comisaría, la habían encontrado muerta en la bañera. Como es lógico, colaboré en la investigación para evitar cualquier pista que le llevara hasta mí. Con el paso del tiempo el marido se suicidó, el hijo se marchó de España, y el caso se archivó. Todo resuelto. —Bebió con pausa el café.

—Te salió bien la jugada. —Alzó su taza para imitar un brindis. —Me salió bien porque lo trabajé mucho. Hice todo lo posible por ser yo quien llevara el caso. Ten en cuenta que por aquel entonces aún no era comisario. Así que debía de apañármelas con los medios que tenía a mi alcance. Pero...

—¿Hay un “pero”? —se sorprendió Eduardo al escucharlo. —Siempre hay un “pero” y este tiene un nombre, Javier. El hijo jamás creyó que su madre se había suicidado como le dimos a entender, así que estuvo al tanto de la investigación. Me llamaba... iba a comisaría... fue una puta lapa, hasta que se marchó a Londres.

—Si se marchó... te libraste de todo.

—Hace unos dos años que anda por aquí. Por ahora no me ha llamado para preguntar sobre los avances que hubiese encontrado en el caso de su madre y eso me preocupa. Durante el tiempo que pasé “investigando”, me di cuenta de una cosa, el chico no parará hasta saber la verdad. Nunca dejará una pregunta sin contestar.

—¿Conozco al susodicho elemento?

—Lo conoces; dirige la empresa de seguridad que tienes contratada para tus eventos sociales.

—¿Qué coño estás diciendo? ¿Y no me adviertes? —Se levantó de su sillón con tanta rapidez y brutalidad que la taza volcó y el café se esparció por la mesa.

—Relájate, lo tengo controlado.

—¿Has buscado algún punto débil en el que poder atacar si descubre algo? ¿Mujer, hijos, amante?

—No. No tiene nada. Lleva una vida muy austera. Vive por y para su trabajo. Por eso pensé que sería bueno estar cerca de él y controlarlo.

—¡Pero deberías haberme puesto al corriente de eso! ¡Un paso mal dado, un exceso de confianza y todo se podría ir a la mierda! —gritó a la vez que golpeaba la mesa con el puño.

—Como te he dicho, todo está controlado... —Se reclinó en el sillón y tomó el último

sorbo de café.

9 una nueva Vida llena de ella

Cerró con rabia la pantalla del portátil y golpeó la mesa. Por mucho que lo intentaba no hallaba una razón convincente. No le entraba en su cabezota que un hombre con la posición social que tenía Eduardo, dejara vagar a su esposa por la ciudad sin ningún tipo de protección. Parecía querer decirle a sus enemigos: «Aquí la tenéis, me importa un bledo lo que le ocurra». Aunque tenía que haberlo imaginado desde un principio. El día que lo conoció estuvo más pendiente de llevarse a su amante al baño que en cuidar de Blanca. Se levantó del asiento para dirigirse al único lugar donde encontraría la paz que necesitaba, la terraza de su nuevo hogar. Allí podría pensar con claridad qué hacer. Estaba confundido. Desde el momento que puso sus oscuros ojos sobre Blanca, ya no existió nadie más que mereciese la pena. Nadie a quien deseara poseer en las noches de soledad. Le bastaba tenerla en su mente, cuidándola tal como se merecía. Frunció el ceño y pensó en César. Aquella mañana habían discutido otra vez y como siempre por la misma razón: buscaba la muerte. Desde que su compañero regresó a la empresa tras el fallecimiento de su mujer, estaba distinto, alejado y ausente, con la mirada siempre perdida. No permanecía atento durante las misiones, pero lo más alarmante era que pretendía usar su cuerpo como diana para las balas. En el fondo Abel lo entendía. Había pasado un tiempo así cuando descubrió el engaño de Johana y ahora, seis meses después de conocer a Blanca, volvería a caer en el abismo de la miseria si la perdiese. No le importaba que estuviera con otro, a pesar de no ser el marido adecuado, al menos estaba viva.

Sin darse cuenta, protegerla se había convertido en su principal objetivo. El primer día que la siguió fue una semana después de la fiesta. Tras una larga conversación con el jefe, le dejó claro que si de verdad lo quería dentro de la corporación necesitaba saber algo más de ella, de lo contrario sería incapaz de seguir. Le facilitó la dirección de su casa y sin dudarle apareció montado en su moto, Diablosa, en los alrededores. No llevaba más de quince minutos allí plantado cuando la verja del chalet se abrió y apareció ella vestida de deporte. Hizo unos estiramientos, que volvieron a estimular su entrepierna, y se alejó por la derecha de la calle. Minutos después Abel arrancó la moto y la siguió desde una distancia prudencial. En ese momento se dio cuenta de lo indefensa que estaba y lo fácil que sería perderla. Por ese motivo la observaba durante sus días de descanso. Cada segundo, cada minuto libre lo empleaba en ir tras ella y confirmar que estaba a salvo. Javier le había informado en una de sus decenas de llamadas, que ella no era objetivo ni tan poco una posible víctima, pero no daba nada por sentado. Si era cierto que Eduardo estaba involucrado en temas oscuros tendría enemigos y estos irían en busca de lo más preciado que tuviese, Blanca.

De pronto su móvil comenzó a sonar, sacándolo de sus pensamientos. Miró la pantalla y aceptó la llamada.

—Buenas noches, jefe. ¿Qué sucede?

—Buenas noches, Abel. Voy a cobrarte ese favor que me debes.

—Dime —arrugó la frente y suspiró con profundidad. Sabía que tarde o temprano se lo haría pagar. Pero no le importaba, él le había ayudado con Blanca al ofrecerle su dirección.

—Es personal —explicó Javier.

—Como lo fue el mío. Dime en qué puedo ayudarte.

—Necesito que te presentes en un hotel de carretera que se llama Paraíso, y espantes al hombre que pretende tener una cita con la mujer de la habitación trescientos ocho. El tipejo se hace llamar “Amante Constante”, es un *nick* del chat —le explicó con tono enojado.

—¿La mujer está en peligro? ¿Es otra tapadera? —Abel entró en su salón y buscó con la mirada la chaqueta y sus botas. Hoy montaría a Diablosa de nuevo.

—No, no. Se trata de Carmen, mi empleada. Una chica joven que se ha empeñado en tener una cita con un hombre que no conoce y quiero evitar ese encuentro. Como te he dicho es un favor...

—No hay problema, jefe, soy una tumba. Yo también me preocupé de la persona que amo. Aunque sea a distancia.

—Es un amor prohibido. Sé que me entiendes. Necesito velar por ella.

—¿Quieres que la proteja?

—No, tan solo debes evitar que el capullo consiga verla. Han quedado sobre las doce de la noche, así que tienes tiempo para idear un plan.

—No me hace falta, tengo bastante experiencia. Mi padre me utilizaba para alejar a los novios que no le interesaban para mis hermanas. La verdad es que lo hacíamos muy bien hasta que el futuro marido de la mayor decidió enfrentarse a nosotros y pelear por el amor de mi hermana.

—La querría de verdad.

—No te imaginas cuánto, y me alegro de que lo hiciera, porque para nosotros ninguno de ellos era lo suficientemente bueno; de haber seguido así, ahora serían unas amargadas solteras. ¿Se lo dirás algún día? —Preguntó curioso Abel.

—Haremos un pacto, cuando tu hables con Blanca, yo lo haré con Carmen, ¿de acuerdo? —dijo con burla.

—¡Trato hecho! Ahora, si me disculpas, tengo que ahuyentar a un lobo.

—Gracias.

—De nada, seguro que tú harías lo mismo.

Montado en Diablesa, el camino se hizo corto. El viento frío refrescó su cuerpo y lo relajó. Pensar en lo desprotegida que se encontraba la mujer de su vida y que no dependía de él sino de un hombre que apenas se preocupaba por ella, lo destrozaba. Cuando quiso darse cuenta, ya había llegado a su destino. Echó un vistazo rápido hacia el aparcamiento del hotel y encontró una pequeña arboleda donde poder esconder la moto. En la puerta del hostel observó que aquel lugar era el ideal para citarse y tener sexo esporádico. Pensó que sería un verdadero paraíso para él si no hubiese encontrado a Blanca. Cuando prometió a Jacob y a Álex que no andaría con más mujeres se desternillaron de risa. Habían estado indagando sobre su vida privada; la portera del bloque en el que vivía, les contó que Abel llevaba a casa una gran cantidad de mujeres. «No es que estuviese allí mirando todo el tiempo». Les aclaró a los chicos. «Es que todos los días traía una distinta y a veces hasta dos». Por eso cuando él les habló de *celibato* les pareció imposible. Sin embargo, lo estaba cumpliendo. Quizás, en otro momento de su vida, otra chica reemplazaría a Blanca y así terminaría olvidándola, pero por ahora eso no estaba en sus planes.

Desde fuera comprobó que no había nadie en recepción. «Cutre y descuidado. Lo tiene todo». Se dijo. Así que abrió la puerta, y cerciorándose de que no sería descubierto, subió las escaleras hasta la tercera planta. «No recomendaré este maldito lugar a nadie». Pensó mientras llegaba a su destino. Con pasos muy lentos, se fue acercando hasta la habitación que le había indicado su jefe. Puso la oreja en la puerta y comprobó que no era demasiado tarde. Se alejó un poco y apoyándose en la pared cruzado de brazos esperó a su objetivo. No le hizo perder mucho tiempo. Pasados unos minutos el ascensor sonó y un caballero de mediana edad, vestido con un elegante traje gris y portando un ramo de flores, caminaba feliz hacia él.

—Buenas noches, ¿eres “Amante Constante”? —Puso voz afe - minada. Le iba a gastar una buena broma. El jefe dijo que lo alejara de allí, pero no le indicó la manera de hacerlo.

—¿Quién eres? ¿Carmen? —preguntó el hombre asombrado.

—Sí, cariño. ¿No te gusto? —Se giró sobre sí mismo para que pudiera observar la “mujer” que tenía frente a él.

—¡Sabía que no podía ser verdad! —exclamó el hombre atónito mientras empezaba a andar hacia atrás tirando el ramo de flores al suelo.

—¿Qué no puede ser verdad? ¿Una mujer como yo? ¿Crees que no puedo chuparte la polla como te mereces? —Le hizo morritos.

—¡Bastardo, maricón! —Se giró y corrió por las escaleras. Tenía tanta prisa que no esperó a que las puertas del ascensor se abrieran.

—¡Ven! ¡No huyas! Quiero darte mucho amor... —Agarró su sexo con las manos y empezó a zarandearlo. Pero el pobre hombre huía con rapidez, aterrado por lo que encontró.

Ante el escándalo que formaron sus enormes carcajadas, se escucharon varios ruidos de cerradura. Su mente sopesó dos ideas con rapidez; la primera que si alguien le había visto haciendo aquellos gestos obscenos informaría al recepcionista y vendría en su busca. Y la segunda, que la mujer con quien aquel tipejo se había citado, saldría de la habitación y pensaría que él era el payaso al que estaba esperando. Así que antes de ser descubierto, salió corriendo hacia el ascensor. Advirtió que alguien salía, pero en lugar de dejar paso a la persona que se encontraba dentro, quiso entrar a toda velocidad para poder ocultarse, haciendo caer a una mujer. Toda aquella prisa se esfumó. Respiró hondo y olvidando el porqué de la huida, se disculpó y le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Cuando la dama se levantó y apartó el pelo de su rostro se le paró el corazón en seco.

10 cuando la paciencia se colma

Estaba esperándolo en la cocina de su casa. Le había llamado unas cinco veces sin obtener respuesta alguna. Sabía con exactitud dónde se encontraba su marido; entre las piernas de la pelandrusca de turno. En ningún momento se sintió apenada por la vida que había vivido hasta aquel momento, sino por la incertidumbre de lo que iba a sucederle. Miró a su alrededor y se enfadó consigo misma. No le gustaba lo que tenía en su entorno, todo era tan banal como su vida con Eduardo. La riqueza nunca podría colmar aquella angustia emocional que sobrellevaba. «¿Desde cuándo una joya se antepone a las cálidas caricias de un hombre? ¿A sus besos? ¿A los gritos ante la llegada de un clímax impresionante?». Se preguntaba cada vez más enfadada. Si había una palabra que le describiera aquella década de matrimonio era frialdad. Tan solo había sido un maniquí donde exponer los vestidos y las joyas que Eduardo compraba para aparentar una falsa felicidad. Obtuvo más satisfacción cuando aquel empleado entrelazó su mano para saludarla, que en diez años junto a su marido. «¿Qué será de él?». Mientras vertía el café, una pequeña sonrisa apareció en su rostro. Una vez que estuviera divorciada, iría a la empresa en la que trabajaba y preguntaría por él, ya que desde aquel día no lo había vuelto a ver. «Eso no lo hace una señora...». Se regañó. «Ya... pero por una vez...». De repente un ruido conocido la hizo volver a la realidad. Su marido acababa de aparcar en la cochera de la casa. Blanca regresó a su asiento e intentó mantener la calma. Se llevaría una sorpresa al descubrirla allí. Encendió un cigarrillo y fijó su mirada en el pomo de la puerta que comen- zaba a moverse.

— ¿Qué haces ahí? —preguntó Eduardo atónito. Lo último que deseaba en aquel desastroso día, era ver a su esposa sentada en la cocina esperando su regreso.

—Quería hablar contigo, tenemos una conversación pen - diente... —le explicó fingiendo tranquilidad.

—Siento no haber cogido las llamadas, pero estaba en una re- unión muy importante —dijo mientras apoyaba el maletín sobre la mesa y le regalaba una fingida sonrisa como disculpa a su tardanza.

—Esta mañana he tenido una conversación telefónica muy interesante. —Eduardo entreabrió los ojos y eliminó aquella sonrisa—. Al principio pensé que era una broma pesada. Mi marido sería incapaz de hacer tales aberraciones, pero ella fue respondiendo, sin darse cuenta, a ciertas preguntas que vagaban por mi mente.

—Apagó el cigarrillo gastado y fijó su mirada en él.

—¿A qué te refieres, Blanca? —Se puso frente a ella desafiante.

—No te hagas el sorprendido, sé que me has estado engañando con toda aquella que se abría de piernas ante ti; sin embargo, eso no es lo que me ha llevado a tomar esta decisión; sino el hecho de saber que no eres un hombre de fiar y que trabajas en asuntos sucios y peliagudos. Como comprenderás, no quiero verme involucrada en tus turbios negocios.

Blanca se levantó de la silla y esquivando la mano con la que Eduardo pretendía agarrarla, se dirigió hacia el salón, donde tenía preparadas un par de maletas con lo necesario para marcharse en ese mismo momento. El marido la siguió con paso firme. Al ver que no era un farol, se enfureció. Ninguna mujer le daría tal ultimátum. Él era quien ordenaba y ellas acataban sus órdenes sin titubeos. Así que Eduardo se apoyó sobre la puerta y mirándola con violencia empezó a vociferar.

—¿A dónde coño crees que vas? —Blanca se quedó pasmada durante unos segundos, intentando concebir el tono y la crudeza con la que su marido le había hecho aquella pregunta.

—¡¡A cualquier lugar donde no puedan llegar tus garras!! —res- pondió al fin. Sin darle tiempo a que se acercara más a ella, cogió el asa del bolso y lo apretó entre sus

manos. Si pretendía agredirla se lo lanzaría con todas sus fuerzas sin dudarle, y correría hacia la salida.

—¡Zorra desagradecida! —gritó dando un puñetazo en la puer- ta y ella dio un respingo. La mujer que habló con ella aquella mañana tenía razón, no sabía hasta qué punto su marido era un monstruo. Y era cierto, no tenía ni idea. Jamás pensó verlo como lo estaba haciendo en ese momento.

—Vuelve a repetir esas palabras y serán las últimas que salgan por tu boca. —Sacó fuerzas y le amenazó. No podía sucumbir ante el miedo.

—¿Ahora eres valiente? Todos estos años viviendo bajo mi protección como un perrito abandonado y... ¿ahora brota una mujer salvaje? No me engañas, Blanca. Es más, seguro que en unos días vuelves con el rabo entre las piernas, ¿Sabes por qué? Porque eres un puto parásito. Desde que mi padre pactó con el tuyo nuestro matrimonio, lo he sabido. Me has utilizado desde siempre, así que no me vengas con gilipolleces de “a saber en qué andas metido”. Tú eres igual de culpable que yo. Con lo que he ganado te has pagado tus trajes, tus joyas... ¿Cómo crees que se pagan los eventos solidarios que te jactas en realizar? ¿De tí? ¿De tu familia? ¡No! ¡Los pagué yo! Ahora bien... —La miró ai- rado—. Escúchame... si sales por esa puerta no intentes regresar, ¿entendido?

Blanca no contestó al ataque. Quería desmoralizarla a base de golpes psicológicos, pero ya no le hacían daño. Llevaba tiempo creciendo dentro de ella una mujer diferente, que valoraba más el amor que el dinero. No necesitaba aparentar aquello que no tenía y cubrir con banal materialismo esa escasez. Ella quería lo que siempre deseó y Eduardo jamás quiso darle, respeto y cariño.

—Tendrás noticias de mi abogada. —Se marchó sin mirar atrás, dejando a su marido gritando y destrozando todo aquello que encontraba a su paso.

Una vez en el coche, llamó al número que la chica le había in- dicado aquella mañana.

—¿Estás bien? —le preguntó tras el saludo.

—Todo lo bien que se pueda estar tras descubrir que la vida que vivía era una farsa.

—Tranquila. Lo importante es que has dado el paso. Tú por lo menos puedes alejarte de sus zarpas —susurró sin darse cuenta.

—No sé que voy a hacer ahora. —Blanca estaba confundida.

—Vete a un hotel. Descansa y mañana hablamos. Tengo una reunión importante sobre las diez así que podemos quedar a las doce, ¿te viene bien?

—Sí.

—¡Ánimo! Ya verás como al final encuentras lo que deseas.

—Eso espero... —Colgaron.

Condujo durante bastante tiempo hasta que por fin encontró lo que buscaba; un apartado hotel de carretera que parecía más un “club” que un lugar donde poder descansar. Buscó con la mirada donde poder dejar el coche, sin que se viese desde la carretera. Lo halló. Había una pequeña arboleda donde esconderlo. Se dirigió hacia ella y aparcó junto a una moto. Salió del vehículo, cogió sus neceseres y llevó la vista hacia el lugar en el que se iba a cobijar. Nadie la buscaría en semejante sitio, no era lógico, y eso le proporcionaba ventaja. Una mujer de su estatus social no pensaría jamás alojarse en un antro como ese. Si eran ciertas las sospechas sobre Eduardo y quisiera cumplir sus amenazas, comenzaría a buscarla por los hoteles más lujosos de la ciudad, y mientras averiguaba su paradero, a ella le daría tiempo para organizarse. Alzó la cabeza, resopló con suavidad, y se dirigió hacia la puerta principal.

Si el aspecto exterior era extraño, el interior no lo era menos. Un muchacho se apoyaba de forma descuidada en el mostrador de recepción y en lugar de vestir un bonito y limpio uniforme, llevaba un vaquero y una camisa blanca desabrochada hasta la cintura, dejando ver, sin ningún tipo de pudor, su pecho depilado. Tomó aire varias veces, y se dijo a sí misma, que sin ninguna duda estaba en el mejor lugar, ¿quién se

iba a imaginar verla ahí?

—Buenas noches. —La recibió con una amplia sonrisa.

—Buenas noches. Deseo una habitación simple. —Se apoyó levemente en el mostrador.

—¿Solo habitación? —preguntó extrañado.

—Sí, solo habitación —le contestó atónita. Aquella pregunta le confirmó lo que ya había imaginado, que no era tan solo un lugar para pernoctar.

—¿Duración de la estancia? —preguntó el hombre con un trato muy diferente del que usó al recibirla.

—No lo sé —murmuró.

—O.K. Entonces le ofreceré la habitación trescientos seis, no tiene vistas al mar, pero sí una amplia terraza donde poder disfrutar de las noches estrelladas. Aquí, sin apenas contaminación se las ven brillar con más intensidad. —Se giró y cogió la llave. No le había dado ese dormitorio por aquellos motivos, sino porque era el más alejado de los gritos, gemidos y locuras que ofrecían, de forma clandestina, en el parador—. Los desayunos comienzan a las siete de la mañana y el comedor se cierra a las once. En la mesita de su habitación encontrará un folleto informativo en el que puede consultar los servicios que ofrecemos a nuestros clientes. —El recepcionista le entregó la llave.

—Gracias. —Al cogerla sintió cómo sus manos no cesaban de temblar. De pronto un pequeño mareo la hizo desestabilizarse de tal forma que tuvo que apoyarse en el mostrador. El muchacho la miró asombrado pero ella levantó la mano para que no se moviera—. Tranquilo, no es nada —lo calmó—. Solo necesito descansar.

Recuperadas las fuerzas, caminó despacio hacia las metálicas puertas del ascensor, tal como se encontraba y cargando con dos pesadas maletas y un bolso de mano, le sería imposible subir tres pisos por las escaleras. Tras el *glin*, las grandes hojas de metal se abrieron. Entró y pulsó el número tres. El mareo todavía estaba presente pero terminaría desapareciendo. Miró su imagen en el espejo y se sorprendió, no parecía ella sino el espectro de la mujer que una vez llegó a ser. Ya no sonreía y sus ojos emanaban una profunda tristeza. Se apartó para no contemplarse más y escuchó de nuevo el *glin*. Llevó su mirada al suelo y se dispuso a salir sin advertir que una enorme sombra venía a gran velocidad hacia ella. Una persona que no reparó en su presencia la empujó sin consideración, haciéndola caer al suelo. Alzó el rostro sorprendida ante tal agresión y, apartándose el pelo de su cara, contempló la enorme y fornida silueta que la miraba. «Tú...». Pensó.

11 el encuentro

Ambos permanecieron callados durante unos segundos. El único ruido que podían escuchar era el latir de sus corazones. No sabían cómo actuar ni qué decir. Abel no esperaba verla allí. No era un lugar para señoras como ella, salvo que buscara el placer fuera del matrimonio. Ojeó con rapidez su rostro para poder encontrar cualquier detalle que le indicara la dura realidad pero no lo encontró.

Blanca llevaba mucho tiempo soñando con volver a verlo. Un parque, un centro comercial, una tienda de lencería donde él entraba en el vestidor justo cuando ella estaba a punto de admirar cómo le quedaba el conjunto... Pero no ocurrió como lo imaginaba, sino en un momento en el que todo su mundo se estaba viniendo abajo, y para más inri, en un hotel donde la *mínima petición* que se le podría hacer al recepcionista era una habitación para dormir. En medio de aquellos pensamientos sintió el roce de la piel del hombre en la suya; le agarró la mano. La sintió caliente y suave, como la primera vez.

—Perdona, no te había visto... —se disculpó Abel alzándola del suelo.

—No te preocupes, ando algo despistada —dijo mientras se incorporaba apoyándose en él.

—¿Te he hecho daño? —Contempló con detenimiento el cuerpo de la mujer para cerciorarse de que no le había causado ninguna lesión.

—No de verdad, es que hoy tengo el dolor en otra parte —suspiró fijando sus ojos azules en los de él.

—¿Qué te ocurre, Blanca? —Por un instante algo en su interior le indicó que tal vez podría tratarse de temas relacionados con Eduardo. Aunque por ahora lo tenía controlado. En ningún momento la había puesto en peligro salvo cuando la dejaba sola por las calles de la ciudad.

—No estoy en mi mejor momento, solo eso... —Suspiró y comenzó a tambalearse. Las fuerzas le abandonaban y su visión se nubló. Sus manos intentaron aferrarse al cuerpo de Abel para evitar caer al suelo de nuevo y entonces fue cuando lo sintió. Notó la calidez de su amarre apretándola con fuerza hacia él para que no se desplomara.

—Dime tu habitación —le dijo con cariño al oído al mismo tiempo que la alzaba entre sus brazos—. Veo que no te encuentras bien, así que te acompañaré. Será mi buena acción del día. —Blanca levantó sus pestañas. Aquel hombre había aparcado la sensibilidad tras el tuteo y ahora se tomaba la libertad de no preguntarle si podía llevarla. Pero no quería que la volvieran a tratar como una mujer desvalida, porque no lo era.

—Trescientos seis... —contestó apenas sin voz.

Abel la condujo hasta la habitación. Ella apoyó suavemente la cabeza contra su pecho y se dejó cuidar.

—Tranquila, estás en mis manos —le susurró mientras caminaba con paso firme.

A pesar de llevar cinco minutos dentro del dormitorio, Blanca seguía acogida entre sus brazos. Si cerraba los ojos con fuerza e inventaba cualquier cosa, tal vez él la dejara permanecer así durante más tiempo. Inspiró con fuerza el aroma que desprendía; una mezcla de perfume y gasolina. Levantó un poco la vista y observó que en efecto Abel tenía una chaqueta de cuero oscura. «Lógico, era suya». Se dijo al recordar la moto que había encontrado en el aparcamiento. «Parezco tonta si no lo situo conduciendo una máquina de esas. No tiene pinta de venir en un Vespino rosa». Sonrió para sí.

—Tal vez estarías mejor en la cama —dijo mientras la apoyaba con ternura sobre las sábanas limpias.

—Sí... —afirmó a regañadientes, aunque en su interior lo único que gritaba era ¡no me sueltes!

Blanca estaba muy débil y él tan solo quería cuidarla aunque no podría permanecer allí,

todo el tiempo que deseaba. Se inclinó para acomodar la cabeza de la mujer sobre la almohada y acarició la despeinada melena que tanto le gustaba.

—Ni se te ocurra moverte de aquí, voy a por tus maletas.

—No me moveré, te lo prometo —respondió con una leve sonrisa

Se echó hacia atrás elevando su vista al techo. Tomó aire varias veces mientras Abel la dejaba sola en aquella habitación. Miró a su alrededor y se entristeció. Una cama, una silla, una mesita y un armario empotrado eran los únicos adornos de aquel lugar. Atrás dejó las habitaciones llenas de lámparas de cristal de murano, *champagne* en la cubitera, sábanas de seda, camas con colchones de plumas y una horrorosa sensación a vacío. El dinero enmascaraba la verdadera razón de vivir, el tener a tu lado a una persona que se preocupe de cuidarte, de quererte y de sentir como suya tu propia felicidad. Dejó atrás el recorrido visual de su entorno y regresó hacia la puerta al escuchar el campanilleo de las llaves moviéndose en la cerradura. Un leve portazo y Abel apareció con el equipaje.

—¿Qué llevas aquí, piedras? —Las posó en el suelo.

—Solo lo necesario para pasar unos días fuera de casa —respondió con sarcasmo.

—Dos cosas. Primera: yo solo llevo una mochila con una muda. Y segunda: dime qué estás haciendo aquí. —Se puso las manos sobre su cintura y frunció el ceño.

—No creo que te interese mucho eso —contestó en voz baja.

—Deja que sea yo el que haga un juicio de valores sobre qué me interesa y qué no.

—Con una condición. —Levantó sus ojos azulados hacia él.

—¿Cuál?

—Que me respondas a una pregunta. —En milésimas de segundo Blanca sopesó qué le interesaba saber más: si había sentido algo la noche que se conocieron, por comprobar si ella era la única que estaba viviendo en un mundo de fantasía, o la razón por la que él andaba en aquel lugar.

—Veo tu cabeza echar humo. Imagino que la pregunta será la mar de retorcida.

¿Puedo pedir el comodín de la llamada? —dijo con burla.

—Quiero separarme de mi marido, Abel —comentó después de unos segundos de vacilación—. Necesitaba alejarme de él. —El rostro de la mujer se ensombreció y unas pequeñas lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Abel eliminó aquella postura altanera y se sentó junto a ella.

—Imagino que cuando se quiere tanto a alguien...

—¡No! ¡No es eso! No puedo contarte nada, pero no estoy así por amor, es por haber perdido tanto tiempo de mi vida junto a la persona equivocada. No sé si me entiendes...

—Se alzó un poco y su boca rozaba el hombro de Abel. Él seguía con la mirada perdida pensando en las mil formas en las que podía aniquilar al marido de Blanca. Antes no lo había considerado por respeto a ella, pero ahora... no tenía nada que se lo impidiese.

Abel giró con lentitud la cabeza hacia ella y observó cómo apoyaba la frente en su cuerpo.

—Estás muy débil. ¿Cuánto hace que no tomas nada? —Una de sus manos se posó sobre el desmelenado cabello y comenzó a acariciarlo.

—No me acuerdo. Quizás ayer, o antes de ayer... —contestó sin apartar su rostro del cuerpo masculino. Aquella calidez le reconfortaba tanto que no necesitaba alimentarse para hacer desaparecer su malestar.

—Voy a bajar y te traeré algo de comer. Necesitas recuperar fuerzas para enfrentarte a esta nueva vida. —Apoyó su cara sobre el cabello y notó su respiración.

—¿Qué hacías aquí?

—Pagando un favor —respondió sin entrar en detalles.

—Me he dado cuenta de que esto parece más una casa de citas que un hotel.

—No vayas por ahí...

—No tienes que darme explicaciones.

—Ha sido un asunto personal, y no puedo decirte nada más. Por- que si lo descubres...

—Atrapó entre sus manos el rostro de la mujer para que lo mirase de frente—, tendría que matarte. —Bromeó.

Blanca se quedó inmóvil. Sus ojos dejaron de parpadear, el corazón se congeló y respiraba con torpeza. Era la primera vez que un hombre se mostraba así de cariñoso con ella. Los pulgares de Abel acariciaban de un lado a otro sus blanquecinas mejillas. Deseó con todas sus fuerzas que aquellos labios rojos escondidos bajo la frondosa barba negra, chocaran contra los suyos y sentir el sabor de su boca. Pero no podía dejarse llevar, aunque Abel parecía sentir lo mismo por ella. Tenía que alejarlo de su lado. Si Eduardo se enteraba de que había alguien más en su vida, podría amenazarla con ello... poner en peligro su vida y la de ese hombre. Se apartó de él con delicadeza y susurró.

—Tengo hambre.

Abel despertó del sueño en el que se había sumergido. Se veía besandola y acariciando su piel. El embriagador perfume a cítricos de Blanca se le introducía por la nariz. Se estaba haciendo adicto a ella y podía notar cómo su fragancia impregnaba cada centímetro de su ser. A regañadientes se levantó de la cama para salir a buscar algo de comer.

—No tardaré —dijo mientras cerraba la puerta. Tenía que salir de allí lo antes posible. De lo contrario, no podría evitar por más tiempo el tocarla y llenarse de ella. Tener aquellos sentimientos era perjudicial para su salud y le había llevado a cometer muchas locuras, entre las cuales estaba protegerla de cualquier adversidad que se cruzara en su camino. Pero aun así, veía que tenía una pequeña posibilidad si ella se alejaba de Eduardo. Lucharía por hacerle ver que él le ofrecería todo aquello de lo que había carecido, cariño y amor. Se paró delante del ascensor y negó con la cabeza, esta vez prefería bajar por las escaleras.

Cuando Abel se alejó, la habitación se quedó helada. Blanca sintió un escalofrío en su cuerpo y alcanzó las sábanas para taparse. Lo tenía cada vez más claro, aquel hombre era la mecha para hacer explotar la dinamita que escondía en su interior; aunque no podría retenerlo para siempre, por mucho que idease permanecer enferma durante toda la eternidad. De repente escuchó sonar el móvil en su bolso. No era difícil imaginar quién le enviaba un mensaje a esas horas de la noche. Se incorporó y al mirar la pantalla del teléfono su cuerpo comenzó a temblar. «No sabes a quién te enfrentas». Le había escrito Eduardo. Quiso borrar el mensaje de texto pero sus manos fueron presas de una incontrolable tiritera. Justo en el momento en que tomaba aire para tranquilizarse, la puerta se abrió bruscamente y soltó un grito.

—¿Qué sucede? —Abel se llevó la mano derecha hacia la pistola que escondía en su espalda y observó asombrado la cara de terror de Blanca. Echó un vistazo a todo lo que le rodeaba y descubrió el móvil tirado en el suelo.

—¡No! —gritó la mujer al ver que lo recogía.

—¿Esto te lo ha escrito tu marido? —preguntó muy enfadado. Ella asintió y antes de poder decir algo se desplomó sobre la cama perdiendo el conocimiento.

Cuando abrió los ojos, lo primero que encontró fue el rostro de Abel. Parecía menos airado pero solo era una falsa apreciación. Las arrugas de su frente y la mueca de su labio superior, inclinado hacia la derecha, indicaban, sin duda alguna, que su estado era de todo menos tranquilo. Giraba el móvil entre sus manos y parecía que deseaba estrellarlo contra la pared.

—Lo has leído... —susurró.

—Sí, como unas mil veces.

—Es normal que escriba eso, acabo de abandonarlo y es un hombre enfadado. Pero creo que no hará nada —le mintió; no quería involucrarlo en nada. Después de lo que

había descubierto, Blanca sabía que podría hacerle daño.

—Te traje un bocadillo y un refresco. Come, te sentirás mejor. —Evitó hablar más del tema delante de ella. Una vez que estuviese mejor, tal vez hablaría con el jefe para pedirle un nuevo favor.

Blanca no dijo ni una palabra más. Agarró con fuerza el bocadillo y empezó a comer. Abel miraba cómo masticaba y sonrió.

—Me estoy acordando de una cosa muy graciosa. No sé si lo recuerdas, pero el día que te conocí tuviste un problema con un filete... —se burló.

—Más bien el filete tuvo un problema conmigo. Me puse tan nerviosa que fui incapaz de cortarlo y no pude probarlo siquiera.

—Me dieron ganas de correr hacia ti y troceartelo yo mismo. Nadie a tu alrededor se dio cuenta de lo que sucedía, ni el camarero que solo tenía ojos para tu marido y para el comisario.

—No te preocupes, ya estoy más que acostumbrada. Para tu información pude comerme la guarnición y el postre. Pero si mal no recuerdo, tampoco estabas pasando un buen momento. César me comentó que era tu primer día de trabajo en aquella empresa y que andabas un tanto nervioso. Sin embargo, no te vi en los eventos posteriores.

—Decidí no volver a trabajar en ningún evento que celebrase tu marido, así que enviaron a otros compañeros. Y César no mintió, estaba muy nervioso. Pero no fue por el trabajo, Blanca. Fue por otra cosa... ¿Está bueno el bocata? —le preguntó para cambiar de tema.

—Mucho. ¿Qué fue? —insistió con curiosidad.

—Creo que no debería...

—¿No sabes que dejar a una mujer a medias es un delito? —le interrumpió al verle dudar sobre su respuesta.

—¿A qué *medias* te refieres, Blanca? —Levantó su espesa ceja negra y enfatizó con una sonrisa burlona la palabra.

—No seas mal pensado... —susurró avergonzada.

—Estaba excitado, Blanca. Tenía una erección tan grande entre mis piernas que era imposible hacerla desaparecer —dijo. No podía mentirle, a ella no.

—¿De verdad? —Enarcó las cejas y comenzó a reír sin parar—. ¿La tensión del trabajo te hizo eso? ¡Qué broma más pesada! —exclamaba sin dejar de carcajearse.

—Me excitó una mujer —respondió en voz baja.

Blanca dejó de reír de inmediato. No había contemplado aquella posibilidad y fue como un jarro de agua fría. Tal vez lo que había imaginado, esa atracción física que sentía por él, era tan solo suya y no era correspondida.

—¿Y...? —preguntó con voz estrangulada. Su corazón le decía que no continuara por ese camino pero su mente le pedía lo contrario.

—No pudo ser.

—¿Por qué? —preguntó con un notable tono de satisfacción.

—Porque estaba casada y era inalcanzable.

12 la nueva misión

Lo hizo otra vez. Sabía que no estaba bien, que debería buscar alternativas para poder satisfacerse, pero hasta aquel momento era su única posibilidad. Bajó la mirada hasta sus manos y las contempló durante unos instantes. En la derecha aún mantenía agarrado el duro falo que expulsaba las últimas gotas de semen, y en la otra, escondía entre sus dedos las braguitas negras que tanto le gustaba ponerse a su esposa.

«Esto durará poco», se dijo. Había ideado un plan y no podría tardar en llegar lo que tanto ansiaba, su muerte. Puso la lencería en la cama y se incorporó con lentitud.

Después de cada masturbación se encontraba desorientado, no solo por el esfuerzo que le suponía terminar, sino porque necesitaba sentir a su lado a una mujer que ya no estaba. Anduvo por la habitación hasta que decidió salir de ella y bajar al piso inferior para darse una buena ducha. Le urgía eliminar de su piel los restos de aquella sucia sustancia. Al pasar por la puerta del baño de la segunda planta echó un vistazo. Nunca entraba allí; se quedaba en el umbral contemplándolo durante largo tiempo. Parecía que ella seguía estando en la casa. Los tarros alrededor de la bañera, la alfombrilla rosa junto al lavabo, sus toallas, los cepillos para el cabello y aquellos enormes frascos de colonia que arrastraba del supermercado cuando los encontraba en oferta.

—¿Vas a pulverizar a todo el barrio con esos botes? —le preguntó un día al verla llegar de la compra cargada con seis envases de litro.

—¡No, tonto! ¡Qué cosas tienes! Es que hay una oferta. —Los puso dentro de su armario, en el que no cabía nada más.

—Será una buena oferta... —dijo César con sarcasmo.

—¡Sí! Llévese seis, que los paga el acompañante —respondió con una sonrisa traviesa.

—Buena oferta, sí señor. —La atrapó entre sus brazos y le dio un enorme beso.

Todo le recordaba a ella. Si estaba en el salón y cerraba los ojos la veía sentada junto a la ventana, leyendo alguna revista de prensa rosa y disfrutando de un buen vino. Él permanecía todo el tiempo que podía en silencio observándola desde su sillón.

Adoraba ver los gestos de su rostro cuando alguna noticia le sorprendía. Se embelesaba viendo cómo ella colocaba ese mechón rebelde de su cabello para dejarlo cuidadosamente en su lugar. Algunas veces se excitaba tanto ante la imagen que Elisa le ofrecía, que la asaltaba con besos y caricias hasta que, abandonando lo que estaba haciendo, se dejaba arrastrar hasta un mundo colmado de gemidos y orgasmos.

Pasó de largo con enormes zancadas. Solo quería ducharse y volver a su trabajo una vez más, rezando para que una bala despistada le atravesara el corazón y le llevara hasta los brazos de su amada esposa.

Las lágrimas corrieron sin control por sus mejillas, mezclándose con el agua. Aquello no era vivir, sino agonizar en vida. En más de una ocasión sopesó la idea de coger una pistola y terminar con su calvario, pero eso no se lo habría perdonado nunca. Le prometió que seguiría viviendo, que no se haría daño. Sin embargo, si en algún momento una bala le alcanzase moriría en paz porque habría mantenido su palabra.

Abel comprendió solo con mirarle, el día que decidió volver a la corporación, que su objetivo era dejarse matar. En más de una ocasión se las había visto con sus puños, como había sucedido la tarde anterior: César corría como un loco entre una lluvia de balas, obligando a su amigo a saltar sobre él y arrastrarlo a un lugar seguro.

—¡Serás hijo de puta! —le gritó entre empujones una vez que todo estaba bajo control—. ¿Quieres morir? Entonces... ¿por qué no te pegas un tiro y nos dejas descansar a todos los que estamos a tu alrededor? Ah, sí... ¡que se trata de un juramento! Ese que le hiciste a tu mujer. ¡No me jodas, César! Si quieres morir no nos involucres, ¿entendido? Porque luego seremos nosotros los que estaremos aquí llorando tu pérdida, y pensando una y otra vez por qué cojones estas muerto.

Dama Beltrán

—¡Vete a la mierda! —aulló César apartando con un golpe la presión que Abel estaba ejerciendo sobre su cuello.

—No me engañas, César Jiménez, buscas la muerte. Lo llevas escrito en la cara.

—Miró de reojo a su compañero y se quedó allí parado mientras que este comenzaba a alejarse de él—. He estado en tu misma situación. Perdí la mujer que amaba y caí de bruces en un mundo lleno de destrucción, pero con el tiempo descubres que si estás vivo es porque todavía no has terminado tu misión aquí. Ella sí lo hizo, te regaló los mejores años de su vida haciéndote el hombre más feliz del mundo. Tú aún tienes que hacer ese *algo* importante para la que has nacido.

—Tan solo dices tonterías —musitó cabizbajo. Debía marcharse de allí sin mirar a su amigo porque seguro que sus ojos no mentirían y le confirmarían sus palabras.

Salió de la ducha, se tapó con la toalla y anduvo por el piso dejando sus huellas sobre el parqué. El teléfono sonaba una y otra vez. Lo cogió y miró la pantalla. Javier le había hecho tres llama- das e insistía otra vez.

—Buenas noches, Javier, perdona la tardanza. Estaba en la ducha.

—Buenas noches, César. ¿Qué tal estás? —Javier se preocupaba constantemente por su amigo. Sabía mejor que nadie lo que era perder un ser querido. Sin embargo, él focalizó su furia en encontrar al culpable de la muerte de su madre, nunca habría pensado buscar su propio fin.

—Bien, de verdad que estoy bien. Ya sabes que es difícil hacerse a la idea de que ya no regresará, pero todo tiene su proceso, ¿verdad? —Se sentó en su sillón y miró hacia el de Elisa.

—No soy el más indicado para darte consejos, César. Lo único que quiero dejarte bien claro es que aquí me tienes y que puedes contar conmigo para todo lo que necesites.

—Lo sé, Javier. Solo necesito algo más de tiempo...

—Seguro que hay alguien en este mundo que está peor que tú y necesita de tu ayuda. Sé de lo que hablo...

—¿Quién requirió de ti?

—Mi padre. Si yo hubiese estado pendiente de su sufrimiento y menos del propio, él no se habría quitado la vida y ahora lucharíamos los dos por encontrar al culpable de nuestra desdicha.

—Puede ser...

—Por cierto, te llamaba porque tengo una nueva misión y que- ría saber si estás preparado para afrontarla.

—¿Nueva misión? ¿Sobre Eduardo y sus compinches? —Se le- vantó con ánimo y, con el teléfono pegado a su oído, subió los peldaños de dos en dos para vestirse.

—Sí, he recibido un soplo. Un encuentro en el parque del centro a las cinco de la madrugada. Llama a los chicos y diles que estén preparados para actuar.

—¿Algo que añadir?

—Que no mueras esta noche, César. Te necesito.

—Lo intentaré... —Ansiaba tanto entrar en acción que se desilu- sionó al saber que el encuentro sería de madrugada. Cogió la almohada de su mujer, inspiró profundamente, cerró los ojos y se dejó llevar por el sueño.

13 entrelazados

Blanca se puso nerviosa ante las palabras de Abel. ¿Quién sería esa mujer? ¿Cabría una mínima posibilidad de que fuera ella? Le había dicho que hubiese corrido hasta su mesa para trocearle el filete, pero eso no era una pista. Cualquiera hombre se habría dado cuenta de ello... o quizá solo uno que la observaba sin parar. Intentó hacer un recopilatorio de aquella noche para averiguar algo más, mientras Abel dejaba su chaqueta sobre la silla. También estaba callado, como si aquello que desveló fuese una bomba emotiva. Se reclinó en la cama y se aventuró a preguntar.

— ¿Qué sucedió?

— ¿Cuándo? —Abel se giró sobre sus talones para estar frente a ella. —Cuando te fuiste de la fiesta. ¿La volviste a ver?

—Muchas veces, pero ella no lo supo jamás. —Se sentó en la silla y la contempló con detenimiento. Parecía estar luchando por saber la verdad; sin embargo, no podía arriesgarse a contarle todo, porque si ella no sentía nada hacia él, podría llegar a tener una idea errónea, por ejemplo que fuese un acosador.

—Entonces... ¿la amas en secreto?

—No es tan secreto, créeme. Hay mucha gente que sabe mis sentimientos hacia ella, pero no creo que deba saberlo hasta el momento oportuno.

—¿Sigues casada?

—Sí —respondió tajante.

—Ella... —Le costó seguir preguntando—, ¿te quiere?

—No lo sé... —Sostuvo la mirada con la de ella y dudó si dejar-se llevar por lo que su corazón gritaba. ¿Era el lugar y el ambiente idóneo para declarar su amor? No. Pero... ¿cuándo tendría otra oportunidad similar? Si ella le respondía que sus sentimientos no eran correspondidos, podría comenzar una nueva vida y dejar aparcado lo que sentía. Bajó la mirada pensativo. Notó que Blanca se estaba levantando de la cama. Su rostro parecía enfurecido y le gritó:

—¡Dime quién es! —Caminó hasta colocarse frente a él. El pelo suelto le recorría los delicados hombros. Sabía de quién se trataba, de ella. Lo supo al encajar mentalmente las piezas del puzzle: casada, no sabía si su amor era correspondido, la alegría que sintió al encontrarla en el ascensor... y esa sensación constante de que alguien la estaba siguiendo... era él. No alguien que quería hacerle daño, sino cuidarla. Siempre había sido él.

—¿Qué quieres que te diga? —Se levantó de la silla y se puso frente a la mujer que alzaba su rostro para poder observar cada gesto que le ofrecía.

—Que era yo, Abel. Eso es lo que quiero escuchar. Que no estoy loca por sentir esto por ti. Que es normal que haya pasado mis noches de soledad tocándome mientras pienso que eres tú quien lo hace, que cuando acaricio mis labios con los dedos son tus labios los que siento...

—Lo eras y lo serás. ¿Sabes la de veces que he estado cuidándote entre las sombras? ¿Te haces una idea de lo mal que me sentía cuando estabas sola en alguna barra de bar y no podía acercarme? ¿O las ganas que he tenido de estrangular al primero que pasara por mi lado cuando te veía llorar en algún banco del parque? No te haces...

Blanca se lanzó sobre Abel y no le dejó terminar la frase porque sus labios se habían unido a los suyos. Fue un instante donde no eran necesarias palabras, sino caricias y los pequeños gemidos de placer que se ofrecían al rozarse. Las manos del hombre bajaron hasta la pequeña cadera y la apretó con fuerza. No la quería dejar escapar, ya no.

—Quiero sentirte en mi piel —susurró la mujer cuando sus bocas consiguieron distanciarse unos milímetros.

—Adelante, nena. Soy todo tuyo —le respondió Abel con una sonrisa colmada de

placer.

Blanca llevó sus manos hacia la cintura y arrancó con fuerza aquella camiseta negra que llevaba puesta, lanzándola al suelo con decisión. Necesitaba tocar aquel cuerpo. Deseaba sentir entre sus dedos el tacto de aquella ruda piel. Él miraba su rostro complacido al ver su satisfacción ante lo que le estaba ofreciendo. De repente ella esbozó una sonrisita traviesa y llevó sus manos hacia los botones de la camisa, liberando cada uno de su ojal con erotismo y sensualidad. Vio como los ojos de Abel se perdieron por un segundo en lo que comenzaba a mostrarle.

—¿Te gusta el color de mi sostén?

—Pues... estaba pensando en arrancártelo a mordiscos para ver esos bonitos pezones que tienes.

—¿Tú qué sabes si son bonitos? —Le puso el dedo en el pecho.

—Porque el día de la fiesta ya me mostraste su belleza. —Acercó su nariz hacia el encaje del sujetador.

—¡Me viste! —exclamó avergonzada.

—Sí, y me causaste una gran erección. —Mordió con delicadeza el pezón derecho.

Blanca no respondió con palabras. Tan solo se dejó llevar. Quería sentir el calor de aquella boca en sus botones oscuros, necesitaba sufrir la presión de aquellos duros dientes y gritar extasiada ante el placer una y mil veces.

—Eres mi bombón, nena. Una nube de azúcar que voy a dejar insípida de tanto lamer.

—Subía y bajaba la lengua entre sus pechos y su abdomen.

Blanca percibió las manos calientes de su amante en su cintura, desabrochando el botón de su pantalón. Incluyó la cadera hacia la izquierda y con un suave vaivén, ayudó a Abel a que le quitase los vaqueros.

—Preciosas piernas. No las pude apreciar con aquel enorme vestido. —Besaba cada milímetro de piel—. Esa maldita tela escondía lo mejor. —La llevó hasta el final de la cama tendiéndola sobre ella. Posó las manos sobre sus caderas y comenzó a acariciarla hasta sus tobillos—. ¿Sabes qué me haría feliz? —Volvió a conducir sus manos hacia las caderas para hacer lo que estaba deseando, eliminar la delicada prenda que le impedía saborear la esencia de su cuerpo. Blanca elevó su pelvis complaciendo su deseo. Él bajó despacio la lencería por sus piernas. Le alzó con delicadeza los pies para liberarla de la prenda. Las manos de Abel recorrieron sus femeninos muslos apasionadamente, y ella los fue separando poco a poco—. Y ahora, verlo, tocarlo y devorarlo...

Bajó su cabeza hacia el húmedo sexo de la mujer e inspiró con fuerza. Era un placer oler la esencia de excitación que ella emanaba; y deseaba beber aquel dulce néctar. Quería ofrecerle con ritmos pausados, mil maneras de satisfacerla y mostrarle sin dudas lo mucho que la deseaba. Uno de sus dedos empezó a acariciar su sexo. Estaba preparada para él. Caliente y húmeda. Levantó un poco la cabeza para observar el bello rostro de Blanca. Tenía las mejillas teñidas de un rojo intenso y su boca se abría sensual ante sus roces. Unos pequeños jadeos comenzaron a invadir el silencio de la habitación. Prosiguió en su empeño de hacerla volar introduciendo aquel travieso dedo en su interior. Dedo que fue recibido con una lluvia de excitación. La penetró despacio, sin prisas, haciéndola enloquecer en cada embestida. Añorando con gestos y palabras la parte de su cuerpo que la colmaría de placer y orgasmos.

—Tengo entre mis dedos un delicioso néctar... —comentó entre suspiros. Se los llevó a la boca y pareció extasiarse cuando lo saboreó. Descontrolado por el sabor de ella y por la necesidad de tomar más suspiró—. Aliméntame... —le dijo desesperado—.

Quiero comer de ti. —Agachó la cabeza y la sumergió entre las piernas de ella.

Blanca no controlaba sus gritos. Tenerlo entre sus piernas, laméndola, besándola y saboreando todo aquel jugo que ella desprendía sin cesar, la estaba enloqueciendo. Quería más, deseaba más y estaba segura de que él se lo daría. Atrapó con sus

manos las sábanas y las arrugó. Abel la estaba invadiendo con la lengua y con sus dedos. La estaba llevando hasta el clímax, hasta una lujuria sin precedentes. De pronto sintió que la mano se alejó y apartaba sus labios vaginales en busca de su pequeña perla. Una suave caricia calmó la hinchazón de su clítoris, pero solo había sido una falacia, aquella lengua solo quería relajarla unos instantes para hacerla convulsionar de nuevo.

—¡Dios mío! —gritó al notar cómo su cuerpo se estremecía ante la llegada del primer orgasmo.

—¡Córrete! —voceó.

—¡Abel! —chilló Blanca al sentir de nuevo la lengua sobre su perla y sus dedos dentro de ella.

Era una explosión de emociones. Él no cesaba en darle placer y ella no conseguía controlar su cuerpo. Cuando finalizó aquel torrente, Abel se incorporó y se acercó hasta su boca para besarla. Ella lo recibió con euforia y se deleitó de su sabor, una mezcla ácida y dulce que invadía los labios del hombre.

—¡Más! —dijo Blanca clavando la mirada en él.

—Mucho más —contestó Abel.

Se arrodilló ante ella y le abrió nuevamente las piernas. Contempló desde donde estaba la belleza del deseo y de la pasión que Blanca le ofrecía. Su verga estaba a punto de explotar. Alzó su vista y aferrando a la mujer de las caderas, tiró de ella. Por fin iba a hacerla suya. Después de tanto tiempo nadie podría separarla de él. Volvió a notar en su nariz el delicioso olor a sexo y él le respondió con una erección aún más grande y dura. Cogió su verga con la mano derecha y la condujo hasta donde debía penetrarla. Pero antes, quiso volverla loca de deseo. Así que comenzó a describir pequeños círculos en la vagina con el glande. Se lo dirigió hacia el clítoris y le acarició. Blanca volvió a gritar desesperada golpeando su cabeza sobre la almohada. Ansiosa, necesitada de él y rota de placer, Abel pensó que no había nada más hermoso que aquella imagen. Con desesperación, condujo su miembro hacia la puerta del placer y la penetró con vigor. Ella gritó al sentirlo dentro y él perdió la cordura. Agachó su cuerpo para besarla y apoyando sus palmas sobre la cama inició su bombeo sexual. Dentro, fuera, dentro, fuera... Más fuerte, más fuerte...

—¡Blanca! —exclamó cuando notó que su sexo se llenaba de convulsiones.

—¡Sí! —contestó ella entre jadeos.

Y la llenó de su esencia, de su ser, de él mismo. Ya no había duda, ella era suya y él de ella. No le había hecho el amor, la había poseído. Cayó rendido sobre el exhausto cuerpo femenino, sin salir de su interior.

—Esto es solo el principio de la noche, Blanca. Y todavía quedan muchas horas.

—Besó sus labios y la abrazó.

Dormía en sus brazos la mujer que amaba cuando el breve sonido del móvil lo alertó. Sin lugar a dudas, a esa hora, sería César. Con cuidado apartó una de las manos del cuerpo de ella para alcanzarlo. En efecto, era un mensaje de su compañero. Tenía una nueva misión a las cinco de la madrugada. Frunció el ceño al pensar que después de tanto tiempo deseando pasar una noche entre sus brazos, tenía que separarse de ella. Pero era su obligación. Dejó el teléfono en el suelo y la volvió a abrazar. Cuando cumpliera con su deber, volvería para acentuar en su piel la pasión que sentía por ella, haciéndola ver que él era suyo en cuerpo y alma. Besó su cabello y se quedó dormido de nuevo.

14 herido

Se levantó de la cama con sumo cuidado para vestirse y acudir al encuentro del grupo. Mientras se ponía la camiseta, observaba con ternura a su amante. Su respiración era pausada, su cabello estaba alborotado entre las sábanas, las manos descansaban sobre el lugar que él debía ocupar y su rostro aún estaba sonrojado. Abel suspiró reflexivo y esbozó una pequeña sonrisa. Estaba muy contento, quizás demasiado. Nunca se había sentido tan satisfecho como lo estaba en ese instante. Esa mujer de piel delicada le había hecho estallar de placer hasta el punto de pensar que había perdido su humanidad. Aulló como un lobo a la luna ante la llegada de su primer orgasmo. La primera vez que se corrió dentro de ella, había sido una locura, porque no fue una explosión de placer sino un acto de posesión. Había gritado al mundo que Blanca le pertenecería siempre. Se sentía agotado pero también dichoso por lo que había conseguido. Se acercó lentamente a ella y alargó la mano para alcanzar la sábana y cubrir su cuerpo desnudo. Pensó que podría estar junto a esa mujer el resto de sus días, aunque en ningún momento ella le había insinuado que deseara estar a su lado. Es más, tras la separación, ella estaría tan confundida que probablemente no tendría aliento para comenzar otra relación. Debía darle tiempo para que pudiera pensar sobre todo lo que había sucedido, tal vez de este modo, tuviese la oportunidad de estar a su lado. Caminó hacia la puerta en silencio y se marchó.

Tenía dos misiones que cumplir: su trabajo, y provocar un encuentro fortuito con el futuro exmarido de Blanca. No permitiría que después de aquella amenaza quedase impune. Le dejaría claro que con ella había un hombre dispuesto a protegerla con su vida.

Una vez fuera del hotel, sintió una presión extraña en el pecho. «¿Será el dolor del amor?». Se preguntó con sarcasmo. Pero el malestar se intensificó según caminaba, hasta el punto de llevarse la mano al pecho. «La próxima vez que esté con ella, moderaré mis impulsos. Ya no estoy para estos trotes». Se dijo. De pronto su móvil comenzó a sonar. Miró la pantalla y vio que se trataba de César, quizás estaba enojado porque se retrasaba.

— ¿Sí? —contestó.

—¿Dónde cojones estás? ¡Son casi las cinco! —gritó. —Voy para allá, tardaré cinco minutos —le respondió con serenidad.

—¿Qué, o mejor dicho, quién te retrasa?

—Ya te contaré... —Colgó. Montó sobre Diabla y condujo a gran velocidad hasta el lugar que le habían indicado.

Moderó la velocidad de la moto. Aparcó a unos doscientos metros de distancia del parque: no quería alertar de su presencia con el ruido de su "peque". Siempre estaban en inferioridad numérica, pero hasta aquel momento su *modus operandi* les había proporcionado más éxitos que fracasos. Reconoció las figuras de sus compañeros. César controlaba la zona mientras los chicos tomaban posiciones. Jacob se ocultaba tras un árbol de la entrada y Álex probablemente se escondía cerca de él. A pesar de que ambos se esforzaban por mantener en secreto la atracción que sentían el uno hacia el otro, él lo había descubierto. Tan solo esperaba que ellos diesen el paso y se lo dijeran, ni César ni él les pedirían explicaciones. «Vive y deja vivir». Era su filosofía.

—¿Qué hacías? —preguntó César al verlo llegar.

—Ya te contaré... —le respondió a la vez que observaba cómo se iban acercando varios hombres al punto indicado.

—Me tienes en ascuas, esa felicidad que "desprendes" es inusual en ti, salvo que...

—dijo César levantando su ceja derecha.

—¿Qué sabemos? —Abel cortó el rumbo de la conversación que había comenzado su compañero. Después de cumplir la misión habría tiempo para explicarle lo que ocurrió en el hotel y pedirle ayuda para proteger a Blanca.

—Bandas, drogas, lo mismo de siempre —le informó.

—Cuando atrape al bastardo que trae la mercancía, me voy a hacer unos gemelos con sus huevos —gruñó Abel al mismo tiempo que se llevaba la mano hacia su arma.

—No quiero imaginarme esa camisa. —Sonrió su compañero. —¿Hoy también tienes ganas de morir? —le preguntó al oído. —No —mintió.

—Porque como salgas herido, te juro por mis pelotas que el tiro de gracia lo daré yo —le advirtió sin titubeos.

—Qué pasa, que te ha dejado a medias la chica con la que estabas.

—No quiero tonterías, César. Necesito tu ayuda para cuidar de Blanca, creo que está en peligro. —Puso la mano sobre el hombro de su amigo.

—¿Blanca? —preguntó sorprendido.

—¡Atentos, chicos! —advirtió Jacob—. La entrega se está realizando.

Frente a ellos se habían agrupado cinco figuras. Dos permanecían de pie controlando los alrededores. Las restantes se acomodaron en un banco. Varios reflejos metálicos procedentes de las manos de aquellos individuos fue una señal inequívoca de que portaban armas. Jacob miró a sus compañeros y les hizo un gesto para que avanzaran. César se desplazó a la derecha, hacia una arboleda que lo cubriría para no ser descubierto. Abel por la izquierda, llamaría su atención y les cerraría el paso. Jacob de frente seguido de Álex, completaban el cerco. Lo tenían todo calculado. Abel les interrumpiría con su teatral presentación, mientras que los demás les tendían la emboscada. Los pasos de los cuatro apenas se escuchaban entre las risas y las conversaciones de los traficantes. Cuando estuvieron en posición, Jacob les dijo a través del pequeño intercomunicador, *manzana*, que era la señal para intervenir.

—Buenas noches, ¿no es muy tarde para jugar en los columpios? —dijo Abel encañonando con su arma a los presentes.

—¡Mierda! —gritó alguien—. ¡La pasma!

—¿La pasma? No me jodas. ¿Tu has visto alguna vez agentes de policía con un cuerpo como este?, venga hombre. Pero si están todo el día sentados tras una mesa comiendo donuts y haciendo la vista gorda a reuniones de cerdos como esta —les dijo con una risa burlona.

—Sed buenos chicos y dejad las bolsas en el suelo. —César apareció de entre la arboleda. Él también los apuntaba con su glock 17. Viendo que ninguno de los presentes bajaba la guardia, caminó hacia ellos. Tuvo la sensación de que se habían topado con un grupo fuerte que no se rendiría ante la primera amenaza. De repente observó cómo uno de los que estaban sentados se levantaba y empezaba a andar hacia la única salida que no pudieron controlar, la parte de atrás. «¡¡Mierda!!». Exclamó cuando supo lo que pasaría después.

—¡Disparad! —ordenó el hombre mientras huía.

Entonces comenzó una lluvia de balas. César retrocedió para cubrirse entre los árboles que tenía tras él, y Abel se tiró al suelo rodando hasta el pedestal de la figura de bronce de un niño. Comenzaron a disparar desde sus posiciones a las piernas de los malhechores, que se protegían tras el banco. César alcanzó a dos, que cayeron al suelo entre alaridos de dolor. Abel hirió a otro que, asustado, empezó a correr. Jacob y Álex seguían a los que habían escapado, entre los que se encontraba el que había dado la orden de disparar. Ese era el principal objetivo. Si lo capturaban le sonsacarían toda la información de un modo u otro. Pero en esa ocasión la fortuna no estuvo de su parte. El individuo se esfumó entre las sombras que le ofrecía la noche. Jacob encontró al otro tipo ocultándose bajo un coche. Llamó la atención de Álex y le indicó mediante gestos el lugar en el que se encontraba el susodicho.

—Sabes que no vas a poder escapar de ahí, ¿verdad? Si te resistes será peor... Te aconsejo que tires el arma donde podamos verla y salgas con las manos bien visibles. Mi compañero es de gatillo fácil y se pone muy nervioso en situaciones como esta —le advirtió Álex. El hombre tiró inmediatamente su arma y salió de su escondrijo mostrando las manos—. Muy inteligente —le susurró mientras lo maniataba con unas bridas.

Pero aún no estaba todo controlado. En el lugar donde César y Abel se hallaban, uno de los traficantes abatidos cogió una segunda arma que ocultaba en la pernera del pantalón y, en un momento en que ambos le daban la espalda, apuntó a César y gritó: —¡Muere, cabrón! —Disparó.

Abel, de forma instintiva, se arrojó sobre su compañero apartándolo de la trayectoria del proyectil, haciéndolo rodar por el suelo. Una presión zarandeó su cuerpo y miró a los ojos de su compañero mientras se desplomaba. César, volviéndose desde el suelo a toda velocidad disparó al individuo hiriéndolo en el hombro sin darle la oportunidad de efectuar un segundo disparo.

Abel sintió un fuerte dolor en el pecho. Y recordó aquella punzada que sufrió al salir del hotel Paraíso y que, premonitoriamente, marcó el punto exacto donde había sido alcanzado. Las fuerzas comenzaban a abandonarle y la oscuridad nubló su visión.

—¡Han herido a Abel! —exclamó Jacob mientras corría hacia su compañero.

—Blanca... salvad a Blanca... —balbuceó Abel antes de cerrar los ojos y perder la consciencia.

15 carmen

Blanca se despertó al sentir frío en el lado donde debía permanecer Abel. Cogió la almohada e inspiró con fuerza. Las sábanas aún conservaban su olor. Con pereza, se incorporó y observó el desorden que había en la habitación. Aquel momento lujurioso había sido una hecatombe. Jamás pensó que el deseo y la pasión conllevaran un descontrol tan irracional. Los escasos instantes que había tenido con Eduardo en la cama habían sido una absurda pantomima comparado con lo que en realidad se siente cuando entre dos amantes existe algo especial. Abel le mostró lo que era la pasión, la lujuria y el deseo en las incontables posturas que le hizo hacer. Esbozó una sonrisa de satisfacción cuando notó un pequeño escozor en su piel. En su próxima cita apasionada le obligaría a afeitarse. Estaba muy guapo con aquella espesa barba, le hacía más enigmático y sexy, aunque las consecuencias de las caricias sobre su piel las sobrellevaba ella. La felicidad regresó a su rostro al recordar la cara de Abel al introducirse por primera vez entre sus piernas. Tenía los ojos brillantes, el rostro hirviendo y se relamía los labios. «El mejor néctar que he saboreado». Le dijo tras las invasiones de su lengua en su sexo. La hizo enloquecer con sus palabras y la transportó a un mundo maravilloso. Levantó los pies para no tropezar con todo lo que había en el suelo. Se acercó a su chaqueta y cogió la cajetilla de tabaco. Necesitaba reflexionar sobre lo sucedido aquel día, porque no solo había tenido un magnífico e inolvidable encuentro sexual, sino que también se había ido de su casa, lo que había pasado por completo a un segundo plano. Abrió el balcón y, tapándose con el albornoz salió a respirar el aire fresco de la madrugada. La suave brisa y el silencio que la noche le ofrecería era lo que necesitaba para aclarar las ideas. No sería fácil luchar contra una persona como Eduardo, aunque esperaba que la mujer con quien habló le ayudase en esa dura batalla, tras años de desesperación y desprecio. De pronto algo llamó su atención y la puso alerta. Se apretó la bata y se acercó al balcón de al lado, del que provenían unos sollozos.

—Buenas noches ¿Todo bien? —preguntó con cierta timidez.

—Buenas noches, podría haber sido mejor —contestó la mujer que se apoyaba en la terraza mirando al frente.

—Hay días que son mejor dejar atrás. —Blanca se inclinó hacia el muro que las separaba y extendió su mano para saludar a la enigmática mujer.

—Este tenía muy buena pinta y ha terminado horroroso. —Se acercó al muro y respondió al saludo.

—Me llamo Blanca.

—Carmen. ¿Está sola? —Miró de reojo hacia el interior de la habitación.

—Ahora mismo sí. —Esbozó una sonrisa apenas visible en la oscuridad.

—Si quieres, puedes pasar a mi habitación y nos tomamos una copa. Me vendría bien algo de compañía —la invitó.

—Dame cinco minutos y tomaremos esa copa. —Blanca aceptó de buena gana; no quería estar sola porque comenzaba a pensar en la nueva vida que se abría ante ella, y llenaría la noche de absurdos miedos.

—¡Estupendo! ¡Te espero! —exclamó emocionada.

Carmen abrió la puerta y se quedó durante unos segundos parada con la mano en la manilla. Sus ojos parecían tristes, el pelo le caía sobre los hombros. La miró y se lanzó hacia ella para envolverla en un abrazo tan efusivo, como si se tratase de una amiga a la que había encontrado después de muchos años.

—Gracias por no dejarme sola. Hoy no es un buen día para deambular sin compañía.

—Carmen cogió la mano derecha de su invitada y la introdujo en la habitación.

—A mí también me venía bien algo de compañía esta noche.

—¿Quieres tomar algo? —Caminó hacia el mueble bar y le mostró varias botellas.

—Un ron, pero no te pases. Mañana necesito estar en plenas facultades.

—¿Qué tiene de especial mañana?

—Será un gran día para mí. Acabo de finalizar un matrimonio que solo me ha aportado frialdad y desencanto. Pero... también ha sido una noche especial porque he encontrado a una persona que me ha hecho recobrar la ilusión. Así que brindemos por ello. —Sostuvo el vaso y lo alzó para realizar el brindis.

—¡¡Brindemos!! —respondió al saludo—. Y ahora cuenta esa interesante historia. Lo mío es mucho más sencillo; quedé con un hombre para tener sexo a lo bestia y no ha aparecido.

—Y... ¿cómo se llamaba? —A Blanca le cambió el humor. De repente pensó que Abel era la cita de aquella muchacha y que por su intromisión le había fastidiado el plan. Pero luego le vino a la mente que él se marchaba, no venía. Tal vez huía...

—Se hacía llamar “Amante Constante”, pero en realidad se llama Santiago. —Carmen levantó su delgada ceja pelirroja al ver el brusco cambio en el rostro de su acompañante.

—Ajá. —Blanca volvió a dibujar una bonita sonrisa en su rostro, pensando que podría existir una posibilidad entre ellos, ahora que sabía que Abel no era el amante de Carmen. «Eres tonta», se dijo. «¿Crees que desde que te conoció han dejado de interesarle otras mujeres? ¡Bobadas!».

—¿Hola? ¿Estás ahí? —le preguntó con ahínco la muchacha al verla absorta en sus pensamientos.

—Perdona, estaba...

—Vamos a la terraza. Allí estaremos más cómodas y podremos hablar con calma de todo lo que nos ha pasado. Estoy deseando saber la historia de ese amante. —Agarró la botella y se dirigió hacia el balcón.

—En realidad no hay mucho que contar —comenzó a exponer mientras caminaba detrás de ella—. Estaba cansada de un absurdo matrimonio. Vivía en una constante pantomima y le he puesto fin. Mi marido, bueno, mi futuro ex, me engañaba con toda mujer que se le ofrecía y me harté de estar metida en casa fingiendo que no sabía nada. Esta mañana recibí una llamada de teléfono; una mujer me informó de todas las infidelidades de mi esposo y también me alertaba sobre los posibles negocios oscuros que podría traerse entre manos. Me dijo que era una de sus tantas amantes y que deseaba ponerme al corriente de todo, porque se sentía muy mal por permanecer en ese juego de infidelidad en el que mi marido la había introducido. Es por ello que tomé fuerzas y decidí poner fin a diez años de amargura. Me marché de la casa, busqué un hotel donde descansar unos días, y por casualidades del destino me encontré a Abel en el pasillo.

—Y... ¿por despecho a todo lo que te sucedió con tu marido lo utilizaste?

—¡No! ¡Qué va! Lo conocí hace tiempo en una fiesta que dio mi esposo. Él trabaja en la empresa de seguridad que contrata mi marido para las celebraciones. Fue una especie de atracción irresistible. Nos cruzamos miradas, gestos... Me sentí enganchada a él, pero en ningún instante se me pasó por la cabeza engañar a mi marido, aunque él ya me había tomado ventaja. Así que parece que la chispa de aquel primer encuentro era mutua y al volver a vernos, consumamos la pasión que sentimos en aquel instante.

—Se sentó en la silla y miró a la joven.

—Interesante... —susurró Carmen.

—Pero antes de seguir con esta locura sexual, tengo que resolver el asunto de mi divorcio. He quedado con la chica que me llamó, que es abogada, para charlar sobre el tema y plantear las posibilidades que tengo para no quedarme sin nada después de tanto tiempo.

—¿No me has dicho que era su amante? —preguntó sorprendida—. ¡Ni se te ocurra aceptar! Puede ser una encerrona. ¿No has pensado que podría tratarse de un

horroroso plan ideado por tu futuro ex y su amante? Parece la trama de una peli, pero ponte en esa situación. —La joven se cruzó de brazos y se recostó en la silla.

—No. En ningún momento se me ha ocurrido pensar eso... Ella dijo que ayudarme era la única manera de ayudarse a sí misma. —Resopló.

—¿A sí misma? ¡¡Claro!! Te quitaría de en medio con rapidez y se quedaría con tu marido. Yo no me fiaría. Las mujeres somos muy malas con respecto a la posesión de nuestros hombres. Podría tratarse de una emboscada, ¿tienes más alternativas?

¿Conoces a otro abogado que pueda defenderte?

—No. No conozco a nadie salvo a los amigos de Eduardo, y creo que ninguno se enfrentaría a él. Tiene sus empresas controladas y no pondrían en peligro su poder por echarle una mano a una cornuda, ¿no te parece? —La preocupación apareció en el rostro de Blanca. Si Carmen tenía razón, se encontraba en un grave problema. Nadie la respaldaría y finalmente se encontraría arruinada, tal como le gritó su marido antes de salir de la casa.

—¿Eduardo?

—Eduardo Aguilar, mi marido. ¿Le conoces?

—No —contestó Carmen tras reconocer ese nombre—. Creo que tu noche afortunada aún no ha terminado, Blanca. Tienes que caerle muy bien a alguien de ahí arriba.

—Puso su mano sobre la de ella y alzó su barbilla hacia el cielo—. Soy abogada, y si lo deseas, estaré encantada de llevar tu caso. Desplumaré a ese bastardo y tendrás la nueva vida que te mereces. —Una sonrisa diabólica apareció en aquel rostro angelical.

—¿En serio?... Te estaría eternamente agradecida, Carmen. No quisiera que esa sabandija quedase impune después de todo el calvario que me ha hecho pasar.

—Lo pagará, te lo prometo. —Cogieron con fuerza sus copas y brindaron por la destrucción de Eduardo.

A Carmen se le dibujó una sonrisa en el rostro. Después de todo, la noche no había sido tan mala como había pensado, a pesar de que el plan que ideó no la condujo hasta donde ella quería. Esperaba que Javier irrumpiera en la habitación, loco de celos, y mandase a paseo al amante que ella escogió como cebo, para estrecharla al fin entre sus brazos... Pero posiblemente, tenía entre sus manos el caso más importante de su carrera. Si el marido de Blanca era el mismo Eduardo Aguilar que aparecía en los archivos que guardaba su jefe bajo llave, en la mesa del despacho, sabía como conseguir la información.

16 una evidencia, dos maldades

Esa era la número veinte. Desde que salió del hotel para ir a las oficinas de su esposo y encontrar los documentos que Carmen le había pedido, no había cesado de llamar a la misteriosa mujer que la puso al día de los secretos de su marido. Por un lado, quería decirle que tenía otra abogada para su caso; y por otro, necesitaba saber que se encontraba bien. Si tenía razón sobre el tema de su esposo, ambas podrían estar en peligro. «¡Tenía una reu- nión!», pensó subiendo en el ascensor. «No me acordaba. Me dijo que estaría ocupada y por eso teníamos que vernos más tarde». Suspiró aliviada, envió un mensaje a la joven: «Tengo abogada, gracias por todo. Ten cuidado». Miró hacia el interior de la oficina y caminó segura de sí misma. No podía volver a doblegarse ante un hombre.

La secretaria de Eduardo, al verla, se quedó atónita. O bien le parecía extraño encontrarla allí, motivo que comprendía porque después de diez años de casados solo había visitado a su marido un par de veces; o bien porque escondía algo en la oficina y la empleada tenía que protegerlo.

—Buenos días —dijo sin mirarla dirigiéndose hacia la puerta.

— ¡Señora! —le gritó la mujer—. No puede entrar, el señor Agui- lar no puede atenderla en estos momentos.

—¿Perdón? —Se giró hacia la secretaria y observó cómo esta se había levantado con rapidez para tratar de impedirle el paso.

En ese instante se apresuró en girar el pomo y dejar al descubierto lo que allí sucedía. Se tapó la boca sorprendida al ver algo que no esperaba: una mujer arrodillada haciéndole una mamada a su todavía esposo.

—¿No serás tú la supuesta abogada que me ha puesto al día de las infidelidades de mi marido, verdad? —preguntó con ira—. Porque si es así me alegro de haber encontrado a otra.

—No la conozco de nada, señora —dijo la joven mientras se in- corporaba intentando abrochar los botones de su camisa.

—¿Estás segura de eso? —insistió. Pero cuando la joven alzó su rostro y pudo contemplar en su mirada pinceladas de horror y miedo, terminó su interrogatorio. «¡Es ella!». Pensó. «¡Dios mío es ella. ¿Qué está haciendo? ¿Por qué? ¿Necesitaba hacerme desaparecer o tal vez se encuentra bajo las garras de Eduardo?».

—Buenos días, Blanca. No te esperaba tan pronto —le dijo con toda naturalidad Eduardo interrumpiendo las divagaciones de su mujer—. Te has quedado muy callada, ¿tienes algo que decirme? Por cierto, mi enhorabuena, nunca has podido levantarte antes de las once y hoy al fin lo has conseguido. Veo que comienzas muy bien tu nueva vida.

—Cuando hay un buen motivo para hacerlo, me levanto con gusto.

—Pasa, no te quedes ahí. Discutamos con la puerta cerrada. —La chica no conseguía abrocharse los botones de su camisa. Estaba desconcertada con la situación que estaba viviendo. Eduardo se incorporó de su asiento y se acercó a ella. Entrecerró los ojos percatándose de lo que había percibido Blanca: su amante tenía miedo de él, escondía algo. «¡Hija de puta! Tú la has informado de todo... ¡Lo pagarás!». Se dijo al saber de lo que se trataba. Pero a pesar de conocer la verdad, mantuvo una actitud serena, apartó las torpes manos de la joven y terminó de adecentarla—. No entenderías nunca mis necesidades amorosas, Blanca. Por eso he estado buscando a otras. ¿Estás bien? —le preguntó a la chica con una falsa ternura mientras acariciaba dul- cemente su aterrorizado rostro. Miró de reojo a su todavía mujer y besó a la joven—. Vete. Ya tendremos tiempo de terminar lo que he- mos empezado. —Ella asintió, cogió su bolso y se marchó sin mirar a la esposa que seguía inmóvil en la puerta.

—¡Me das asco, Eduardo! Es asqueroso ser la mujer de un bastardo como tú. Cada vez me alegro más de haber dado este paso y zanzar esta patraña a la que tú llamas matrimonio.

—¿Te lo dijo ella? —Señaló hacia la puerta.

—No. A esa zorra no la conozco. —Esperaba que sus palabras hubiesen sonado lo suficientemente contundentes como para que la joven no saliese herida. La mirada que le había dedicado no auguraba un buen fin—. Tengo una buena abogada y tendrás noticias de ella pronto.

—Perfecto, ¿la conozco? —Eduardo se sentó con serenidad en su sillón de cuero oscuro, ofreciendo una actitud demasiado tranquila ante lo que allí había ocurrido, como si estuviese muy acostumbrado a vivir aquel tipo de situaciones.

—¿Te la quieres follar también? —preguntó con ironía—. Te aviso de que no está interesada. Lo único que tiene en mente es desplumarte y yo apoyo esa idea.

—Podríamos vivir bien, si aceptaras lo que necesito —dijo en voz baja mientras colocaba el desorden de la mesa.

—¿Te estás escuchando? —gritó enfadada—. ¡Eres un monstruo! Pero mi desdicha por fin ha terminado. Sigue manejando los hilos de tus marionetas, Eduardo, porque los míos ya están cortados y voy a hacer lo que me apetezca. Voy a vivir mi propia vida y no la que tú habías elegido para mí.

Como Eduardo seguía con aquella actitud de superioridad, Blanca se giró sobre sí misma y abrió la puerta con fuerza. Le echó un último vistazo manteniendo su cuerpo erguido y salió de la oficina. Una vez cerró, respiró profundo. Ahora lo tenía muy claro, Eduardo ocultaba algo, tal y como le había dicho aquella pobre mujer por teléfono. Si era cierto que la chica que le estaba haciendo la mamada era la misma que la informó de todo, resultaba evidente que Eduardo no se detendría ante nada ni nadie y que algo horrible le estaba haciendo como para tener que pedirle auxilio, a la esposa del hombre con el que tenía sexo. «¿Qué será?». Se preguntó. De pronto se acordó de Carmen. «Nena, este esconde algo, lo sé. Un beso». Le escribió desde el móvil. «Tranquila, déjame a mí», le respondió. Tras leerlo, caminó hacia la salida del edificio; necesitaba alejarse de aquel sitio lo antes posible. Tenía el vello erizado y un frío interno se apoderaba de ella. Se frotó los brazos y aumentó el ritmo de sus pasos, cuanto antes se alejase de allí, mejor.

Cuando Eduardo se quedó solo en su despacho, golpeó la mesa con rabia. Aquella zorra quería destruir el imperio que con tanto esfuerzo había construido. No se lo iba a permitir. La aniquilaría antes de que pudiese encontrar algo; hablaría con Vicente, él sabría muy bien cómo hacer desaparecer los posibles obstáculos en su camino. Lo había hecho con aquella chica que se escapó del zulo, y que acabaron encontrando en un parque infantil... Y todo por culpa de Armando, que estaba más preocupado por administrarse la próxima dosis de droga que de vigilar a la joven. «Si no le hubiese *apartado*, nos habría traicionado tarde o temprano». Comentaba para sí... Otra idea pasó veloz por su mente. Necesitaba darle un escarmiento a Sara por su traición. Gritó y golpeó la mesa. «¡Te voy a joder como me has jodido tú!». Juró en voz alta. «¡No vas a escapar de mí! Y cuando estés suplicando clemencia, te destrozaré a patadas». Sonrió ante el placer que le provocaba imaginar aquella escena. Buscó el número de Sara en el móvil y le envió un mensaje: «Reunión importante en la oficina, ven arreglada para las ocho». Cuando iba a soltar una gran carcajada ante aquel plan, sonó el teléfono. Miró la pantalla y descolgó.

—Buenos días, Vicente, estamos conectados; tenía pensado llamarte en un rato —saludó al comisario.

—Buenos días, Eduardo. Necesitaba ponerte al corriente de lo sucedido anoche en el parque —le explicó Vicente.

—Habla, ya te contaré lo mío —dijo inquieto. Sospechaba que la cosa no había

terminado como estaba previsto.

—Han vuelto a meter las narices en la entrega. Los muchachos describen a cuatro hombres vestidos de negro y de gran corpulencia. No puedo tirar de los medios que tengo a mi alcance porque podrían sospechar de mí, pero esto me huele mal.

—¿La mercancía? —Lo único que le interesaba era saber dónde había ido a parar el dinero invertido.

—En comisaría. Ha sido confiscada. Todavía no puedo acceder a ella, pero no está perdida como en ocasiones anteriores —comentó con cierto tono de felicidad.

—No entiendo quién cojones pueden ser. ¿Has investigado bien entre tus bandas? Quizás alguien nuevo...

—¡Imposible! Tengo a todo el mundo controlado. Por las calles deambulan más de cien chivatos a los que pagamos con mercancía, y esos yonquis venderían a su madre por un chute... Hay una noticia muy buena. En la reyerta, uno de ellos fue herido. Seguro que podremos encontrarle en un hospital de la zona. Una de mis confidentes me ha dicho que en la clínica en la que trabaja ha habido varios ingresos por herida de bala esta noche, empezaremos por ahí.

—¡Bien! Estoy impaciente por verle la cara a uno de esos desgraciados. A ver si conseguimos acabar con los que nos quieren joder. —Un ápice de gozo invadió su rostro.

—¿Cuál es tu problema? Has dicho que querías contarme algo.

—Blanca ha decidido ser una mujer traviesa y quiere el divorcio. Alguien la llamó y le informó de mis devaneos sexuales. Pero el que esa hija de puta quiera abandonarme no es el problema, al contrario, será mi liberación.

—¿Entonces? —preguntó intrigado Vicente.

—Se trata de Sara, mi zorra. Estoy seguro de que fue ella quien le puso al corriente de todo.

—¿Qué has pensado? Ahí no puedo decidir, porque es tu mujer. Si fuese la mía le cerraría la boca ipso facto —le explicó.

—No dudo de que lo harías. Sin embargo, yo he pensado mandar a uno de nuestros perros tras ella, y que me informe de cualquier cosa. Piensa un poco, si sale a la luz mi divorcio y repentinamente muere mi ex, todos sospecharán que yo soy el asesino. Y ni siquiera tú podrías intervenir...

—No estés tan seguro... —fanfarroneó.

—De todas maneras, lo tengo bajo control.

—¿Qué hacemos con la chivata?

—Esa es otra cuestión, y lo mejor de todo es que ella no tiene ni idea de que la he descubierto —Sonrió de placer.

—Entonces no hay tiempo que perder. Tenemos muchas cosas en las que trabajar. Por cierto, ¿sigue en pie la reunión de esta noche? —Vicente se frotó las manos.

—Por supuesto, además, tendremos una sorpresa muy gratificante.

—¿Carne fresca? —El comisario levantó las cejas y su rostro se llenó de una oscura lujuria.

—Sí, carne fresca...

Sara estaba llegando a su casa cuando recibió un mensaje. Sabía de quién se trataba porque tenía una melodía diferente. Lo buscó con miedo mientras le asaltaba la duda sobre la posibilidad de que Eduardo la hubiese descubierto. Abrió con nerviosismo el correo y suspiró: tan solo la reclamaba para la reunión que se celebraría aquella tarde. Como de costumbre, la avisaba en el último momento. Respiró hondo y se sintió aliviada. Quizás debía relajarse un poco para no levantar sospechas. Si quería salir airosa de la situación en la que se encontraba, tenía que ser más cauta. De lo contrario, acabaría como las demás mujeres, destrozadas y aniquiladas. Metió de nuevo el móvil en el bolso y abrió la puerta de su hogar, necesitaba tiempo para trazar

el siguiente paso hacia su liberación.

17 desorientado

Tenía los ojos cerrados, Abel podía sentir en la piel las caricias de sus manos. Subían y bajaban por el esternón. Alzó sus ojos azulados y le encantó ver sus mejillas sonrojadas. Seguía dentro de ella, como había imaginado multitud de veces. Calentaba su cuerpo con el de Blanca. De repente comenzó a agitarse y a perder el control entre gemidos y sollozos. Ante los apasionados zarandeos, decidió abrir los ojos y contemplar la sedosa y despeinada cabellera. Alargó las manos hacia los hombros de su amante y la apretó hacia su cuerpo para penetrarla hasta el final. Se encontraba tan plétórico entre sus caricias que se olvidaba de quién era. Inspirando con fuerza, introdujo en su cuerpo el dulce aroma que ella emanaba; ese que lo había vuelto loco desde la primera vez que lo olió. De pronto, ella lo miró y le preguntó. —¿Estás bien?

Gruñó, no sabía qué contestar. Estaba tan sumergido en el placer que aquella deliciosa mujer le estaba proporcionando que no le salía la voz. Pero ella insistió en la pregunta. Cuando escuchó de nuevo aquellas palabras, se dio cuenta de que no era la voz de Blanca. «¡Joder! ¡Me cago en la puta!». Pensó Abel.

—Tío ¿estás bien? —dijo César intentando zafarse del amarre amoroso que le había realizado.

—¿Qué cojones...? —Abrió los ojos y vio la cara de espanto que tenía su amigo. La gran melena rubia se esparcía por unos fuertes hombros y sus grandes ojos verdes lo miraban atónitos.

—¿Buscas mi calor, cielo? —Una carcajada ruidosa salió de su boca.

—Pensé que eras... —Su excitación se desvaneció como el humo. Intentó incorporarse pero un terrible dolor en el pecho le hizo caer de nuevo sobre la cama—. ¿Qué narices hago yo aquí?

—Te hirieron en la reyerta. —La sonrisa de César desapareció, si no hubiese sido por él, ahora no respiraría. Abel evitó con su cuerpo que aquella bala lo atravesase y lo condujese hasta el lugar que tanto anhelaba, junto a su amada esposa.

—Me debes una —dijo al recordar lo ocurrido tras llevarse la mano hasta las vendas que cubrían su torso—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos días. Te metimos a través del contacto de Jacob. Él es el que nos ha estado cubriendo las espaldas. —Se retiró de la cama y empezó a deambular por la habitación. Tras unos momentos de silencio, se giró hacia su amigo—. Podías haber muerto, unos centímetros más arriba y la herida habría sido fatal. No debiste hacerlo, Abel.

—¿El qué? —gruñó. Sabía a lo que se refería pero necesitaba escuchar su versión de los hechos.

—Salvarme...

—Mira tío, no voy a permitir que te maten en una misión. Si tienes ganas de morir, tómate un bote de pastillas o te tiras a las vías del tren. Pero mientras estés a mi lado, no lo conseguirás.

—Estoy muy solo sin ella, Abel. Sé que es imposible que lo entiendas, tú no has tenido una mujer a tu lado tanto tiempo como para apreciar lo que significa estar enamorado, y necesitarla para continuar luchando día a día. No existe un solo momento en el que mi pensamiento no se llene de imágenes de Elisa. La veo sonriendo, saltando, besándome, esperando mi regreso con cara de terror al pensar que quizá no volviera...

—César, estuve con Blanca —interrumpió el discurso emocional de su compañero.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido. Había olvidado por completo la confesión que su compañero le hizo la noche del parque cuando los interrumpió Jacob.

—La encontré en un hotel. Estaba haciendo un favor personal al jefe y me tropecé con

ella. Terminamos en la cama, por eso llegué tarde. —Resopló.

—¡Venga ya! ¿Acaso no recuerdas que está casada? —le reprochó.

—Lo está, pero también quiere romper ese matrimonio. La encontré la noche del parque y... bueno... Necesito que me hagas un favor, ese que te pedía antes de que me ocurriera esto. —Se intentó incorporar de la cama pero desistió cuando el dolor se hizo más fuerte—. Su marido la amenazó y creo que está en peligro. Ya sabes que el jefe tiene ciertas hipótesis sobre la implicación de ese hombre en temas de drogas y asesinatos.

—No sé qué decir, Abel. Si es tan inteligente como creemos, no va a ordenar que maten a su mujer, todas las investigaciones se centrarían en él, y no creo que eso le interese en este momento.

—Tú no viste sus ojos cuando leyó el mensaje. No viste el terror que reflejaban —le explicó.

—Si tan claro lo ves, podemos aumentar la vigilancia en torno a ella. Se lo haré saber al jefe para que dé su autorización. —Clavó la mirada en su amigo y advirtió una dureza en su rostro que no había contemplado con anterioridad. Estaba completamente seguro de que Blanca corría peligro y que él debía protegerla fuera como fuese, y si para ello tenía que contar con todo el equipo, lo haría sin pestañear.

—Necesito salir de aquí. Ella se aloja en el hotel Paraíso, habitación trescientos seis. Llévame allí, por favor —rogó.

—Buenos días, caballeros. —La voz de una mujer interrumpió la interesante conversación—. ¿Ya se ha despertado el paciente? —Miró a ambos como si esperase la contestación de alguno de ellos.

—Sí, ya ha vuelto del mundo de los sueños —contestó al fin César.

—Bien, es la hora del baño y debemos prepararlo. Después alguien le hará una visita, quieren preguntarle sobre cómo y dónde se produjo el altercado que le provocó la herida. —Se acercó con una palangana, una esponja y una sonrisa de oreja a oreja. Desde que llegó, todas las enfermeras se echaban a suerte el turno del baño. Andaban como gatas en celo por acariciar la piel de aquel hombretón y hoy le tocaba a ella. Al escuchar las palabras de la sanitaria, los hombres cruzaron la mirada y en ese instante advirtieron que algo iba mal. Jacob se había coordinado con su infiltrado en el hospital para que pasaran desapercibidos. Nadie le había hecho ficha de admisión, por lo que *nadie* sabía de su existencia.

—Preciosa —dijo Abel con tono dulce—. ¿Nos dejas diez minutos a solas? Luego te prometo que haré todo lo que me ordenes. —Trazó una insinuante y picarona sonrisa en su rostro.

—Correcto, pero solo diez minutos, ¿de acuerdo? —Se giró hacia la puerta balanceando sus caderas.

Los dos hombres esperaron callados hasta que ella cerró la puerta. En cuanto escucharon el clic, César corrió hacia la entrada para examinar el pasillo.

—¡Nos han descubierto! —exclamó Abel en voz baja a la vez que se incorporaba de la cama soportando el terrible dolor de la herida.

—Deben tener un topo, de eso no me cabe duda, pero... ¿quién narices será?

—Me importa tres cojones quién será el maldito topo, lo único que me interesa es salir de aquí, a poder ser vivo, claro. —Tan solo con poner los pies en el suelo se percató de que aún no estaba recuperado. Se llevó la mano derecha hacia la venda que cubría la herida y efectuó una leve presión.

—El pasillo está bastante concurrido, Abel. Como ha dicho la enfermera es el momento de asear a los enfermos, y los sanitarios andan de un lado para otro. —Caminó hacia la puerta y miró de nuevo, cuando volvió la vista hacia el interior de la habitación se quedó atónito. Abel le había dado la espalda e intentaba, con mucho esfuerzo, ponerse las zapatillas de tela que ofrecían en el hospital—. ¡¡Tápate el culo, joder!! Me estás

quitando las pocas ganas de vivir que me quedan.

—¿Crees que en estos momentos me importa ir con el culo al aire? Prefiero seguir vivo que andar recatado.

—Espera aquí. Voy a buscarte algo, no puedes llamar la atención. —Arqueó la ceja.

—No tardes, algo me dice que como no salga pronto de aquí, alguien terminará el trabajo que aquel tipejo empezó.

Apenas dos minutos más tarde, César apareció con una camilla. Llevaba puesta sobre sus vestimentas una bata blanca con una chapa que lo identificaba como médico.

—Túmbate y cúbrete la cara. Saldremos por el ascensor de personal. —Le ayudó a tenderse.

Cuando salieron de la habitación caminaron sin mirar atrás hacia el ascensor más cercano. Por ahora no parecía que hubiera por los alrededores ningún sospechoso, pero debían estar alerta. César colocó su pistola debajo de la almohada rezando para no utilizarla. No quería montar un espectáculo, debían ser invisibles.

—Estamos fuera —cuchicheó en el oído de su amigo al ver el exterior.

—¿Qué has visto? —preguntó Abel debajo de la sábana.

—Salvo un par de tipejos trajeados en la sala de urgencias, no he visto nada.

—O.K.

—Hemos llegado —dijo César acercando la camilla todo lo posible al coche. Luego, ayudó a su amigo a levantarse y a acomodarse en el asiento del vehículo—. ¿Dónde vamos? —preguntó cuando tuvo entre sus manos el volante.

—Al hotel Paraíso —respondió.

—No podrás protegerla así, no estás en condiciones... ¿me has oído?

—Calla y arranca. Tal vez se haya ido, pero si está, quizás no me reciba con los brazos abiertos. ¿Qué mujer recibiría a un hombre del que no sabe nada durante dos días tras haber tenido un idilio amoroso?

—Creo que tienes una buena explicación que darle ¿no? —Puso en marcha el vehículo y se alejó de aquel sitio.

—Dame el teléfono, hablaré con el jefe para ponerle al tanto de lo sucedido. Debemos averiguar cómo hemos sido descubiertos —dijo Abel tras darle vueltas al tema.

—Buenos días, César —respondió Javier—. ¿Qué tal está el herido?

—Soy Abel y no me puedo quejar. Jefe, hemos tenido que abandonar el hospital a toda prisa... nos han encontrado.

—¿Cómo? ¿Estáis seguros? ¿Quién ha podido saltarse la protección? —preguntó alterado.

—Eso es lo que pretendemos averiguar.

—Bien, lo primero es manteneros a salvo. ¿Hacia dónde vais?

—Al hotel Paraíso.

—¿Por qué allí? —preguntó desconcertado.

—Me encantó el hotel cuando fui a visitarlo.

—Bien, informaré a Jacob y a Álex de vuestra posición. Deben cuidarte mientras averiguo quién puede ser el topo en ese hospital. Tal vez así podamos encajar algunas piezas más de este maldito puzle.

—Perfecto entonces. —Colgaron.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó César.

—Que mandará a los chicos.

Como era costumbre en aquel hotel, no había nadie en recepción. Así que César pudo esconder con facilidad al herido. Lo dejó apoyado en las puertas metálicas del ascensor y regresó hacia el mostrador de admisión.

—Buenos días, caballero. —Un joven apareció tras la tercera llamada. Llevaba la boca llena de comida, quizás le había interrumpido en su hora del almuerzo.

—Buenos días. Quiero la habitación trescientos seis —dijo muy seguro.

—Lo siento, en estos momentos está ocupada. —Sonrió—. Pero puedo ofrecerle otra. La trescientos ocho está justo al lado y es similar, también tiene una buena terraza.

—¿Justo al lado? —preguntó César.

—Se lo prometo, caballero. No hay diferencia alguna entre ambas habitaciones.

—Volvió a sonreír.

—Me parece bien. —Seguro que Abel haría todo lo posible para averiguar si la persona que ocupaba el dormitorio contiguo era Blanca.

—¿A qué nombre? —El joven sacó el libro de registro.

—A nombre de *Lady Di*. —Ante la cara de asombro del joven, César se acercó y le cuchicheó en el oído—. Escucha, esto es una misión especial de la policía. Es de vital importancia que nadie sepa quién se hospeda en esta habitación. Si alguien lo descubre, podría ocurrir una catástrofe nacional. ¿Queda claro?

—Por supuesto, caballero. —Abrió los ojos sorprendido. Su hotel siempre había sido visitado por amantes y nunca pensó que los agentes de la ley le pidieran ayuda. Se sentía importante ante tal hecho. Por fin surgía algo interesante en su vida—. Seré una tumba, mantendré su hospedaje en absoluto secreto.

—No seré yo quien se albergue. ¿Lo comprendes?

—Con claridad. —Le dio la llave—. ¿Necesita algo más? El hotel ofrece una gran cantidad de servicios extra, ya me entiende...

—No, gracias. —Alcanzó la llave y se marchó hacia donde se encontraba su compañero.

Abel seguía apoyado en el mismo lugar. Los enormes pliegues de su frente indicaban el intenso dolor que estaba padeciendo. Debían subir lo antes posible para que pudiese descansar porque aunque *Machoman* fuera indestructible, en ese momento era tan débil como una florecilla azotada por el viento.

—La habitación que querías está ocupada. Me han dado la siguiente prometiéndome que tendrás las mismas vistas.

—Espero que sea Blanca, necesito saber que se encuentra bien y disculparme. —Se apoyó en su amigo y caminaron muy despacio hacia el interior del elevador.

—No debería verte así. Cuando te recuperes puedes ir a buscarla y explicarle todo lo que quieras.

Abel se quedó callado. Le daba igual lo que le pareciera bien o mal a César, él iba a hacer lo que había pensado, confirmar que estaba sana y salva, y pedirle perdón por haberla dejado sola en la cama sin darle ninguna explicación. Volvió a aferrarse a su compañero cuando sintió que las fuerzas comenzaban a faltarle, la bata apenas cubría nada y la venda empezaba a empaparse de sangre. Salieron del ascensor muy despacio y comenzaron a caminar hasta la habitación. De pronto apareció en el pasillo una figura femenina que reconoció al instante.

—¡Abel! —gritó Blanca al verlo en aquella situación tan dramática. Corrió hacia él y, haciendo oídos sordos a las palabras de César que le decían que se apartase, le cogió el rostro entre sus manos—. ¿Estás bien?

—Podría estar mejor, cariño —dijo con una sonrisa.

Blanca le besó con ternura y colocó el brazo libre del hombre sobre ella. Quería ayudarle.

—¿Quién le ha hecho esto? —preguntó enfurecida a César—. ¿Ha sido Eduardo?

—Tranquílcese Blanca. Cuando lleguemos a la habitación le explico...

Segundos después, ambos lo tumbaron con mucho cuidado sobre la cama. Tenía los ojos casi cerrados a causa del dolor. Su rostro tenía un brillo especial. Blanca le pasó la mano por la frente empapada en un sudor frío. Con la mano sobre el rostro, se inclinó y le besó en los labios. Se arrodilló con sumo cuidado para poder estar más cerca de su cara y sentir directamente el aliento de su boca.

—Debemos cambiarle las vendas y limpiarle la herida. Pero no hemos podido traer

nada con lo que cortar esa pequeña hemorragia —le dijo César desde la entrada de la habitación mientras observaba cómo ella lo mimaba.

—No sé qué pensar. Estoy hecha un lío, César. Hace unos días os veo en las fiestas de mi marido cuidando de los invitados, poco después descubro que Eduardo es una especie de mafioso, me encuentro con Abel, se marcha sin decirme nada, y ahora lo veo así. —Giró la cabeza hacia él—. ¿Qué debo pensar de todo esto? ¿Que me habéis tendido una trampa? ¿Qué, César? Si ese es tu verdadero nombre...

—Arrojaremos algo de luz sobre esta historia. Pero tan solo puedo responder algunas preguntas porque no sé todas las respuestas, y si te parece empiezo a tutearte ¿de acuerdo? —Ella asintió llenando sus ojos de lágrimas—. La empresa de seguridad es solo una tapadera. Llevamos tiempo investigando los turbios *negocios* de tu marido y queremos atraparlos lo antes posible.

—¿Sois policías?

—Algo así... No puedo decirte mucho más.

—Bien...

Blanca se levantó, anduvo rápida hacia el baño, cogió todas las toallas limpias que encontró y regresó a la cama. Con mucho cuidado movió al herido hacia un lado para no hacerle daño y poder comprender qué le habían hecho. Al contemplar el alcance de la herida, abrió los ojos asombrada y se llevó una mano a la boca.

—Le han disparado... —susurró.

—Me salvó la vida —le explicó.

—Pues se la debes. Vete y llama a un médico. Necesita ayuda urgentemente. —Su tono había cambiado. No resultó la mujer dulce y delicada que había conocido. Ella era ahora una leona cuidando de su pareja—. ¿A qué esperas?

—Blanca, no puedo llamar a nadie. Su vida... nuestras vidas están en peligro. No sabemos hasta dónde pueden llegar los malditos tentáculos de Eduardo.

—Puede morir, César. No puedo ver cómo lo pierdo en mis brazos. Tú mejor que nadie sabes qué es perder al amor de tu vida.

—Sé qué se siente, o mejor dicho, dejas de sentir cuando la persona que amas desaparece. Pero ese no es tu caso, ¿verdad?

—¿Por qué no?... —Miró de nuevo a Abel y le besó la frente.

—No te preocupes, vienen de camino dos compañeros. Uno de ellos trabajó en un hospital y sabrá cómo cuidar al grandullón. —Se acercó a ella y posó su mano sobre el hombro de la mujer—. Te puedo asegurar que ha salido ileso de todos los obstáculos que nos ha puesto este trabajo. Además, si sabe que estás a su lado y que sientes eso por él, se recuperará antes porque él también lo siente por ti. —Le apretó con cariño el hombro y le esbozó una tímida sonrisa.

—Temo que todo eso no sea suficiente. —Blanca lo miró con los ojos bañados en lágrimas—. ¿Tu compañero es médico? —César negó sin poder articular palabra. Evidentemente, aquella respuesta no le servía. Pensaba que era necesario hacer mucho más—. ¿Y si hubiera sido tu mujer? ¿Qué habrías hecho?

—Todo... —El recuerdo de Elisa le inundó el alma. Suspiró... Tenía razón, habría hecho todo lo humanamente posible si se tratase de su esposa, incluso lo impensable... Quizá por eso, le vino a la mente lo sucedido años atrás.

Apenas habían comenzado a dar los primeros pasos con la organización, cuando descubrieron que los negocios de las bandas a las que estaban investigando, pasaban por varias clínicas privadas. Drogas ocultas en medicamentos, a los que pronto se les perdía la pista. Todos cayeron y fueron acusados de contrabando, aunque no eran delincuentes, sino víctimas de un engaño que no se pudo demostrar. César y Javier les ayudaron a evitar la cárcel, pero no pudieron hacer nada por su carrera profesional. Ahora uno de aquellos médicos podía devolverles el favor, y él sabía dónde encontrarlo.

—Blanca, tengo que ausentarme durante unas horas. Jacob llegará enseguida y se ocupará de todo mientras yo no esté.

—¿A dónde vas?

—A buscar a una persona que puede ayudarnos. No creo que pase nada, pero por si acaso... —Le mostró un arma y la posó sobre la mesita de noche—. Utilízala. Está cargada, solo tienes que quitarle el seguro ¿Podrás hacerlo? —Ella asintió—. Bien, confío en ti. César salió de la habitación dejándola sola con él.

Media hora después de la marcha de César, aún no había aparecido nadie. Tal vez la había engañado y ellos eran los malos, o tal vez necesitaban que Abel muriese en algún hotel perdido en el mapa para que nadie pudiera encontrarlo. Lo miró de nuevo, cogió sus manos y se las acercó a la boca para poder besarlas. Musitaba palabras incoherentes y su cuerpo sufría movimientos involuntarios. Blanca se levantó, cogió el vaso de cristal que había en el lavabo y lo llenó de agua fresca. «Hasta que lleguen, si llegan, solo puedo ofrecerte agua». Le dijo mientras se acercaba. De repente se escuchó un ruido tras la puerta. Dejó suavemente el vaso sobre la mesita de noche y cogió la pistola. La agarró con las dos manos y apuntó hacia la puerta. Si venían a rematar la tarea, tendrían que pasar por encima de su cadáver.

18 camuflando una posesión prohibida

Jacob colgó el teléfono y lo dejó sobre la mesita. Se dio la vuelta y sujetó al amante entre sus brazos. La respuesta fue un pequeño quejido y una mano sobre su dormido sexo.

—¿Todavía quieres más? —preguntó su compañero. —Me encantaría pero no, tenemos que marcharnos. Han descubierto a Abel en el hospital, no saben cómo, y han tenido que salir a toda prisa.

—¿Qué?... ¿Y se encuentran bien?

—Sí. Pero necesitará que yo me encargue de atenderlo, no podemos fiarnos de nadie más.

—¿Dónde están?

—Van hacia un hotel en las afueras de la ciudad, en la salida de la carretera del sur. Me ha dicho que se llama...

—Paraíso —respondió sin apenas abrir la boca. Su mano seguía correteando el cuerpo desnudo de Jacob. Sabía que si seguía así, se pondría juguetón y terminaría cayendo en sus redes.

—¿Lo conoces? —Escondió su inquietud con una falsa sonrisa mientras se dejaba acariciar por el insistente hombre.

—He llevado allí a mis citas —dijo mientras apartaba las sábanas de la cama y se colocaba encima de él con la agilidad de un gato—. No es un lugar de los que te gustaría frecuentar, pero para follar con cualquier desesperado es suficiente.

—Ajá —respondió clavando los ojos en aquel dulce pero rudo rostro.

—¿No te pondrás celoso?! —preguntó Álex con cierto tono de preocupación.

—¿Por eso? ¡Qué va! No creo que después de lo sucedido andes buscando lo que ya tienes, ¿o sí? —comentó mientras un nudo en la garganta le impedía hablar y un terrible dolor le destrozaba el alma temiendo que la respuesta fuese positiva.

Había surgido algo precioso entre los dos y no quería admitir que tan solo fueran noches de lujuria y desenfreno. Desde la primera noche que se rindieron a sus sentimientos no había espacio para divagar sobre otras alternativas amorosas. Pero Jacob se inquietaba porque la reputación que precedía a Álex no era la de ser un amante fiel. Pensaba que en cualquier instante lo abandonarían como hizo con sus anteriores parejas, dejándolo destrozado y trastornado, porque aunque se habían prometido estar solo el uno con el otro hasta que decidiesen abandonar la relación, él no era tan fuerte. Su cabeza se llenaba de dudas y sospechas pero, al final, siempre se dejaba llevar por lo que su corazón le decía. Era difícil camuflar lo que sentía al verlo, vigilando, expectante a las palabras de sus compañeros o cómo se tocaba la cabeza y fruncía el ceño al crear una estrategia para un asalto.

—¿De verdad quieres que te responda a eso? ¿No te sirve de respuesta el hecho de que permanezco a tu lado? —interrumpió las divagaciones del joven con delicados besos.

—Sí —mintió—. Bueno, tenemos que levantarnos e irnos porque nos necesitan —susurró entre beso y beso.

—¿Diez minutos? Solo diez minutos, aún tardarán un buen rato en llegar, y me harás muy feliz. —Recorrió con su lengua el camino desde su boca hasta la nuez—. Siente cómo me he levantado, no me puedes dejar así —ronroneó mientras sujetaba la mano de Jacob y se la llevaba hacia su elevado sexo. Sentía la necesidad de estar dentro del cuerpo del joven.

—No deberíamos... —suspiró cuando la boca de Álex comenzaba a morder uno de sus pequeños pezones. Ya estaba perdido. Su amante sabía muy bien dónde debía tocar para hacer agitar su varita mágica.

Álex tiró fuerte del botón masculino. Comenzaba a entender las señales que se

desprendían del cuerpo de Jacob ante el éxtasis de la excitación y aquel pequeño saliente era el contacto para arrancar su motor. Escalofríos de placer le estremecían cuando su lengua recorría perezosa la suave piel de su cuello. A pesar de la prisa que tenían por acatar las órdenes de la persona que hacía crecer la cuenta bancaria, deseaba continuar con aquella bendita situación. Necesitaba hacer el amor a la persona que estaba a su lado, a su amigo, a su compañero, a su amante.

Dejó libre el pezón para ir bajando por el duro abdomen. Su mano traviesa acariciaba ya el excitado sexo y con dos de sus dedos apartaba aquel delicioso líquido que comenzaba a emanar desde lo más profundo de su ser.

—Me encanta verte tan excitado —susurró antes de llevarse aquel duro falo al interior de su boca.

Jacob clavó la cabeza en la almohada al sentir la calidez de los labios de Álex en su pene. Aquello no tenía descripción alguna, era tan maravilloso que no existía en el mundo un adjetivo que llegase a plasmar toda la magnitud de aquel placer. De repente notó una gran presión sobre sus testículos, su amante los había cogido con una de sus grandes manos haciéndolo volar de lujuria. Nunca había sentido algo tan placentero y a la vez tan doloroso; sin embargo, aquella mezcla era dinamita para su tembloroso cuerpo. Elevó un poco las caderas a lo que Álex respondió con un gruñido de satisfacción. Entendía muy bien lo que aquello significaba y con aquel bufido apenas perceptible daba su aprobación. Pero haciendo gala de su control, no se lo ofreció en ese mismo instante, sino que continuó con aquella venerable mamada. Su sexo cada vez más duro se encontraba extasiado ante la calidez de sus labios. Era una hoguera, hacía arder todo aquello que tocaba a su paso y así es cómo se sentía en aquellos instantes, abrasado por su pasión.

—Como sigas así, me voy a correr —cuchicheó Jacob tomando entre sus manos la rapada cabeza de su amante.

—Claro que te vas a correr —afirmó Álex con rotundidad mientras se incorporaba y cogía el cuello del joven para ofrecerle un apasionado y fogoso beso.

Cuando se separaron aquellas ardientes y apasionadas bocas, Álex giró a Jacob y comenzó a recorrer su espalda y sus glúteos con la lengua. No podría ofrecer las millones de caricias que le gustaba regalar a su compañero porque el tiempo era escaso, aunque se lo recompensaría a la vuelta del trabajo. Mientras la lengua lamía la cintura del excitado muchacho, alargó una de sus manos y agarró un bote de crema lubricante. Lo abrió con gran maestría y empezó a esparcirla sobre el ano del amante y por su enorme sexo llorón.

—No te muevas, cariño. Vamos a volar de nuevo juntos —le dijo mientras conducía su pringosa mano hacia la puerta de su placer.

Primero un dedo, cuando Jacob se había adaptado a la pequeña dimensión, introdujo dos, y así hasta que comprobó que ya estaba preparado para él. El muchacho seguía gimiendo y levantaba la cabeza para hacer que el aire, repleto de aroma sexual, llenara sus pulmones. Mientras tanto con una de sus temblorosas manos se apretaba la verga. Percibió el aliento de su compañero en sus caderas y se giró para contemplar qué hacía. Álex se masajeaba el erecto sexo con aquella untuosa crema, preparándose así para el placer que le ofrecería. Giró de nuevo su cabeza y fijó la vista sobre la almohada. Estaba preparado para aquella magnífica y lujuriosa invasión.

—Uhm... delicioso. —Acercó su boca y le dio un enorme mordisco en el cachete derecho, dejando así una bonita marca de posesión.

Siempre lo hacía, era parte de su juego. Dejar en la piel del amante una señal que le indicase el rato tan divertido que había pasado junto a él. Sin embargo, con Jacob no era ese su fin, sino uno más profundo, uno por el que empezaba a luchar su mente y su corazón: que era suyo. Porque aunque Álex era frío como el hielo debido a la vida que había tenido, comenzaba a romper la coraza de su helado corazón para ofrecerle a su

amante todo lo que no dio en sus anteriores relaciones, el amor. Agarró con fuerza su erección y la dirigió hacia la lubricada y brillante entrada. Suspiró y comenzó a invadirlo con suavidad.

—¿Notas mi deseo hacia ti? —preguntaba mientras iniciaba unos suaves y rítmicos bombeos dentro del fornido cuerpo de Jacob—. ¿Sientes mi necesidad, cariño? Me muero por estar así todo el día. No hay un momento de esta puta vida en el que no me vuelva loco al pensar que voy a estar así contigo cuando llegue a casa, ¿me escuchas? —gritaba entre unos estruendosos jadeos.

—Sí —respondió Jacob mientras agitaba su sexo al ritmo que le indicaban los envites de Álex. Le encantaba escuchar aquellas palabras, a pesar de creer que solo eran eso, palabras, que se llevaría el viento.

—Quiero estar dentro de ti una y otra vez. —El ritmo cada vez era más rápido, más tórrido, posesivo. Ambos cuerpos emanaban ríos de sudor y un delicioso olor a sexo—. ¡Córrete! —gritó al sentir las palpitations de su pene dentro del recto de su amado. Jacob sintió una enorme punzada en su sexo. Explotó al mismo tiempo que Álex lo hacía dentro de él. Era una delicia sentir ese tipo de placer-dolor y no lo había descubierto hasta que apareció en su vida, la misma que le serviría en bandeja de plata si con ello lo mantuviese a su lado. Pero aquello le parecía un sueño imposible. Álex era un pirata en medio de un gran mar repleto de barcos a los que conquistar.

—¿Estás bien? —dijo mientras besaba la húmeda espalda de Jacob.

—Sí, muy bien. Nos toca una ducha y salir corriendo. —Cayó sin fuerzas sobre la cama.

—Tranquilo, seguro que Abel se encuentra bien. Es un superviviente como nosotros.

—Alargó la mano hacia el cuerpo abatido y lo atrajo hacia él. Lo besó de nuevo y le condujo hacia el cuarto de baño sumergido en un gran abrazo—. Después de una ducha, estaremos preparados para encontrarnos con *Mister Machoman*.

19 paraíso?

Parecía que estaba con Jekyll y Mister Hyde. Minutos antes de salir de casa, Álex se lo comía a besos, pero era poner un pie fuera del piso y parecían dos perfectos desconocidos. Aquella actitud lo volvía loco, si seguía así durante mucho tiempo no sabría cómo actuar. Frío a la luz de la sociedad y abrasador bajo las sábanas de su cama. Jacob suspiró al subir al coche. Debía abandonar las dudas que lo invadían de forma maliciosa. Tenía que entender que era una relación secreta, por ahora. Era normal que con la fama de mujeriego que tenía Álex en el grupo, le iba a costar mucho dar a conocer su verdadero yo. Sin embargo, él estaba loco de contento por tener entre sus brazos a la persona amada, y después de las penurias emocionales que había vivido antes de sentir el placer de las caricias de su amante sobre su piel, lo que comentaran o hablaran los demás no le importaba nada. Era feliz. No sabía cuánto tiempo duraría esta relación o si Álex lo haría público algún día, pero tenía que vivir cada momento con alegría y no con desesperación. Si él necesitaba tiempo para reflexionar sobre su nueva etapa, lo respetaba.

—Estamos llegando —dijo Álex al activar el intermitente de la derecha.

—¿Es ahí? —preguntó sorprendido Jacob al ver el lugar.

—Como ya te dije es solo un lugar de paso. —No mostró ningún tipo de afecto en su rostro. Era como si aquel sitio no le transmitiese nada, a pesar de haber llevado allí a sus amantes esporádicos—. Debes hablar tú con el recepcionista, a mí me conoce y por ahora es necesario mantener nuestra privacidad. De ello depende que la misión esté bajo control.

—Ajá —respondió el muchacho mientras eliminaba de su cuerpo la presión del cinturón.

CRÓNICA DE UN DESEO

Álex estacionó el coche en un aparcamiento cercano a la arboleda. Abrió la puerta y salió deprisa. Jacob le seguía callado y expectante. Le hubiese gustado introducirse en la mente de su amado y averiguar qué estaba pensando al visitar de nuevo aquel lugar. ¿Se sentiría confuso? ¿Pensaría que no estaba preparado para mantener una relación estable y querría volver a sentir bajo su cuerpo a otros amantes? Lo negó con rapidez. De ser así no hubiese aparecido aquella noche en su casa, borracho y demandando de él, y no habría dormido a su lado cada noche, sino que se hubiese marchado después del sexo; sin embargo, lo enlazaba entre su cuerpo, le ofrecía incontables besos y descansaba tranquilo.

—Se agradable con el recepcionista, no debe sospechar nada, ¿entendido? —comentó mientras lo dejaba pasar primero.

—Creo que sabré hacerlo. —Sonrió burlón.

Jacob abrió la puerta del hotel y buscó la recepción. A priori no había nadie, así que se aproximó con la intención de pulsar alguna campanilla que llamara la atención del empleado. Lo había visto en un montón de películas y parecía que sería divertido. Sin embargo, cuando apoyó la mano sobre el mostrador de madera, un muchacho se alzó de recoger algo del suelo y le sonrió con amabilidad.

—Buenos días, ¿qué se le ofrece?

—Buenos días, vengo a visitar a un amigo que se hospeda en este... maravilloso hotel.

—Esbozó una pícaro sonrisa y parpadeó sus negras y largas pestañas.

—¿Un encuentro? —El muchacho arqueó las cejas y lo miró intrigado.

—Un amigo.

—¿Nombre? —Comenzó a mirar las hojas del libro de registro.

—No tengo nombre. Pero se hospeda en la habitación trescientos ocho —dijo con un tono encantador.

—¿Trescientos ocho? —preguntó el muchacho con nerviosismo.

—Sí, eso he dicho. ¿Algún problema? —Le enseñó su perfecta dentadura. Ante la incómoda expresión del recepcionista, Jacob supo que le habían dado órdenes de mantener la boca cerrada. Así que cogió la mano temblorosa del muchacho y sin apartar sus ojos de los de él, le dijo:
—No busco problemas ni pretendo fastidiar a tu cliente, porque es mi compañero quien se hospeda en esa habitación. Te lo prometo.

Dama Beltrán

—Me dijo que era una misión secreta y que era policía —explicó nervioso. Por unos instantes le asaltó la duda e imaginó que aquel individuo le había mentado.
—Tal como te ha dicho, somos agentes y estamos en una misión ultrasecreta —enfaticó—. Ahora, si me permites, necesito la llave para acceder a la habitación.
—Seguía sujetando su mano.
—Aquí la tiene —respondió al fin el empleado tras conseguir mantener el tipo.
—Buen chico, gracias —le soltó y caminó hacia el ascensor.
Jacob tenía una gran sonrisa. No recordaba lo bien que se sentía cuando manipulaba a la gente, tal vez utilizaría la misma estrategia con Álex. A ver si de una vez por todas daba un paso más en la relación y comentaba a todo el mundo sin temor que eran pareja. Presionó el botón del elevador y se encontró con el rostro enfurecido de Álex. Quizás algo le había sucedido en aquellos cinco minutos.
—¿Qué pasa? —preguntó preocupado.
En ese instante las puertas del ascensor se cerraron y Jacob fue asaltado con violencia por Álex, dejándole presionado contra una de las paredes. Las manos de su compañero eran ganchos sobre sus muñecas y su rostro estaba a dos milímetros del suyo.
—¿Qué ocurre? —insistió.
—Si vuelvo a verte coquetear con alguien, te corto los huevos, ¿entendido? —le gruñó Álex al oído.
Tras la cara de asombro que expresó Jacob ante aquella conducta posesiva, la boca de Álex atrapó la suya y le ofreció un profundo beso. La respuesta del muchacho fue rápida, su sexo se elevó hacia el cielo con euforia mientras los pensamientos negativos de Jacob se disipaban con aquella muestra de amor. Lo quería tanto como él lo amaba, aunque tenía que darle tiempo. Sin embargo, aquella muestra de dominación duró poco. Antes de que las puertas se abrieran dejando libre a los amantes, Álex se separó con rapidez.
—Ve delante, yo tengo que tranquilizar esto. —Señaló su sexo.
Jacob salió sonriente y feliz de aquel pequeño lugar, metió la llave en la cerradura y se quedó perplejo ante lo que encontró. Una mujer rubia tenía entre sus manos una pistola y le apuntaba. Levantó sus manos y con voz muy suave comenzó a decirle:
—Tranquila, no quiero haceros daño. Soy compañero de Abel. Me llamo Jacob.

20 Vaticinio

Una vez que César dejó a su compañero bajo la supervisión de Blanca, abandonó el hotel para dirigirse a un pueblo cercano, donde esperaba encontrar al médico que podría ayudarles.

Las prioridades en el grupo tenían que cambiar. Hasta aquel momento, habían actuado bajo la manta protectora de Javier, pero Eduardo se había cansado de tanta intromisión en su oscura labor y comenzó a mover sus fichas en la lucha. Por mucho que lo pensaba no entendía cómo alguien de su posición se codeaba con lo más bajo de la sociedad. «Lo único que le mueve a ese malnacido es un ansia de poder». Se dijo. Aunque seguía sin entender la razón por la que introducían la droga en los institutos, haciendo partícipes de tal aberración a los propios jóvenes que, movidos por el dinero y la popularidad, volvían adictos a sus compañeros. El hombre arrugó la frente cuando pensó en la cantidad de adolescentes que escondían en sus mochilas aquellas malditas sustancias, preocupados más por tener un instante de soledad para esnifarla que en enriquecer su mente. En sus tiempos, su madre era la que revisaba la mochila, y si encontraba algo que no fuera el estuche o las libretas, no paraba de hablarle de las prioridades en la vida. Solo por no escucharla, se guardaba los tebeos entre la ropa. Sin embargo, los tiempos habían cambiado. «Los padres no se preocupan tanto como antes». Reflexionó. No le gustaba la nueva actitud que habían tomado; les dejaban asumir ciertas responsabilidades cuando todavía no tenían la mente lo bastante madura, arrastrándolos a una encrucijada entre el deber y el placer. Pero mientras le llegase la deseada muerte seguiría haciendo su trabajo. Cuando su mujer estaba a su lado su entrega era mayor, tal vez porque pensaba que algún día un hijo suyo caminaría por la ciudad y pretendía que fuese un lugar más seguro para él. Pero ahora, sin su esposa y sin ganas de buscar nada que no fuera desaparecer en silencio, lo que hicieran los niños de los demás, no le resultaba tan importante. Puso el intermitente de la izquierda y condujo hacia una carretera secundaria, donde la naturaleza lo envolvería con sus árboles y en la que solo se escucharía el ruido de su motor. Conduciendo por la agujereada vía, algo le llamó la atención. Miró hacia delante y amusgó los ojos. Parecía que en medio de la carretera algo deambulaba a lo lejos. Quizás algún animal. Pero mientras se acercaba, el bulto se hacía más grande asemejándose a una persona. Redujo de inmediato la marcha y observó por el espejo retrovisor que no tenía ningún coche detrás. Puso las luces de emergencia, bajó del vehículo y salió lo más rápido que pudo hacia una mujer que caminaba de un lado a otro. Al acercarse pudo leer unas palabras escritas en la espalda. «Soy una zorra». Observó que presentaba diversas heridas en todo el cuerpo, el cabello alborotado y andaba completamente desorientada. Lloraba con desesperación y de su labio, partido por algún golpe, un hilo de sangre brotaba hasta el suelo.

— ¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! ¿Por qué no has terminado con mi vida? ¿Acaso te diviertes más así? —gritaba al cielo sin cesar su llanto—. ¿No tenías bastante con todo lo que he sufrido? No... hacerme pasar por eso y meterme en un puto cajón de mierda durante una noche, no te ha sido suficiente, ¿verdad? —Seguía mirando hacia arriba intentando guardar el equilibrio al caminar—. ¡Maldito Eduardo! —gritó con todas sus fuerzas.

César se quedó helado al escuchar ese nombre pero no era el momento de hacer preguntas sino de actuar. Tenía que elaborar algún plan para llamar la atención de la joven y llevársela de allí. Regresó al vehículo y cogió una manta. Era la que utilizaba su mujer en los viajes. No había sido capaz de quitarla de allí porque pensaba que de esta manera le seguía acompañando. Con el paño en sus manos se dirigió hacia la muchacha que continuaba vagando desorientada.

— ¡Señorita! —exclamó al fin para llamar su atención. —¡Vete! —gritó la muchacha—.

No te acerques más... —¡Por el amor de Dios! ¡Pare! No quiero hacerle daño, se lo prometo —le dijo mostrándole la manta.

—¡Quiero morir! —exclamó con una voz desgarrada y llevándose las manos hacia la cara.

—Me parece bien, yo también lo he pensado en alguna ocasión; pero creo que a ninguno de los dos nos ha llegado el momento —comentó con serenidad.

—Mi tiempo aquí se ha acabado —gritó al observar que se acercaba un coche a gran velocidad.

César se giró hacia atrás y contuvo la respiración. La chica quería morir fuera como fuese, pero no podía permitírselo. Su conciencia no le dejaría tranquilo, así que corrió hacia ella y cubriéndola con la manta, la empujó hacia el arcén. El coche pasó sin preocuparse de lo que estaba sucediendo, dedicándoles varios pitidos por entorpecer su camino.

—Hoy no —cuchicheó sobre el oído de ella.

Tras un desesperado forcejeo y varios mordiscos, consiguió llevarla hasta el coche y la ayudó a acomodarse en el asiento. La mujer seguía gritando y llorando, pidiéndole que la dejara en paz, que necesitaba morir. Sin embargo, él no estaba dispuesto a concederle aquel deseo.

Cerró la puerta, se alejó del vehículo y comenzó a caminar por el lugar. Se preguntaba si tal vez podría encontrar algo que le diese información de la muchacha o lo sucedido, porque ella no parecía estar por la labor. Miraba con frecuencia hacia

el coche para cerciorarse de que la joven continuaba allí y empezó a inspeccionar los alrededores. Después de buscar durante varios minutos algo llamó su atención, había un pequeño bolso de mano sobre unas piedras. Lo cogió y lo abrió. Encontró la documentación de la mujer. La miró y sopesó qué es lo que debía hacer. Si de verdad era otra víctima de Eduardo, como había llegado a concluir, no

podía llevarla ni a casa de la chica ni a un hospital, y el *hotelucho* de la carretera ya tenía bastante con un herido como para llevar a otro.

Cerró el bolso y corrió hacia el coche. Antes de arrancar observó con detenimiento las secuelas que la joven dejaba al descubierto. El labio superior partido, el ojo derecho amoratado, unas líneas rojas le rodeaban las muñecas y su pelo cubierto de broza del lugar. —Imagino que es tuyo...

—le dijo César mientras arrojaba el bolso en el asiento trasero.

La chica miró al hombre y luego ojeó lo que había tirado tras ella. En aquel instante abrió la puerta y comenzó a vomitar. César salió de nuevo para poder atenderla mejor.

—¿Te encuentras bien? —la intentó calmar poniendo la mano sobre su hombro, pero ella se apartó—. No quiero hacerte daño, muchacha. Tan solo quiero protegerte de los que te han hecho esto. —Frunció el ceño al acordarse de la chica del parque. Tenía las mismas marcas en las muñecas que ella. Un trenzado que le indicaba que había estado amarrada a una cuerda—. Creo que lo mejor será que te lleve a mi casa. —La muchacha le miró asustada y comenzó a taparse los trozos de piel desnuda que dejaba al descubierto—. Tranquila. No soy de esos —le dijo con tono pausado—. Ni se me ocurriría tocarte. Jamás he hecho daño a una mujer y no voy a empezar ahora. Voy a llamar por teléfono a una persona y le informaré de que estás conmigo, ¿de acuerdo? —Entró en el coche, cogió su móvil y marcó un número de teléfono.

—Dime, César. —La voz de Javier retumbó en el pequeño habitáculo—. ¿Todo va bien?

—No, Javier. He salido a buscar ayuda para Abel, y me he encontrado a una muchacha deambulando desnuda, herida y confusa por la carretera. Al principio pensé que sería una borracha despistada, pero cuando la he observado con detenimiento, he apreciado en su piel las mismas marcas que tenía la joven que encontramos en el parque. —Al escuchar esto, la chica lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Estás seguro? —preguntó sorprendido el jefe.

—Muy seguro.

—¿De quién se trata?

—Me suena su cara pero está tan deteriorada por la paliza que me cuesta situarla en algún lugar. De todas formas he encontrado un pequeño bolso por los alrededores y dentro tenía su documentación. Se llama Sara Jiménez Ruíz. Mejor será que te de

su número de identificación y averigües lo que puedas. Creo que con mantenerla protegida tengo bastante. —Alargó la mano hacia atrás y cogió el monedero de la muchacha.

—Dime.

—Siete, cuatro, tres, cero, cero,...

—De todas formas, César, intenta hacer que hable, porque ya sabes... si se trata de una víctima de ese bastardo, tarde o temprano intentará acabar con ella. Necesitaremos toda la información posible si queremos protegerla.

—Estoy en manos libres... —le advirtió tarde.

—¿Cómo has pensado ayudarla? —preguntó tras un silencio incómodo.

—Llevándola a mi casa, creo que estará más segura allí. —Me parece buena idea. Tu deber es cuidarla hasta que podamos ir en tu busca, así que no te apartes de ella. ¿Entendido? —No lo haré.

—Por cierto, ¿Abel cómo se encuentra? Supongo que los chicos están con él.

—Aún no, lo he dejado con Blanca. Me dirigía a buscar a un médico... sé que tendría que haberlos esperado, pero... —No te preocupes seguro que no tardan en llegar. Y Jacob está más que capacitado. Yo mismo necesité de su ayuda hace tiempo y te aseguro que cuenta con toda mi confianza. Cuida de la chica, es importante.

César puso en marcha el coche y se alejó a gran velocidad. No deseaba permanecer allí por más tiempo, podrían regresar para terminar su trabajo y él estaba desarmado. Le había dado su pistola a Blanca para que protegiese a Abel. Durante el trayecto, la muchacha no dijo ni una sola palabra. Miraba a través del cristal hacia el horizonte y sus lágrimas seguían invadiendo su rostro.

Intentó pensar en algo que le hiciera sentirse mejor, pero al no hallarlo desestimó la idea. El silencio les acompañó durante el viaje. —Hemos llegado —le informó después de unos interminables

veinte minutos—. Aquí estarás segura.

La urbanización estaba tan apacible como siempre. Adoraba aquel lugar; casas individuales con tejados negros, inmensos jardines que rodeaban las edificaciones, amplitud de sus calles y sobre

todo escuchar el canto de los pájaros. Hubo un tiempo en el que no los escuchaba, cuando decidió trasladarse a la gran ciudad en busca de oportunidades. Sin embargo, regresó a la calma y el sosiego de una villa alejada del caos. Esa fue la idea al saber que su mujer estaba embarazada. Buscaron un sitio donde poder estar en contacto con la naturaleza y que su hijo pudiera tener una buena calidad de vida. Pero todo se fue al traste cuando descubrieron el cáncer de su mujer; el niño, los sueños, la felicidad, el encanto, ella... Al recordar a su añorada esposa, César ensombreció el rostro.

Paró el motor, rodeó el volante con sus brazos y posó la cabeza sobre ellos. Lo que estaba haciendo era una locura. Algo más que apuntar a su lista de idioteces diarias, entre las cuales se encontraban hacer que dispararan a un amigo para salvarlo a él... y ahora esta, llevar a su casa a una completa desconocida.

—Gracias... —susurró la joven tras observar con detenimiento el cambio en el rostro de César.

—Está bien, Sara. Esto será lo que haremos; subiremos a mi casa, te daré algo de ropa e intentaremos hablar de lo que ha pasado. Será lo más adecuado para saber cómo actuar, ¿de acuerdo?

—Ella afirmó con un leve asentimiento de cabeza.

César la condujo hacia la primera planta de su hogar. Sara andaba despacio tras él. La escuchaba suspirar con profundidad. Entendía la incertidumbre por la que pasaba, él sufría algo parecido.

La chica llegaba a un lugar desconocido y él llevaba a una extraña al santuario que había construido para su mujer.

—Pasa. —Le abrió la puerta que conducía hacia el salón y la dejó pasar en primer lugar.

Sara alzó por fin la vista y dejó que César contemplara por primera vez la tristeza que reflejaban aquellos profundos ojos verdes. Dejó lo que llevaba en sus manos en una silla y se quedó parado frente a ella, observándola con cuidado para que no se sintiese intimidada.

—¿Puedo hacerte una pregunta que no cesa de rondarme por la cabeza? —le preguntó César apartándose despacio de ella. —Sí —respondió Sara tapándose aún más.

—Creo que te conozco, pero por mucho que intento saber de qué no consigo situarte.

—¿Saberlo cambiaría algo mi pasado? —contestó Sara con sequedad.

—No.

—Entonces no tiene importancia. Ahora me toca preguntarte por qué tienes tanto interés en salvarme la vida.

—Pienso que has sido víctima de un personaje que estamos investigando y tu confesión nos ayudaría a meterlo en prisión. —¿Crees que voy a delatar a los autores de esto? ¡Me destrozarían de la forma más espantosa posible! —Se atemorizó. Tan solo de pensar qué ocurriría si denunciaba a Eduardo comenzó a marearse. Si saliera a la luz todo lo que con tanto esfuerzo había tratado de ocultar, sería peor que la muerte.

—Van a ir a por ti, Sara... De ti depende que esos villanos sean capturados para siempre o continúen con sus fechorías. —Se giró para hablarle mirándola a los ojos y que pudiera apreciar la sinceridad de sus palabras.

—Entonces... ¿me has traído aquí para mantenerme viva hasta que declare? —Sus ojos transmitían desesperación. No podía decir nada. Debía escapar de allí como fuese.

—Es lo mejor, ¿no crees? —Ella asintió mostrando una tranquilidad fingida. No debía reflejar en su rostro la idea que había pasado por su mente si quería conseguir su propósito.

Durante unos instantes el silencio reinó entre ellos hasta que al final Sara lo interrumpió.

—Daría cualquier cosa por relajarme en un baño caliente... —Puedes hacerlo arriba, en el aseo de la segunda planta. —Le

indicó movido por la compasión tras dudar por un instante. Aquel baño era el último recuerdo intacto que le quedaba de Elisa. Sara bajó la vista al suelo y subió con lentitud las escaleras. Apenas se le escuchaba respirar, y sus pies eran plumas cayendo sobre

el suelo. La tristeza y debilidad eran tan inmensas que parecía un espectro. César la siguió con la vista hasta que la vio entrar en el baño. Entonces fue cuando recordó que las toallas que había dentro, las había utilizado su mujer antes de marcharse al hospital y no

deseaba que las manoseara, porque de ser así perdería su esencia.

Entró en el pequeño aseo que había a su lado, cogió la toalla de la ducha y subió con rapidez agarrándose a la baranda de forja que ascendía al segundo piso. Se paró frente a la puerta del baño donde estaba Sara y se quedó pétreo. Ella había dejado una pequeña

abertura lo suficientemente grande como para que, desde donde se encontraba, pudiera observar cómo se deslizaba la manta que le había dejado para cubrir su cuerpo. En su espalda seguían escritas aquellas hirientes palabras. Unos grandes verdugones cubrían la parte posterior de sus piernas y los pequeños glúteos no eran blanquecinos como su piel, estaban amoratados. César apretó sus puños

para contener la furia que lo había poseído. Intentó respirar hondo y recuperar la calma perdida. La debilidad de Sara le recordó, sin poder evitarlo, a la de su mujer antes de fallecer. Las dos tenían aquella mirada de desesperación ante el horror de vida que estaban sobrellevando. Escuchó el sollozo de Sara y cerró con cuidado la puerta. Ella necesitaba cierta intimidad para hacer frente a lo que estaba contemplando en el espejo. César se apoyó en la pared y fue agachándose lentamente hasta que consiguió sentarse en el suelo. Se llevó las manos hacia su rostro y recordó el momento en el que su mujer se marchó para siempre.

—Debes seguir adelante —le dijo ella la noche que murió. —No voy a ser capaz de vivir sin ti, cariño. —Lloraba desesperado.

—La que va a morir soy yo, no tú. Debes continuar. ¡Prométemelo! —gritó con todas sus fuerzas. Las frágiles manos acariciaban el rostro afligido de su esposo.

—No estoy en condiciones de prometer nada, entiéndelo. En estos momentos estoy perdido. Construí mi futuro en base a nuestra unión y ahora, si me dejas, ya no tengo futuro. —Entrelazó aquellas manos con las suyas.

—Regresarás junto a Javier. Él cuidará de ti, los muchachos te ayudarán. Entiende que debes continuar viviendo, César. Soy yo la que se marcha.

César negaba con la cabeza. La miró con ternura diciéndose a sí mismo lo horrible que era verla en aquella situación. Pero a pesar de todo, la quería a su lado. El cuerpo grácil y fuerte que un día lució, se había debilitado tanto que parecía un esqueleto con piel. La tez ya no era suave y blanquecina, sino ruda y morada. Pero aun así, la amaba y no podía soportar la idea de dejarla marchar. Era un acto de puro egoísmo, pero no le importaba serlo por primera vez. —Llama al médico, César. Necesito más calmantes, me duele mucho —le confesó mientras retiraba las caricias que ofrecía a su esposo.

Y él salió de la habitación pidiendo que un médico endulzara los últimos momentos de su mujer. Pero aquello había sido una patraña de Elisa. Supo que la muerte la acechaba y no quería marcharse sabiendo que la última imagen que tendría su marido de ella era exhalando el último aliento de vida. Cuando César entró con el médico, cayó de rodillas y comenzó a llorar. Ella tendía la mano hacia el suelo y la máquina no cesaba de emitir un pitido interminable. —Lo siento —dijo el doctor apoyando su mano en el hombro del abatido esposo—. Pero ha sido lo mejor, estaba sufriendo mucho. Ahora podrá descansar.

—La amo tanto... —Lloraba César intentando llegar hasta la frágil mano que colgaba—. No sé cómo voy a vivir sin ti.

21 tan solo un descuido...

Se enjugó las lágrimas que habían brotado al recordar la noche de la muerte de Elisa. Se levantó del suelo. Buscó en el armario algo de ropa que le pudiera servir a la chica. Llevaba tiempo sin escuchar los sollozos de Sara. Tal vez el baño la dejó tan relajada que se habría quedado dormida. Llevó la mano hasta la puerta para llamar su atención pero no lo hizo pensando que debía dejarla descansar un poco más. Caminó hacia su habitación para coger del armario algo de ropa limpia y unas toallas. Él también necesitaba darse un baño. Al regresar a la puerta, esta vez sí la golpeó.

—Sara. ¿Te falta mucho? —Esperó una respuesta que no obtuvo—. ¿Sara?

—preguntó extrañado. Abatió la manilla de la puerta e intentó abrirla sin conseguirlo, ella había cerrado desde el interior—. ¡Sara! ¿Qué haces? —gritó. Tiró la ropa al suelo y comenzó a golpear la puerta con su hombro para romper el cerrojo, pero no era suficiente. Se echó hacia atrás, hasta llegar a la barandilla, levantó la pierna y dio un gran impulso en el lugar donde se encontraba la cerradura. La puerta se desencajó del marco que la sostenía, desplomándose en el suelo. César fijó la vista en la bañera y corrió hacia ella. La chica flotaba en aquel líquido caliente que ya no era transparente sino rojo. Se había cortado las venas con unas tijeras que guardaba en un cajón del lavabo.

— ¡Por el amor de Dios! —gritó mientras cogía una toalla y la hacía jirones para intentar cortar la hemorragia—. ¿Estás conmigo? ¿Sara? ¿Puedes oírme? —Ella tan solo emitió unos débiles gemidos. Cogió la manta, la envolvió, la alzó en sus brazos y corrió hacia su coche. Ahora ya no tenía más remedio que llevarla al hospital.

Tumbó con delicadeza a Sara en el asiento de atrás y haciendo rugir su coche, voló hacia el hospital, donde horas antes había estado con Abel. Ella estaría a salvo en aquel lugar. Los matones de Eduardo buscaban a un hombre, no a una mujer que había intentado suicidarse.

Minutos después aparcó en la puerta de emergencias. Una chica con bata blanca estaba en la salida fumándose un cigarrillo. Cuando lo observó salir del coche con la mujer en brazos, tiró el pitillo al suelo y corrió a su encuentro.

— ¿Qué ha sucedido? —preguntó la enfermera.

—¡Se ha cortado las venas! —comentaba mientras corría tras ella. —¿Cuánto tiempo lleva desangrándose?

—No lo sé con exactitud.

—¿Antecedentes de suicidio? —Seguía la enfermera inquiriendo a la vez que lo llevaba hacia algún lugar del hospital. —¡No! —respondió con rotundidad César.

—¿Alergias?

César no sabía qué responder. Apenas pensó en ello puesto que una vez que le retirasen la prenda y observaran aquel cuerpo herido y marcado, pasaría en milésimas de segundo, de ser su salvador a ser el posible agresor, por lo que debería ingeniárselas para salir airoso de la situación.

—Túmbela aquí. —Los condujo hasta una habitación donde había una cama y un sinfín de aparatos médicos.

César la posó con sumo cuidado, y en ese instante Sara gimió. No abría los ojos y el color morado seguía pintando su delicada piel.

—Salga fuera, le avisaré cuando sepa algo más —le explicó la enfermera mientras empezaba a auscultar el corazón de la joven y dejaba expuesto su magullado cuerpo.

—Si me lo permite, no quiero dejarla sola... —Se quedó parado a un metro de distancia, observando la expresión de la enfermera al ver los hematomas y heridas que Sara presentaba. César también pudo contemplar con más detenimiento qué es lo que ella ocultaba con tanto ahínco y casi se arrodilla al ver cómo le habían herido el sexo.

—Necesita sangre —comentó mirando de reojo al hombre—. ¿Qué grupo sanguíneo es?

—No lo sé —respondió.

Dama Beltrán

—Bien, lo averiguaremos en un segundo. ¿Tampoco sabe qué es lo que le ha pasado? César no sabía qué responder así que se mantuvo callado hasta que escuchó la puerta y apareció otra persona en la habitación. Arrugó la frente en señal de desaprobación. Para mantenerla protegida debían permanecer totalmente invisibles y cuanto más personal supiera de su existencia, más difícil le sería la tarea. Sin embargo, se relajó al ver que el hombre ayudaba a la enfermera a envolverla en una manta térmica y la cuidaba con ternura. Solo dejaron al aire las manos para poder curar las heridas. César la observaba con tristeza. Comprendía la desesperación que estaba viviendo la chica y la necesidad de concluir definitivamente con la pesadilla en la que se había involucrado. Pero no podía dejarla marchar; no solo porque Javier le había dado una orden, sino porque ahora se veía en la obligación moral de cuidarla hasta que todo finalizara.

—Grupo B positivo —dijo el hombre.

—Perfecto. Trae dos unidades de sangre. Yo iré preparándole la vía —contestó la mujer mientras buscaba en su brazo derecho una vena a la que poder pinchar.

—Se recuperará... —comentó la enfermera a la vez que colocaba en el débil brazo de la chica la vía para introducirle el plasma sanguíneo.

Unos minutos más tarde, tras confirmar que todo estaba correcto, el personal sanitario salió de la habitación dejando a los dos en silencio. César se levantó del sillón, donde se había sentado para que los sanitarios actuaran con tranquilidad, y se tumbó en la cama de al lado, cerró los ojos y se relajó. Por fin encontraba algo de tranquilidad a su alrededor. Después de todo lo acontecido, lo único que deseaba era descansar un poco para despejar la cabeza y poder encontrar la manera de ejecutar las tres cosas que tenía pensadas; la primera, comentarle a Javier dónde estaba y por qué. La segunda, averiguar todo lo que pudiera sobre quién era aquella joven y la causa que la llevó a ser otra víctima de sus enemigos; y la tercera, encontrar a Eduardo y hacerle pagar por cada herida que ella tenía en su cuerpo.

22 un recuerdo triste y doloroso

Javier no podía quedarse quieto ni un segundo. No paraba de girar de derecha a izquierda el sillón en el que se encontraba sentado. Si seguía así, al final saldría despedido como un cohete. Pero por mucho que lo intentaba los nervios no lo abandonaban. Tras la llamada de César y de contarle todo lo que había sucedido, estaba casi seguro de que Eduardo era uno de los causantes de toda la podredumbre que había invadido la ciudad. ¿La razón? Había estado investigando el nombre de la chica que le había facilitado y averiguó que era una empleada de este, al igual que lo fue la víctima del parque. Pero... ¿quién sería el otro? Estaba seguro de que existía alguien más. Eduardo era quizá un alfil pero no el rey. Ese que se escondía bajo las sombras de la maldad y de aquellos afiliados que, pagados con grandes sumas de dinero, continuaban protegiéndolo a costa de su propia alma. Abrió el cajón y sacó por octava vez durante aquel día, el dossier donde se encontraban los nombres de los posibles sospechosos. «¿Quién eres?». Repetía mientras leía una y otra vez los candidatos. Sabía que el mismo día que encontrase la identidad de aquel escurridizo hombre, hallaría el nombre de quien mató a su madre.

—¡Te atraparé bastardo! —gritó de repente y golpeó la mesa.

—¿Te ocurre algo? —Carmen apareció de repente abriendo la puerta sin previo aviso.

—¡No! Nada. Pasa ¿Qué haces ahí? —Clavó su mirada en aquella dulce mujer.

—Iba a tocar tu puerta cuando te escuché alzar la voz. Me has asustado. —Entró sin pedir permiso y se sentó en la silla frente a él.

—Eso de pasen sin llamar... ¿crees que solo es para la visita del médico? —Su rostro cambió por completo. Cuando ella estaba a su lado, parecía que todos los problemas que tenía se esfumaban de un plumazo.

—Tengo prisa, Javier. He estado hablando con Blanca, sale hoy del hotel y he quedado con ella para comer. Creo que nos vendrá bien una tarde de chicas. Además, con lo del divorcio estará muy necesitada, así que visitar un *sex shops* mi primer objetivo. —Le hizo burla y le guiñó el ojo.

—No seas boba, Blanca no requerirá una cosa así. Es una mujer atractiva y podrá tener todos los hombres que desee, ¿no crees? —contestó mientras se hacía una idea de cómo se enfurecería su muchacho al verse reemplazado por un pene de plástico.

—Bueno, yo soy atractiva y me gustan los vibradores.

A Carmen le encantaba ver la cara de Javier cuando se sorprendía. Quizá de este modo la echase de menos cuando no estuviese a su lado, porque ella siempre lo hacía. Desde el momento que entró por aquella puerta y lo contempló enfrascado en sus quehaceres, ausente del mundo que lo rodeaba, se enamoró de él. Pero con el tiempo se concienció de que era un amor imposible, no solo por la edad, que se llevaban algo más de diez años, sino también porque Javier no parecía estar interesado en las mujeres. Nunca había llevado a ninguna a la oficina. En las fiestas aparecía solo y ella terminaba abandonando a su acompañante, para pasar una velada deliciosa junto a su fruta prohibida. Porque en realidad eso era Javier, un hombre inalcanzable.

—¿Qué decías? —Carmen le preguntó al darse cuenta de que el hombre no paraba de hablar y de hacerle gestos.

—Estaba comentándote sobre el caso de tu amiga Blanca. ¿Qué tal lo llevas?

—Amusgó los ojos intentando averiguar qué ocultaba la mirada de Carmen. Algo en su interior le decía que tramaba algo.

—Pues... Necesito un descanso, Javier. Por eso te pido la tarde libre. Si de verdad voy por el buen camino, esto será muy gordo —dijo intrigante.

—Si en algún momento piensas que estás en peligro, deja lo que estés haciendo y me llamas por teléfono —comentó sin titubeos y con un tono protector que hizo que Carmen lo mirase—. ¿Lo has entendido? —continuó con aquel carácter guardián.

Pero ella no le respondió. Sabía que no podía prometerle nada. Por fin tenía en sus manos un caso en el cual podía trabajar y dejar aparcados los incontables informes que Javier le hacía rellenar. Se levantó de la silla e inclinándose sobre la mesa, le besó los labios.

—Me encanta que me beses, Carmen. Pero que sepas que aun - que me gusten esos besos, me agrada más que hagas caso de lo que te digo.

—Sabes que siempre lo hago, Javier. Porque pienso que en el fondo de ese corazón sientes algo por mí. —Agarró la manilla de la puerta y echándole un guiño, se marchó de la oficina.

La soledad volvió a su despacho. El huracán Carmen había desaparecido y se había llevado consigo las risas y las suspicacias. Miró hacia la puerta, y sintió un palpito que le indicaba que algo se le escapó de la conversación que había mantenido con la joven. Quizás lo escondía porque no era capaz de contárselo, o tal vez estaba a punto de hacerlo cuando notó en sus palabras su actitud protectora, lo que la hizo recapacitar dando por terminada la conversación. Pero algo había, seguro.

Javier se levantó de la silla y se dirigió hacia la ventana. Pegó la frente al cristal y dejó la mirada perdida en el infinito. Ya no veía las calles tan frías y sombrías como antes. Tal vez porque el fin de la oscuridad estaba próximo. Después de dos décadas de lucha entre el bien y el mal, el final estaba más cerca de lo que pensaba. Quizás al fin podría dormir tranquilo una noche, quizás su madre pudiese descansar en paz...

—¿Mamá? —preguntó el joven Javier tras abrir la puerta. Ante el mutismo en el hogar, caminó y fue abriendo las habitaciones esperando que su madre estuviese en alguna de ellas— ¿Mamá? —Volvió a preguntar.

—¿Javier? ¿Eres tú, mi niño? —dijo la sirvienta corriendo a su encuentro.

—¿Dónde está mi madre? —Al ver la cara de horror que tenía la empleada, Javier empezó a correr nervioso buscando a su madre por todos los rincones posibles.

—Señor Rodrigo, la señora está en el hospital. —Al final consiguió agarrarlo del brazo y le hizo parar.

—¿En el hospital? ¿Le dolía la cabeza? —Ella sufría con frecuencia unos atroces dolores de cabeza, pero después de un paseo por la calle, regresaba más tranquila y sin molestias.

—Tu madre no está allí por esa razón. —La voz de su padre apareció por la entrada.

—¿Qué ocurre? ¿Qué me estáis ocultando? —gritaba desesperado mirando a los dos.

—Ha sufrido una sobredosis, Javier. Los médicos dicen que si sale de esta no será la misma mujer que conocimos —respondió con dolor.

—¿Sobredosis? ¿Mi madre? ¡Estáis todos locos! ¡Mi madre no es ninguna drogadicta! ¡Toma relajantes para calmar su dolor! —Se sentó de golpe en una silla de la cocina.

—Alba la ha encontrado inconsciente en la bañera, no volvía en sí y tuvimos que llamar a una ambulancia. He mirado en su bolso... tenía unas jeringuillas. —El padre posó la mano sobre el hombro de su hijo—. Pensé que lo había dejado. ¡Me lo juró! —gritó—.

La llevé a una clínica, la dejé sin tarjetas, no le permití tener más de lo necesario; sin embargo, siguió tomando. ¿Quién se lo dio? ¿Cómo diablos pagaba la dosis?

Javier comenzó a llorar. Era imposible lo que estaba ocurriendo. Su madre, la mujer más maravillosa del mundo, la que le dio la vida y se preocupó por él cada instante de cada uno de sus días, era en realidad una vulgar yonqui.

—¡El día que encuentre al bastardo que le ha estado pasando la droga a tu madre, lo estrangularé con mis propias manos! —Dio un fuerte golpe sobre la mesa.

—Y si tú no lo consigues, lo haré yo... te lo prometo —añadió el joven.

Con el paso del tiempo no encontraron a nadie a quien señalar. Solo descubrieron nombres de insignificantes traficantes de droga. Así que se juró que destruiría al rey de

aquél tablero de ajedrez, aunque le costase todo su tiempo o la propia vida.
Volvió a mirar su móvil y escribió a César: «No te apartes de ella ni un solo segundo».

23 no haBles...

Álex frunció el ceño al escuchar a Jacob hablar. Su tono de voz era bajo y sonaba preocupado. Salió desesperado del ascensor y cuando llegó hasta la entrada, lo encontró con las manos en alto y la mirada fija en algún punto de aquel dormitorio. Rápidamente se llevó la mano a su arma, quitó el seguro y dirigió el cañón hacia el centro de la habitación. Si alguien se atrevía hacerle daño al muchacho, sería lo último que haría en su vida. Pero Jacob le hizo señales desde donde se encontraba para que bajase el arma al mismo tiempo que él bajaba sus brazos.

—Tranquila. Me llamo Jacob. Vengo a ayudar a Abel. Mira, es para poder atenderlo

—dijo mostrándole el botiquín que siempre llevaba en el coche, por si resultaban heridos en las misiones a las que se enfrentaban en su trabajo.

— ¿Quién trajo a Abel hasta aquí? —Estaba tan nerviosa que fue lo primero que se le ocurrió para confirmar que era la ayuda que esperaba.

—César —contestó con rotundidad.

Álex seguía empuñando su arma. Cuando escuchó la voz de una mujer se quedó pasmado. ¿Quién sería la que andaba con su compañero? La mano de Jacob le hizo un gesto para que entrara y él lo hizo.

—Este es mi compañero Álex. Álex, guarda el arma. Esta señora solo está protegiendo a nuestro amigo.

—¿Quién eres? —preguntó fijando sus negros ojos sobre la mujer—. ¿Alguna puta humanitaria de las que ofrece el hotel?

—¿Cómo? —preguntó aturdida—. ¡No! No soy ninguna fulana.

—Perdona sus palabras, Álex no tiene mucho tacto cuando habla, pero en el fondo es buena persona —se excusó con rapidez al contemplar el desconcierto en los ojos de la mujer—. ¿Quién eres?

—Me llamo Blanca Cervantes —respondió con mucho orgullo alzando la barbilla.

—¿Blanca? —preguntaron sorprendidos los muchachos.

—La misma, ¿acaso me conocéis de algo?

—No, pero sí hemos oído hablar mucho de ti —comentó Álex intentando transmitir con sus palabras una disculpa. Si su compañero llegara a enterarse de que había tratado a la mujer de su vida de puta, le arrancarían el cuello de cuajo.

—¿Qué tal está? —preguntó Jacob acercándose a ellos e intentando cambiar el rumbo de la conversación que su compañero y la mujer habían iniciado.

—Controlo su fiebre a base de paños de agua fría. Ha tenido leves espasmos y he llegado a preocuparme con sus delirios. Debes cuidar de él. —Lo miró con súplica—. César me dijo que tenías experiencia en esto.

—Por cierto... ¿dónde está? —inquirió Álex al mismo tiempo que cruzaba sus brazos. No había sido prudente dejarla sola puesto que su marido era el causante de la lucha en la que se habían involucrado.

—Ha salido a buscar ayuda. Él me dejó a su cargo porque sabe quién soy. —Blanca cogió la toalla que tenía en el cabecero de la cama y la volvió a mojar. Las mejillas de Abel volvían a incendiarse.

—Siento haberte llamado puta —dijo Álex después de que ambos hombres comprobaran cómo cuidaba a su amigo.

—Imagino que lo habrás visto con más mujeres...

—Pues si te soy sincero, no lo sé. Desde que lo conozco no ha estado con nadie...

—No hace falta que me mientas, ya te he perdonado —le interrumpió.

—No miento.

—¿Por qué lo hirieron? Por la cara que puso César de culpabilidad sé que tiene algo que ver con él.

—Eso es *top-secret*. Si te lo comentamos, tendríamos que matarte —respondió Álex

con burla.

—¡No seas bobo! —exclamó Jacob—. Aquí nadie mata a nadie. Estábamos en medio de una misión y uno de los que capturamos apuntó a César y disparó. Abel actuó con rapidez, lo apartó de la trayectoria de la bala pero le hirió a él

Dama Beltrán

— Entonces es cierto lo que me dijo Cesar, le ha salvado la vida —Acarició el pelo de su amante contemplándolo con orgullo.

—Blanca... ¿sabes esa sensación de vacío que sientes cuando alguien a quien amas no está a tu lado?

—Puedo hacerme una idea... —Seguía tocando el cabello de Abel.

—Pues eso es lo que siente César desde que...

—Su mujer falleció —terminó la mujer la frase—. Pobre hombre... —susurró.

De pronto Jacob se levantó y caminó hacia el balcón con el teléfono en la mano. Debían informar al jefe.

—Buenas. Sí, acabamos de llegar. Abel está bien, del que no sabemos nada es de César. Sí, ella está aquí. De acuerdo. ¿Y Cesar? OK, no hay problema. En el botiquín tengo todo lo necesario. Hasta luego.

—¿Qué? —preguntó Álex desde la puerta.

—César ha encontrado una posible "víctima" y no va a volver. El jefe quiere que nosotros cuidemos de Abel.

—¿Y?

—También necesita que no perdamos de vista a Blanca, así que si se marcha de aquí, me quedará con Abel y tú irás tras ella, ¿de acuerdo? —La ojeó a través del cristal.

—No hay problema. Así el grandullón me deberá un favor por cuidar de su chica mientras él está en el planeta de los muertos.

Una hora después Blanca regresaba a su habitación, debía prepararse para marchar de aquel lugar. Antes de volver a su casa, la que su futuro exmarido le había "cedido" hasta que saliese el juicio, Carmen vendría a recogerla para comer algo y charlar sobre el divorcio. Metió todo en las maletas y salió hacia el pasillo. Miró la puerta de la habitación donde estaban los chicos y respiró aliviada. Estaba tranquila dejando a Abel con sus compañeros. Álex tenía en el botiquín todo lo necesario para controlar la fiebre, evitar que se infectara la herida, cubrirla y vendarla. Ahora le tocaba su turno, debía dar el paso definitivo hacia su nuevo futuro y cuando estuviese controlado, regresaría en busca de su amante y se darían una oportunidad.

—¡Hola Blanca! ¿Todo bien? —La voz de Carmen le sobresaltó.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida al verla en el hotel.

—He venido a recogerte, aunque sea en taxi. —Sonrió—. Le he dicho a mi jefe que me tomaría esta tarde libre. Un rato de compras me vendrá bien para evadirme de tu caso. —Agarró el neceser que llevaba su amiga en la mano—. ¿Nos vamos?

—¡Por supuesto! —dijo mientras echaba un último vistazo a la puerta de la habitación.

Una vez salieron del hotel, Carmen le contaba cómo llevaba su caso. Parecía feliz porque había encontrado una pista fiable que confirmaría en cuanto tuviese la oportunidad. Blanca apenas la escuchaba, absorta en una recopilación mental de todo lo que le había sucedido durante aquellos días. Para una mujer como ella no le era fácil vivir aquellos acontecimientos. Lo más importante que había hecho era prepararse para un gran evento y comportarse tal y como le habían enseñado. Sin embargo, desde que Abel irrumpió en su vida, todo había sido un mar revuelto. Nunca sabía cómo iba a terminar la próxima hora, nunca sabía qué sucedería después.

—¿Estás ahí? —le interrumpió Carmen.

—Lo estoy, ¿por...? —La miró de reojo.

—Porque te llevo haciendo la misma pregunta varias veces y no me contestas.

—¿Cuál?

—¿Dónde quieres ir primero? —Enarcó las cejas.
—Pensaba ir a casa.
—¿De verdad? ¿Estás completamente segura de eso? —Echó el brazo sobre la amiga y la atrajo hacia ella.
—Lo estoy.
—Si es lo que deseas... Pero a cambio te voy a pedir un favor.
—¿El qué?
—Déjame tu coche. Nunca he tenido el placer de conducir un Lexus y dicen que es una pasada. —Sonrió de forma traviesa.
—Me viene de maravilla, creo que no estoy en condiciones de conducir y tras la información que he obtenido de este hotel, no creo que dejarlo aquí sea recomendable.
—Es un hotel para encuentros. Pensé que lo sabías, por eso está tan alejado de la ciudad. ¿No te dio eso alguna pista?
—No, aunque no me arrepiento de haber venido.
—¿Por mí?
—¡Por supuesto! ¿Por quién si no? —dijo Blanca con una gran sonrisa.

24 Vision de futuro

No había muchos cambios desde su última noche. El salón permanecía revuelto, producto de la ira de Eduardo ante su marcha. Avanzó en silencio. Seguía reinando en las paredes la frialdad del engaño. Blanca suspiró varias veces antes de poner un pie en aquel lugar al que un día llamó hogar. Pero no podía desfallecer, había tomado la decisión de rehacer su vida y debía mantenerla. Según caminaba y observaba el lujo en el que había vivido, las mentiras en las que había basado su vida, se entristecía cada vez más. En la pequeña habitación de aquel hotel se encontró mucho más feliz que en aquella casa adornada de banalidades ostentosas. Eso había sido su matrimonio, una fachada de lujo y belleza con un podrido interior. Carmen le cogió la mano y ambas subieron las escaleras que les conducían hasta el dormitorio. Eduardo había salido de allí voluntariamente, alegando que lo hacía por caridad, porque la amaba y que tarde o temprano Blanca reconsideraría volver a su lado. Pero había vaciado la casa llevándose consigo todo lo que creyó que le pertenecía. Tan solo hubo una cosa que no pudo empaquetar, su perfume. Con una profunda tristeza, Blanca se dirigió hacia la ventana y la abrió. Quería hacerlo desaparecer lo antes posible, le estaba provocando una abominable angustia.

—Termina rápido, me pone de los nervios ver cómo te marchitas —dijo Carmen desde la puerta de la habitación.

—Es normal, ¿no? Sentirse así... —Acarició la suave colcha de la cama matrimonial.

—No es normal, Blanca. Has vivido en una mierda de matrimonio y ese tipejo no se merece nada. —Seguía observándola.

—Bueno, seguro que pagaré por todo lo que me ha hecho pasar, tengo la mejor abogada de la ciudad. —Esbozó una leve sonrisa.

—Pues cuando te cuente lo que he averiguado, te vas a quedar con la boca abierta. Te habías casado con un monstruo, y si es verdad todo lo que se cuenta, me alegro de que hayas salido de entre sus manos. —La miró fijamente.

—¿Qué? ¿Qué has averiguado? —Se levantó de la cama y se dirigió hacia su amiga.

—Salgamos de aquí y te cuento; puede ser que ese maldito haya colocado micrófonos por aquí.

—Exagerada...

—Después de todo lo que has vivido con él, ¿crees que es algo ilógico?

Blanca le hizo caso. Bajaron las escaleras y agarró su bolso con fuerza. Debía averiguar, lo antes posible, qué es lo que sabía Carmen sobre Eduardo para estar tan horrorizada. Ya podía esperarse cualquier cosa de él, pero aun así, necesitaba que se lo comentaran. Si era verdad que César y Abel andaban buscando pruebas para meterlo entre rejas, ella les ayudaría sin saberlo. Durante el trayecto, ambas permanecieron en silencio. Finalmente, Blanca rompió el hielo.

—Cuando quieras puedes empezar, me tienes en ascuas.

—Solo son conjeturas. Pero ha llegado a mis oídos que tu futuro ex, anda liado en temas escabrosos. Drogas, prostitución, contratos ilegales...

—¿Tú crees? —preguntó asombrada. Durante el tiempo que pasó a su lado nunca pensó que estuviese metido en cosas de ese tipo. Por lo menos delante de ella, los contratos y las conversaciones que había mantenido con sus clientes eran muy normales.

—Sí, lo creo. Sin embargo, pienso que no está solo. Él es muy inteligente pero no tanto, debe tener una cabeza pensante que le indique qué hacer. Pero no estoy segura de esta hipótesis, solo son rumores, Blanca. Aunque si todo lo que voy descubriendo es cierto, levantaré muchas ampollas en esta ciudad.

—No te metas en líos, por favor. Si es verdad lo que dices, es mejor informar a la policía y que ellos hagan su trabajo. Además, he conocido a gente que puede

ayudarme. Llevan mucho tiempo...

—Tranquila, está todo controlado —interrumpió—. Ahora vamos a disfrutar de una tarde de compras. Tal vez luego aparezca- mos por la oficina y puedas conocer a Javier, mi jefe. Es un hombre encantador, divertido, guapo...

—¿Y no te lo has llevado a la cama? —preguntó burlona.

—¡No! Él no es de esos. —Sus ojos se entristecieron—. Si lo fuese, se hubiera dado cuenta de que estoy enamorada de él. Y durante estos años no me ha demostrado nada salvo una bonita amistad.

—¿Casado?

—No, creo que es gay. —Suspiró.

—Sí, eso es un gran problema.

Las compras se habían alargado demasiado. Sobre todo cuando Carmen se empeñó en visitar un *sex shop*. La cara de asombro de Blanca era espectacular. Nunca había visto tantos juguetes para satisfacerse en los momentos de intimidad.

—¿Vas a comprar alguno? —le dijo enseñándole un vibrador gigantesco.

—¿Yo? ¿Para qué? —preguntó asombrada.

—¡Para llevarlo a comprar pan! ¿Para qué va a ser? Ahora que estás sola debes saciar el hambre interior. —Soltó una carcajada.

—Nunca he probado uno... —comentó inquieta.

—Pues te recomiendo este. —Cogió uno de los que había en una estantería y se lo puso en la mano—. Si le das al botón de arriba aumenta la velocidad vibratoria y es espectacular.

—Creo que no debería —contestó avergonzada.

—¡Joder chica! No pongas esa cara. No tiene nada de malo darse placer una misma. Te aseguro que hay momentos en los que un buen vibrador es la mejor alternativa.

Así que después de tanto insistir y explicarle las mil ventajas de aquel aparato, Blanca lo compró y lo guardó en el bolso como quien esconde un arma.

Al final, la jornada resultó de lo más agradable. Llevaba mucho tiempo sin disfrutar de la compañía de una amiga y de poder figonear a sus anchas entre las tiendas.

Eduardo la obligaba a tener una vida social demasiado limitada y tan solo podía visitar a las familias que estaban apuntadas en la agenda. ¿Salir de compras con amigas?

Eso ni se lo planteó. Cada vez que necesitaba algo tenía que comunicárselo a él para que mandase alguna de sus vasallas a comprar lo que se suponía que era lo más adecuado para ella. Sin embargo, ahora llevaba en sus manos varias bolsas colmadas de prendas que había escogido por sí misma.

—¿Qué desean tomar? —les preguntó el camarero del bar en el que se habían sentado a descansar.

—Un café con leche; con sacarina y la leche fría, por favor.

—¿Y usted? —preguntó a Blanca que miraba de un lado hacia otro como buscando a alguien entre la multitud.

—Lo mismo, gracias.

Cuando el muchacho las dejó solas, Carmen cogió la mano de su amiga y mirándole a los ojos le inquirió.

—¿Qué te sucede?

—Tengo la sensación de que nos están siguiendo —murmuró Blanca.

—Pues yo no he notado nada. Quizás solo sea producto de tu imaginación. Aquí hay mucha gente y cuando ven dos mujeres guapas como nosotras, se giran para mirarnos.

—Sonrió Carmen.

—Será eso.

Antes de que pudieran entablar conversación alguna, el teléfono de Carmen empezó a sonar. Metió la mano en el bolso y cuando vio de quién se trataba, su rostro se llenó de felicidad. Algo que no había apreciado Blanca en ella hasta ese momento.

—¿Hola? Sí. Estamos tomando un café. Que sí. Vale. Nos ponemos en camino. Un beso.

—¿Qué ocurre? —preguntó justo al finalizar la llamada.

—Es Javier, nos quiere allí ya —dijo emocionada mientras bebía a gran velocidad el café y se levantaba del asiento.

—Pues no le hagamos esperar.

—Por cierto, no le hables de mis hallazgos sobre tu divorcio. Javier es muy protector y si descubre que puedo verme involucrada en temas peliagudos, me retira del caso.

—Pero... ¿y si Javier tiene razón y estás en peligro? —preguntó preocupada.

—No hay nada peligroso. Solo son conjeturas, ¿de acuerdo? No voy a investigar nada que me resulte arriesgado —mintió para relajarla.

—Como quieras.

Durante el trayecto, Carmen le informó a Blanca sobre su trabajo en la oficina. Parecía que el tal Javier se preocupaba por ella y la desvinculaba de casos con ciertos matices inseguros. Quizás aquel hombre tan solo la protegía porque la apreciaba, o tal vez porque sentía algo especial por ella. Aunque su amiga le había dicho que era gay. Así que cuando llegaran al despacho del misterioso hombre, ella confirmaría o negaría su teoría.

—Pase —respondió una voz varonil, tras solicitar la entrada.

—Buenas —saludó Carmen—. ¿Se puede? —Abrió la puerta como si estuviese en su casa y le dejó espacio para pasar.

—Adelante, os estaba esperando. Espero que hayáis gastado mucho. —Los ojos del hombre se clavaron en Carmen.

—Un poquito. —Sonrió traviesa.

Cuando la jovial chica apareció en la oficina, la mirada del hombre se llenó de cariño, placer, deseo y lujuria. Pero ella no se quedaba atrás, sus ojos expulsaban corazoncitos tal como lo hacían las chicas enamoradas en las viñetas de los comics; y entre aquellos dos, Blanca, que movía la cabeza de un lado para otro como si estuviese en medio de un torneo de tenis. «¿Ninguno de los dos se ha dado cuenta de lo que está ocurriendo aquí?». Pensó.

—Pase, no se quede ahí parada. —Al fin Javier alzó la mirada hacia la recién llegada. Se levantó del sillón y le tendió la mano—. Me llamo Javier, y soy el jefe de toda esta cuadrilla de vagos. —Sonrió.

—Buenas tardes. Soy Blanca Cervantes —respondió al saludo.

—Carmen me ha hablado muy bien de usted. ¿Cómo se encuentra? —le preguntó con amabilidad.

—¿Nos tuteamos? —Javier asintió—. Bien. Sin duda me encuentro mejor. Pero estoy segura de que si Carmen no se hubiera tropezado conmigo, ahora no tendría dibujada una sonrisa en mi rostro. —Miró por la habitación buscando un lugar donde sentarse.

—Siéntate, por favor. —Señaló la otra silla que estaba frente a su mesa—. Estamos muy contentos de que nos hayas elegido para llevar tu caso. Carmen me ha dicho que es bastante fácil. Así que si tienes cualquier duda, cuenta conmigo.

—Ya me ha puesto al corriente, no te preocupes, ganaremos. —Miró de reojo a su amiga que levantaba las cejas para recordarle que no debía hablar de aquello que le comentó.

—Los casos de separación son bastante largos y peliagudos. Si tienes algo que esconder, tu marido jugará esa baza en el juicio. —Su rostro cambió de repente. Ya no expresaba ternura sino inquietud.

—No tengo nada que esconder, Javier. Durante mi matrimonio he sido la esposa perfecta. Creo que hay que investigar más lo que él ha hecho —le comentó.

—¿Qué cosas?

—Infidelidad —contestó Carmen aprisa—. El marido de Blanca ha sido infiel en multitud

de ocasiones.

—¿Algo más que añadir? —Javier miró a ambas mujeres intentando averiguar, si alguna de ellas mostraba en su rostro algo que le indicase que sabían más de lo que contaban, pero no lo halló. No podía desestimar el caso, Carmen ya lo había hecho suyo, y tampoco podía levantar sospechas negándole algo tan fácil, como era la separación de un matrimonio por infidelidad. Sin embargo, estaría atento a los movimientos de ambas mujeres. No podía dejarlas a merced del destino y menos cuando el que lo dirigía era Eduardo.

—No, nada que añadir —respondió Carmen—. Y ahora si no te importa, tenemos mucho en lo que trabajar.

—A mí me encantaría volver a casa y darme un buen baño, lo necesito —dijo Blanca.

—Encantado de conocerte, Blanca. —Se levantó y volvió a extenderle la mano—. Ya sabes dónde estamos. Ven a visitarnos cuando quieras.

—Muchas gracias, Javier. Lo haré. —Caminó hacia la salida.

—Carmen —la llamó el hombre antes de que ella pudiera ir tras su amiga—. No hagas nada sin contar conmigo, ¿entendido? Muchas veces lo que vemos son espejismos. No te fíes de nadie.

—Sí, papá. No me iré con desconocidos ni con quien me ofrezca un caramelo —le respondió con burla mientras empujaba la espalda de su amiga para salir lo antes posible de allí.

Cuando cerraron la puerta, Blanca clavó sus ojos en los de Carmen.

—Dos cosas. La primera es que ese hombre no es gay y aunque tú no te lo creas, te quiere. Pero no como un padre, sino como un amante. Le he visto fijar su mirada en tu cuerpo y ten por seguro que se ha excitado. Y la segunda, no quiero que tengas problemas, ¿entendido? Si Eduardo es un hombre conflictivo llamaremos a la policía y ellos se ocuparán de todo.

—De lo último, tranquila, no soy una niña y sé cuidarme sola. Acerca de lo primero, ¿tú crees? Entonces... ¿por qué no me ha dicho nada durante todo este tiempo? Le he hablado de mis citas, mis aventuras, ¡todo! Y jamás me ha dicho ni reprochado nada —se enojó.

—Seguro que tiene sus motivos. Pero algo me dice que estás muy equivocada con él. Deberías prestar más atención a sus hechos que a sus palabras. Muchas veces la boca dice no, cuando el corazón grita sí.

—Vamos, te acompaño a la salida. Creo que hoy estás delirando. —Le echó el brazo sobre el hombro y la condujo hasta la calle. Allí, Blanca cogió su coche y regresó a su hogar.

Javier entornó los ojos. Antes de que llegaran a su oficina, Álex le había informado sobre la posibilidad de que estuvieran siendo vigiladas, pero no pudo confirmar si era a una de ellas o a las dos. «¿Quién las puede estar siguiendo y para qué?», se preguntaba una y otra vez. Aquellas dos mujeres no se conocían hasta que se encontraron en el hotel y lo único que las tenía unidas era el divorcio de Blanca. «¡Dios mío!», exclamó al mismo tiempo que su móvil emitió un sonido. «Siguen a Blanca», decía el mensaje de texto. Suspiró de felicidad al confirmar que Carmen estaba fuera de aquella trama; sin embargo, cuanto más tiempo permaneciese al lado de esa mujer, más peligroso sería para ella. «No la dejes sola, avisaré a Abel», respondió. Aunque sabía que aquel comportamiento era bastante egoísta seguía dando gracias a Dios de que no fuese Carmen el objetivo. Pudo sobrellevar la muerte de su madre, pero perder a la mujer con la que pensaba formar una familia, cuando consiguiese llevar a cabo su venganza, no podría superarlo... Pero no podía dejar desamparada a Blanca, no solo por ella sino por su chico. Abel se enamoró desde el instante en que puso sus ojos en ella y debía cuidarla hasta que él pudiese hacerlo por sí mismo. Cogió el teléfono y marcó el número de Jacob.

—Buenas tardes, jefe. ¿Qué desea? —le saludó con su típica amabilidad.

—Buenas tardes, Jacob. Te llamo para preguntarte por la salud del enfermo y saber si hay alguna novedad al respecto. —Se levantó del asiento y comenzó a deambular por la habitación.

—Mejora. Este hombre tiene la fuerza de un caballo y nada le hará doblegarse, ni tan siquiera una bala —respondió con satisfacción.

—También ha sido por tu trabajo, Jacob. Si no llegas a estar ahí, no sé lo que habríamos hecho.

—Bueno, en peores circunstancias me las he visto. Además este sitio no está tan mal.

—¿Es un buen hotel?

—No exactamente, jefe. Es un lugar donde puedes venir acompañado o solo, ¿me entiendes?

—No, Jacob, no te entiendo. ¿Me lo explicas mejor? —le dijo enfadado al ver que el muchacho daba unos absurdos rodeos a lo que realmente importaba.

—Este lugar te ofrece compañía si no la traes... ¿me ha entendido ahora?

—Comenzó a enfadarse al recordar que Álex había usado aquel servicio en más de una ocasión.

—¿Es un *club* camuflado?

—No, jefe. Es un hotel que da la posibilidad al cliente de tener un encuentro sexual con personal de confianza. Según me ha comentado Álex, a raíz de que confundiera a Blanca con una fulana. El director de hotel tiene “muchos conocidos” y si les surge algún trabajillo... el recepcionista contacta con ellos.

—Ajá, ya entiendo. Por cierto Jacob, Álex no regresará al hotel. Finalmente le he asignado la vigilancia de Blanca, alguien la está siguiendo y no sabemos de quién se trata.

—Es fácil, será su esposo. Un hombre como él no dejará que una mujer lo destruya.

—Caminó por el pequeño dormitorio y clavó los ojos en su amigo. No tardaría en recuperarse, y estaba seguro de lo que haría primero: buscar a quien quisiera hacerle daño a Blanca. Eso sí, no sería tan burlón como siempre, ahora no era él el que estaba en peligro, sino su amada.

—Eso hemos pensado todos, pero suponemos que habrá contratado a un profesional para hacer el trabajo sucio. —Regresó a su asiento.

—Abel no tardará en recuperarse, así que quien persiga a Blanca, debería temblar de miedo. —Sonrió.

—Exacto, más le vale correr y no mirar atrás. —Ambos soltaron una carcajada.

—Por cierto, ¿qué sabe de César?

—Está velando por la seguridad de la chica. Hemos podido confirmar que se trata de otra víctima de Eduardo.

—¿Otra más? —El joven cerró la mano y apretó con fuerza al recordar a la chica que encontraron en el parque.

—Y si todo sale bien... la última.

25 despertando del letargo

Cuando Abel abrió los ojos se sobresaltó. No sabía con certeza dónde se encontraba. Miró de un lado a otro, y no halló nada que le indicase si alguien lo estaba cuidando, salvo la pistola de César que descansaba sobre la mesita. Un leve sonido se oyó en el baño, Abel se sentó en la cama, cogió el arma y frunció el ceño al ver que el seguro no estaba puesto. De repente escuchó cantar, pero aquella voz no era la de su compañero. Apuntó hacia la puerta del aseo y esperó a que saliese la persona que estaba dentro.

—¡Wow! —exclamó Jacob al verlo sentado y apuntándole.

— ¿Qué coño haces aquí? —Bajó el arma y la puso donde la había encontrado.

—He venido a cuidarte, campeón. Javier nos puso al día de lo ocurrido y vinimos a controlar la situación.

—¿Vinimos? —Abel levantó la ceja y ojeó a su alrededor de nuevo, dando por sentado que allí no había nadie más.

—Álex ha permanecido aquí todo el tiempo hasta que le requirieron para otra misión.

—No quiso darle más detalles. Por ahora necesitaba un poco de tranquilidad para recuperarse del todo—. Por cierto, ¿cómo te encuentras?

—He tenido momentos mejores. —Le extendió la mano para que le ayudara a levantarse de la cama.

—Después de las fiebres y de los delirios por los que has pasado, pensábamos que no levantarías este monstruoso cuerpo hasta dentro de dos semanas por lo menos.

—Soy fuerte. Acerca del tema delirios. He soñado que Blanca estaba cuidándome.

Vosotros discutíais como si fueseis pareja, por un tema... ¿sexual? —Entornó sus ojos y una risa burlona apareció en el barbudo rostro.

—Sobre lo primero es cierto. Álex y yo nos encontramos a Blanca junto a tu cama.

Nos apuntó con la pistola de César y hasta que no se aseguró de que éramos los buenos, no la apartó. Y sobre lo segundo... Álex la confundió con una de las fulanas que contrata el hotel para los clientes que las requieren.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que ha hecho ese necio? —Se giró con tanta fuerza que se hizo daño en la herida, llevó la mano para presionarse allí donde le dolía y notó cómo su rostro se llenaba de calor. Por un momento pensó que de su cabeza salía humo ante la rabia que sintió al escuchar que a Blanca la habían confundido con una vulgar prostituta.

—No es culpa suya. Tienes que tener en cuenta que esto es un hotel de encuentros, así que lo que menos podíamos imaginar era que ella anduviese por estos territorios. Aunque claro, todo el mundo necesita de vez en cuando... —le razonó.

—¡Aparta esa idea de tu mente! Blanca no vino aquí a encontrarse con nadie. Llegó por azar tras decidir separarse del desalmado de su esposo.

—Entonces, ¿eras tú el que estaba aquí para disfrutar de los servicios *extras* del hotel?

—¡No das una, muchacho! Descubrí esta pocilga cuando acepté realizar un favor personal al jefe.

—¿Un favor personal? ¡Dios mío, en menos de una semana todo se ha vuelto un caos! Tú herido... el jefe pidiendo favores... César encuentra otra víctima...

—¿Otra víctima? —Apoyó las palmas sobre el pequeño aparador y respiró profundamente.

—Sí, eso me ha dicho el jefe. Que estaba protegiendo a otra chica. No tengo ni idea de cómo sucedió; pero la halló en la carretera, cuando iba a por un médico para ti.

—Necesito hablar con Blanca. He de pedirle disculpas por lo sucedido. —Buscó sus botas por el suelo—. Estaba en la habitación contigua, así que no me requerirá un gran esfuerzo.

—Relájate, no está en el hotel. Se marchó ayer por la mañana —le informó.

—¿Se fue? ¿Hacia dónde? ¿Por qué la dejaste? ¡Su marido la amenazó por teléfono!

—gritó enfadado.

—Una vez que tuvimos controlada la situación aquí, llamé al jefe y le informé de lo que nos encontramos al llegar. —Jacob habló con suavidad para que su compañero comenzara a relajarse porque sabía que de lo contrario, se pondría las botas y saldría corriendo detrás de Blanca—. Ten en cuenta que hallar a una mujer con una pistola, dispuesta a dispararnos si nos acercábamos, era noticia de última hora. Ella nos dijo quién era y el jefe ordenó que Álex la cuidase hasta que estuvieras recuperado, así que se marchó tras ellas cuando dejaron el hotel.

—¿Ellas? —preguntó extrañado.

—Sí, una muchacha vino a recogerla. Álex vio cómo se saludaban y se marchaban en el coche de Blanca. Lo primero que hicieron fue visitar la casa de Blanca. Luego se fueron de compras, que por cierto, estuvieron un buen rato en un *sex shop*.

—¡No jodas! —Los ojos de Abel comenzaron a iluminarse ante la lujuria de saber que *su mujer* andaba buscando juguetitos con los que divertirse. Quizás no era tan recatada como había pensado.

—¿Te concentras? ¿O te has perdido en el *sex shop* con ella? —le llamó la atención y este le regaló una sonrisa traviesa para confirmar que había visitado mentalmente aquel lugar pero que ya se encontraba con él—. Luego estuvieron tomando algo y concluyeron la tarde visitando el bufete de abogados que trabaja con nuestra empresa.

—¿Para qué? —Giró la silla y se sentó. A pesar de encontrarse mejor, las fuerzas le abandonaban. Necesitaba alimentarse lo antes posible.

—La chica que la acompañaba es una de las abogadas que trabajan allí. ¿No recuerdas al dueño del bufete? Seguro que lo has visto en más de una ocasión. Merodea por la empresa como si fuese suya.

—¿Ese canoso que se parece al actor este... Richard Gere?

—Sí, el mismo.

—Entonces Blanca la habrá contratado para algún tema de seguridad, ¿no? —dijo en voz baja mientras se tocaba su nueva e irreconocible barba.

—O algún abogado. Tal vez todos los que conozca hayan sido tocados por la maliciosa mano de su marido y ella no pueda contar con ellos.

—¿Qué más? —Abel miró a la cara de su compañero y supo que había algo que le estaba ocultando.

—Sobre lo de esa chica, nada más. Pero sí que hay otra cosa. —Cogió la otra silla y se sentó al lado de su compañero—. Abel, Blanca está a salvo. No debes preocuparte de nada.

—¿Qué más? —inquirió con voz ruda.

Álex descubrió que las estaban siguiendo. No llegó a verle la cara, pero según él, podría ser un sicario contratado por Eduardo para hacer desaparecer a su esposa. Cuando el jefe se enteró de lo que sucedía, le dijo que la protegiera hasta que te encontrases mejor.

—¡Debo salir de aquí! —gritó Abel tirando la silla al suelo y buscando su ropa—. Como se le haya ocurrido intentar hacerle daño... ¡voy a estrangularle con mis propias manos! —seguía gritando mientras se colocaba las botas y guardaba su arma en la funda y la de César en la cintura.

—Abel, necesitas tranquilizarte. Ella está a salvo, Álex la cuida. Debemos dar respuesta a muchas preguntas que se nos plantean antes de ir disparando a diestro y siniestro, ¿no crees? —Abel se quedó quieto mirándolo y Jacob prosiguió—. Si es verdad que ese capullo ha contratado un sicario, sería bueno saber cómo lo ha conseguido y cómo ha tardado tan poco tiempo. ¿Hasta dónde alcanzan sus zarpas? ¿Quién puede facilitarle ese tipo de especialista?

—¡Me importa una mierda quién esté lamiéndole el culo! ¡Solo quiero tener a Blanca cerca y protegerla!

—Abel, ¡joder, relájate! —le dijo Jacob.

—Escucha Jacob, sé lo que sientes por Álex y él por ti. Y la de batallas emocionales por las que habéis pasado hasta comprender que estáis hechos el uno para el otro. Ahora imagina una cosa, piensa que en lugar de Blanca fuese Álex quien estuviera en peli- gro... ¿qué harías?

—Correr. —Se levantó de aquella silla, cogió la chaqueta y se puso en la puerta con los brazos cruzados—. ¿Algún plan?

—Sí, estaba pensando... —De pronto un ruido en la habita- ción contigua los alarmó. Llevaron sus manos hacia las armas y comenzaron a gesticular. Abel le decía que le siguiera y Jacob asentía. Pegados a la pared, salieron de la habitación sin hacer ruido. La puerta del dormitorio donde había permanecido Blanca estaba abierta. Jacob se colocó en el marco derecho de la puerta y Abel en el izquierdo con mucho sigilo. A pesar de no encontrarse en plenas facultades, sus ganas de salvarla le hacían olvidarse de las molestias que sentía en su pecho y continuar con su propósito.

—Yo primero —susurró Abel. Si se trataba del sicario buscando pistas acerca de cómo llegar hasta Blanca, tendría una enorme sorpresa ante él—. Vamos —le dijo. Pero en el mismo instante en que iba a dar un paso dentro de la habitación, una empleada cruzó el cuarto de un lado a otro.

—¡Baja el arma! ¡Es el personal de limpieza! —le explicó bajando la voz.

—¿Tienen algún problema, caballeros? —les saludó una de las empleadas que al salir al pasillo se los encontró haciendo muecas en la puerta.

—Buenas tardes... No. No tenemos ningún problema —respon- dió Jacob con amabilidad.

—Pensaba que había regresado la mujer que se alojaba aquí —co- mentó Abel.

—¿La conocían? —Amusgó los ojos y los miró de arriba abajo. «Yo también quiero una noche con ellos, Señor», pensó la mujer.

—Sí. ¿Ocurre algo? —Siguió preguntándole Abel mientras la jo- ven clavaba sus ojos en el atractivo Jacob.

—Se ha olvidado un colgante en el baño e iba a dejarlo en recep- ción. —Lo sacó de su bolsillo y se lo mostró.

—Si quieres, se lo puedo dar yo mismo. La veré pronto —dijo mientras lo atrapaba.

—¿Promete que se lo dará?

—Por supuesto, tengo que verla en un rato.

—Bien. ¿Puedo hacerte una pregunta? —se dirigió a Jacob. El muchacho asintió y ella prosiguió—. ¿También estás en la lista?

—No sé a qué lista te refieres. —Levantó la mirada para pedir ayu- da a su compañero, que estaba divirtiéndose mucho con aquello.

—La lista de recepción, esa que...

—Nos puedes encontrar a los dos —dijo resuelto Abel—. Tan solo tienes que buscar “Tango” y “Cash”. Él es “Tango” y yo soy “Cash”...

—¡Bien! —exclamó la mujer con felicidad—. El miércoles que vie- ne descanso, así que andaré por aquí. ¿Os parece bien a las diez?

—¿Te parece bien, Tango? —preguntó burlón a su compañero que la miraba con ojos desorbitados.

—Me parece bien, Cash.

—¡Perfecto entonces! Me llamo Esperanza. Nos veremos el miércoles. —Le guiñó a Jacob y se marchó con un escandaloso mo- vimiento de caderas.

—¡Imbécil! —Golpeó el hombro de Abel y se marchó hacia la habitación.

—No podíamos romper la magia. —Caminó detrás de él a la vez que se ponía el colgante de Blanca en su cuello.

26 las diVagaciones de un monstruo

Vestido con su mejor sonrisa y con la mirada repleta de satis - facción, entró feliz en su despacho. El hombre de negocios turbulentos seguía camuflado bajo ropas elegantes y un rostro angeli- cal. Saludó al equipo con la misma efusividad de siempre y tras algunos coqueteos con la secretaria, entró en su santuario. Estaba más feliz que nunca. A pesar de que la maldita abogada de su mujer quería arruinar el mundo de lujo y placer que había levantado, no lo conseguiría. Él era el amo de aquella ciudad y nada ni nadie podía hacerle parar. Además, el hecho de cederle “gustosamente” a Blanca el hogar, le daba puntos a favor ante las miradas de sus socios.

Dejó la chaqueta sobre la percha y se sentó en su sillón. La agenda estaba repleta de reuniones a las que asistir. Tal vez hoy cerraría más negocios importantes, provocando de este modo una succulenta aportación económica a las arcas de la empresa. Sonrió de placer al sentirse tan poderoso. En sus comienzos nadie era capaz de apostar ni un céntimo por su labor; sin embargo, tras varios años de una incansable lucha encarnizada, se había convertido en el “rey”. Solo tenía un pequeño problema que solventaría con brevedad: el destino de las dos mujeres que intentaban hundir su mundo. Pero lo tenía controlado, su plan no tardaría en ofrecer los frutos esperados. En primer lugar, Sara. Ella moriría como la mujer que él pensaba que era: una zorra a la que dominó cuando intentó luchar contra él poniendo a su esposa en medio. Era cierto que la había liberado del ataúd en el que la había metido; pero solo para regodearse más en su poder. Jugaría al gato y al ratón con ella y una vez que tuviese el cuello entre sus manos y le recordase para lo que había nacido, la asfixiaría. «Iré a por ella cuando haya visto mi último regalo». Se decía sin hacer desaparecer la malévola sonrisa de su rostro, que de pronto pasó a ser una sonora carcajada al recordar lo que le hizo a Sara. Se decía una y otra vez que se lo había merecido por desleal, nadie ponía en tela de juicio sus órdenes, y quien se atrevía, lo pagaba con sangre. Era la primera vez que una venganza le había ofrecido tanto placer. Cuando la vio entrar tan ingenua a la oficina y con aquella de- liciosa sonrisa como si nada hubiese pasado, le dieron ganas de estrangularla, pero le reservaba algo mejor. En el instante que él le ofreció un café y ella aceptó su ofrenda, se frotó las manos. Se alejó de la sala y vertió sobre el líquido negro unas gotitas de su elixir preferido. Uno que la haría volar hacia el mundo de la lujuria y el deseo desenfrenado, y gracias a ella, muchos de sus socios disfrutaron de una excitante reunión de negocios. Al principio, cuando comenzó a desnudarse, todos los allí presentes se quedaron con la boca abierta. No daban crédito a la actuación de la joven, además, una fruta tan deliciosa era casi imposible de saborear. Sin embargo, ella iba haciendo honor a lo que él pensaba que era, su fulana. Bajo la atenta mirada de los presentes, iba dejando su cuerpo al descubierto. Alguno de los más atrevidos comenzaba a acariciar su erecto sexo anticipándose a lo que iba a suceder.

—Muy bien, perra —le ordenó cuando la joven se había desnu - dado por completo—. Arrodíllate frente a mí y chúpame la polla. —Sara lo hizo sin pestañear. Fue en ese mismo instante cuando Vicente, su amigo y socio al que consideraba casi un ser supremo, se acercó y bajándose el pantalón hasta las rodillas, levantó las caderas de la muchacha y empezó a follarla con fuerza—. ¿Está rica, zorra? —gritaba Eduardo mientras unas lágrimas recorrían el rostro de la joven al soportar el embate brutal del sexo sobre su garganta—. ¡Cómetela, puta! —Y en ese instante se corrió dentro de aquella boca caliente.

Casi todos los socios empezaron a rodearlos. Se masturbaban sin parar al contemplar aquella escena. Eduardo fue dirigiendo el rostro de la abogada hacia el pene que debía chupar. Haciéndoles unas buenas mamadas a todos los que introducían su verga en la

sonrojada boca. Pero aquello no era suficiente, necesitaban más. Así que comenzó a dirigir lo que sería un menú exquisito.

— ¿Quién quiere follársela? —preguntó mientras Vicente gemía de placer al sucumbir a su orgasmo.

—¡Dámela! —gritó uno de los presentes.

Eduardo agarró con fuerza la mano de la joven y la dirigió hacia el personaje que la había reclamado. El hombre sin perder un minuto de su turno, la arrastró hacia la mesa y la tumbó boca abajo, se escupió en la mano y mojó el recto de la joven. Luego, volvió a mojar su mano con la lengua y se impregnó su dura verga. Agarró el pelo de la joven y mientras hacía que su cabeza se reclinara hacia atrás, la penetró por el culo sin compasión. Sara gritó de dolor. Pero Eduardo, siempre expectante a los movimientos que hacían sus socios, se acercó a la joven y le dijo al oído.

—Este es tu castigo por zorra. Calla y sométete. Tal vez de este modo no termine rajando ese bonito y sedoso cuello que tienes. —La chica continuaba con las lágrimas en el rostro, pero era incapaz de decir que no. A pesar de que su interior gritaba que nadie la tocara más.

Así uno tras otro la fueron tomando. Hasta que no se vieron colmados, no la dejaron en paz. La ataron, la amordazaron, y la invadieron hasta que Eduardo pudo apreciar gotas de sangre bajando por sus piernas. El castigo había sido consumado. Aquella mujer jamás volvería a inmiscuirse en sus asuntos. Pero para afianzar más su oscuro propósito, fue tomando fotos de ella. Claro está, puso mucho cuidado para que ninguno de los presentes fuese descubierto. Solo las necesitaba para ofrecerle su último regalo. Y si se armara de valor y en vez de acabar suicidándose, que es lo que él se imaginaba que haría una mujer así, decidía denunciarlo, Vicente estaría informado para hacer desaparecer cualquier acusación.

Recordó con agrado el momento en el que él y Vicente unieron sus fuerzas para alcanzar el poder absoluto en aquella ciudad. El favor que le hizo al destruir unas pruebas incriminatorias, les unió para siempre, forjando entre ellos la amistad más sólida que jamás pensó tener. Lo veía como un padre, un hombre al que admirar, el maestro perfecto. De repente su teléfono comenzó a sonar devolviéndolo de sus pensamientos. Abrió el cajón y miró la pantalla.

— ¿Alguna novedad? —preguntó Eduardo al hombre que había enviado al hospital en busca del herido.

—Por ahora nada. Así que sigo pensando que aquellos tipos que se marcharon del hospital eran los que andábamos buscando.

—¿Pudiste verlos con claridad? —Repiqueteaba con los dedos sobre la mesa.

—No.

—No pasa nada. De todas formas tengo otra misión para ti. ¿Recuerdas a Sara?

—Cómo olvidarla, jefe. —Sonrió con placer.

—Necesito que la busques. Debería haber llegado ya a su casa y sé que no lo ha hecho. No tengo ni idea de dónde se puede haber metido la hija de puta. Solo espero que al final no le haya salido la vena guerrera.

—No entendí por qué la dejó marchar. Una se nos escapó y estuvo a punto de hablar si no llegamos a estar nosotros, pero esta... —dijo sorprendido.

—Esta es una zorra que no tiene a nadie con quien hablar —cortó con rapidez la discusión que había comenzado su empleado. No parecía entender que él hacía lo que deseaba y los demás acataban sus órdenes. Respiró profundamente y luego continuó—. He sido informado sobre un ingreso en ese mismo hospital al que fueron los que os atacaron. Tiene heridas similares a las de Sara. Debes confirmar que se trata de ella, y de ser así, aniquilarla allí mismo. Me va a dar mucha pena que no aprecie mi obra final, pero no puedo dejar ningún cabo suelto más tiempo.

—¿Está seguro que la fuente es de fiar? No ha dado muy buen resultado en la

búsqueda anterior.

—Lo es.

—Si usted lo dice.

—No voy a ponerme a discutir sobre el tropiezo en el hospital. Confío que ahora, al ser mujer, será más fácil, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Bien, pues ve a por ella. —Colgaron.

Eduardo clavó la mirada en su fiel secretaria que estaba muy preocupada por los papeles que tenía sobre la mesa. Había decidido llevar su gran mata de pelo recogido en un moño alto, dejando libre la bonita y blanquecina nuca. Algunos descuidados mechones resbalaban por su piel sin control haciendo una preciosa oda al erotismo recatado de una dama. Nunca había sopesado la idea de tenerla como juguete. Ahora que Sara estaba fuera de su alcance, debía reemplazarla por alguien que mereciese la pena y estaba seguro de que aquella mujer, aunque siempre vestía con ropa demasiado ancha, escondía un delicioso cuerpo para disfrutar. De repente sonó el teléfono, se trataba de Vicente.

—Buenos días, ¿has descubierto dónde está mi futura exmu- jer? —le saludó mientras hacía tamborilear sus dedos sobre la mesa. La idea de disfrutar de la secretaria cada vez era más palpable.

—Se hospedaba en un hotel de las afueras, Paraíso. Pero ya no está, uno de mis informadores me ha comentado que el recepcionista del hotel le dijo que esa misma mañana lo abandonó.

—¿Y?

—Regresó a tu casa, esa que le cediste —dijo con retintín.

—Es lo que debía hacer. ¿Qué imagen daría un hombre que lo tiene todo y deja a su mujer viviendo en un hotel de mala muerte? ¿La de un despiadado? Sería carnaza para periódicos y noticiarios televisivos, Vicente. De esta manera quedan en entredicho sus razonamientos. Siempre puedo decir que nos separó el trabajo y que sigo queriéndola como el primer día. Pero espero que cuando sea el momento justo, un robo fallido, un conductor borracho... hagan desaparecer a la bastarda que desea destruirme.

—Permanece tranquilo, sabes que puedes confiar en mí —co- mentó con firmeza.

—Pues eso haré. Te dejo, ando bastante excitado meditando so- bre cómo hacer que mi secretaria me haga llegar hasta un magnífico placer. —Sonrió mientras comenzaba a tocarse su erección por debajo de la mesa.

—¿Está preparada con *rohypnol*? —Aquella idea también le pa- reció bastante interesante al comisario.

—En cuanto le ofrezca el café, ¿te apuntas? Será un coñito muy jugoso. —Bajó la cremallera de su pantalón y comenzó a mastur- barse. Unos pequeños gemidos salieron de su boca y Vicente supo qué estaba haciendo.

—¡Maldito cabrón! Solo con escucharte ya me tienes empalmado. Prepárala que en veinte minutos estoy ahí. —Su voz daba a enten- der su ansiada necesidad.

—No tardes. —Colgó.

Eduardo se levantó del sillón y se dirigió hacia su baño privado. Limpió sus manos de líquido seminal y se refrescó el rostro. Acto seguido se dirigió hacia la puerta y con una enorme e infantil sonrisa le dijo a su secretaria.

—Voy a tomar un café, ¿quieres uno?

—Si lo desea se lo traigo yo. —Hizo el ademán de levantarse y Eduardo le puso la mano sobre el hombro impidiéndolo.

—No te preocupes, me vendrá bien despejarme un rato. ¿Cómo lo quieres? —En aquellos momentos no era un hombre sino un lobo disfrazado de cordero expectante a su presa.

—Solo y con dos azucarillos, señor.

—Perfecto, no tardaré. —Se marchó deprisa hacia la máquina dispensadora de café.

—Gracias —respondió la ingenua mujer con una tierna y bella sonrisa.

27 una decisión inadecuada

Sara estaba mucho mejor. Sus mejillas comenzaban a tener un sonrojo saludable y su respiración era profunda y pausada. César pensó que aquel estado se debía al efecto de los tranquilizantes, pero le daba igual. Lo importante era que se encontrara relajada para ir asumiendo el entorno que la rodeaba. Se levantó de su asiento y caminó hasta llegar a su lado. Cogió con suavidad la mano de Sara y la entrelazó con la suya.

—Sara, ¿me escuchas? —le preguntó en voz baja.

—¿Se ha despertado ya? —La voz de la enfermera le hizo girarse y, por instinto, se llevó la mano hacia donde debía tener el arma. Al no encontrarla se enojó consigo mismo.

—No, aún no —respondió a la vez que le daba espacio a la sanitaria para que pudiera auscultarla con detenimiento.

—El pulso es constante. Su cuerpo tiene una temperatura adecuada. Las heridas...

—Le cogió la muñeca y miró el vendaje por si estaba manchado de sangre—, parecen controladas. En un principio está bien. Pero tendrá que permanecer en el hospital un par de días más para reponerse del todo. Además, debe contarnos qué le ha sucedido. Está destrozada...

—Mejor que lo explique ella cuando despierte. Y... ¿puede agilizar el alta? —preguntó César intentando disimular su preocupación.

—Mientras curamos las heridas, observamos si la transfusión ha sido la adecuada y ella ingiere alimento, pueden pasar perfectamente dos días.

—Tenía que hacer unas cosas... —susurró el hombre.

—Puede irse tranquilo. Los sedantes le harán efecto un par de horas más, por si desea estar aquí cuando despierte. Nosotros la atenderemos durante su ausencia.

—No sé... —dudó.

—Como usted vea. Por ahora esa cama estará libre. —Le señaló la contigua a la de Sara—. Puede descansar ahí si quiere.

—Gracias —le dijo el hombre mientras que ella se marchaba.

Una vez que la sanitaria cerró la puerta, volvió a contemplar el rostro de la joven. Seguía tranquilo, calmado y consideró de nuevo la opción de salir de allí e investigar algo que llevaba tiempo pensando: por qué se ensañaron de aquel modo con ella. Se dio la vuelta para regresar a su asiento y se centró en el bolso de Sara pensando que tal vez allí hallaría algo que le diera una pista. Lo cogió y lo abrió. «No hay nada». Se dijo tras repasar varias veces lo que había encontrado; un monedero, un móvil apagado, unas llaves, caramelos, toallitas íntimas, *clínex*, un estuche de maquillaje y unos pasadores. «Quizás...». Se le ocurrió una idea. Leyó varias veces la dirección que había en el documento de Sara, metió todo en el bolso menos las llaves y el móvil y, contemplando a la joven desde la puerta, se marchó.

Mientras se dirigía al domicilio de Sara, pensaba en los últimos acontecimientos que había vivido; primero el disparo a Abel, si no llega a ser por él, ahora estaría descansando junto a su esposa. Y en segundo lugar, la aparición de Sara. Aquella mujer, sin darse cuenta, le había dado algunas razones para mantenerse vivo. La necesidad de cuidarla, protegerla e incluso de atrapar a las personas que le habían hecho daño y de que pagaran por ello, hizo que olvidara por primera vez desde que falleció Elisa, su deseo de morir. Recordó de nuevo la desesperación que tenía la joven cuando la encontró en la carretera y cómo se lanzó hacia aquel coche para dar por concluida su agonía. La entendía. Los días posteriores al fallecimiento de su mujer, él estuvo buscando una manera de morir. Intentó lanzarse desde el balcón, tuvo en sus manos varios frascos de pastillas, ató una cuerda a la baranda del segundo piso y se la anudó al cuello... pero no encontró en ninguna ocasión el suficiente valor para hacerlo. Todos sus intentos de suicidio terminaban de la misma forma, llorando e intensificando

su desesperación por su cobardía. Esa fue la única razón por la que volvió al grupo. Javier le comentó que cada noche los muchachos se enfrentaban a situaciones más arriesgadas y que temía por sus vidas. Entonces fue cuando ideó un plan que no podía fallar; en medio de una reyerta se colocaría en la trayectoria de alguna bala, así moriría en un acto de valor y no como un cobarde. Sin embargo, ahora todo era diferente. Puso el intermitente de la derecha, buscó un lugar donde ocultar su coche y cogió, de debajo de su asiento, una caja con un arma y munición. No saldría de allí sin estar cubierto. Debía protegerse de cualquier altercado posible. Sabía que Eduardo era un hombre que no dejaba cabos sueltos, y Sara lo era. ¿El porqué? Eso es lo que tenía que averiguar. Se puso el arma en el cinturón, la cubrió con la camiseta y salió del vehículo.

La zona era tranquila, no tanto como la suya, pero sí más que el centro de la ciudad. Mientras caminaba, pasaban por su lado personas haciendo *footing*, padres llevando a los niños al parque o ancianos paseando a sus mascotas. Llevó su mano derecha al bolsillo y cogió las llaves. Para no levantar sospechas debía reconocer la de la entrada. El piso de la chica estaba escrito en una de ellas, así que se imaginó que se trataba de un alquiler y no de una compra. Abrió la primera puerta sin advertir peligro alguno. Llegó hasta las escaleras y en la portería no había nadie. Miró a través del cristal y observó el ordenador encendido. «Andará cerca», se dijo. Subió hacia el segundo con mucha lentitud, debía controlar cada centímetro de aquel lugar. Estaba demasiado tranquilo para su gusto. De pronto, un ruido llamó su atención.

—Buenos días, Doña Remedios. Mire a quién le traigo. —Una voz masculina se escuchaba en el primer piso.

—¡Gracias a Dios! Eres un minino malo... ¿Dónde estaba?

—En la portería. Siempre dejo la ventana abierta y cuando he encendido el ordenador lo he visto.

—Muchas gracias, estaba preocupada.

—He de irme, cuide a este traviesillo. —Empezó a andar hacia donde se encontraba César. Este aceleró el paso y subió las escaleras hasta llegar al segundo—. ¿Hay alguien ahí? —preguntó el portero. Al no tener respuesta se alejó.

César esperó escondido tras un pilar a que el hombre se marchase. Cuando tan solo se escuchaba su propia respiración, caminó hacia la puerta con la letra “C” que era la de Sara. Se puso enfrente, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta... «¡Santo Dios!». Exclamó en la entrada.

El piso era pequeño, apenas tenía dos metros de pasillo hasta llegar al salón donde solo había una mesa de *camping* y una silla. La luz provenía de un ventanal de dos hojas que había frente a la entrada. Pero César no se alarmó de la austeridad que rodeaba a la mujer sino de lo que encontró en aquel lugar. Alguien había entrado y cubrió las paredes de imágenes que mostraban el calvario que Sara había pasado antes de ser encontrada en la carretera. César se sintió tan aturdido que se apoyó en la pared. Cuanto más las miraba, más enfurecido se encontraba. Se mordió los labios y comenzó a gritar «¡Maldito hijo de puta! ¡Lo pagarás!». De pronto comenzó a sonar una melodía. Al principio buscó en sus bolsillos y comprendió que no era su móvil, así que caminó por aquel terrorífico lugar hasta que halló el aparato. Al mirar la pantalla solo aparecía “número oculto”. Lo descolgó y se mantuvo en silencio.

—¡Has regresado! Perfecto, así me dices qué te ha parecido la nueva decoración. A mí me ha encantado. Aunque lo veré mejor en persona pronto. Las fotos que he recibido son de baja calidad y no se aprecia el arte en ellas. —dijo una voz masculina. César permaneció callado intentando averiguar si era Eduardo quien la llamaba, porque esa había sido su impresión al escuchar aquellas palabras llenas de sátira—. ¿No me respondes? Lógico, no te puede salir nada de esa boca después de ser follada tantas veces, tal vez, con un poco de miel, se relaje la hinchazón.

—Te encontraré... —respondió al fin el hombre con voz ronca y confirmando que se trataba de Eduardo.

—¿Quién eres? ¿Quién cojones te has creído para amenazarme? Lo que yo haga con mis putas es cosa mía, ¿entendido? —preguntó confuso y sorprendido.

—Vas a morir en la cárcel, esto lo pagarás. —Apretó los puños y maldijo que no estuviese Álex cerca porque de ser así, con su habilidad en rastreos informáticos, descubriría la situación exacta de Eduardo en ese mismo momento, e iría inmediatamente a su encuentro para estrangularlo con sus propias manos.

—¿Vas a llamar a la policía? ¡Venga! A ver quién tiene más delito. Yo, un hombre que da a sus zorras lo que se merecen o tú, un... ¿un qué? Si no eres nadie —dijo tratando de sonsacarle información.

—Ella testificará... —siguió con aquel tono amenazador.

—¿Eso crees? Yo no estaría tan seguro. Dame media hora y estará fiambre. Tengo una ligera idea de dónde puede estar ahora mismo... —Soltó una carcajada triunfal y colgó el teléfono.

«¡Joder!», exclamó César. Salió corriendo de allí, cerró de un golpe la puerta para que nadie más fuese testigo de lo ocurrido. Una vez arrancó el coche puso rumbo hacia el hospital y llamó a Javier. Debía de contarle todo lo que había sucedido hasta ese momento, incluyendo esa llamada.

28 proximo lugar, junto a ella

Ya en el cuarto y tras dar por concluidas las risas que había provocado la situación con la empleada de la limpieza del hotel, comenzaron a recoger sus pertenencias para salir de allí lo antes posible y buscar a Blanca. Abel tenía muchas ganas de verla y abrazarla. Necesitaba darle las gracias por haber estado cuidando de él a pesar de no recordar nada salvo su perfume. Esperaba que ella no lo apartase de su vida por ser quien era y que lo aceptara; aunque si le pedía que abandonara el mundo en el que se había metido, él lo haría después de ver entre rejas al hombre que supuestamente deseaba aniquilarla, Eduardo.

—¿Qué? —le dijo a Jacob cuando entró de fumar fuera.

—Acabo de hablar con Álex, dice que Blanca ha estado toda la noche en su casa pero que acaba de salir.

—¿Cómo? ¿A dónde? —comenzó a preguntar al mismo tiempo que buscaba su chaqueta.

—No lo sabe, Abel. Pero nos informará de todo cuando lo sepa. Ahora necesita que vayamos con él.

—Estupendo. Salgamos de aquí.

—Escucha, como conozco al recepcionista seré yo la cara bonita que le diga que dejamos la habitación, ¿de acuerdo?

—¿No te gusta mi cara?

—Con esa barba, no. —Sonrió.

—Oye... ¿dónde están las llaves de mi moto? —preguntó al muchacho mientras se metía las manos en los bolsillos.

—Se la llevó Álex. La necesitaba para ir tras Blanca.

—Espero que no le haga daño porque de lo contrario le cortaré las pelotas —dijo con cierto enfado. Había dos cosas que no le gustaba ceder a otro hombre, su moto y su mujer.

CRÓNICA DE UN DESEO

—Ha sido por una buena causa. —Sonrió.

— ¡Excusas! Ese ha visto la oportunidad de montar en ella y no lo ha dudado.

—Míralo por el lado bueno, se ha montado en Diablosa pero no tocará a Blanca. —Le guiñó y abrió la puerta para que dejara de refunfuñar y saliesen de aquel lugar.

Abel bajó por las escaleras mientras que Jacob lo hizo por el ascensor ya que en cuanto se abriesen las puertas lo primero que verían sería el mostrador de recepción. Cuando dio un paso hacia delante y observó a su compañero que se encontraba escondido, levantó la mano para que saliese. Jacob tocó la campanilla al observar que, como siempre, el muchacho no estaba en su lugar.

—¡Un momento! —exclamó el joven desde lo que parecía que era la cafetería del hotel—. Buenos días —le dijo cuando lo vio.

—Hola. Aquí tienes la llave de la habitación. Dime cuánto te debo. —Sacó la cartera.

—¡Nada! No puedo cobrarle nada. Mi ética impide...

—Vamos, que como has reconocido al compañero que estuvo conmigo y sabes que conocemos tus “trapicheos”, quieres que hagamos la vista gorda, ¿no? —Se guardó la cartera y apoyó un brazo en el mostrador.

—Le agradezco que no lo haya puesto en conocimiento. Cuando ayer recibí la visita de unos agentes, pensé que me habían delatado —le explicó el muchacho.

—¿Policías?

—Sí. Policías. Pero iban buscando a una mujer que se había hospedado aquí.

—¿Qué mujer? —preguntó con rapidez. Si allí habían estado esbirros de Eduardo, ellos también estuvieron en peligro sin saberlo. El cerco cada vez se estrechaba más. Tarde o temprano darían con ellos y los aniquilarían.

—Blanca Cervantes: la huésped que se alojaba en la trescientos seis, la habitación contigua a la de ustedes. Salió ayer, aunque la tenía pagada hasta hoy.

—¡Mierda! —gritó. Antes de que el muchacho pudiera decir nada más, Jacob se abalanzó sobre la puerta del hotel saliendo como una exhalación a la calle para buscar a su compañero que se había metido en el coche—. ¡Tengo que llamar a Álex y preguntarle dónde está! —seguía gritando mientras se sentaba a su lado.

Dama Beltrán

—¿Qué coño pasa? —Abel cerró la puerta con fuerza y observó cómo Jacob era incapaz de teclear el número de Álex. Le cogió el móvil y marcó él. Levantó el dedo para que se callara—. Espero que esto no se trate de un ataque de celos o lo pagarás muy caro.

—Dime —respondió Álex a la llamada.

—¿Dónde estás? ¿Tienes vigilada a Blanca? —preguntó Abel. —¡Bienvenido al mundo de los vivos! —exclamó el hombre con entusiasmo—. Tranquilo, tu chica está segura en mis manos. —Eso ya lo sé... —dijo burlón mientras seguía contemplando la cara de espanto que tenía el muchacho.

—Álex, ¿dónde estás? —Jacob le quitó el teléfono a Abel y comenzó a hablar mientras ponía en marcha el vehículo. —Me encuentro en un bar que hay detrás del centro comercial, se llama La Toscana. ¿Qué ocurre?

—La policía podría estar implicada. Quien la sigue se identificó como tal —le explicó Jacob.

—¡Joder! —exclamaron los dos compañeros a la vez ante el descubrimiento que había hecho el joven.

—Han preguntado por Blanca en el hotel, y estoy seguro de que andarán cerca de donde estés.

—Pues ahora que lo dices... Esto está apartado de la ciudad, no es un lugar muy concurrido. Cualquiera agradecería que su objetivo anduviese por estos terrenos. Hay árboles, poca gente... —Tardaremos lo menos posible en llegar. Por favor, ten cuidado —rogó Jacob mientras aceleraba el coche para salir de allí. —No te preocupes por mí. Sé cuidarme solo. —Colgó.

29 un tropiezo muy doloroso

Miró el reloj, marcaba las ocho y media. Pronto comenzarían a llegar los primeros empleados así que debía darse prisa para que no hallasen acostado en un sillón, maloliente y medio desnudo al jefe de la empresa. Se incorporó del sofá y caminó hacia la puerta de su baño privado. No era un lugar muy espacioso pero escondía en su interior más de lo que cabría imaginar. Perezoso, se desabrochó el cinturón y dejó que la fuerza de la gravedad hiciera el resto. Continuó con los boxes, levantó los pies para apartarse de las prendas dando un paso hacia atrás. Al girar la cabeza se vio reflejado en el espejo. Arrugó la frente al encontrarse tan demacrado. Las canas habían poblado su cabeza, las arrugas de expresión se habían acentuado, y unas hinchadas bolsas sostenían sus verdes ojos. Pensó que eso era el resultado de no dormir. Desde que habían disparado a Abel no era capaz de conciliar más de dos horas de sueño. Daba vueltas al mismo tema; buscaba una respuesta sobre cómo Eduardo había llegado hasta su chico en el hospital, pero no conseguía resolverlo. Abrió el grifo y dejó que el agua comenzara a cubrir su cuerpo. Apoyó las manos sobre las baldosas y agachó la cabeza. En aquellos momentos de soledad, en lo único que podía pensar era en Carmen. Ella le hacía sentir tan especial que olvidaba la tristeza por la que había pasado. Pensar en su risa, en el alborotado pelo rojo que se dejaba libre en las primeras horas de la mañana, sus minúsculas pecas sobre la respingona nariz, que parecían invitarle a un sinfín de besos sobre ellas o el parpadeo que le dedicaba cuando quería hacer algo y necesitaba su consentimiento; se volvía un loco incapaz de ser racional cuando ella estaba frente a él. Pero debía ser consciente de la vida que había decidido vivir, y aunque deseaba estrecharla en sus brazos y dejar pasar las horas del día a su lado colmándola de besos y caricias, no era el momento. Necesitaba finalizar la guerra que había comenzado tiempo atrás y no pararía hasta ver entre rejas a los causantes de su mayor desgracia. «Quizás entonces sea demasiado tarde», meditó con tristeza. Cerró el grifo, se enrolló una toalla en la cintura y salió de la ducha. Entonces escuchó un ruido fuera del baño. Apagó la luz, abrió la puerta despacio y ojeó. No había nada. Miró hacia las oficinas de sus empleados y observó una silueta que se movía de un lado para otro. Javier se dirigió hacia la entrada y se apoyó en la pared. Si el intruso entraba, lo asaltaría por la espalda. El pomo comenzó a girar. La puerta se abrió y saltó sobre el fisgón haciendo que ambos cayeran al suelo. Un pequeño quejido surgió de la figura que había aplastado. Javier reconoció al instante quién emitía aquel sollozo.

— ¡Por el amor de Dios! ¿Qué haces aquí? —Se levantó y la giró para confirmar sus sospechas.

— ¡Javier! —exclamó la mujer—. ¿Eres tú? ¿Pero qué haces a oscuras?

— ¿Quién te crees que puede estar a estas horas en mi despacho? —Le tendió la mano para incorporarla.

— Venía buscando unos informes. —Javier encendió la luz y Carmen se quedó callada al contemplarlo semidesnudo.

— ¿En mi despacho?

— Sí.

— ¿Cuáles? —Caminó hacia su archivador.

— El de... —Se llevó la mano a la rodilla para ganar algo de tiempo y buscar una excusa. Su intención era comprobar que su jefe no estaba, para dejar el informe que aún escondía en su despacho.

— ¿Te he hecho daño? —Se giró. Regresó a su lado y la alzó en sus brazos para llevarla hasta el minibar.

— No ha sido nada —comentó sin apartar la vista de lo que hacía Javier. Estaba muy preocupado por ella y eso le encantaba. Hacía que el helado corazón se empezara a

fundir y albergar así alguna esperanza de tenerlo siempre a su lado.

Abrió el pequeño congelador, sacó un poco de hielo, lo cubrió con una servilleta que encontró cerca de la cubitera y se lo colocó con cuidado en la zona dolorida.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí...

—Esto te calmará. —La miró a los gatunos ojos y confirmó lo que ya sabía; era la mujer más maravillosa del mundo pero también la más insensata—. Eres una imprudente.

¿Por qué en- tras al despacho como si fueras un vulgar ladrón?

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí medio desnudo y a oscuras? —De- bía redirigir la conversación hacia otro tema, porque si llegaba a descubrir que venía para dejar el dossier sobre Eduardo, que había encontrado escondido, y le explicaba que sabía todo sobre la investigación que estaba realizando, le haría abandonar de inmediato el divorcio de Blanca y eso no iba a permitirselo. Le daba igual que su vida sentimental no avanzara, pero la laboral debía hacerlo porque se estaba planteando abandonar el bufete. Le resultaba cada vez más doloroso verlo y no poder decirle lo mucho que lo quería.

—Acabo de salir de darme una ducha. —Le retiró despacio los mechones rojos que se habían escapado de su coleta en el forcejeo—. Podía haberte hecho mucho daño y no me lo habría perdo- nado jamás —susurró al mismo tiempo que sus dedos acariciaban con suavidad las mejillas de la joven. Ella torció su rostro hacia el cariñoso gesto y Javier continuó.

—Me encanta que me regañes. Te parecerá una tontería, pero en los momentos que te preocupas por mi bienestar, pienso que sientes algo especial por mí.

—Siento algo muy especial por ti, Carmen —susurró.

—¿De verdad? —Abrió los ojos sorprendida. Tal vez Blanca tenía razón.

—Y no sabes hasta qué punto. —Sus dedos abandonaron la me- jilla para llegar hasta la barbilla y levantarla hacia él—. Me volve- ría loco si alguien te hiciera daño —le confesó.

Durante unos segundos se quedaron mirándose sin saber qué decir. Él le había desvelado su secreto y ella sabía al fin la verdad.

—Yo... te...

Pero Carmen no consiguió acabar la frase. Antes de poder decir aquello que llevaba tiempo ocultando en su interior, Ja- vier posó sus labios sobre los de ella para enmudecerla entre besos y caricias. Sus manos atraparon el rostro de la joven evitando un distanciamiento entre ellos. Pero ella no pensó en ningún momento en retirarse. Estaba loca por saborearlos desde el primer instante que entró en aquella oficina y lo vio con la mirada perdida entre papeles mientras mordía con ahínco un bolígrafo.

—Carmen yo... —Intentó retirarse para pedir disculpas por lo que acababa de hacer, pero no lo consiguió. Carmen lo entrelazó con sus pequeñas mano y tiró de él.

—Shh... calla y bésame —le ordenó.

Javier la volvió a besar con más intensidad. Ambos cerraron los ojos dejándose llevar por la pasión que al fin había comenzado. Carmen irradiaba felicidad. Después de tanto tiempo soñando estar entre sus brazos, al fin lo había conseguido y era mucho mejor de lo que imaginó. Levantó las manos, las puso sobre la espalda descubierta y extendió los dedos atrayéndolo hacia ella. El hombre temblaba ante sus caricias. Su piel ardía. Su pecho subía y bajaba cada vez más rápido, más agitado. Los besos se hacían más largos, posesivos. Bajó sus grandes manos a los muslos de ella comenzando a acariciarlos con suavidad. Ella dejó paso entre sus piernas para que pudiese acercarse aún más. De repente, su mano derecha correteó muslo hacia arriba y se quedó justo en el encaje donde daba comienzo aquella deliciosa lencería femenina. Carmen gimió dentro de su boca al notar un dedo queriendo apartar la prenda. Se arqueó a la vez que clavaba sus uñas en la espalda del hombre. Mordió el

labio inferior y se quedó mirando desafiante a los ojos de Javier. En ese preciso instante este comenzó a poner distancia entre ellos. Apartó con suavidad el enlace de las piernas de la mujer en su cintura y continuó andando hacia atrás mirando el suelo. —Lo siento —se excusó y se llevó las manos a la cabeza—. No ha sido mi intención... Ella lo miró sorprendida. No sabía cómo interpretar todo aquello. Minutos antes parecía que la deseaba... Que sentía la necesidad de tenerla tan cerca como ella había soñado y sin embargo, ahora se retiraba con frialdad. Su fuerte carácter, su orgullo y altanería, hicieron que no expresara ni un ápice de dolor o tristeza delante de Javier. Apoyó las manos en la encimera y dando un saltito se posó en el suelo. Se colocó el vestido y se dispuso a salir de allí. De un momento a otro comenzaría a llorar y cuanto más alejada estuviese de él, mejor.

—Carmen, escucha... —quiso explicarse Javier. Pero ella no le miró. Cogió el pomo de la puerta, lo giró y con la cabeza gacha le dijo.

—Que tengas un buen día, Javier. —Este extendió la mano para cogerla y acercarla de nuevo hacia su cuerpo pero ella esquivó el agarre y dando un portazo se marchó.

La vio alejarse de la oficina y pensó en salir corriendo tras ella. Pero ni lo intentó.

Respiró hondo e hizo que la raciocinio volviera a reinar su mente. Dejar que se alejara de su lado era permanecer más tiempo a salvo. Se llevó dos dedos a la comisura de su boca y la acarició despacio mientras recordaba que ella los había mordido y besado con tanta pasión que le había hecho temblar de deseo. Todo aquello que imaginó sobre cómo sería sentir su piel junto a la de Carmen, eran tan solo memeces comparado con lo que allí había sucedido. En segundos ella lo había descontrolado transformándolo en una bestia hambrienta de deseo. Pero al tocar aquella lencería, y ver cómo se deshacía en sus caricias, comprendió que ella confiaba en él y no debía decepcionarla. Por eso paró. Antes de entregarse a la mujer que amaba debía zanjar una cuenta pendiente, porque si no la terminaba, el miedo a perderla le impediría hacerla feliz. Cerró los ojos y la volvió a sentir junto a él. «No tardaré en tenerte de nuevo entre mis brazos, te lo prometo».

30 hoy tampoco es tu día

Estacionó el coche en el primer hueco libre que encontró cerca de la puerta. Su respiración era agitada, apenas conseguía escuchar algo a su alrededor salvo los fuertes latidos de su alterado corazón. Una y otra vez se repetía las últimas palabras que le dedicó Eduardo antes de dar por finalizada la conversación telefónica: «Dame media hora y estará fiambre». Mientras corría por los interminables pasillos del hospital, se lamentaba por dejarla sola; por haber sido tan imprudente al pensar que allí permanecería a salvo de las garras de Eduardo. Nunca lo estuvo... Al llegar a la quinta planta se quedó inmóvil. Todo parecía muy normal. Las auxiliares llevaban el carro de la comida de una habitación a la otra. Algunos familiares deambulaban parlotando con los enfermos de las habitaciones contiguas. Pero algo en su interior le decía que no confiara en aquella escena y que corriese hasta ver que Sara se encontraba bien. Llevó la mano al arma y anduvo por aquel pasillo intentando esconder su rostro para que no le pudieran reconocer. De pronto escuchó unas carcajadas que sobresalieron del murmullo de la gente a su lado. Se giró hacia ellas y observó a la enfermera que había atendido a Abel, mofarse junto con una compañera, de las aventuras de alguien que salía en la tele.

—Me voy a fumar un cigarro —le dijo la enfermera, a otra. —¡A ver si lo dejas! —le aconsejó la compañera.

—Alguna vez...

César le dio la espalda al verla salir de la sala de descanso.

Cuando la mujer bajó las escaleras, él se dirigió hacia la habitación; intentó abrir la puerta, pero no lo consiguió. «¡Joder!». Exclamó cuando imaginó lo que allí podía estar pasando. Miró hacia ambos lados del pasillo y respiró con alivio al ver que estaba vacío. Tomó impulso y la golpeó con el hombro con tanta fuerza que se abrió haciendo saltar el pestillo. César se quedó atónito ante lo que contemplaban sus ojos. Uno de los dos hombres trajeados que había visto días atrás en la sala de espera del hospital, estaba sentado sobre el débil cuerpo de Sara. Con una mano le presionaba el cuello mientras alzaba la otra, armado con una afilada hoja metálica, dispuesto a asestarle el golpe de gracia. César reaccionó con rapidez: corrió hacia ellos y antes de que pudiera puñalar a la chica, le sacudió con la culata en la cabeza con tal violencia, que lo dejó inconsciente de inmediato, haciéndolo caer sobre la chica como un muñeco de trapo. La mujer comenzó a agitar sus manos y pies para quitárselo de encima, pero era demasiado pesado. César apartó el cuerpo desplomado de una patada. Ella se incorporó en la cama y comenzó a toser. Le faltaba el aire y respiraba con dificultad. Las vendas volvían a estar ensangrentadas.

—Lo siento, Sara. No tenía que haberte dejado sola. ¿Te ha hecho daño? ¿Ha conseguido herirte? —Guardó el arma en la espalda y comenzó a revisar a la chica por si había sufrido algún daño más.

—No parará hasta que finalice el trabajo —decía al mismo tiempo que intentaba recuperarse—. Tarde o temprano lo conseguirá. No se puede parar a ese monstruo.

—Nadie te tocará mientras yo este aquí, no se lo permitiré. Ahora lo principal es salir del hospital. Voy a por algo de ropa para que no llames la atención. No te preocupes por ese bastardo, estará un par de horas fuera de juego —añadió al ver la preocupación en el rostro de la chica.

Dos minutos después César regresó a la habitación con varias prendas del vestuario de las enfermeras.

—Ponte lo que te vaya bien. —Sara se vistió a toda prisa e intentó ponerse en pie, pero no tuvo la fuerza suficiente para conseguirlo—. Agárrate a mí. Nos vamos de aquí. —La alzó y comenzó a andar hacia la salida—. Nadie conseguirá hacerte daño mientras me quede un aliento de vida, ¿entendido?

La transportaba en sus brazos como la feliz esposa es conducida a su nuevo hogar. Ella abrazaba su cuello y apoyaba la cabeza sobre el agitado pecho masculino. César corrió por el pasillo hasta llegar a las escaleras de emergencia. Sara sollozaba y podía sentir la humedad de sus lágrimas. Le había fallado de nuevo y eso no se lo perdonaría jamás. Si hubiese llegado cinco minutos más tarde, ella habría muerto por su culpa. Alzó la mirada hacia el final del camino y halló lo que buscaba, un portalón solitario por el que salir.

—¡Mierda... ! —maldijo. La enfermera, que regresaba de la calle ocultando un mechero en el bolsillo, les cortaba la huida.

—Señor, no puede llevársela de aquí —le informó.

—¡Quítate de en medio! —le ordenó con rudeza.

—¡Por aquí, se escapan por aquí! —Sonrió maléfica al hombre y se apartó para no ser atropellada.

—Sé quién eres y para quién trabajas —dijo intuyendo que era el topo.

César abrió la puerta de una patada. En la calle miró hacia el lugar en el que había estacionado el coche y corrió hacia él. Asombrado por lo que había sentido por Sara al verla en peligro, sopesó hacia dónde debía dirigirse. Dejó a la chica en el asiento, le abrochó el cinturón y entró en el coche. Tenían que salir de allí, ya. Por ahora se las había visto con uno de esos tipejos, y si eran los mismos que buscaban a Abel, el otro no tardaría en llegar. Tenía que ponerla a salvo de inmediato.

—Vamos. Dejemos este infierno. —dijo César al mismo tiempo que ponía en marcha el vehículo.

Cuando dejaron atrás el recinto, el hombre miró el espejo retrovisor y advirtió que la mujer apuntaba su número de matrícula. «¡Será zorra!», se dijo. Ahora no podía regresar a su casa porque no sería un lugar seguro. Eduardo lo buscaría sin cesar y estaba seguro de que también tendría algún aliado que le facilitase el camino. Miró de reojo a Sara. Permanecía inmóvil en el asiento con la cabeza pegada a la ventana, mirando hacia el exterior. Sus vendas estaban cubiertas de sangre por el forcejeo con el asesino. El hombre frunció el ceño e intentó aparcarse la furia que había crecido en él, para concentrarse en lo importante: buscar un lugar seguro para que ella pudiese descansar. «¡Ya lo tengo!», exclamó con una gran sonrisa al hallar la respuesta. Su destino... el hotel Paraíso.

Media hora después, estacionaba el coche entre los grandes álamos del aparcamiento. Todo estaba en silencio. Allí reinaba la tranquilidad y César suspiró relajado.

—Sara, he pensado que por ahora este es el mejor sitio para mantenernos a salvo —le explicó con calma. Ella dejó de mirar a través de la ventana para observar el rostro del hombre. Sus ojos hinchados por el continuo llanto, el labio superior herido y aquellas pálidas mejillas, hicieron que César tuviese el impulso de abrazarla y susurrarle que nadie le haría más daño y que le perdonara por haberla abandonado en el hospital. Sin embargo, no lo hizo. Prefirió salir del coche y abrirla la puerta para poder ayudarla a levantarse—. Agárrate a mí, si lo deseas. —Sara cogió la mano que le ofrecía y caminó a su lado en silencio.

Ambos llegaron hasta la entrada del hotel y César sonrió al reconocer al muchacho que estaba en recepción. Entró en el hall, saludó al chico y ocultó a medias con su cuerpo el de la mujer.

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí, señor. Es el policía. Si viene buscando a sus compañeros le informo de que se han marchado hace un rato. —Movía la cabeza de derecha a izquierda intentando ver cómo era la mujer que escondía con su cuerpo.

—No vengo por ellos. Necesito una habitación. Mi chica y yo... ya sabes. Queremos algo de intimidad.

—¡Por supuesto! —respondió emocionado—. Aquí tiene. Es el dormitorio más alejado

que tengo. Espero que lo disfruten.

—Gracias.

—De nada. A usted por regresar. —Le tendió la llave y César la cogió con rapidez.

—Vamos, cariño —susurró.

Unidos como dos enamorados, caminaron hacia el ascensor. Amarró desde atrás la cintura de la mujer y posó su barbilla sobre su hombro derecho. Ella contuvo la respiración y su vello se erizó al sentir los labios masculinos sobre su piel. Ante aquella actuación, César se apartó de inmediato.

—Nunca te haría daño —susurró.

—Lo sé —respondió.

Las puertas se abrieron. Sara era incapaz de dar un paso más. Se encontraba exhausta, dolorida, cansada de luchar por sobrevivir. César la había estado conduciendo de un lado para otro. Sin embargo, ahora necesitaba moverse por sí sola y no lo conseguía. Era incapaz de dar un paso hacia delante. Una niebla invadió su visión. Levantó sus manos para agarrarse a lo que fuera y evitar así caer al suelo, pero fue inútil, su energía se había acabado. Cerró los ojos y se encogió esperando el impacto, pero no sucedió lo que esperaba. Levantó los párpados sorprendida y consiguió distinguir entre aquellas tinieblas la cara de César, que la alzaba en sus brazos para llevarla hasta la habitación. Apoyó su cabeza sobre el pecho del hombre y escuchando los latidos de su corazón sucumbió al agotamiento.

31 cambio de planes

Eduardo estaba tardando más de lo que esperaba en llevar el café a su secretaria. Por desgracia lo acorraló uno de sus directivos y tuvo que estar explicándole un sinfín de nuevos proyectos y actuaciones dentro y fuera del país. Pero ya había regresado para hacer realidad su deseo. Con el café en la mano se introdujo en el despacho; sin embargo, la chica no estaba sentada en su lugar. «¿Dónde diablos se habrá metido?», pensó al mismo tiempo que la buscaba con la mirada. Ya tenía las gotas mezcladas en el líquido y si tardaba demasiado, su efecto desaparecería. De pronto escuchó un ruido dentro de su oficina. Se acercó a la ventana y miró a través de la cortina para saber qué ocurría. Dos mujeres levantaban la voz. Una era su secretaria, que hacía aspavientos con las manos sin parar, a la otra no la conocía. Vertió el café adulterado en la papelera y con una enorme sonrisa entró dentro de aquel gallinero.

—Buenos días, señorita. ¿En qué puedo ayudarla? —Saludó sin hacer desaparecer la sonrisa hipócrita de su rostro.

—Lo siento señor. No me ha escuchado y ha entrado sin permiso —se excusaba la fiel empleada.

—No hay problema, ya la atiendo yo. Por cierto, se me olvidó tu café. —Puso una fingida cara de disculpa y ella le respondió con una sonrisa.

Cuando la secretaria cerró la puerta dirigió la mirada hacia la mujer que lo observaba sin pestañear.

—Y el motivo de su visita ¿es...? —Caminó despacio hacia su asiento, lo giró, se sentó y manteniendo los ojos clavados en ella, entrelazó los dedos de las manos.

—Soy la abogada de Blanca, y vengo a decirle que disfrute de su libertad porque pronto se verá entre rejas. —Carmen permanecía de

CRÓNICA DE UN DESEO

pie frente al hombre. Sabía que no debía estar allí, pero necesitaba verle la cara cuando le informara sobre lo que había descubierto. A pesar de saber que era un hombre peligroso quería demostrarle que ella no le tenía ningún miedo y que haría todo lo posible por desenmascararlo.

—¿Me está amenazando, letrada? —Levantó una ceja y la miró burlón.

—No es una amenaza, es una premonición. —Sonrió.

—¡Vaya! Así que dos zorras se han unido para destruirme —se carcajeó.

—No vuelva a llamarme... —Levantó su dedo y le amenazó.

—¿Zorra? —repitió con furia.

—¡Maldito bastardo! No voy a parar hasta verte destruido —alzó de nuevo la voz e intentó dar varios pasos hacia él pero la intromisión de otra persona desconocida la hizo callar de inmediato.

—¿Qué son esos gritos? —El comisario apareció abriendo la puerta con fuerza.

—La señora abogada —Hizo un especial retintín en aquella palabra para advertir a su amigo con quién estaba hablando—, se ha tomado la libertad de venir hasta mi oficina para amenazarme con absurdas ideas.

—No creo que eso sea cierto, ¿verdad? —preguntó a la joven—. Soy el Comisario Vicente Esteban y usted... —Extendió la mano para saludarla cordialmente.

—Me llamo Carmen Rodríguez y soy la abogada de la futura exmujer de esta sabandija. —Aceptó su saludo y le contestó con una sonrisa.

—Pues como experta en leyes, tiene que saber que venir aquí e insultar a este hombre no es lo correcto —le dijo amablemente.

—No era mi intención exaltarlo. Solo quería hacerle saber que su mujer no se contentará con unas simples migajas. He estado investigándolo y tiene mucho más de lo que cuenta.

—Si lo desea, nos tomamos un café y me cuenta en qué puedo ayudarla. —Le abrió

con amabilidad la puerta y le indicó la salida. Se giró hacia su amigo y le guiñó para transmitirle que todo estaba bajo control.

—Gracias —le contestó Eduardo a su amigo mientras se alejaba con la mujer.

Dama Beltrán

Puso los pies sobre la mesa, los brazos debajo de su cabeza y mirando el techo comenzó a reír sin parar. Él era el amo de la ciudad.

—¿Señor? —preguntó con cautela la secretaria.

—Dime, ¿qué sucede esta vez? —Apartó los pies de aquella encerada mesa y se sentó de forma adecuada.

—La cita de las cinco está esperándole —le informó.

—Dame unos minutos...

La mujer cerró la puerta y Eduardo cogió su teléfono para mandar un mensaje a quien estaba siguiendo a Blanca. Con la abogada fuera de juego, lo único que le molestaba era su mujer y no había mejor coartada que una reunión de negocios. El último cabo suelto sería el sicario que realizaría la tarea, pero de ello se encargaría Vicente.

«Mátala». Escribió en el mensaje. Luego, apiló los papeles de la mesa y le dijo a su secretaria que hiciera pasar a la cita. Sonrió y se levantó para saludar con énfasis al que sería su mejor coartada.

32 Bajo proteccion

Álex se encontraba escondido entre la arboleda del parque, que estaba cercano al bar en el que se había sentado Blanca a disfrutar de una cerveza fría. Había recorrido el mismo terreno unas diez veces y no halló nada ni nadie que le indicara que ella corría peligro. Sin embargo, como nunca daba nada por seguro, permanecía atento a cualquier movimiento que surgiera por los alrededores. Fijó su mirada en la mujer y sonrió. El amor que Abel profesaba por ella lo había desconcertado. Eran demasiado diferentes; bajita, gigante. Frágil y delicada, fuerte y más duro que una roca. Rubia, moreno. Piel blanca, piel morena. «Quizás sea verdad que los polos opuestos se atraen», meditó. Podría ser esa la causa de su amor por Jacob. El joven era todo aquello que él no sería capaz y que necesitaba para equilibrar su día a día. Sonrió complacido al recordar las caricias y los besos al amanecer, y cómo Jacob temblaba de excitación al sentir sus dedos recorriéndole la erizada piel. Nunca pensó que al final sería suyo. En realidad nunca pensó encontrar a alguien que lo liberara de su verdadero yo. Escondido entre miles de encuentros con mujeres, intentaba apartar de su cabeza el impulso y el deseo que nacía en su interior por Jacob. Desde el instante en que César se lo presentó en la barra de un bar y estrechó su mano para saludarle, un palpito le indicó que tras ese apretón se escondía algo más profundo. Ese fue el motivo de que aquella noche, tras varias copas de más y un enjambre de sentimientos desequilibrados, controlados hasta aquel entonces, se llevase a dos chicas a los reservados para que ambos se satisficieran. Jacob rehusó la invitación, así que él, bajo la asombrada mirada del joven, las poseyó. Aunque cada embestida o cada caricia que les ofreció no eran para ellas, sino para él.

Aparcó sus felices pensamientos y se concentró en los movimientos que hacía Blanca. Parecía nerviosa. Miraba impaciente el reloj y el móvil. De repente un pequeño ruido llamó su atención. Se llevó la mano a la funda del arma, con el dedo desabrochó el cierre y cuando se disponía a sacarla escuchó una voz tan familiar que lo relajó de inmediato.

—¿Todo bien? —preguntó Jacob desde una distancia prudente. No deseaba acercarse mucho delante de Abel, aunque ya le había afirmado que entre ellos existía una relación.

—Sí —respondió con una mirada repleta de felicidad al verlo aparecer. Apartó su mirada del amante e inclinó la cabeza hacia la derecha para ver, detrás de su chico, a Abel—. Feliz regreso, amigo. —Extendió la mano.

—Gracias por cuidar de ella, te debo una —respondió al salir—. ¿Qué tal está?

—La noto nerviosa. Desde que se sentó no para de estar pendiente del móvil y del reloj. Creo que espera a alguien.

—Lo averiguaré.

—Si te parece bien andaremos por aquí. Necesito tomar una cerveza. ¿Quieres una?

—le preguntó a Jacob y este asintió—. Perfecto. Así nos tendrás a mano. Aunque yo he observado que no hay peligro, ya sabes que puede aparecer en cualquier momento. Pero entre tú y yo, ¿crees que Eduardo mataría a su mujer a plena luz del día?

—Eso también lo he sopesado yo. Actuaría con sigilo, para que en las investigaciones saliese impune de todo, pero últimamente los planes no le salen tal como espera y me temo que anda desesperado. ¿No lo harías tú? ¿No comenzarías a zanjar por la fuerza los cabos sueltos?

—Mirado así, pues imagino que sí.

—Bueno me voy con ella. Disfrutad de la bebida.

—Abel —llamó su atención Jacob.

—¿Sí?

—Permanece alerta.

—Lo estaré... —Respiró hondo y comenzó a andar hacia donde se encontraba Blanca. Mientras caminaba hacia ella, se aseguraba de que tal y como le había dicho Álex, no había nada extraño a su alrededor. «Dos mujeres a la derecha, una pareja de adolescentes en el parque y nosotros», concluyó con alivio. Estaba frente a la mujer y no se había dado cuenta. Seguía con el móvil tecleando algo sin parar.

—Hola Blanca, ¿alguien te ha dejado colgada? —le saludó.

—¡Abel! —exclamó la mujer asombrada—. ¿Estás bien? —Abel retiró una silla y se sentó cerca de la mujer. Se sintió feliz al ver que ella lo recibía con tanto entusiasmo.

—Muy bien.

—Quería ir a verte, pero no he tenido tiempo. Ando liada con los papeleos del divorcio y las investigaciones de mi abogada. He quedado aquí con ella, pero no aparece.

—Frunció el ceño al recordar la última conversación telefónica que había tenido con ella esa mañana y el tema que habían tratado, los trapicheos de Eduardo. Carmen quería confirmar una información que le había llegado. «Si todo sale bien, nadie podrá salvarlo», le dijo entusiasmada—. Por cierto... ¿cómo sabías que estaba aquí?

—Tengo mis contactos. —Dirigió la mirada hacia los chicos y ellos levantaron sus vasos para saludarla.

—Álex y Jacob... —susurró. De repente comenzó a ponerse tensa. Estaba muy feliz al ver que Abel se encontraba bastante mejor y que lo tenía de nuevo a su lado; sin embargo, algo le decía que no solo estaba allí por el sentimiento que les podía unir, sino por algo más. Lo miró a los ojos—. ¿Qué sucede Abel?

—¿La verdad? —Llevó sus manos hacia las de ella y las apretó con ternura.

—Por favor...

—Corres peligro, Blanca. Creemos que Eduardo ha contratado a alguien para que te siga. Quién sabe si para hacerte daño antes de que puedas llevar a cabo el divorcio. Como todo el grupo sabe lo importante que eres para mí y que si te sucediese algo me volvería loco... —Apretó con fuerza las manos de la mujer—, han estado cuidando de ti.

—¿Quiere matarme? —El nerviosismo y la desesperación comenzaron a apoderarse del pequeño cuerpo de la mujer. Por mucho que las manos de Abel se aferraron a las de ella, no le hicieron calmarse.

—Tranquila, ese capullo no conseguirá su propósito. Pero tienes que tener cuidado, nena. Ese esbirro se identificó como poli. El receptionista le comentó a Jacob que estuvo haciéndole preguntas sobre ti.

—¿Agente de policía? —Arrugó la frente.

—Podría ser.

—Quizás podamos preguntar a Vicente. Es el comisario y el mejor amigo de... ¡Dios mío! ¿Y si él está también metido en esto? —dijo desesperada.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó Abel.

—Me matará... —Abrió los ojos de par en par ante el terror de saber la verdad, y unas pequeñas lágrimas rodaron por su rostro.

—Mientras permanezcas a mi lado, te protegeré con mi vida. —Se entreabrió la chaqueta y ella observó que escondía allí su arma.

—Abel... —susurró y se llevó las manos del hombre a la boca para besarlas—. No deberías...

—Blanca... —Alzó su mano derecha y le rozó la mejilla con los dedos. Se acercó para besarla pero algo llamó su atención. Un reflejo apareció detrás de uno de los árboles donde habían permanecido minutos atrás. Levantó con la mano la mesa donde Blanca tenía su bebida y se abalanzó sobre ella, tirándola de espaldas al suelo.

Protegidos por aquella pieza metálica, Abel ocultó el cuerpo de la mujer bajo el suyo.

Escuchó el silbido de varias balas pasar cerca de ellos. Levantó muy despacio la cabeza y observó a la gente huir despavorida del lugar cubriéndose la cabeza con las manos. Bajó la mirada hacia la mujer; tenía los ojos cerrados con fuerza. Respiraba de

forma agitada y parecía susurrar un rezo.

—Tranquila, cariño. Para llegar hasta ti primero tienen que matarme —le dijo al oído y besó su cabello.

—¡No! —exclamó ella al escuchar las palabras del hombre.

—¡Sácala de aquí! —le gritó Álex que se había acercado rápido, tirándole las llaves de su moto.

—¿Dónde está? —preguntó Abel mientras se incorporaba y ayudaba a la mujer a levantarse.

—A tu derecha. ¡Marchaos! Ya nos ocupamos nosotros de ese cretino.

—Gracias —dijo cogiendo a la mujer de la mano y arrastrándola hacia el lugar que le había indicado su compañero—. Vamos nena, es hora de salir de aquí.

Durante la huida hacia la moto, Blanca perdió el equilibrio varias veces y Abel terminó por alzarla en sus brazos. Cuando llegaron al final de aquella calle, giró su cabeza y observó cómo Jacob corría hacia el lugar del que provenían los disparos. Aquel chico, a pesar de ser bastante corpulento, se movía con gran agilidad; aunque siempre respaldado por Álex, que no dejaba entre ellos más de un par de metros de distancia. Apartó la mirada de la escena y buscó a Diablesa, que permanecía aparcada unos metros más abajo, entre dos coches. Posó a Blanca en el suelo y la hizo correr hasta el vehículo.

—¿Dónde vamos? —preguntó la mujer aturdida.

—A tu casa —respondió.

—¿Me vas a montar en eso? —dijo mirando la motocicleta metálica con varias calaveras incrustadas en el tubo de escape y algunos dibujos de mujeres desnudas sobre el depósito. —Mejor que andando, ¿no crees? —Alargó la mano e introdujo la llave en su pequeña. La giró y Diablesa rugió como si supiese que su dueño estaba en peligro y la necesitaba con urgencia—. ¡Sube! —Aferró un brazo de Blanca y la hizo subir detrás de él—. Agárrate a mi cintura y no te sucederá nada. Tranquila, chica. Nos vamos de aquí.

—Lo sé —contestó Blanca agarrándose con fuerza al cuerpo del hombre.

—No te lo decía a ti, sino a mi moto. —Esbozó una irónica sonrisa y dejó sus nacarados dientes expuestos a la mirada asombrada de la mujer. Diablesa rugió de nuevo y levantando un poco la rueda delantera, voló por la carretera alejándose del lugar.

Mientras, Álex corría hacia el final del parque. Jacob lo seguía como si se tratase de su sombra. Con las armas en sus manos, empezaron a reducir el ritmo. Se pararon en seco y unieron sus espaldas para hacer un recorrido visual de todo a su alrededor. Con sus armas apuntando hacia el frente y con un silencio sepulcral, estudiaron el terreno. No había nadie. La pareja del parque se había marchado y las dos mujeres también. Entonces ¿dónde estaba?

—Parece que se ha ido —susurró Jacob.

—Shhh... —le hizo callar Álex que no cesaba de mirar hacia todos los escondites posibles.

Jacob se separó de su espalda y comenzó a andar hacia el frente. Allí parecía que no había nadie, pero Álex se volvía un demente cuando se trataba de seguridad. En todos los registros que habían realizado le pasaba lo mismo, se volvía un paranoico y no le dejaba entrar o caminar hasta que él estuviese seguro de que no corría peligro alguno.

—¿Qué haces? —preguntó Álex preocupado al ver que se alejaba de su protección y se exponía a cualquier amenaza.

—Relájate, no hay nadie. Lo he comprobado. —Se giró hacia él y se encogió de hombros.

En ese instante vio cómo la cara de Álex cambiaba drásticamente. Sus ojos ya no

reflejaban enfado sino terror. Su labio superior se elevó hacia la derecha, signo inequívoco de preocupación. Incluyó la cabeza hacia la izquierda. Jacob supo que el sicario estaba detrás de él y que le estaba apuntando, pero también había entendido el sutil gesto de Álex. Se arrojó rápidamente al suelo, hacia el lugar indicado cubriéndose la cabeza con las manos, y contuvo la respiración. En el extraño silencio que les envolvía oyó silbar la bala al pasar a su lado seguido de un quejido de dolor. Jacob rodó por el suelo y alargó la mano, apuntando con su arma hacia el agresor, pero su compañero ya lo había abatido.

Al ver que Jacob se levantaba del suelo ileso, Álex corrió hacia él, envolviéndolo en un fuerte abrazo y en un sinfín de besos.

—Te quiero, ¿me escuchas? Si soy un puto paranoico es porque ahora que te tengo, no sería capaz de vivir sin ti. —Jacob se giró sobre sus talones y se quedó mirándolo asombrado. No daba crédito a lo que estaba escuchando. Su amor era correspondido de la misma manera.

—Yo también te quiero —susurró el muchacho. Álex se acercó y besó de nuevo aquellos labios que tanto adoraba.

—Llama a tu contacto de la poli e infórmale de lo que ha sucedido. Yo buscaré entre las ropas de este desgraciado algo con lo que identificarlo. —Unas pequeñas señales de enfado aparecieron en el rostro al decir aquellas palabras. Sospechaba que entre Jacob y el agente hubo algo más que una amistad; sin embargo, cada vez que hablaban de ello, nunca le confirmaba nada.

—Al final terminará odiándonos.

—No me importa. Yo ya le odio...

33 una explosión emocional

Blanca se aferraba con fuerza a la cintura de Abel. Tenía la ex - traña sensación de que aquella motocicleta volaba. Con el rostro pegado a su espalda, rememoraba lo ocurrido en las últimas dos horas. «Si él no hubiese estado a mi lado, habría muerto», se decía una y otra vez. Era tonta y siempre lo había sido porque a pesar de estar avisada sobre las posibles intenciones de Eduardo, albergaba en su interior la esperanza de que con ella no fuese así. ¿Quién podría aniquilar a la persona con la que ha convivido durante una década? Solo un monstruo como él podía hacerlo o mandar que lo hicieran, tal como le explicó Abel minutos antes de que sucediera. Sin embargo, dentro de aquella hecatombe, obtuvo una respuesta contundente sobre la persona que ahora tenía a su lado; él era todo lo que había soñado, el príncipe azul que la protegía del villano. Se aferró aún más a la cintura de Abel y sin palabras le dio las gracias por haberla mantenido con vida. Pero él no emitió gesto alguno. Seguía con la mirada fija en la carretera, acelerando hasta el límite la terrorífica moto, e imparable ante cualquier obstáculo que se encontrase. Lo apretó con más fuerza y cerró los ojos hasta que sintió que la velocidad disminuía con suavidad. Apartó apenas la cara de la espalda y observó que se encontraba frente a su hogar.

—¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder! —dijo Abel.

Al momento notó la presión de las pequeñas manos de Blanca sobre sus hombros. Tuvo el impulso de apoyar sus palmas sobre ellas y hacerla sentir mejor. Pero lo evitó, su máxima prioridad en aquel instante era ponerla a salvo. Bajó de la moto, se quitó el casco y contempló el rostro de la mujer durante unos segundos. Estaba sucia. Su vestimenta se había ensuciado al rodar por el suelo. En el pelo despeinado se apreciaban algunas hojas, aunque lo que más llamaba la atención era la tristeza que mostraban sus ojos.

—No temas, conmigo estarás a salvo —comentó seguro de sus palabras. Blanca se abalanzó sobre él y comenzó a llorar. Abel la sostuvo entre sus brazos, besó su cabello rubio y le susurró—. No te va a pasar nada, cariño. —Ella alzó su rostro y él le apartó las lágrimas con los pulgares. Los labios de Blanca no dejaban de temblar. Quiso frenarlos de alguna forma, necesitaba transmitirle la seguridad que había perdido. Le acarició el rostro con sus dedos, la miró a los ojos y le dio un tierno beso. Cuando notó que ella había dejado de sollozar, apartó sus labios, la cogió de la mano y la condujo hasta la puerta.

Blanca retiró de mala gana aquel dulce amarre para meter la mano en el bolso, cogió las llaves y abrió la puerta. Pero no pudo dar ni un solo paso. Alguien había entrado en su casa. El pasillo estaba cubierto de figuras rotas. Los cuadros que una vez vistieron las paredes aparecían resquebrajados por el suelo.

—Ponte detrás de mí —le ordenó.

Abel cogió su arma y caminó despacio por el lugar; estaba hecho un desastre. Fuera quien fuese el autor de aquello, lo hizo con saña. Ropas, vidrios, cuadros, enseres, cortinas... todo estaba destrozado y tirado por el suelo. En el silencio podía escuchar la agitada respiración de ella. Estaba alterada por lo que veía, o quizás por el miedo a lo que pudiera ocurrir. Con las manos aferradas a su arma entró en el salón. No había nadie. Miró hacia la derecha y observó una cristalera destruida.

—Es la cocina —susurró Blanca.

Él asintió y se dirigió hacia allí. Tampoco había nadie. Tuvo ganas de agarrarle la mano y sacarla de allí. Tal vez a su casa, o tal vez...

—Arriba están los dormitorios —le informó la mujer al verlo dudar frente a las escaleras.

Pero su incertidumbre no era por subir a la segunda planta sino por lo que pensaría ella si la llevase a su casa. Se pegó a la pared y le ordenó a ella que hiciese lo mismo. Con el arma delante, empezó a ascender con mucho sigilo. «Señor, sé que he sido muy malo en esta vida, pero tan solo te pido una cosa, que encuentre al autor de esto y que mi rabia descansa al fin», pensaba mientras se disponía a inspeccionar las habitaciones. Entró en el cuarto de baño, nada. Dormitorio de matrimonio, tampoco. Endureció el rostro cuando observó la cama donde ella habría compartido noches de sexo con Eduardo. Se cabreó muchísimo al recordar la infidelidad que presenció en aquella fiesta y los falsos gestos de amor que le dedicaba delante de los invitados.

—Parece que se ha ido —murmuró la mujer detrás de él.

Abel levantó el brazo derecho y encontró el pálido rostro de Blanca.

—Eso parece, preciosa. —Metió el arma en su funda y dejó que ella caminara a su antojo por el primer piso.

—Jamás pensé que sería capaz de hacer esto —comenzó a hablar al mismo tiempo que entraba en el dormitorio—. Ha destrozado todo. —Ojeaba de un lado a otro—. No le ha importado ni el dinero ni el tiempo que se ha invertido en esta casa. —Paseaba sus dedos sobre un aparador lleno de cristales rotos. Abel quiso correr hacia ella para que no se lastimase, pero sabía que lo importante para superar el dolor era haberlo sufrido—. Ha querido aniquilarme como a mí. —Se giró hacia él y se llevó las manos al estómago. Abel la contemplaba aferrado al marco de la puerta. Lo apretaba con tanta fuerza que comenzó a despegarse de la pared. Solo deseaba sacarla de allí y que olvidase lo ocurrido.

—Recoge lo que necesites, si es que encuentras algo entre tanto escombros, y marchémonos a otro lugar —dijo a regañadientes.

—¡No! —Alzó la mirada mostrando ira en sus ojos—. ¡Es mi casa, Abel! Es lo único que me queda.

—Estoy yo. —Se adentró y extendió la mano para que ella lo aceptase.

—Lo sé. —Entrelazó sus dedos con los de él y se dejó llevar hacia el enorme cuerpo caliente que la cubría por completo. Abel puso su boca en el cabello dorado y la besó.

—Tienes hojas —le susurró apartando con mimo una que se le había enredado en el pelo.

—Lo mejor será que me de una buena ducha, me quite toda esta suciedad y nos vayamos de aquí.

—¿No puedes ducharte después? No me molesta verte sucia. Me encanta. —La abrazó con más fuerza.

Blanca levantó la barbilla hacia él y se aupó todo lo que pudo para darle un beso pero no llegó. Abel sonrió y la alzó hasta que sus piernas se enredaron en su cintura.

—Vete a la ducha o te quito yo esas manchas a lametazos —le dijo con tono ahogado por la excitación.

—Eres un animal. —Blanca lo miró fogosa. Sus ojos brillaban expectantes. El vello se erizó y se mordió con timidez el labio superior. Estaba hipnotizada por aquel hombre. Cada vez que la besaba provocaba en ella una exaltación que le era difícil de controlar. En aquellos momentos en los que debería de reflexionar cómo sería su futuro y dónde debería ir, solo deseaba volver a sentir sus caricias y sus besos sobre la piel desnuda.

—Tienes un problema, cariño. —Sonrió perverso al sentir que sus caderas se quemaban por el calor que ella emanaba de entre sus piernas. Estaba excitada y eso le volvía loco. Quería tenerla entre sus brazos, comer de ella. Saborearla hasta sentirse saciado. Comenzó a subir las palmas de las manos sobre los muslos. Tan solo los separaban unas finas y rotas medias que pronto desaparecerían.

—¿Tú crees? —preguntó acercando su boca más a la de él.

—Totalmente...

Iba apartando lo que encontraba en su camino. Tenía un objetivo y nada le haría

cambiarlo. Llenando su boca de la de ella, respiró de forma entrecortada y alzó su pecho agitado debido a su inminente necesidad. Blanca tenía los ojos cerrados, sumergida por completo en el placer. Contemplar aquel rostro sereno, enrojecido por la excitación, era lo mejor que le había ocurrido en su vida. Quedaban atrás años de agonía y destrucción, ahora tenía una razón por la que vivir y ser feliz, ella.

—No voy a dejar de ti ni las migajas —susurró al oído mientras que la tumbaba en la cama con delicadeza.

—No será para tanto —respondió divertida mientras examinaba atenta cada uno de sus movimientos.

—Comenzaré por quitarte esto. —Le quitó los zapatos y los lanzó despreocupado. Ascendió despacio por las femeninas piernas. Las acariciaba con sus grandes manos besándolas a su paso. Los dedos llegaron a la cinturilla de los pantalones y los fue bajando con sumo cuidado. Tras liberar aquella deliciosa piel de la agujereada seda, levantó la cabeza y abrió sus enormes ojos oscuros al encontrar una delicada y bella lencería negra. Se relamió los labios y llevó sus dedos hacia el encaje. Deseaba volver a emborracharse de aquel licor tan puro y exquisito. Las yemas de los pulgares comenzaron a acariciar su sexo sobre el encaje. Se impregnaron de humedad y aquello hizo que Abel gruñera como un lobo, agitando aún más sus respiraciones. Cortas y rápidas. Blanca alzó las caderas y se tendió hacia atrás. Se dejaba arrastrar por aquel deseo tan lujurioso que se había despertado entre los dos. Esbozó un gemido al sentir calor en su sexo. Sabía que era la boca del hombre que le daba la bienvenida. Lo deseaba. Apretó las sábanas entre sus puños y se abrió más a él. Abel se apartó de repente y la miró. Se quitó con rapidez la camiseta y el pantalón y se volvió a arrodillar para seguir sintiendo en su lengua el zumo erótico que ella emanaba. Presionó con dos dedos sobre la perla hinchada y roja, haciendo que la mujer se retorciera y gritara sin control. La lamió, la saboreó. Y cuanto más agitaba aquel delicioso clítoris, más fluido sabroso expulsaba.

La piel de la mujer comenzó a erizarse. Unas sacudidas incontroladas la invadieron y apoyó las manos sobre la superficie de la cama para darle la bienvenida a uno de los orgasmos más espléndidos que había tenido en su vida. No le dio tregua. Antes de poderse recomponer de la extenuación, la vigorosa lengua de Abel siguió penetrándola con más fuerza, y ella respondió con sollozos y jadeos. De repente un dolor apareció entre sus esponjosos y abultados labios. Alzó la cabeza y vio que él se los mordía con ahínco. Intentó agarrar el cabello masculino y tirar de él, pero no lo consiguió, él la invadió con los dedos envolviéndola en un baile de placer y gozo. Estaba confundida. No sabía si gritarle que siguiera clavando en ella sus incisivos, o la liberara de tal presión.

—Abel —jadeó.

—Dime. —Trepó por su cuerpo arrastrando con su boca aquel arrugado vestido. Paró de inmediato al sentir bajo la sedosa tela unos erectos pezones que reclamaban ser succionados y acariciados. Los dejó al descubierto y paseó su lengua sobre ellos. Estaban calientes y excitados, como toda ella—. ¿Qué me ibas a decir? —preguntó mordiendo uno de sus botones.

—Nada —susurró y se arqueó. No podía decir ni una sola palabra más. Se dejaba a merced de lo que él demandaba y deseaba.

—Bien... —Llevó la mano derecha de nuevo hacia su sexo y comenzó a palmearlo con suavidad.

Blanca gritó descontrolada. Abel la *asaltaba* por tres sitios de su cuerpo. Uno, el pezón derecho con su boca, el segundo pezón con los dedos de la mano izquierda y el tercero... con los pequeños pero duros azotes que le propiciaba en su chorreante sexo.

—Preciosa... —comentó el hombre liberando el pecho para besarle el esternón, el cuello y la mandíbula—. Así estás preciosa.

—Yo... Nunca... —balbuceaba.

—¿No? Pues conmigo aprenderás mucho, cariño. Voy a hacer que te estremezcas de placer cada vez que ponga mis manos en tu cuerpo. —Llevó sus labios hacia los de ella besandola con pasión y necesidad, buscando su lengua para acariciarla, para sentirla.

Abel se levantó un poco más, dejando que ambas caderas se tocaran. Blanca tenía los ojos cerrados pero al sentir la erección del hombre sobre su cintura, los abrió. Él la estaba mirando. Su rostro sonrojado por el deseo y la expresión de lujuria en sus pupilas, le daban a entender qué paso sería el siguiente. Abrió aún más las piernas y dejó que consiguiera lo que deseaba, porque en el fondo ella también quería eso.

—Me vuelves loco, nena —dijo con voz entrecortada cuando su sexo empezó a penetrarla—. Loco...

Los suaves vaivenes con los que comenzó dieron paso a unos largos y fuertes empujones. La cama golpeaba incesante la pared, aunque ellos apenas lo escuchaban. Tan solo prestaban atención al ritmo de sus jadeos.

—Mírame, Blanca —le pidió casi al límite de sus fuerzas. Ella lo hizo, puso sus manos sobre la espalda musculosa de Abel y comenzó a clavarle las uñas—. ¡Oh sí, nena! ¡Aráñame! Sé mía igual que yo soy tuyo.

La mujer lo hizo y él llevó sus labios hacia los de ella para besarla. Seguía penetrándola cada vez más rápido, con vaivenes cada vez más cortos.

—Blanca... —gritó al sentir cómo su semen lo abandonaba para entrar en ella. La mujer gritaba su nombre y presionaba con más vigor las uñas en su piel. La adoraba, la necesitaba, la amaba.

—Abel —murmuró al tiempo que él caía rendido sobre ella.

—Dime. —Besó su hombro derecho. Quería incorporarse para mirarla pero su pene seguía convulsionando y su fuerza lo había abandonado.

—Gracias. —Llevó la mano izquierda hacia el cabello negro y lo acarició.

—¿Por? —Giró su cabeza para ver bien su rostro.

—Por devolverme la ilusión de vivir. —Sonrió tímidamente. —Blanca.

—Qué.

—Gracias por darme más razones para mantenerme feliz. —Se alzó y la besó con mucho cariño—. Por cierto, no te has dado cuenta pero esto es tuyo. Te lo dejaste en el hotel. —Le enseñó el collar que aún llevaba al cuello—. Lo llevo desde que lo encontré. —Blanca extendió su mano y lo sostuvo sobre su palma. Le miró con ternura y se fundieron en un abrazo.

Unos minutos después, Abel la seguía hacia la ducha cuando escuchó la melodía que identificaba la llamada de su jefe. Besó la frente de la mujer, la dejó allí parada y corrió hacia el teléfono.

—Buenas tardes, Abel. ¿Está Blanca contigo? —le preguntó agitado.

—Sí. Aquí la tengo. —Extendió la mano y ella corrió hacia él—. ¿Qué sucede?

—¿Puedo hablar con ella? —seguía con aquel tono de preocupación.

—Sí. —Le dio el aparato a la mujer y le dijo—. Mi jefe quiere hablar contigo —dijo asombrado.

—¿Diga? —preguntó tímidamente.

—Blanca, soy Javier, el jefe de Carmen ¿Te acuerdas de mí?

—Sí. —Clavó la mirada en Abel y se preguntó cómo era posible que también fuera su jefe.

—Necesito saber si la has visto hoy. Mi secretaria me ha dicho que tenéis una reunión.

—Quedamos pero no llegó a la cita porque iba... —Se llevó la mano libre a la boca y gritó—. ¡Está con Eduardo! ¡Iba a su despacho! ¡Dios mío! ¡Seguro que la tiene él!

—Soltó el teléfono e iba a echar a correr hacia el armario pero Abel la agarró del brazo y la acercó de nuevo a su lado.

—¿Abel? —gritaba Javier desesperado.

—¿A quién tiene ese bastardo? —preguntó a su jefe por el móvil.

—A Carmen, es la abogada de Blanca, mi empleada, la mujer a la que le ahuyentaste el amante en el hotel, la joven a quien yo... —Tomó aire y su voz cambió por completo —. Si le ha tocado un solo pelo de su cabello, lo mataré con mis manos —juró con dureza.

—Tranquilo. Lo primero que debemos averiguar es si hay algún lugar donde podamos comenzar a buscarla. —Miró cómo las lágrimas de la mujer habían vuelto a cubrir sus ojos.

—No.

—Bien. Hablaré con César. Él sigue teniendo a la muchacha ¿verdad?

—Sí. Eso creo.

—Pues ella tendrá que cantar por las buenas o por las malas...

34 desaparecida

Cerró de nuevo sus ojos imaginándose que ella todavía estaba allí. Tanto la deseaba, que pudo sentirla a su lado. El tacto de los dedos caminando por la suave y delicada piel seguía estremeciendo sus entrañas. Podía respirar el aire que ella desprendía. Caliente y embriagador como siempre. Aún veía el agitado pecho subir y bajar rozando el suyo, y la mirada cristalina reflejando sin censura el fuego lujurioso que latía en su interior. Inspiró de nuevo ese aroma en su mano. No fue capaz de eliminar la esencia de Carmen. «No debí hacerle eso», meditaba. «Ella no se merece un capullo como yo», Javier seguía insistiendo en la diferencia de edad como un inconveniente más para su relación. Ahora no parecía importar, sin embargo, con el paso del tiempo ella añoraría vivir aquello que dejó por estar a su lado y eso no lo iba a permitir. Alzó las pestañas y dejó que una lágrima resbalara por su rostro. «Una vez más...», se decía. «Necesito sentir ese calor bajo mis caricias una vez más». Alargó su mano y cogió el móvil que descansaba sobre la superficie de la mesa, le dio a remarcar y esperó a que ella por fin aceptara su llamada, pero no fue así. Volvió a escuchar por duodécima ocasión la voz automatizada del contestador al cese de aquellos interminables tonos. Respiró profundo y se dio por vencido, ella no quería saber nada de él. Se levantó del sillón y miró hacia el frente. Tan solo su fiel secretaria y él se resistían a abandonar el edificio. «Quizás si la llama Leticia...», planeó. Era demasiado mezquino, pero transcurridas más de cuatro horas desde que se marchó, cualquier alternativa posible era aceptada con agrado. Caminó hacia la puerta, giró el pomo y abrió despacio. —Leticia, hazme un favor. Antes de irte llama a Carmen y me la pasas al despacho. —Se quedó allí mirándola con cara de indiferencia. No debía darle importancia a aquella orden, aunque la tuviese y mucha. —Intenté conectar con ella hace un par de horas —comentó—.

Tenía una cita con un cliente y no apareció.

—¿Y...? —Enarcó sus cejas.

—No insistí. Pensé que la reunión en la que debía de estar era más importante —explicó al ver que Javier comenzaba a inquietarse y andaba a paso ligero hacia el despacho de la mujer. Pero se quedó en la puerta y se giró hacia Leticia.

—¿Qué reunión? —inquirió andando con ligereza hacia ella. —Ayer, antes de cerrar, me comentó que tenía la mañana muy ajetreada. Le pregunté el porqué y me dijo que zanjaría su último caso. Le insistí en que me contara a qué se refería, pero solo pude saber que estaría con la señora Cervantes.

Se paró en seco y abrió los ojos de par en par. Quizás aquel encuentro se había alargado debido a su episodio matutino. Blanca, una mujer frustrada por un matrimonio fallido y embaucada por la atracción erótica que Abel sentía hacia ella, no podía ser muy buena consejera y le ofrecería el peor consejo del mundo; alejarse rápido de él. «Estoy muerto». Se llevó la mano derecha hacia su engominado pelo y regresó al despacho. Antes de cerrar la puerta de su oficina se apoyó sobre el marco y le dijo a su empleada.

—No tardes en marcharte. Es viernes e imagino que Carlos te estará esperando para hacer esa barbacoa de la que llevas hablando toda la semana.

—Termino de redactar este informe y me voy. —Sonrió la mujer. Él asintió y cerró la puerta tras de sí.

Necesitaba una copa. Caminó hacia el minibar, cogió un vaso y se sirvió de la botella de Cardhú Single. Se lo bebió de un trago. «Un poco más...», se dijo sirviéndose de nuevo, para volver a apurar el vaso de un solo sorbo. De pronto su puerta se entreabrió.

—¿Javier? —La voz de su secretaria apareció detrás de ella.

—Dime. —Intentó esconder la botella pero no le dio tiempo. Leticia la había visto y lo

fulminó con la mirada.

—¿Qué haces?

—Bebiendo un trago. ¿Qué querías? —No se dejó intimidar por aquella mujer que en más de una ocasión había hecho el papel de madre.

—He llamado de nuevo a Carmen y...

—¿Y...? —No dejó que terminara la frase. Comenzó a inquietarse, su corazón palpitaba y su respiración era cada vez más corta, más temblorosa.

—Me ha respondido un niño. Dice que se ha encontrado el teléfono tirado en el parque.

—¿Cómo? —Aumentaron las taquicardias, su desasosiego. Las manos comenzaban a sudarle, estaba invadido por el pánico y la incertidumbre. Tuvo un *déjà vu*. Vio a su padre llorando, a su ama de llaves sentada gritando ahogada por la desesperación y a su madre dentro de un sobrio y oscuro ataúd.

La situación se descontrolaba por segundos. Quizás Carmen había sido asaltada por algún ladrón, o a lo mejor se le cayó el teléfono del bolso al huir de algún peligro.

—¿Qué ha sucedido entre vosotros dos? —preguntó la mujer clavando sus ojos en el hombre—. No me mientas, Javier Rodrigo. —Levantó un dedo y lo dirigió hacia él—. Te conozco muy bien, diste tus primeros pasos agarrado de mi mano, así que como intentes engañarme lo sabré.

Javier alzó la botella y llenó de nuevo el vaso. Apartó su mirada de la de ella, se sentía avergonzado por lo que había hecho.

—No te sumerjas en ese mundo, Javier. Tu padre no fue capaz de salir. —Caminó hacia él y le quitó la botella de las manos—. Los problemas hay que enfrentarlos sobrio.

—La besé, la acaricié... —le explicó a media voz.

—¿Y no le gustó? —Levantó la ceja derecha. Esa no podía ser la razón. Aquella muchacha llevaba enamorada desde el momento que abrió la puerta para darse a conocer a su nuevo jefe. El brillo que desprendió a su salida y el profundo suspiro apoyada en la puerta, le indicaron que la joven había encontrado a su príncipe en aquel despacho. Desde ese día rezó para que ambos se uniesen y Javier abandonara la idea de sobrevivir solo. Sin embargo, no encontró en su rostro nada que le indicase que sentía algo por ella, hasta ahora.

—La alejé de mí —respondió con tristeza.

—¡Pues lucha por ella! Si de verdad la quieres, no la dejes escapar.

—¡No puedo! —gritó y tiró el vaso de cristal al suelo—. No puedo... —repitió en voz baja y anduvo hacia la mesa.

—Ella no tiene por qué abandonarte. —Caminó tras él y posó la mano sobre su hombro—. Te quiere, no te quepa la menor duda. Ahora tienes que demostrarle que es correspondida.

—¿Y si le sucede algo? —Apoyó los puños en la mesa y los cerró con fuerza.

—Tú estarás a su lado para protegerla, Javier. No puedes pensar que la historia se va a repetir. Debes aprender de los errores.

—Después de lo de esta mañana, no quiere saber nada de mí. —Agachó la cabeza y la escondió entre sus brazos.

—Las mujeres somos muy impetuosas, hijo. No te preocupes, cuando se relaje volverá. Pero tendrás que aprovechar muy bien esa oportunidad porque de lo contrario la perderás para siempre. —Siguió reconfortándolo con un abrazo a lo que él le respondió con agrado. Ella había sido toda su familia desde que sus padres murieron. Leticia cuidó de él como un hijo. Lo quería como tal y una vez más se comportaba como una madre.

Había pasado algo más de una hora desde que Leticia se marchó, no sin antes confirmar que las dos enormes tazas de café que le había preparado se las tomaba sin

titubeos. Deseaba que los efectos del alcohol desaparecieran con rapidez. Seguía pensando, si no hubiese dejado a su padre aquella noche con la botella en la mano, aún estaría vivo. Javier lo negó con la cabeza, si él decidió morir, e ir al encuentro de su esposa, nada ni nadie lo podría evitar.

Decidió regresar a su casa. Llevaba semanas sin aparecer por allí, y le vendría bien dejar aquellas cuatro paredes para tomar aire nuevo, y meditar la mejor manera de hacer que Carmen le perdonara. Se llevó la mano al bolsillo y se dispuso a cerrar la puerta de su bufete, cuando algo llamó su atención y le hizo volver sobre sus pasos. Le había parecido ver bajo unos papeles de la mesa de Carmen, un dossier de color anaranjado. «¡No puede ser!». Se adentró en el despacho de la mujer y apartó con rabia el papeleo. «¡Maldita sea!». Exclamó en voz alta cuando tuvo entre sus manos la carpeta. «¡No! ¡Tú no!». Gritó y corrió hacia su despacho de nuevo. Abrió el cajón en el que guardaba los archivos sobre las hazañas de Eduardo, y al ver que faltaba el que tenía entre sus manos, dio un fuerte puñetazo a la mesa. Ahí tenía la razón por la cual Carmen había entrado aquella mañana en su despacho como un ladrón. Quería dejar en su lugar la carpeta que había cogido sin permiso, evitando así que la apartara del caso ipso facto. Cogió el teléfono y llamó a Blanca, pero su móvil no daba señal. Estaba apagado o fuera de cobertura. Su boca exhaló una plegaria ofreciendo todo lo que tenía a cambio de que ella no se hubiese atrevido a plantarle cara a ese monstruo. Marcó el número de Abel, él estaría junto a ella. Tras el incidente del parque la tendría bajo su protección.

Después de unos desesperantes tonos, apareció la voz de Abel. Imaginaba que estaría con Blanca. Ya no le importaba que todos supieran quien era él en realidad. Lo que deseaba era conocer el paradero de Carmen, y tal vez ella fuese la única que podría ayudarle, pero no fue así. Solo le confirmó lo que más temía, que su amada había ido a ver a Eduardo.

«¡No, ella no!», sollozaba en voz alta mientras se dirigía hacia el cuadro que tenía sobre su sillón. Sus peores presagios se habían cumplido. Carmen era tan ingenua que en vez de esconder bajo su manga la información que encontró sobre Eduardo, había ido a comunicarle que, gracias a lo que sabía, tenía el caso ganado. Apartó la foto de la pared y lo tiró al suelo. «Dos, tres, cero, cuatro, uno, nueve, nueve, ocho». La combinación de la caja fuerte. El día que falleció su madre. El día que dejó de ser un niño travieso y malcriado para dar paso al hombre en el que se había convertido. La puerta se abrió y alargó la mano para coger lo que allí escondía, una glock 17. La observó con detenimiento y sacó el cargador. Estaba vacío. Cogió la munición y lo depositó todo sobre la mesa. Regresó hacia la caja fuerte y sacó una bolsa en la que guardaba una camiseta y un vaquero. Hoy dejaría de ser el jefe para convertirse en Javier, un hombre desesperado por encontrar a la mujer que amaba, y hacer que la justicia alcanzase por fin a los que habían destrozado su vida. Se vistió de prisa, cargó el arma y corrió hacia la salida. Un breve sonido surgió del móvil, era un mensaje de César que le indicaba la posible localización de Carmen. Entrecerró sus ojos y rezó para que no la hubiesen herido, porque de ser así, les haría pagar con creces su atrevimiento.

De pronto el teléfono volvió a sonar...

—Dime, Abel.

—Ya sabemos dónde pueden tenerla.

35 la historia de sara

Respiraba despacio, tanto que en más de una ocasión se acercó a ella para cerciorarse de que estaba viva. Sus ojos verdes continuaban cerrados y su pequeña melena corta, oscura, descansaba a sus anchas por el amaratado rostro. Arrugó un poco la nariz y subió aquel labio lastimado. Le quedaría cicatriz. Una marca que le haría recordar el resto de su vida la vivencia por la que le obligaron a pasar. César apretó con fuerza la mandíbula y aguantó unos segundos la respiración. Necesitaba calmarse. El estado de ansiedad por el que pasaba desde que encontró las fotos en aquel lugar, no bajó de intensidad ni un solo instante. «Mal día», se dijo mientras echaba su larga melena rubia hacia atrás. Deambuló por la habitación sin querer hacer ruido. Sabía que Sara precisaba de todo el descanso que le pudiera ofrecer, al igual que llenar su estómago. No sabía cuánto llevaba sin comer y tal vez ese fuera el motivo por el que se desmayó en el ascensor. La observó con detenimiento, se había apartado la sábana dejando al descubierto algunas marcas en sus piernas. «¡Hijos de puta!», exclamó en silencio al recorrer aquella delicada y blanquecina piel. Arrugó la frente y regresó a su lado, se inclinó para deslizar de nuevo la suave tela sobre ella y se paralizó. La pequeña camisola dejaba al descubierto unos pequeños y turgentes pechos. César se bloqueó. No sabía cómo actuar; si la dejaba así tal vez ella se despertara y pensara que era un depravado como los que la violaron, pero si la tapaba y Sara abría sus ojos y lo encontraba con las sábanas en la mano, podría imaginar que las apartaba para contemplar su desnudez. «¡¡Mierda!!», gruñó en voz baja. Cerró los ojos y levantó la sábana para cubrirla. Luego se retiró con rapidez hacia el cuarto de baño. Le urgía meter la cabeza bajo un buen chorro de agua fría. «Me estoy volviendo loco», se decía frente al espejo. Observó de reojo la ducha, un baño de agua fría le sentaría bien en aquel momento. Alargó la mano y dejó entreabierta la puerta. Si Sara se despertaba podría seguir sintiéndose segura sabiendo que él andaba cerca. Abrió el grifo, se desnudó y dejó que el agua lo abrazara. Jadeó al sentir el roce del líquido en su piel y se envolvió en las ligeras caricias que le ofrecía el hidromasaje.

Había permanecido despierta desde que le oyó maldecir: «¡Hijos de puta!». Al principio quiso levantarse de la cama y comenzar a correr, pero no tenía fuerzas ni siquiera para mover un dedo. Notó como César paseaba por el estrecho pasillo de la habitación. Estaba intranquilo. Tal vez ideaba otro plan para escapar de allí por si los volvían a encontrar. Y no tenía duda de ello. No pararían de buscarla hasta dar con su escondite y terminar lo que habían empezado aquella maldita tarde. «¡Eres una imbécil!», se dijo. «¿Cómo llegaste a pensar aquella tontería?». De pronto sintió la cercanía del hombre. Abrió un poco los ojos y lo contempló allí parado, inmóvil. Era normal, a ella también le daba asco mirarse. La sábana la cubrió casi por completo y escuchó las pisadas del hombre alejarse de su lado. Se llevó las manos al rostro e inició un ahogado llanto. Aquel monstruo la había matado a pesar de dejarla respirar. Pero era cuestión de tiempo que lo consiguiera, no quería permanecer muerta en un mundo de vivos, era ilógico. Se apartó las manos de la cara y fijó la mirada en el baño. César se desnudaba para introducirse bajo los chorros de agua. Sara no eludió la escena. Necesitaba contemplarlo y afirmar así la repulsi3n que sentía por el sexo masculino. Sin embargo, se sorprendió al no encontrar en aquella imagen ni un ápice de repugnancia. Cerró los ojos y se dio la vuelta. No debía engañarse, nadie amaría a una mujer que había sido violada y vejada por un grupo de hombres; y para qué mentirse, ella jamás añoraría las caricias y los besos de un amante porque sería incapaz de recibirlos. Cesar ya había salido de la ducha cuando el teléfono comenzó a sonar. Se escuchó el suave ruido de las bisagras y el sonido del agua al caer de su piel al suelo.

—Dime, Abel. —contestó introduciéndose en el baño y cerrando de nuevo tras de sí—. Sí, estoy con ella. ¿Cómo? ¿Cuándo ha sucedido? ¿Ya sabes quién es? Sí, lo

sabía, lo conozco desde que éramos niños, pero Javier no deseaba darse a conocer para protegernos y protegerse. Es largo de contar... Se manda todo al traste por amor y tú lo sabes mejor que nadie. Sí, está enamorado de Carmen desde que la vio por primera vez. No, eso no es cosa de machos aunque a ti te haya pasado lo mismo. Oye, ¿estáis seguros de que la tiene ese hijo de perra? Ajá, y Blanca no sabe dónde puede haberla llevado... Intentaré hablar con Sara pero te advierto que no será fácil, está destrozada. Ese hombre supera cualquier barbaridad que te puedas imaginar. Yo también quiero tener entre mis manos a Eduardo Aguilar, voy a hacerle pagar por sus pecados —dijo con rabia mientras presionaba con su puño el espejo—. Hablaré con ella y si descubro algo, te lo diré. Sí. Perfecto. —Colgó.

Durante unos segundos el silencio volvió a reinar en aquel lugar. César agachó la cabeza, comprendía a la perfección el dolor que podía sentir Javier tras la desaparición de Carmen. Un hombre que siempre se mantuvo en las sombras para proteger a la mujer amada, y fue justo esa actitud la que le hizo ponerla en peligro. Se amarró con fuerza la toalla a la cintura y abrió la puerta con suavidad para no despertar a Sara, aunque cuando la contempló, se quedó helado. César no sabía cómo actuar en aquel momento. Parado frente a ella y sin poder articular ni una sola palabra debido al asombro, apreció cómo Sara se había encogido y temblaba de pánico. Extendió la mano para que ella la tomara aunque no la aceptó; le dio un fuerte golpe y la apartó de su lado. No quería insistir. Así que caminó hacia la izquierda muy despacio y se sentó en la silla.

— ¿Qué te sucede? —le preguntó sin dejar de mirarla. —Es un monstruo. Él es un monstruo —balbuceaba entre lágrimas y seguía moviéndose de atrás hacia delante. Sus ojos estaban perdidos. No permanecían fijos en ningún punto de la habitación. —¿Quién es un monstruo, Sara? —Seguía atónito frente a ella, incapaz de saber qué hacer.

—Eduardo.

—Me has escuchado hablar por teléfono, ¿verdad? —Asintió y César se llevó las manos a la cabeza. No sabía cómo actuar ante aquel estado de pánico. Sara seguía meciéndose sin parar, apretaba sus puños entre las sábanas mientras las lágrimas recorrían sus doloridas mejillas—. Pagaré por todo lo que ha hecho. Sufrirá en sus carnes el dolor que te ha producido y jamás olvidará tu nombre, te lo prometo —masculló. Inspiró varias veces y prosiguió—. Fui a tu casa, Sara. Pensé que estarías a salvo en el hospital y necesitaba saber si allí encontraría algo que me indicara qué es lo que te sucedió y por qué. —Un nudo en la garganta lo dejó sin voz. Recordó las fotografías que estaban colocadas en las blancas y austeras paredes. Levantó la cabeza y observó que ella había dejado de bambolearse y dejó pasar el llanto para convertirlo en sollozo—. Puedo imaginar lo que te hicieron. —Agachó de nuevo la cabeza y enmudeció.

Durante unos instantes ninguno de los dos fue capaz de hablar. Sara lo miraba sin saber qué decir. No se esperaba aquel juramento ni que él siguiese mirándola a la cara tras descubrir lo que había sucedido. Se movió despacio por la cama y se sentó al final de esta, colocándose en frente del hombre que permanecía con la cabeza gacha.

—Era la abogada en prácticas de un bufete. Mi compañera aceptó el caso de un ganadero que deseaba denunciar a la empresa de Eduardo porque incumplía todas las normas de seguridad que habían pactado. Y tras un tiempo infringiendo el acuerdo, todo el ganado había muerto. Una tarde el mismo Eduardo nos llamó por teléfono para convocarnos en su despacho. Hablaríamos con él para llegar a un “acuerdo justo”, según dijo. Recuerdo que aquella tarde el hijo de mi compañera estaba enfermo y tuve que ir yo sola. Nos reunimos en su oficina y desde que entré, clavó sus pérfidas pupilas sobre mí. Aquel primer contacto me hizo sentir especial. Atractiva e increíblemente deseada. Me mandaba mensajes románticos y ramos de flores a la oficina. Como es

lógico caí en sus redes. Empecé con cenas y unos castos besos. Luego esos besos dieron paso a tórrido encuentros sexuales... —Sara apretaba la tela del camisón. —¿Qué ocurrió? —Alargó sus manos hacia ella. Esta vez, las aceptó entre las suyas. —Me encandiló con su sonrisa y sus bonitas palabras. Un día me llamó al despacho en el que trabajaba y me dijo que debía ir al almacén número ciento uno del embarcadero. Allí tendría los papeles que había firmado. Así que fui a aquel maldito lugar. —Hizo una pausa para tragar saliva y continuó a la vez que apretaba las manos de César entre las de ella—. Me folló como un animal. Me sometió a todas las perversiones que había planeado. Me ató, me metió un consolador por el culo y me penetró hasta que se corrió. Y para que quedara constancia de tal aberración, me grabó en vídeo. Cuando terminó, me echó a patadas del lugar obligándome a retirar la acusación del pobre ganadero.

—¿Por qué no lo denunciaste? —Ahora era él quien apretaba las frágiles manos porque se habían quedado laxas tras la confesión de la muchacha.

—Me amenazó con subir el vídeo a la red y desde aquel momento me tuvo a su merced. Sin embargo, un día, cansada de su perversa actitud, llamé a su esposa para ponerla al corriente de los idilios de su marido y advertirle de sus oscuros trapicheos. Eduardo terminó descubriéndome y me las hizo pagar.

—Cuando fui a tu casa, encontré fotos... en las paredes. —Se levantó y ella lo siguió con la vista.

—¿Mías? —preguntó.

—Sí. Son muy duras. Apareces con varios hombres. Imagino que son del día que te encontré... —intentó hablar con calma a pesar de tener una rabia tan grande que deseaba destrozarse todo lo que encontrara a su paso.

—Me mandó un mensaje. Necesitaba verme esa tarde. No me dio la sensación de que deseara otro encuentro sexual porque ya lo habíamos tenido esa mañana. Aunque fue interrumpido por la presencia inesperada de su esposa.

—¿Blanca os encontró? —Se arrodilló ante ella.

—Sí.

—¿Qué hizo ella?

—No mostró ningún enfado. Se dirigió a mí como lo que soy, una puta y me preguntó si yo era la mujer que le informó sobre los idilios de su marido. No pude decirle la verdad, César. La miré implorando que no continuase con aquello y pareció entenderme. Pero Eduardo descubrió que había sido yo y me las hizo pagar. Llegué a la oficina a la hora que me había indicado en el mensaje del móvil. Estaban todos allí, desde el comisario hasta jueces y fiscales a los que reconocí enseguida. Eduardo me ofreció con una sonrisa un café y poco tiempo después me encontraba desnuda, sin poder hablar ni pensar y siendo usada por todos los que requerían mi cuerpo. Me destrozaron. Pero lo más salvaje fue la falta de compasión de esos hombres. Me veían llorar y suplicar que me dejaran en paz y les daba igual. Solo querían follarme y meterme sus pollas en la boca para correrse dentro. Me retuvo toda la noche. Me metió en una caja dentro del almacén y al día siguiente uno de sus esbirros me liberó. Antes de dejarme tirada en la carretera como un perro, me violó. Solo recuerdo su risa y mi llanto. Luego... ya sabes... me encontraste. Lo único que pude agarrar antes de que me arrojara del coche fue mi bolso —Agachó la cabeza entre sus piernas y continuó su llanto.

—Pagaré por todo lo que te ha hecho, Sara. Te lo prometo. —Permaneció inmóvil frente a ella.

—Si ha capturado a otra mujer, no saldrá viva —murmuró entre gimoteos.

—Lo detendremos. Ese bastardo no se saldrá con la suya. Toma. —Le entregó el albornoz del hotel—. Ponte esto, voy a hacer una llamada.

Mientras ella entraba en el baño para prepararse, César marcó el número de teléfono de Abel, debía indicarle dónde estaría Carmen y trazar un plan antes de que Javier se

volviera loco y los asaltara sin protección. Un hombre desesperado por encontrar a la mujer que ama es capaz de hacer cualquier cosa.

36 treBol de cinco hojas

Javier conducía como un loco por las calles de la ciudad. Tras la llamada de Abel informándole sobre la posibilidad de que Carmen estuviera raptada en un almacén del embarcadero, pisó el acelerador y no redujo la velocidad hasta que visualizó el lugar. Aparcó su Ranger Rover Sport negro en un callejón cercano al muelle y tomó el arma. Agazapado entre los contenedores metálicos, se fue acercando con sigilo hacia el punto de encuentro. Alzó la vista y encontró el Aston Martin oscuro de Álex, el Audi plateado de César y un Lexus borgoña que no reconoció. «Será el coche del cretino», murmuró. Picado por la curiosidad, se agachó y caminó hacia este último. A su paso advirtió movimiento en el vehículo de César, levantó la cabeza y observó a una mujer morena que apoyaba su testa sobre el cristal. Parecía mirar hacia el sitio donde estaban los demás. «La víctima», pensó. Sí, debía de ser ella: su amigo la había traído hasta allí para confirmar que era la dirección correcta. Continuó la marcha. Ahora se acercaba al coche desconocido, el que llamó su atención desde el principio. Se aproximó por detrás y muy despacio alzó la cabeza. «¡Es Blanca!», se dijo. Llevó sus nudillos hasta el cristal y lo golpeó con delicadeza. La mujer dio un respingo y, llevándose la mano a la boca, evitó un grito. Al percatarse de quién se trataba, se acercó a la puerta y la abrió lo justo para poderle susurrar.

—Están todos ahí. Creen que Carmen puede estar en ese alma - cén. Se lo ha dicho la muchacha que César protege —murmuró y le señaló con el dedo hacia una puerta metálica.

Asintió y prosiguió el camino hacia el objetivo. Escondiéndose ahora entre las cajas de plástico que abandonan los pescadores, consiguió acercarse por detrás a una figura que le era muy familiar, la de César. En el momento que le iba a tocar la espalda para saludarlo, se quedó paralizado. Algo frío se apoyó en su nuca.

—Ni lo pienses o te vuelo la tapa de los sesos —le advirtió Álex apuntándole.

—¡Álex! ¡Aparta la pistola! Es el jefe —le ordenó César al girarse y encontrar aquel espectáculo.

—Te conozco, ¿verdad? Eres el tipo al que no dejé entrar por la puerta de atrás en aquel antro... ¡No me jodas! —Apartó el arma y le tendió la mano para saludarlo—. Si llego a saber que me ibas a contratar no te hubiese golpeado tan fuerte.

—Si no lo hubieras hecho, hoy no estarías aquí —respondió a su saludo—. ¿Sabemos algo? —Clavó en su amigo una mirada de angustia.

—La tienen retenida en el piso de arriba. Jacob lo confirmó des- de la azotea tras observar a Eduardo salir de una habitación —mur- muró el hombre.

—¿La tienen?

—Sí. Tal como pensábamos, el comisario está metido hasta el cuello en estos negocios. Ambos se encuentran ahí dentro, con ella.

—Por eso las víctimas... y sus muertes... —El puzzle comenzaba a encajar. Aquel hombre había sido la clave para no encontrar nada en las víctimas y tal vez también fuera el culpable de no encontrar al asesino de su madre, porque él llevaba el caso. De repente Javier supo la verdad, él había tenido algo que ver, y en lugar de ayudarle a esclarecer el suceso, lo cubrió de pistas falsas—. ¡Hijo de puta! —Apretó el puño—. Ese bastardo sabe quién mató a mi madre, ahora lo comprendo todo. ¡Lo mataré! Como le haya hecho daño a Carmen, será lo último que haga en su puñetera vida.

—En- trecerró sus ojos y continuó oprimiendo su puño—. ¿Sigue Jacob en la azotea? ¿La está vigilando? —Comenzó a impacientarse.

—Tranquilo, Javier. Sigue ahí y le he dado órdenes muy explí- citas; si se dirigen hacia la habitación donde pensamos que está Carmen, disparará sin pensárselo dos veces.

—Gracias —dijo en voz baja Javier y, estirando su puño encogi- do, tendió la mano sobre la espalda de su amigo.

—Tranquilo, tú harías lo mismo si allí dentro estuviese la mujer que amo. —Sonrió de medio lado.

—Por supuesto. Oye, he visto una mujer en tu coche. Me he imaginado que se trata de la víctima. —Al decir la palabra “víctima” sus ojos mostraron dolor. No quería imaginarse el calvario por el que había pasado la muchacha.

—Sí, es Sara. Ella fue la que nos indicó este lugar —le explicó.

—Sabes si... Carmen... también... —No era capaz de terminar la frase sin atragantarse.

—Está viva y que es lo que importa —respondió César. No era el momento de explicar qué tipo de crueldades les hacían a las chicas y no estaba seguro de lo que le habían hecho. Lo mejor era sacarla de allí lo antes posible y hacerle olvidar lo sucedido.

—¿Ese hijo de puta le ha puesto la mano encima? —insistió al ver en la cara de su amigo signos de horror—. Si le ha tocado un solo pelo lo mataré, juro que lo mataré con mis propias manos...

—César, ¿por qué no le preguntas a Abel si todo está controlado por su zona? —Álex interrumpió aquella conversación. Si Javier aumentaba su nerviosismo podría actuar sin cordura y tal vez pusiera en peligro tanto a la chica como a ellos.

—Abel, ¿algo extraño? —preguntó César a través del pingani- llo—. Ajá. Bien. Pues regresa que el jefe está con nosotros. No. No es un fantasma, es de carne y hueso.

—Desconectó e informó a su amigo—. Este será el plan de actuación. Cuando regrese Abel... —Apareció de entre las sombras poniendo una mano sobre la espalda del extraño. Este dio un respingo y lo miró con fiereza.

—Te conozco... —murmuró el grandote—. Eres aquel repipi del bar... —Entornó sus ojos mientras que su mente le mandaba la información requerida sobre aquel encuentro.

—Sí —contestó.

—Gracias por sacarme de un mundo destructivo. —Tendió su mano.

—De nada.

—Has venido justo a tiempo. Iba a explicarle a Javier nuestro plan de actuación. —Miró al jefe—. Subirás a la azotea, allí te espera Jacob. Justo frente a vosotros encontraréis un ventanal. Tendréis que romperlo para entrar en cuanto nosotros irrumpamos aquí abajo.

—¿Cómo lo haréis? La puerta es metálica y para echarla abajo hará falta algo más que un par de patadas —dijo Javier mirando a César con expectación.

—Está todo controlado, jefe —respondió la voz jocosa de Abel—. Tan solo debe preocuparse de encontrar a la chica y sacarla de ese infierno.

—Bien, pongámonos en marcha. Puedes subir por las escaleras de emergencia. —Le indicó César a Javier—. Avisaremos a Jacob cuando decidamos entrar, ¿O.K? —Todos asintieron.

Tal como se le había indicado, Javier subió sigilosamente las escaleras. Alzó la mirada y se encontró con la mano extendida de Jacob para ayudarlo.

—Usted es... —susurró el joven asombrado. Recordaba con claridad aquella cara. La última vez que lo había visto fue en el atraco del banco en el que trabajaba. Con la ayuda de Javier evitaron el robo pero este salió herido y Jacob tuvo que atenderlo hasta que la ambulancia llegó. Días después César apareció por su trabajo ofreciéndole el empleo de su vida, que aceptó sin pestañear, no solo por las condiciones económicas, sino porque le daba la oportunidad de ser quien era y no cubrirse bajo un uniforme.

—Sí.

—Gracias, por cierto. No tuve la oportunidad de agradecerle lo que hiciste por mí en aquella ocasión. —Tiró de él e hizo que sus pies tocaran el suelo de la azotea.

—No fue nada. Cualquiera hubiese hecho lo mismo. ¿Cómo está? —Dirigió su mirada hacia el ventanal que le había indicado César que debían romper.

—Permanece allí retenida. No sé en qué condiciones —le explicó con voz pausada—. Tiene que estar preparado para lo que sea. Debe ser fuerte. —Caminaron hacia el ventanal que dejaba ver la primera planta del almacén. Tras el cristal había un pequeño pasillo, al que se accedía mediante una escalera metálica. Al final había una puerta, tras ella, suponían que se encontraba Carmen.

—¿Cómo sabes que está ahí?

—Porque llegamos en el momento en el que la subían arriba. —De pronto un susurro se escuchó cercano a ellos. Jacob se llevó la mano al oído y puso interés en la comunicación—. Cinco minutos y estarán preparados.

—Yo ya lo estoy.

Tras unos minutos de absoluto silencio, un gran estruendo se escuchó en la puerta principal. Javier supo que era el momento de entrar a por ella. Miró de reojo a Jacob y observó cómo alzaba su pierna derecha para romper el vidrio de la ventana. Él hizo lo mismo. Cubrieron sus cabezas con los brazos y asestaron un golpe tan fuerte que el cristal se partió en mil pedazos.

—¡Ahora! —gritó Jacob.

Con el corazón en la garganta y un temblor de manos difícil de controlar. Ambos se adentraron en lo que parecía un pasillo interminable, aunque tan solo había una distancia de diez metros. Levantaron de nuevo los pies y asestaron otra inmensa patada a la puerta de madera que no dejaba ver el interior de la habitación. Esta cayó con violencia al suelo, haciendo que el polvo del piso se levantara envolviéndolos en una nube.

—¡Carmen! —exclamó Javier al ver la silueta de la mujer—. ¡Dios mío!

Corrió hacia ella y la desató de las cuerdas a las que estaba amarrada. Su pelo cobrizo era oscuro. Su vestido azul tenía topos violetas debido a la mezcla entre la prenda y la sangre que había derramado por su boca y nariz. Sus brazos, estirados por la atadura, estaban cubiertos de hematomas alargados.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Jacob al contemplar aquella habitación.

Las paredes estaban pintadas de negro. Del techo colgaban cuatro cadenas gruesas con grilletes, de las que, probablemente, sostendrían a sus víctimas como si fuesen animales en un matadero. En el centro había un colchón roído. Sobre este varias cuerdas, puños de acero, navajas, mordazas, látigos y consoladores de tamaños desorbitados con los que torturarían a sus víctimas. En una pequeña mesa Jacob pudo ver una cámara de vídeo y varias jeringuillas repletas de un líquido blanquecino. Era una sala del terror. Nadie salvo ellos, sabían qué hacían en aquel lugar, y las atrocidades por las que hacían pasar a las víctimas. Los sollozos de la joven hicieron que apartara la vista de aquel terrorífico rincón y observara la escena de Javier y Carmen. El hombre estaba enloquecido tratando de deshacer los nudos que la tenían amarrada mientras le susurraba palabras cariñosas.

—Carmen, estoy aquí. ¿Me oyes? —le decía dulcemente a la vez que terminaba de deshacer los nudos—. Cariño, estoy aquí...

Pero ella tan solo emitió un leve quejido. Era incapaz de abrir sus ojos debido a la hinchazón. Al levantarle con cuidado el rostro para poder cubrir aquellas heridas de besos, advirtió unos leves surcos de lágrimas secas sobre sus mejillas.

—Agárrela con fuerza —dijo Jacob al contemplar la debilidad de la muchacha.

—Y ahora... ¿qué? —preguntó Javier alzando a la mujer en sus brazos.

—Bajaremos cuando hayan controlado la primera planta.

Abel, César y Álex esperaron a que Javier estuviera a cubierto en la azotea para comenzar con el plan de entrada.

—¿Me dejáis hacer los honores? —preguntó Abel con el entusiasmo de un niño.

—Claro, no hay problema.

—Pues dame un minuto para arrancar esa chatarra y empotrarla contra esa puñetera

puerta —dijo mientras corría hacia el vehículo que estaba cerca de la nave. De un salto se introdujo en el Land Rover Defender, lo hizo rugir y dio marcha atrás para tomar todo el impulso que necesitaba. César se tapó la cara con el antebrazo y Álex le imitó.

—Tres, dos, uno... —contaron al unísono.

El coche rugió con fuerza y Abel lo condujo hacia la puerta a toda velocidad. Tenía un objetivo claro, derribarla de un solo impacto para coger desprevenidos a Eduardo y a Vicente, y así poder actuar con el factor sorpresa de su parte. Cerca ya de la entrada cerró los ojos y pisó el acelerador hasta el fondo.

—¡A por ellos! —gritó como si estuviera a la cabeza de un batallón militar.

No hubo misericordia, aquella hoja de metal cayó hacia atrás con fuerza, dejando vía libre a César y Álex que corrian a cada lado del todoterreno.

— ¡Maldita sea! —vociferó Eduardo al escuchar un ruido de motor apresurándose hacia ellos y acto seguido se desplomó la única puerta que les protegía del exterior.

—¡Corre! —gritó Vicente.

Tras el impacto, una nube de polvo oscureció el local. Vicente y Eduardo se habían tirado al suelo para poder protegerse de los escombros que habían volado ante la invasión. Abrieron como pudieron los ojos y observaron entre aquella oscura niebla tres enormes figuras que se aproximaban a ellos a gran velocidad.

—Buenas noches, caballeros —saludó Abel con su típico sarcasmo—. Nos hemos enterado de que hay una fi... —No logró terminar su frase porque le llamó la atención la inesperada forma de actuar de César. Este había saltado desde donde se encontraba y corría despavorido hacia el lugar donde se escondía Eduardo.

Antes de que este reaccionara, César lo levantó de la camisa y lo llevó a rastras hacia la pared que tenía en su derecha. Lo empotró y pegó su frente en la de él.

—¿Te suena el nombre de Sara? —Eduardo negó con la cabeza. Su cuerpo temblaba ante el miedo que le provocó aquella mirada. Tenía frente a él un monstruo con una sola idea, destrozarlo—. ¡No mientas! —Se retiró lo suficiente para asestarle un puñetazo. El hombre agachó la cabeza y César le tiró del pelo para que ambas miradas convergiesen en el mismo punto—. Te voy a repetir la pregunta, tal vez no me hayas escuchado bien la primera vez —dijo apretando con fuerza la mandíbula—.

¿Conoces a Sara Jiménez, una abogada a la que tirásteis en la carretera después de torturarla? —Eduardo sonrió y César supo que el canalla sabía a la perfección de quién hablaba. En ese momento su furia aumentó de forma inusual y arrugó la nariz

enseñando sus dientes, como si fuese un animal encrespándose ante una peligrosa amenaza—. Bien, pues esto es por ella. —Comenzó a propinarle una serie ininterrumpida de golpes en el abdomen hasta que cayó al suelo, entonces, se colocó sobre Eduardo y continuó ensañándose con él.

Abel lo observaba asombrado. No daba crédito a la crudeza que reflejaba el rostro de su amigo. Era como ver la fuerte erupción de un volcán que había estado dormido una eternidad y sin saber el porqué, un día estalla de forma devastadora. Estuvo a punto de salir corriendo y terminar con aquella escena, pero no lo hizo. Si su compañero, por alguna extraña razón, debía hacerle pagar algún tipo de cuentas y eso le proporcionaba la paz interior que tanto necesitaba, él no lo interrumpiría. Así que enfundó su arma y dejó que César se desahogara por los dos, ya que también había pensado *hacerle constar* su furia por la amenaza y el intento de asesinato a Blanca. Aunque el ver cómo era destrozado por su compañero, también le pareció una manera interesante de vengarse.

— ¿Lo has entendido ya? —Le asestaba la última patada al cuerpo de Eduardo, que ahora parecía un muñeco de trapo—. Si en algún momento de tu vida piensas acercarte a ella, te arrancaré la piel con mis propias manos —juró y se retiró de él.

—No me has dejado ni las migas, compañero —le dijo Abel mientras echaba su brazo

sobre el hombro de César.

—Se lo merecía —contestó mientras se limpiaba en el pantalón la sangre que tenía en sus nudillos y tomaba el control de su respiración, agitada por la fuerza que había empleado en cada golpe.

—¿Todo bien? —inquirió Álex mientras arrastraba al comisario engrilletado hacia donde se encontraban ellos.

César entornó los ojos y recordó que él también se había aprovechado de Sara. Elevó sus alas nasales e intentó saltar hacia el personaje, pero no consiguió tocarlo porque Abel lo agarró de la cintura en el mismo momento en el que daba el salto.

—Este no es para a ti. Creo que Javier tiene un asunto pendiente con él, ¿verdad? —le comentó sin dejar de agarrarle de los brazos.

—Dale las gracias —gruñó César al mismo tiempo que le señalaba con el dedo—. Le debes tu mierda de vida. —Dio media vuelta y caminó hacia las escaleras donde llamó a Javier y a Jacob para que bajaran con la chica.

—¿Qué cojones le pasa? Nunca ha hecho nada parecido... —preguntó Álex sorprendido.

—No tengo ni idea —respondió Abel fascinado—. Pero creo que tiene que ver algo con una tal Sara —dijo sin apartar la mirada del compañero.

De repente aparecieron Javier y Jacob con cara compungida. Jacob dirigió con rapidez su mirada hacia Álex y al apreciar que estaba ileso, una sonrisa apareció en su rostro.

Javier tenía en sus brazos a Carmen. Ella apoyaba la cabeza sobre su pecho y la mano izquierda le colgaba laxa. Él levantó la mirada del cuerpo de ella y entornó sus ojos al ver a Vicente de pie, maniatado y sin borrar de su rostro una afanosa sonrisa.

—Cógela. —Javier pasó a Carmen con mucho cuidado de sus manos a las del joven Jacob.

—Javier... —murmuró la mujer aturdida.

—Sí cariño, estoy aquí. —Besó su frente y cuando volvió a mirar a Vicente, sus ojos comenzaron a arder. Se agarró a la baranda de metal y la saltó con la agilidad de un gato—. ¿Te acuerdas de mí? —le preguntó a un metro de distancia. Con un gesto rápido le indicó a Álex que se apartara de allí.

—Por supuesto, ¿cómo poder olvidar esos ojos? —Seguía sin borrar su sonrisa.

—¿Por qué? —inquirió empujándolo.

—Por qué, ¿qué? —contestó con otra pregunta sin dejarse derribar ni un segundo.

—Por qué murió. —Acercó su frente a la del criminal y resopló con furia.

—¿Quieres saber la verdad? Tu madre era una cocainómana y a cambio de droga nos hacía disfrutar con unas buenas folladas y mamadas —le dijo sin achantarse ni un ápice.

—¡Mientes! —Le dio un puñetazo en el estómago. El comisario arrugó la frente por el dolor que le causó el impacto pero no se doblegó.

—No miento, niño de mamá. Tu madre se prostituía a cambio de droga. Tu padre le dio un ultimátum cuando se enteró de que era una miserable drogata, pero ella le siguió mintiendo. Así que, para no hacer *gastos extra* en casa, porque tu padre controlaba todo el dinero, ofrecía su cuerpo a cambio de dosis. —Javier le pegó un puñetazo en la nariz y otro en la boca.

—¡Retíralo! ¡Hijo de puta, retira eso! —vociferaba a la vez que asestaba incontables golpes sobre el cuerpo del comisario.

Fue entonces cuando por fin el policía se arrodilló y agachó la cabeza, manchando el suelo con gotas de su sangre, y comenzó a respirar con dificultad. Javier se apartó lentamente de aquel cuerpo magullado. Debía dejar que, por primera vez, la ley hiciera justicia. Pero... el infame comisario continuó hablando:

—Yo también lloré su pérdida. Era la mejor puta que chupó mi...

¡Bang! Se escuchó un disparo.

Las manos de Javier todavía temblaban. Con el arma entre ellas, sentía cómo el subidón de adrenalina que le había provocado el enfrentamiento con Vicente comenzaba a desaparecer. Respiró hon- do y dejó caer la pistola. Por fin su alma y la de su madre podían descansar en paz. Se giró de nuevo y subió los cuatro escalones metálicos que lo separaban de Jacob, que seguía sosteniendo a la desfallecida Carmen. La cogió entre sus brazos, besó de nuevo su cobrizo cabello, y bajó las escaleras para salir de aquel lugar sin mirar atrás. Allí dejaba su infausto pasado, mientras se alejaba aferrándose a su presente y a un futuro esperanzador.

—Vete con él —ordenó César a Álex—, necesita protección. —El muchacho asintió y tras lanzar una mirada cariñosa a su amante para despedirse, salió corriendo tras Javier.

—¿Hacia dónde vamos? —le preguntó el muchacho mientras arrancaba el coche.

—Al hospital donde estuvo Abel. Allí la atenderán como es de- bido —le informó mientras acariciaba el rojo cabello y besaba una y otra vez las amoratadas mejillas de la joven—. Te quiero. Te he querido siempre —le susurró al estrechar el delicado cuerpo con- tra el suyo.

—Jacob —le llamó César—. Creo que necesitamos a tu contacto en la poli. No te olvides de hacerle constar la extensa lista de aquellos que han bailado al son de estos dos.

—No le van a quedar celdas libres. —Sonrió mientras esposaba a Eduardo.

César posó la mano sobre el hombro en Abel y salieron juntos al exterior. Ambos hombres se quedaron de piedra ante lo que encontraron fuera. Blanca abrazaba a una mujer que lloraba desconsolada.

—¿Quién es? —dijo Abel sin moverse del lugar.

—Es Sara —murmuró su compañero y caminó con bastante pri- sa hacia ellas—. Hola. ¿Todo bien?

Al reconocer la voz, Sara levantó la cabeza y se apartó las lágrimas.

—¡Estás bien! —exclamó entusiasmada y abandonó los brazos de Blanca para saltar a los de él—. ¡Estás bien! —repitió abrazán- dolo con fuerza.

—Así que eres tú la famosa Sara... —comentó Abel a la vez que entrelazaba la cintura de su amante y le ofrecía un suave y tierno beso.

—¿Famosa? —preguntó Blanca deseosa de saber la respuesta.

—Sí. Todos los golpes que ha recibido tu *querido* marido han tenido un nombre, Sara.

—¿Y eso? —inquirió de nuevo.

—Porque César cada vez que le asestaba un puñetazo o una patada, gritaba el nombre de la chica.

37 cada caBallero con su reina

Carmen...

Javier permanecía sentado junto a la cama de la clínica. Sostendían una de las débiles manos de la chica entre las suyas y no paraba de acariciarla con el dedo pulgar. Por suerte solo habían sido unas leves contusiones que con el paso de los días desaparecerían por completo. Daba gracias una y otra vez a la rápida actuación de sus chicos y a la ayuda de Sara. De no ser por ella, no habrían encontrado dónde la tenían retenida hasta que hubiese sido demasiado tarde. Llevó sus labios a la palma de la mano y la besó con dulzura. Tenerla sana y salva era lo mejor que le había pasado en su vida. Estaba completamente seguro de que no hubiera sido capaz de afrontar una pérdida como la de ella. Aún recordaba la pesadilla por la que pasó su padre tras el fallecimiento de su esposa. No había una noche que no llorara o gritara haciéndose siempre la misma pregunta, “por qué”. Ahora él ya sabía la respuesta. Difícil de aceptar pero la sabía. Fue mejor que su padre decidiera *marcharse* junto a su amada, que descubrir que ella tenía una doble vida. Apretó con fuerza la mano de la mujer y deseó que por fin toda su oscuridad se llenase de luz para poder ser libre. Fue entonces cuando Javier pudo al fin llorar. Al principio tan solo eran unos leves quejidos, pero pronto se convirtieron en intensos sollozos. Su cuerpo se zarandeaba al ritmo de la respiración agitada y sus lágrimas recorrieron el rostro hasta caer sobre la piel de la joven. Necesitaba desahogarse y sentirse de nuevo dueño de su propia vida. De repente sintió una pequeña caricia en su mano. Levantó la mirada y observó el rostro de Carmen que lo miraba con ternura y le regalaba una preciosa sonrisa. Se incorporó del asiento y le dio un beso en la frente.

—¿Estás mejor? —Se sentó a su lado sin abandonar el amarre de las manos.

—Sí.

—Siento mucho lo de ayer. No tenía que haberme comportado así. —Agachó la cabeza y ella se incorporó para rodearle entre sus brazos—. Me volví loco cuando supe que estabas retenida. No podía concebir ni un instante en el que no estuvieras a mi lado. Te he amado desde el primer instante que te vi, Carmen. —La miró a los ojos y se acercó para darle un beso suave en los labios—. Quise protegerte de la única forma que supe, mantenerte alejada. Ahora veo que ha sido una torpe decisión porque te puse en peligro. Si todavía quieres darme una oportunidad, si todavía me quieres...

—Te quiero y te querré siempre —confesó. Los dedos pulgares de Javier se deslizaron por su cuello y su boca invadió la de ella con pasión. El aliento pasaba sin barreras de un cuerpo al otro. La lengua de Javier buscaba las caricias de la de su mujer, porque así la sentía en aquel momento, suya para siempre.

—¡Jefe! —Álex interrumpió aquel bello momento.

—Dime. —Se apartó con desgana de la joven y miró a su muchacho que estaba en la puerta parado.

—No puede quedarse mucho tiempo aquí. Jacob ha llevado al cerdo a comisaría y este cantará como un gallo al amanecer. Descubrirán que ha sido usted quien mató al comisario.

—Bien. Salgo en seguida, dame dos minutos.

—Por supuesto. —Álex los dejó solos de nuevo.

—Carmen... —murmuró.

—¡No! —gritó la mujer. Se incorporó de la cama y se puso frente a él—. ¡No! ¿Me has escuchado? ¡No me vas a apartar otra vez de tu lado! ¿Acaso no es lo que me has dicho hace un instante? —Cogió el rostro del hombre entre sus manos—. No voy a alejarme de ti nunca más.

—Si me quedo aquí me detendrán...

—¿Quién está hablando de quedarnos aquí? —Besó de nuevo los labios de su hombre

y saltó de la cama—. Dame algo de tiempo para poder vestirme y nos vamos.

—¿Estás segura? —Agarró su brazo y la incorporó de la cama.

—Sí.

Minutos después salieron de la habitación. Álex los estaba esperando al fondo del pasillo.

—Por aquí... —Les indicó las escaleras de emergencia.

—Álex, necesito que me hagas un favor. —Puso la mano sobre el hombro de su compañero.

—Lo que quiera, jefe.

—No creo que ese bastardo pague sus atrocidades. Con lo que, una vez en prisión, necesito que alguien se encargue de hacerle desaparecer. —Apretó aquel varonil amarre.

—No se preocupe. Eso está hecho. —Esbozó una sonrisa—. ¡Cuidaos!

—Lo haremos. —Y los dos salieron de aquel lugar.

Álex caminó por el pasillo con mucha tranquilidad, cogió su móvil y marcó un número de teléfono.

—Tengo un trabajo para ti. Necesito que parezca un suicidio —dijo antes de que le receptor pudiese contestar.

—¿Suma?

—Lo de costumbre

—¿Objetivo?

—Eduardo Aguilar...

Blanca...

Mientras conducía hacia el hogar de Blanca, Abel meditaba sobre la suerte que al final le había brindado la vida. Después de tanto sufrimiento y de eternas noches llenas de vacío, por fin se encontraba junto a él la única persona que le hizo creer en la posibilidad de sobrevivir. Sin embargo, aunque deseaba llevársela a su casa para no dejarla escapar nunca más de su lado, no podía obligarla. Por su bien, debía dejar que afrontara el nuevo futuro que se le presentaba y hacerse cargo de todo, siempre con su apoyo, para que Blanca se sintiese útil por sí misma. Aparcó el coche de la mujer en la puerta y la miró con ternura. Ella no había dicho ni una palabra, se había pasado todo el trayecto mirando por la ventana y suspirando. Algo maquinaba aquella pequeña mente y solo rezaba para que dentro de aquellos pensamientos estuviese él. Salió del coche y se apresuró en abrir la puerta de ella, ofreciéndole la mano para que bajase. Lo miró y sonrió.

—Será mejor que descanses —dijo Abel mientras la abrazaba y le daba un tierno beso en el cabello.

—¿No vas a subir? —preguntó sorprendida.

—Pienso que será mejor que por ahora estés sola. Yo no sería buena influencia y necesitas un tiempo para sopesar todo lo que te ha sucedido.

—¿Me dejas? ¿Ya no quieres estar más conmigo? —exclamó asombrada.

—¡No es eso, maldita sea! —La retiró de su cuerpo para poderla contemplar mejor.

—Entonces... ¿qué es Abel?

—Creo que necesitas ese tiempo para ordenar tus ideas y hacer frente a todo lo que te vendrá. Si estoy a tu lado, lo único que voy a hacer es distraerte porque estaré todo el día reclamando lo que es mío.

—¿Y tomas tú la decisión de lo que crees que es mejor para mí? —le dijo enfadada.

—¿Notas esto? —Acercó su cadera a la suya y Blanca pudo entender que el hombre ya estaba preparado para otra sesión de tórrido sexo.

—Sí... —respondió ardiente.

—Esto es lo que tendrás cada segundo, cada minuto, cada instante de tu vida si estoy cerca de ti. ¿Eso es lo que quieres, nena? Que esté todo el día detrás de ti como loco

por poseerte en cualquier lugar... —La miró repleto de perversión y lujuria.

—Eso es lo que quiero, Abel —Sonrió y llevó sus brazos al cuello para besarlo y frotó sus caderas en las de él para aumentar aquella erección que ponía distancia entre los cuerpos.

—Te lo advertí, nena. Te lo advertí. —La alzó y Blanca atrapó su cintura entre las piernas. Gimió de placer cuando la boca de Abel se adentró en la suya y notó unas suaves caricias entre sus muslos. Tenía razón, se lo había advertido pero eso es lo que ella había deseado vivir.

Sara...

César la observaba de soslayo mientras conducía. Apenas cruzaron dos palabras desde que se alejaron del embarcadero. Ella continuaba con su cabeza pegada en el frío cristal, dejando la mirada perdida hacia el horizonte y suspirando de vez en cuando. No sabía cómo tomarse aquella forma de actuar. La sentía tan débil, tan perdida, casi tanto como lo estaba él. Ambos necesitaban renacer, ambos necesitaban con urgencia una razón por la que seguir viviendo. Pero no podía pedirle a ella que permaneciese a su lado para lograr ese necesitado aliento. Arrugó la frente cuando recordó la forma tan brutal con la que había actuado sobre Eduardo. Aun pasada algo más de media hora, parecía estar en un estado de shock profundo. Se había cegado con él. Tal vez le hizo pagar no solo lo que le hizo a Sara sino también toda la furia que retenía desde que su esposa se marchó. Pero aun así, no podía negar que en lo más profundo de su ser se sentía feliz por su hazaña. Clavó la mirada en la mujer cuando estacionó el coche en uno de los aparcamientos libres cercanos al hogar de ella. Si decidía permanecer allí, antes entraría él para hacer añicos aquellas fotos y que Sara no pudiese recordar lo que le sucedió.

—Sara... —dijo en voz baja al ver que estaba sumergida en algún pensamiento—.

Sara... —repitió al no ser contestado.

—No... no... no puedo regresar —Giró la cabeza hacia él y este observó los ojos oliva cubiertos de lágrimas.

Por primera vez César se arriesgó a tenderle los brazos y ella se los aceptó. Posó su frente en el hombro masculino y comenzó a llorar con fuerza. César llevó su mano hacia la corta melena y comenzó a acariciarla despacio.

—No tienes que entrar si no quieres, Sara. Puedes venirte con- migo hasta que te sientas preparada para afrontar lo que decidas. Nadie te obligará a hacer nada que tú no desees, ¿me escuchas?

—Sí —contestó con un leve sonido y asintió con la cabeza.

—Bien. Pues vámonos de aquí. —Sara se retiró despacio del caliente cuerpo de César, se sentó de nuevo en su asiento y observó cómo ponía el coche en marcha para alejarse de aquel lugar sin mirar atrás.

Jacob...

Tal como le habían ordenado, Jacob dejó a Eduardo en la ace- ra de enfrente de comisaría con un enorme cartel donde estaba escrito el nombre del agente al que debía ser entregado. Claro está, aquel pañuelo atado en la cabeza formando un bonito lazo era cosecha propia. Cuando regresó a su casa tuvo la sensación de que algo no andaba bien. Abrió la puerta con mucho sigilo y dirigió su mano derecha hasta su arma. Pero al ver lo que había allí dentro, abandonó su estado de defensa y abrió la boca sorprendido. Álex había hecho un pasillo con velas y un suave aroma a incienso llenaba el hogar. Cerró la puerta con el pie y caminó despacio por aquella alfombra iluminada. No había conseguido dar tres pasos cuando observó que había algo pegado a la pared. Un papel que tenía algo escrito: «Desnúdate». Levantó las cejas y después de imaginar mil locuras que podía hacer Álex, comenzó a desnudarse. Continuó su marcha hacia el dormitorio, lugar donde se acababa aquella iluminación.

—¿Estás ahí? —preguntó con timidez.

—Abre —contestó Álex.

Pero en cuanto Jacob puso un pie dentro del dormitorio, Álex lo asaltó y le tapó los ojos con una suave tela.

—Hoy vas a descubrir hasta qué punto te quiero —le dijo atrayéndolo hacia su boca y besándolo con pasión.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó alargando las manos cuando Álex se alejó de él.

—Voy a hacer realidad tu sueño —le respondió desde algún lugar de la habitación.

—No seas tonto, tengo muchos. —Sonrió y comenzó a caminar y a mover los brazos de un lado para otro.

—Quiero que des tres pasos hacia el frente. —Jacob lo hizo—. Estira la mano.

—Ejecutó su mandato y cuando tocó un cuerpo distinto al de su amante, dio un salto hacia atrás—. No te asustes, cariño —le susurró por detrás—. Solo ha venido para darnos placer...

38 tiempo después

César miraba asombrado la actitud de Sara. En el tiempo que llevaban viviendo juntos nunca la había visto con un estado de ánimo similar. De pronto saltaba de alegría y luego se la encontraba llorando en algún rincón de la casa. Se imaginó que todo era debido al nuevo puesto de trabajo. Blanca había depositado en ella una extraordinaria confianza y le dejó a cargo de la nueva empresa ya que en aquellos momentos no tenía tiempo para llevar a cabo todo lo que se le exigía.

—¿Estás seguro de que era la ochocientos veinte? —preguntó alterada mientras corría por el pasillo del inmenso hospital.

—Tranquila, todo saldrá bien. Por favor debes relajarte que llevas unos días muy nerviosa. Entiendo que... —Sara levantó la mano y le hizo callar. Puso la oreja en la puerta de la habitación e intentó escuchar algo.

—No se escucha nada —susurró.

—Quizás no estén —cuchicheó detrás de ella.

Entonces Sara se preocupó al recordar su incidente en el hospital y abrió con rapidez la puerta.

—¡Hola! —saludó en voz baja al ver a sus amigos dentro.

Blanca se encontraba tendida en la cama. Una austera sábana blanca tapaba su pequeño cuerpo todavía hinchado y no paraba de sonreír. A su lado Jacob acunaba entre sus brazos al nuevo miembro de la familia.

—¿Cómo ha salido todo? —Le dio un beso a la nueva mamá y se dirigió hacia el recién nacido para poder verle el rostro.

—Muy bien. Lo típico, contracciones, maldiciones hacia el padre y después de muchas lágrimas el pequeño Abel vino al mundo. —Puso la cara para que César la besara—. ¿Y vosotros? —No nos podemos quejar —contestó el hombre.

—¿Problemas en el paraíso? —le murmuró mientras fijaba la mirada en Sara.

—La noto extraña. De pronto está triste y tras unos segundos la veo sonriendo. No tengo ni idea qué puede ser —le dijo a Blanca como si fuera un secreto.

—Yo pasé esa época —comentó con una enorme sonrisa—. Y me duró los primeros cuatro meses de embarazo.

César abrió los ojos como platos. Todo el revuelo emocional por el que pasaba Sara lo había achacado al estrés que le suponía hacerse cargo de una empresa como la que había comenzado Blanca. Pero después empezó a descubrir ciertas diferencias en su mujer; pechos hinchados, trastornos de personalidad, unos extraños deseos por comer verduras en vinagre como los pepinillos o las aceitunas. Y de repente lo tuvo muy claro, Sara estaba embarazada. Se acercó a ella y la besó en la mejilla.

—Por cierto... ¿Dónde está el padre del niño? —preguntó César asombrado de que su amigo no anduviese protegiendo a su familia.

—¡Está aquí! —respondió una voz desde la puerta. Era Álex que transportaba al inconsciente padre en una pequeña silla de ruedas.

—¿Qué ha sucedido? —interpeló a sus amigos con cara de asombro.

—Se mareó cuando Blanca comenzó a dar a luz y todavía no se ha recuperado

—aclaró Álex con burla y todos empezaron a reír.

—Tuvo que entrar Jacob para darme fuerza y aliento —prosiguió con la aclaración la nueva madre—. Y se lo agradezco mucho porque durante las contracciones estaba más preocupada por la cara y los mareos del padre que de la llegada de mi niño.

—Es que mi chico es muy especial —dijo Álex acercándose a su pareja y dándole un tierno beso en los labios.

—No podía perderme ese momento tan importante. Y te agradezco de corazón que lo hayas compartido conmigo. —Jacob alargó la mano hacia Blanca y ella la cogió para estrechársela con cariño.

—¿Qué sabéis de Carmen y de Javier? —interrumpió Aléx aquel momento tan tierno que vivía su pareja para preguntar a César.

—Siguen en Londres. Por ahora quieren seguir disfrutando de su luna de miel.

Además, ya sabéis que el caso pronto se cerrará y

Dama Beltrán

mantenerse lejos, es lo mejor para ellos —respondió este mientras agarraba a Sara de la cintura. Comenzó a acariciar su vientre. Si ella llevaba un hijo suyo, le iba a dar la mayor alegría de su vida.

—¿Qué tal va todo, Sara? — Blanca puso las palmas de las manos sobre el colchón y se alzó un poco para poder sentarse mejor.

—Por ahora bien. Tenemos en espera más clientes. Hemos estado saneando algunas cuentas más y he visto casos en los que debemos trabajar con más ahínco. Pero necesito la ayuda de Jacob. Así que tendré que reeditar tu contrato.

—¡Genial! Necesito aumentar la cuenta bancaria que espero tener muchos ahijados que consentir —exclamó Jacob mientras pasaba el bebé de sus brazos a los de Sara que lo miraba con un extraño deseo de posesión.

—¡Dios! Es clavado a su padre —voceó cuando apartó la manita al pequeño Abel y dejó expuestas sus largas piernas y su pelo negro.

—Espero que solo sea en el físico, porque si también se parece en carácter... de verdad que el mundo no está preparado para ello. —Todos comenzaron a reír y Abel por fin abrió los ojos.

—Hola, ¿me he perdido algo? —balbuceó mareado.

Fin

ePílogo

“Como muestra de la infinita gratitud que os tengo a vosotros, mis lectores, quiero dejaros el momento en el que Sara y César se entregan en cuerpo y alma. Espero que os guste.”

el primer paso hacia la libertad de sus almas

Aquella era la última caja que metía en su coche para donarla a la Iglesia. Después de sopesarlo durante bastante tiempo, había dado un paso muy importante: embalar las cosas de su esposa y ofrecérlas a los más necesitados, porque allí en su casa no hacían nada salvo coger polvo. No le había resultado fácil tomar aquella decisión, había agotado sus lágrimas tras convencerse a sí mismo de que era lo mejor. No podía estancarse en un pasado cuando estaba a punto de intentar crear un futuro.

—No tardo —le gritó a Sara desde la puerta.

—Tranquilo, me daré un baño mientras regresas. —Asomó su cara por la ventana de la cocina y le regaló aquella sonrisa que tanto adoraba.

La miró anonadado y suspiró. Durante los cinco meses que llevaban viviendo juntos habían sucedido muchas cosas entre ellos. Lo primero fue superar las pesadillas y los llantos imparables de Sara. Cada vez que la escuchaba respirar algo más agitada de lo normal, corría a tranquilizarla. Llegó un punto que, sin que ella lo supiese, dormía acurrucado en el marco de la puerta durante toda la noche, del que solo se alejaba cuando ella lo necesitaba debido a la agitación que le provocaba recordar su angustia, o por la llegada del alba. Estaba tan pendiente de ella, ocupándose de sus visitas al psicólogo, sus curas en el hospital, que dejó aparcado el deseo de arrastrarse tras los pasos de la muerte. Ya no la deseaba porque entonces... ¿qué sería de ella? Sin embargo, durante todo ese tiempo juntos, comenzó a nacer algo que él intentaba evitar a toda costa. Algo que no sentía desde que estuvo con su mujer... Amor. Cada

vez que la escuchaba reír, cada vez que le daba un beso en la mejilla o cada vez que le murmuraba la palabra “gracias” por ayudarle en algo, su corazón se oprimía tanto que podía sentir lo que era morir de un infarto. Debía rehusar tenerla a su lado de aquella forma. Tenía que evitar pensar eso, porque Sara tan solo veía en él, a un amigo en quien apoyarse para salir de la angustia en la que se vio forzada a vivir.

Soltó la caja sobre el maletero del coche y entornó sus ojos. Aquella eran las últimas cosas que le quedaban de su anterior vida y a pesar de que necesitaba el cambio, los recuerdos no deseaban ser abandonados. Levantó la hoja del último paquete, sacó justo lo que había puesto al final y se lo metió en el bolsillo del pantalón. A pesar de tener fe en que todo había llegado a su final, había algo que no podía dejar de controlar y aquella pequeña prenda lo desahogaba. Cerró el maletero y regresó a su casa. Antes de marcharse debía coger unos documentos que le había pedido Blanca y que había olvidado sobre la mesa de su despacho. Abrió la puerta de su hogar y escuchó el suave sonido del agua caer en la ducha. Un vapor inundaba el salón al igual que el delicioso aroma de jabón a melocotón con el que Sara acariciaba su piel. Se quedó parado a un metro de la entrada del baño. La mujer, pensando que no regresaría, había dejado la puerta abierta y tenía que pasar por delante. «Sara, he tenido que volver me he olvidado unos papeles», dijo en voz alta para que ella tuviera constancia de su presencia. Pero no le respondió, seguía inmersa en una canción que tarareaba sin parar. Giró la cabeza hacia su izquierda y dio el primer paso, pero por más que lo intentó no pudo resistirse a mirar. La había visto muchas veces sin ropa. Durante las visitas a los médicos él no se apartó ni un minuto de ella, le cogía la mano y le susurraba que todo pasaría. Sin embargo, ahora era diferente. Observaba su cuerpo con deseo y erotismo. En más de una ocasión soñó en tocarla y besarla. La sentía dentro de él. La escuchaba gemir bajo sus embestidas.

«¡Joder!», exclamó malhumorado. Subió las escaleras y metió la mano en el bolsillo para sacar la prenda con la que había estado satisfaciéndose desde la muerte de su mujer, una pequeña lencería que sostenía mientras se masturbaba. Era su única válvula de escape. Cerró tras de sí la puerta, se bajó el pantalón y maldijo al contemplar la erección que tenía entre sus piernas. Estaba endemoniado, y la única forma de apagar el fuego que ella despertaba era aliviándose solo. Se sentó en la cama y cerrando los ojos comenzó a acariciarse.

Sara cerró el grifo del agua al escuchar la voz de César. Apartó la cortina y tan solo consiguió ver cómo él corría despavorido. Atrapó la toalla y se la amarró como pudo a su cuerpo. Caminó hacia la puerta y lo observó meterse en su dormitorio y cerrar tras de sí. Se entristeció al contemplar aquella escena. Tal vez era demasiado pronto para aparcarse el pasado y tener una nueva visión de futuro. Sin embargo, había notado en él ciertos sentimientos que le llevó a pensar que entre ellos había nacido algo más que una amistad, pero quizás no era así. Hizo unos pequeños círculos sobre el suelo con sus pies descalzos y sopesó si subir o no. Él había permanecido en sus peores momentos a su lado, e incluso lo observó dormir en su puerta velando para hacer desaparecer aquellas interminables pesadillas. En más de una ocasión se levantaba de la cama y se quedaba mirando cómo dormía o cómo contemplaba el cielo nocturno desde la ventana del salón. «Solo es amistad, Sara. ¿Quién amaría a una mujer que ha pasado por lo que tú?», se preguntó al mismo tiempo que alzaba la mirada para clavarla en la puerta del dormitorio de César y comenzar a subir despacio. «Debes ser realista, nadie quiere una mujer destrozada», se decía con cada peldaño que ascendía. Parada en la puerta acercó el oído en la entrada y empezó a agitar su respiración. Sabía qué estaba haciendo allí dentro. No era la primera vez que escuchaba aquellos gemidos. «¡César!», suspiró agarrando con fuerza la toalla al notar cómo sus pezones se endurecían cada vez más. La primera vez que lo encontró acariciándose le pareció aberrante. Corrió hasta su dormitorio y se encerró en él. Pensaba que todos los

hombres al fin y al cabo eran iguales, pero cuando acercó el oído en la pared y escuchó cómo gritaba el nombre de una mujer que no era ella y se sintió aliviada. Con el paso del tiempo, aquel alivio se convirtió en odio. No podía resistir que él pensara en otra cuando llegaba al orgasmo porque ella gritaba el suyo mientras se saciaba. Respiró profundo y tras girarse sobre sí misma e intentar dar un paso para alejarse, se quedó inmóvil. Abrió los ojos de par en par y escuchó de nuevo lo que jamás pensó oír de la boca de César, su nombre. Incrédula pegó de nuevo la oreja en la puerta e intentando calmar su agitado corazón que no la dejaba escuchar con claridad, volvió a percibir su nombre.

—¡Sara! —exclamó el hombre con gemidos entrecortados por la llegada del orgasmo. Ella puso la mano en el pomo y la abrió despacio para que él no advirtiese que estaba allí mirándolo, absorta y llena de felicidad al descubrir que su boca se llenaba con su nombre cuando el placer lo inundaba. Sara clavó sus ojos en la explosión que emitía en aquellos momentos la erección del hombre. Le pareció lo más bonito que había visto en su vida. Él con los ojos cerrados, con el rostro hacia arriba, y tocándose pensando que era ella quien lo hacía. Sintió cómo el corazón se le desbocaba por segundos y aquellos pequeños pezones duros se habían convertido en piedras deseosas de ser saboreadas. Tragó saliva y dejó que la toalla se deslizara por su cuerpo hasta que se posó sobre el suelo. Levantó su pie y, evitándola, comenzó a andar hacia él. César abrió los ojos al sentir que su pene había dejado de palpar. Estaba tan embelesado en aquel delicioso orgasmo que no se había dado cuenta de que ella lo estaba contemplando en medio de la habitación parada y desnuda. Sus mejillas sonrojadas y los labios ligeramente abiertos tomando a bocanadas el aire para calmar su agitación, le indicaban que estaba tan excitada como él. No sabía cómo actuar. Sin lugar a dudas Sara lo había escuchado gritar su nombre cuando eyaculó, pero no observó en aquella mirada desprecio alguno sino deseo.

—Sara... —murmuró al sentarse ella sobre él.

—Sí... —susurró la mujer acoplándose a la cintura masculina.

—¿Estás preparada? No quiero que... —Ella puso un dedo en la boca masculina y le hizo callar.

—Lo estoy desde hace tiempo. Tan solo he esperado a que tú también lo estuvieras.

—Se balanceó con suavidad para que él notase el calor y la humedad que tenía entre sus piernas.

—Sara...

César soltó la prenda que aferraba en su mano derecha y la dejó caer. Una vez liberado de toda atadura podía entregarse a ella por completo. Condujo sus dos manos hacia el cabello mojado de la joven y ambos se quedaron mirando sin decir nada. Sus respiraciones se agitaban con cada roce que se ofrecían los torsos al llenar de aire los pulmones. En lo que dura un parpadeo, se lanzaron como animales hambrientos uno del otro. Sus labios chocaron con la fuerza del impacto de dos rocas. La lengua de César buscaba la de ella con ahínco. Sara se la ofreció, dejando que aquellas papilas gustativas tomaran el sabor de la mezcla del deseo. Clavó con más fuerza sus uñas en la espalda del hombre y se elevó lo suficiente como para que César pudiera entrar dentro de ella.

—Sara... —repitió el hombre al sentir cómo su erección era recibida por un calor abrasador.

Sus masculinas manos comenzaron a descender por su cuerpo con suavidad, haciendo que cada caricia elevara el deseo que sentían. Sin deshacer la unión de sus bocas, Sara comenzó ascender y descender sobre el sexo duro. Deseaba volverse loca y atrapar al hombre en su locura. Los suaves vaivenes del principio se fueron transformando en tórridos zarandeos. Ella gemía y sollozaba ante la llegada de su clímax. Él la abrazó para impedir una caída y la apretó más hacia su cuerpo. La mujer

echó la cabeza hacia atrás y abrió su sensual boca para dejar libre los maravillosos cánticos ante la inminente llegada del nirvana. Arrastró sus manos hasta los hombros de su amante y los agarró con fuerza para dejarse llevar por un grito enérgico al sentirse colmada. La habitación se llenó de sus jadeos. No había nada en el mundo más bello que el canto de una sirena liberada. Tras recuperar el aliento, Sara agachó la cabeza y lo miró con ternura. Aquel hombre había conseguido librarla del mal y ella haría lo propio con él porque lo amaba. Acercó sus pezones hacia la boca de César y le invitó a devorarlos. El hombre entrecerró los ojos y abrió su boca para dar la bienvenida a los suaves y turgentes botones. Alzó la mirada y observó con satisfacción cómo ella se inclinaba hacia atrás al sentir la presión de sus dientes en ellos y escuchó los deliciosos chasquidos del deseo en el sexo de la mujer. Solo pudo gemir ante el agradable sabor que paladeó. Su consciencia desapareció y se sumergió en el éxtasis que estaba viviendo. No luchaba por disfrutar, se rendía ante el placer. Su sexo se inflamó aún más y comenzó a vibrar dentro de ella. Necesitaba sentir la liberación.

—Sara... —dijo apenas sin voz.

Ella lo miró, agachó la cabeza y lo besó con dulzura. Cautivándose de nuevo en el sabor de aquella boca que demandaba cada vez más. Sara comenzó a balancearse con fuerza sobre el imponente sexo masculino. Notaba las pequeñas vibraciones dentro de ella. Sin lugar a dudas César iba a terminar explotando en su interior y lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Sara... —Volvió a gritar cuando el placer de la llegada del orgasmo hizo que sus manos se apoyaran en las caderas de ella y comenzara a zarandearla con más vigor.

—César... —balbuceó ella al sentir que el clímax la atrapaba de nuevo.

Y extasiados por aquella lujuria los dos comenzaron a emanar pequeñas gotas salinas de sus ojos cerrados. Habían derribado una muralla, habían superado el dolor que ambos sobrellevaban y por fin podían ser libres para poder amar de nuevo. Gritaron al unísono y temblaron cuando el éxtasis los abrazó. Exhaustos ante la liberación psicológica que se ofrecieron, jadearon boca a boca. Tras los últimos escalofríos provocados por el orgasmo, César levantó a la joven y la tumbó en la cama. Se puso sobre ella y comenzó a besuquear su rostro angelical.

—Te debo tanto... —declaró César apoyando su frente en la de la mujer y fijando su mirada en la de ella.

—Tanto como yo a ti. —Sara lo abrazó entrelazándolo con las piernas. No permitiría que se alejase de ella ni un minuto más.

agradecimienTos

Quiero dar las gracias a todo el mundo que me está apoyando y que me apoyará. Pero como ya sabéis en cada novela suelo escribir los nombres de aquellas personas que han hecho más fácil este camino de pinchos.

En primer lugar debo agradecer y mucho a todas mis chicas de la Colección LCDE, ya sabe Nichols que si no llega a ser por la mano que me tendió, yo hubiese abandonado el mundo literario. Pero bueno... eso tienen las amigas, ¿verdad? Que nos ayudamos unas a otras. Gracias chicas.

En segundo lugar quiero nombrar a los blogs que han estado apoyándome, os debo mucho porque vosotras hacéis que sea conocida y esa publicidad no sé cómo agradecerla, espero que os sirva agradecerlos en mi obra en la que renazco.

Blogueras amigas:

María Elena Tijeras con Tiempo de Lectura.

Yolanda González con Regálame Romántica.

Tamara Pelegero con Lectura Adictiva.

Ana Eqz Moreno con Bonito aunque desafinado. Mirella Patiño con Lectura entre Amigos.

Feli Ramos con Vomitando mariposas muertas. Mónica García con Despertando Sentimientos. Dulce con El club de Escritoras.

Miriam Ramos con El placer de los libros románticos. Y muy especialmente a las Cotorras Lectoras Madrileñas.

Siento si me olvido de alguna, prometo que en el siguiente os lo agradeceré. Ahora toca a esas amigas que aunque estén lejos, permanecen siempre a tu lado.

Almudena González, al equipo de Patchwork Armilla, Paqui Sánchez (mi guartunefia) Patricia Gómez, Diana Patricia, Mary Solamente, a mi compi Rafael Velázquez, no me olvido de mis dos Cármenes... mi catalana Carmen Nicolás y mi gallega... Carmen González, ainssss chicas, me habéis dejado de piedra las dos. A una lectora

compulsiva que tengo la suerte de tenerla entre las mías, gracias Araceli García. Mi argentina MonicaSteele. Mi que- rida Maite Pascual. A toda la comunidad del BDSM en la que he encontrado gente a la que adoro y siento muy cercana, entre los cuales se encuentran Eunicide, Selene Moon, Pedro Camp, Oliva de Camp, Laura Díaz, Fanny, Thai Land,... A mis mamis del cole. Uffffff seguro que me olvido de alguien...

Doy también las gracias a la editorial con la que publico Crónica de un deseo. Se han portado de puta madre conmigo, y mira que soy un hueso duro de roer... y de verdad que han tenido una paciencia y una dedicación infinita.

Por último, quiero dar las gracias a una señora de los pies a la cabeza. Madre de tres niños, casada, secretaria de su marido, luchadora y sobre todo amiga de sus amigas, además de escritora, lectora y todo eso... la conocéis como Alissa Brönte, pero yo le llamo María. Una mujer que me ha ayudado mucho durante este maldito verano. Ha aguantado mis risas y mis llantos, jamás pensé que en este mundo de locos pudiera hallar personas como tú. Gracias María y solo espero que la vida nos siga brindando esa maravillosa amistad... TQ.

Espero que os guste la obra. Podéis acompañarla la lectura con la canción The Last Time (ft. Gary Lightbody) de Taylor Swift, la he escuchado mil veces mientras escribía. Besos y espero que sigáis apoyando a esta loca soñadora.

Dama Beltrán

índice

1 Veinte años atras... 13

[2 ¡En marcha! 15](#)

[3 Buscando una alternativa 19](#)

[4 Choque de titanes 25](#)

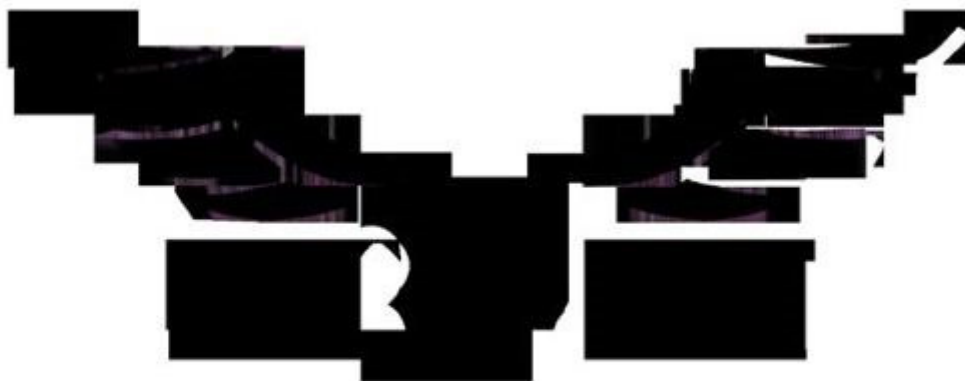
[5 Lo inesperado 31](#)

[6 La reflexión de César 37](#)

[7 Un encuentro. dos maneras diferentes de verlo 39](#)

8 Si a tres le restan uno...	57
9 Una nueva vida llena de ella	61
10 Cuando la paciencia se colma	67
11 El encuentro	73
12 La nueva misión	81
13 Entrelazados	85
14 Herido	91
15 Carmen	97
16 Una evidencia, dos maldades	103
17 Desorientado	109
18 Camuflando una posesión prohibida	119
19 ¿Paraíso?	125
20 Vaticinio	129
21 Tan solo un descuido...	137
22 Un recuerdo triste y doloroso	141
23 No hables...	145
24 Visión de futuro	149
25 Despertando del letargo	157
26 Las divagaciones de un monstruo	163
27 Una decisión inadecuada	169

28 Próximo lugar, junto a ella	175
29 Un tropiezo muy doloroso	179
30 Hoy tampoco es tu día	185
31 Cambio de planes	191
32 Bajo protección	195
33 Una explosión emocional	201
34 Desaparecida	209
35 La historia de Sara	215
36 Trébol de cinco hojas	221
37 Cada caballero con su reina	231
38 Tiempo después	237
Epílogo	241



Ediciones Arconte

www.edicionesarconte.com

